



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN LETRAS

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA VIDA Y OTROS CUENTOS. BIOGRAFÍA DE JUAN DE LA

CABADA (1899 – 1986)

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

MAESTRO EN LETRAS (LETRAS MEXICANAS)

PRESENTA:

MARCO TULIO LAILSON LAILSON

TUTORA: DRA. BEATRIZ ESPEJO DÍAZ

COLEGIO DE LETRAS HISPÁNICAS

CIUDAD DE MÉXICO, ENERO 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MIS PADRES, QUE TANTO SUPIERON AMAR.

A LA DRA. BEATRIZ ESPEJO DÍAZ, POR SU ENSEÑANZA PACIENTE Y GENEROSA DURANTE
ESTOS DOS AÑOS.

A LOS DOCTORES EUGENIA REVUELTAS, VICENTE QUIRARTE Y FERNANDO CUIEL, POR
SUS SEMINARIOS Y SUS OBSERVACIONES A MI INVESTIGACIÓN.

AL DR. VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA, QUIEN EN 2013 ME PROPUSO REALIZAR ESTE TRABAJO
QUE AHORA ES UNA REALIDAD.

A LA SIEMPRE ENTRAÑABLE LILIA MARTHA PARTIDA FLORES, A ÁNGEL MEDINA, NOEMÍ
TORRES Y MARGARITA VALDIVIA. PORQUE SU APOYO INVALUABLE ME PERMITIÓ
TERMINAR ESTA TESIS.

UNA VEZ MÁS, A LA MEMORIA DE JULIA MARICHAL.

PARA ARISTEO MARÍN Y JUANITA GUTIÉRREZ DE LA USBI—XALAPA, POR LAS
FACILIDADES QUE ME DIERON EN EL ARCHIVO JUAN DE LA CABADA.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

1.- Juan de la Cabada, un autor olvidado.	2
2.- La biografía, exigencias de un género ambiguo.	5
3.- Narrar una vida.	8
Capítulo I.	
Territorios de la infancia.	10
Capítulo II.	
A pasos de baile y a saltos de mata.	44
Capítulo III.	
Contra el fascismo.	74
Capítulo IV.	
Vagancia y otros amores.	107
Epílogo.	148
Fuentes bibliohemerográficas.	154
Fuetes de archivo	166

INTRODUCCIÓN

1.- Juan de la Cabada, un autor olvidado.

En la obra de Juan de la Cabada la representación de la vida cotidiana se expresa con un realismo que abarca lugares y situaciones diversos, sin pretender descripciones amplias. Lo mismo en la Ciudad de México que en la de Campeche, en Barcelona o en Nueva York, que en regiones selváticas o rurales, sus cuentos reflejan costumbres, giros de lenguaje, valores morales, ensoñaciones y deseos de los personajes. Al recrear literariamente esos espacios externos e internos, el autor asume con vitalidad una realidad compleja y variada.

Otro aspecto del realismo en Juan de la Cabada es motivado por su interés en nuestros pueblos originarios. En estos casos el autor intenta una aproximación al indio para mostrarlo más allá de pintoresquismos, como un mero recuento de características realizado desde una posición de observador que, desde esta situación privilegiada, se otorga el derecho de describir a un otro a quien mira con reservas. Por el contrario, De la Cabada intenta adentrarse en la naturaleza propia del indio, romper los distintos esfuerzos de asimilación que sobre él han recaído desde la conquista hasta nuestros días: busca conocerlo en cuanto tal, dialogar con él, adentrarse en sus propias interpretaciones de la vida, comprender una visión del mundo distinta, pero no por eso menos válida a la que como occidentales poseemos.

Consecuentemente, el compromiso social también se presenta en el realismo de Juan de la Cabada sin limitarse a textos abiertamente propagandísticos o escritos por encargo del Partido Comunista en el que militó nuestro autor. Su solidaridad con el otro de igual manera se nutre del habla y los temas populares tratándolos con humor y gracia o centra su atención en seres marcados por la adversidad y así crea personajes que a golpes de audacia, astucia e ingenio, desafían la imposición de un orden excluyente para recuperar la identidad que éste intenta arrebatarles.

Pero no sólo el realismo está presente en la obra de Juan de la Cabada. En ella igualmente existen cuentos que, teniendo como telones de fondo las vertientes literarias

ya referidas, es posible calificarlos de fantásticos toda vez que en mayor o en menor medida ponen en duda los criterios con los que desde Occidente establecemos las dimensiones de lo real. Estos cuentos, en su singularidad, en su incertidumbre ante el origen de sucesos y personajes enigmáticos, cuestionan la forma dominante de conocimiento que asumimos como única y totalizadora.¹

Otra recurrencia temática en la literatura de Juan de la Cabada, tanto en la realista como en la fantástica, es la infancia con sus códigos propios: el juego, la ensoñación, el ocio placentero, contrapuestos al orden convencional de los adultos, solemne, racionalista, pragmático.

Sin embargo, una obra tan variada y con realizaciones sobresalientes – nuestro autor también incursionó en el guión cinematográfico y algunos de sus cuentos se incluyen en las antologías más representativas del género – prácticamente no ha tenido atención de la crítica. Los pocos estudios existentes se centran en los cuentos más conocidos y en ciertos tópicos, como los relacionados con las tradiciones de nuestros pueblos originarios. Entre las investigaciones que destacan se encuentran, a saber, *Análisis de María, la voz. Aproximación a la obra cuentística de Juan de la Cabada*, de Margarita León Vega (1986); *Juan de la Cabada, correspondencia personal* de Gerardo Hurtado Hernández (2009) y *Configuración del mundo infantil y su dimensión simbólica en ocho cuentos de Juan de la Cabada*, de Xóchitl Partida Salcido (2011). Son escasos también los artículos sobre la obra de Juan de la Cabada, aparecidos en publicaciones académicas: “Paseo de mentiras por la narrativa de Juan de la Cabada” de José Luis Martínez Morales (1990); “Letras al vuelo: un paseo por la imaginación oral de Juan de la Cabada” de Gerardo Hurtado Hernández (2006), “Un cuento de Juan de la Cabada. Incidentes melódicos del mundo irracional, una lectura de la tradición” de Margarita León Vega (2009). Lo espaciado de las publicaciones, la reiteración de los autores así como el hecho de que la gran mayoría de referencias sobre De la Cabada que recoge el *Diccionario de Escritores Mexicanos* son sólo reseñas periodísticas sobre sus publicaciones y episodios de su trayectoria como escritor, demuestran nuestra afirmación sobre el grado de olvido en que se encuentra su obra.

¹ En otra investigación ahondamos sobre cómo Juan de la Cabada trasgrede en su literatura la realidad racionalmente interpretada: desde los mundos de la infancia en “Corto circuito”, “El duende” y “Blanche o el secreto”; a partir de las cosmogonías de origen prehispánico, en “El grillo crepuscular” y “Aquella noche” y mediante la solidaridad a toda prueba de un ser de ultra tumba que amorosamente cuida, o da la impresión de que lo hace, a una joven huérfana en “María, la voz”.

De igual manera gran parte de su vida permanece hoy día prácticamente desconocida, a pesar de que el mismo De la Cabada con su seductora capacidad de conversación, propia de un auténtico narrador oral, dio cuenta de abundantes anécdotas derivadas de viajes y aventuras que le permitieron ser un testigo y actor privilegiado de acontecimientos significativos. Al respecto, entre las entrevistas que conocemos, sobresale la compilación hecha por Gustavo Fierros: *Memorial del aventurero. Vida contada de Juan de la Cabada* (2001).

Un breve recuento de las andanzas de Juan de la Cabada, nos permitirá ilustrar lo expuesto. Durante su infancia – recordemos que nació en 1899 – en Campeche conoce los efectos del derrocamiento de Madero, en su adolescencia viaja a Cuba, para posteriormente trabajar en los campos petroleros de Tampico y ya instalado en la Ciudad de México – a donde llega en 1923 –, iniciar su militancia de izquierda. Durante el maximato vive la persecución y posterior proscripción del Partido Comunista Mexicano, cae preso y padece los rigores de las cárceles.

Más adelante, durante el cardenismo, asiste al encuentro anti fascista de Valencia. Participa en la Guerra Civil Española, vive en París a finales de esa década en donde entabla relación con artistas integrantes del surrealismo. Regresa a México y edita en 1940 su primer libro bajo el sello de *Editorial Séneca, Paseo de mentiras*. Por estas fechas se interna en las selvas de Campeche algunos años y vive con Neruda cuando éste es Cónsul General de su país en el nuestro. Después, radica en Nueva York; retorna a México en 1950.

Gracias a todos esos viajes y peripecias entabla amistad con personalidades de la intelectualidad, el arte y la política: Julio Antonio Mella, Tina Modotti, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Benita Galeana, José y Silvestre Revueltas, Luis Cardoza y Aragón. Carlos Pellicer, Octavio Paz, Elena Garro, Miguel Hernández; también con Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Emilio Prados, Juan Rejano, José Herrera Aguilera, “Petere”, sus amigos poetas del exilio español. Gracias a ese círculo se relaciona con Luis Buñuel, con quien colaboró en los guiones de *Subida al cielo* y *La ilusión viaja en tranvía*.

Su carácter inquieto e intrépido, desenfadado, generoso, le permitió vivir situaciones riesgosas o heroicas y escribir una obra tan diversa como extensa y con creaciones no exentas de valor literario. No exageramos si afirmamos que se trata de una de las personalidades más llamativas de la literatura nacional en el siglo XX. Investigar sobre ella, sobre los afectos y desafectos que tuvo con sus contemporáneos, las circunstancias

y términos en que éstos se produjeron, los sucesos y situaciones que originaron sus cuentos, las publicaciones en donde colaboró, los acontecimientos literario e históricos en que por una u otra razón se vio envuelto; en una palabra, escribir su biografía, dará pautas para trazar un panorama más completo de nuestra literatura, pero sobre todo permitirá conocer a un escritor relevante en la narrativa mexicana que después de su muerte ha sido encerrado tras las rejas de la indiferencia y el olvido, a pesar de que voces tan autorizadas y certeras como las de José Emilio Pacheco, lo describió en los siguientes términos:

“Juan es el narrador del cuento de la tribu, ese cuento que empezó antes de que llegáramos y continuará cuando ya no estemos. Ese cuento que nos permite vivir lo inmemorable, lo que no conocimos, y vislumbrar el porvenir que deseamos.”²

Por lo anterior, nuestra investigación tiene el propósito de identificar y describir los rasgos principales de una personalidad singular, poseedora de una vida intensa. A la par, daremos cuenta de cómo los contextos históricos y literarios inciden en ella y en las características y transformaciones de su obra. Todo lo anterior con base en documentos históricos y personales, que procuraremos articular con coherencia y creatividad.

2.- La biografía, exigencias de un género ambiguo.

Toda vez que resulta imposible la reconstrucción puntual del pasado, la biografía precisa, en cuanto género, de las labores creativas de la imaginación tanto como de la objetividad del dato duro. Cuando prevalece la primera, se corre el riesgo de hacer ficción la realidad, novelarla. Si, por el contrario, damos prioridad a la información objetiva, sólo enumeraremos datos y fechas sin que ellos representen la identidad de quien los realizó en un tiempo determinado. El reto del biógrafo estriba en poder evocar, a partir de los registros fríos e imperativos del pasado, una personalidad, identificar sus valores, conocer el sentido de sus actos, recrearla. En otras palabras, debe dar significación a la dicotomía resultante entre lo que François Dosse denominó: lo factual y lo ficticio³.

² José Emilio Pacheco. “Las enseñanzas de don Juan”. *Sábado*, 20 oct. 1979: 4.

³ François Dosse. *El arte de la biografía*. México: Universidad Iberoamericana, p.41.

Por lo anterior, en una biografía es necesario, en primer lugar, adentrarse en el carácter del sujeto, interpretar cuáles son las motivaciones que orientan sus actos, conocer dónde radican los puntos centrales de su existencia, comprender sus intencionalidades. Es una labor que conlleva indagar más allá de los estereotipos y de la identidad construida por el propio biografiado en función de los otros. En consecuencia, se trata de trasponer a la persona para encontrar al individuo, liberarlo de la máscara impuesta o construida y alimentada por cuenta propia.

En el caso de Juan de la Cabada, es necesario preguntarnos hasta dónde su militancia política determinó la imagen que de él se tiene. De igual manera, resulta del todo pertinente preguntarnos hasta dónde su bien ganada fama de aventurero despreocupado y anti solemne representa su personalidad esencial o fue forjada por él mismo con la finalidad de obtener aceptación y reconocimiento. ¿Quién realmente era?

La consecución de lo antes expuesto implica clasificar conductas y temas recurrentes del sujeto, su singular manera de dar vueltas a la noria del dolor, del temor, de la costumbre o de alejarse de ella e inaugurar nuevas sendas. Sin embargo, los individuos no somos entes aislados: nuestra identidad plena sólo es comprensible si a la par de los rasgos de nuestra personalidad se conocen y valoran los de nuestros entornos: familiar, social, histórico. Por esas razones, el biógrafo debe también adentrarse en los contextos de su biografiado y, cuando éste es un escritor, conocer su obra y las publicaciones donde participó, las tenencias estéticas y políticas de ellas, la filiación de sus amistades, su participación en grupos o en polémicas, los entornos y rumbos de la creatividad artística de su época.

Pero la interpretación del biógrafo no será completa o tenderá al error si no asume que su propia personalidad puede reflejarse en su investigación y en la recreación de su protagonista. Por eso debe guardar con él una distancia, que sólo será posible en la medida que conozca los rasgos de su propia personalidad y los de aquella que intenta recrear. Tal ejercicio se dificulta si la relación entre el biógrafo y el biografiado no es de empatía, sino está marcada por la desproporción: la admiración exaltada o la animadversión.

Las obras de un escritor son fuentes valiosas de investigación, pero ante ellas también es conveniente tener precauciones. Es cierto que en la obra está el autor, pero la relación entre la una y el otro no siempre es directa. A veces la primera da cause a expresiones de una identidad desconocida o incluso negada por el segundo. En otras, sólo refleja un momento de la vida de éste. Además, hay que tomar en cuenta la lógica propia del acto

creativo, las emociones que pone en movimiento, las identidades de los personajes que actúan de acuerdo a sus propios intereses, a los parámetros de una tradición, a las exigencias y singularidades de un género. En estas circunstancias la identidad del autor no resulta tan evidente; por el contrario, se encuentra velada en la medida de dar voz a otro u otros que lo trascienden: el yo lírico en el caso del poema, los personajes cuando de narrativa se trata.

En el caso de Juan de la Cabada y su obra, convendrá reflexionar por qué un autor estrechamente vinculado con el Partido Comunista desde finales de los años 20, no escribió siempre cuentos abiertamente propagandísticos. ¿Qué otras influencias tuvo, cómo logró armonizar unas y otras, en qué momentos de su vida se produjeron?

De igual manera, valdría indagar por qué razones una personalidad tan extrovertida, inquieta, en búsqueda constante de aventuras, crea con frecuencia personajes introvertidos o al menos con actitudes constantes de ensimismamiento. La solución a estas interrogantes, arrojaría más luz sobre la personalidad de nuestro autor que algunos testimonios o imágenes estereotipadas.

Las otras fuentes documentales disponibles, de igual manera deberán valorarse no sólo en lo que tienen de registro en la historia del biografiado, sino también y sobre todo en la medida en que dan cuenta de la intencionalidad que orientó su vida. Por lo tanto, deberemos cruzar información, corroborar si los datos recuperados permiten conocer la personalidad del sujeto o si por el contrario nos alejan de él y contribuyen a alimentar una imagen pública. Para estos fines es importante valorar las características de los testimonios recabados en archivos personales, entrevistas al el sujeto biografiado, semblanzas y biografías de las personalidades con quienes mantuvo vínculos: ¿qué tanto apego tuvo el autor del documento hacia el sujeto de nuestra biografía, qué tipos de lazos los relacionaron?, ¿los sucesos aportados los conoció de primera mano o los tomó de alguna otra fuente?

De todo lo anterior se desprende la importancia que en una investigación de esta naturaleza tiene la correspondencia personal. No sólo proporciona registros puntuales de fechas, lugares y acontecimientos, sino también la personalidad auténtica de quien las escribe y el lugar que en ella ocupa el destinatario: son las voces de la intimidad que suelen silenciar en lo público.

Una vez trazado el perfil del biografiado nos servirá de referente para trazar hipótesis sobre su vida, las cuales habrán de jerarquizarse de acuerdo a su mayor o menor apego a las intencionalidades planteadas. La sistematización de este procedimiento podrá

orientar la escritura biográfica salvaguardándola de las tentaciones de la imaginación equívoca y substituyendo ésta por otra de carácter más unívoco, incluso —y sobre todo— en aquellos pasajes oscurecidos por falta de fuentes referenciales.

Como puede apreciarse, el método inductivo es el que se requiere para orientar una investigación de esta naturaleza. Las pautas distintivas de la personalidad que es objeto del interés del biógrafo se construyen a partir de datos específicos. Es una tarea que implica armar un rompecabezas y sin ella se corre el riesgo de elaborar un personaje más próximo a la ficción que a lo factual.

3. Narrar una vida.

Verdad y verosimilitud se dan la mano en la biografía. Ficcionalidad que se acerca a la realidad objetiva. Objetividad impregnada de imaginación. El hecho histórico, el carácter del biografiado, las intenciones de sus actos deben ser representados con los recursos literarios capaces no sólo de convencer sino también de seducir al lector, condición que sólo se logra partiendo del hecho de que a cada vida le corresponde un tratamiento específico, o en palabras de Leon Edel:

“Cada vida adopta su propia forma, y un biógrafo debe encontrar la forma literaria ideal y única que la expresará”⁴

Más adelante, el especialista enumera los procedimientos literarios que a su juicio están a disposición del biógrafo y que son propios de la ficción: rupturas de la tradicional linealidad cronológica, evocaciones, capítulos de distinta extensión, saltos al pasado o al futuro. Todas las innovaciones de la narrativa que se necesiten para expresar las singularidades de una vida.

Sin embargo, para la biografía de Juan de la Cabada recurrimos al canon convencional del género en cuanto a su estructura. Es decir, la narración lineal que Edel no descalifica aunque sí le quita su carácter de obligatoriedad. Si tomamos esa decisión fue porque consideramos que a pesar de que el mencionado recurso ha sido muy utilizado, permite conocer los cambios de una personalidad o de una obra a partir de los acontecimientos que influyen en el individuo durante su vida. Incluso, la reiteración de

⁴ Leon Edel. *Vidas ajenas. Principia Biographica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 24

patrones, es un signo que distingue a una personalidad. Además, el argumento del que Edel desprende la habilitación de nuevas estructuras narrativas para la creación biográfica, justifica nuestra elección: a cada vida le corresponde una realización literaria y la de Juan de la Cabada, plena de viajes y residencias en lugares y ámbitos tan distintos, sólo puede ser apreciada siguiéndola con un orden cronológico. De otra manera las razones y motivaciones de tanto ir y venir, podrían pasar inadvertidas.

Sin embargo, esta elección tiene el inconveniente de que un registro pormenorizado de una vida hace que las experiencias significativas pierdan su relieve, se diluyan en un caudal de información que termine por borrar la identidad biografiada. Por lo anterior, recurrimos a la elipsis para los momentos menos relevantes, pero evitamos saltos abruptos de tiempo por medio de pasajes retrospectivos.

Por último, es necesario precisar que las fuentes principales de nuestra investigación provienen del Archivo Personal Juan de la Cabada que se encuentran, desde 1990, bajo resguardo de la Unidad de Servicios Bibliotecarios de la Universidad Veracruzana en Xalapa. Es el fondo más importante de nuestro autor al que se tiene acceso público, físicamente o en línea. Sin embargo, ese archivo no contiene la totalidad de los documentos de De la Cabada, toda vez que su hija, Julia Marichal, en 1992 encontró otra documentación que en el 2002 ingresó al Archivo General de la Nación. Años más tarde, la misma Julia retiró esos documentos al parecer con la finalidad de digitalizarlos, pero su muerte violenta la privó de cumplir su objetivo. El resto de nuestras fuentes provienen del mismo AGN, la Hemeroteca Nacional, entrevistas, testimonios y la obra de nuestro autor.

Capítulo I.

Territorios de la infancia.

I

La tarde de ese 4 de Septiembre de 1899 la Banda de Música de Campeche estuvo tocando en el kiosco del parque principal. La presentación se prolongó porque ya entrada la noche, en la céntrica calle Colón, en la casa de la familia De la Cabada Vera, los acordes eran un estímulo a las labores del primer parto de Antonia. En el dormitorio principal la asistía su madre, quien desde que tuvo noticias de las primeras contracciones dejó su casa en el barrio mestizo de San Francisco y fue a apoyar a su hija que se había casado con un hombre de postín. También estaba presente para auxiliar a Antonia doña Joaquina Aguirre, conocedora de las virtudes y riesgos de la herbolaria, rezadora oficial en los velorios y partera avezada. Vida y muerte de los campechanos pasaban ante sus ojos y entre sus brazos.

Sobre el pasillo y recostado en una hamaca afuera del dormitorio, Ricardo de la Cabada fumaba un cigarrillo y conversaba con el padre Romero, quien debería bautizar a la criatura recién nacida para evitar que, en un raptó de la muerte, la salvación eterna de su alma peligrara al carecer del más importante de los sacramentos. Ricardo ya había tomado una decisión en cuanto al nombre de la criatura: si era mujer, se llamaría Josefina; si varón, Juan, como su padre, originario de Santander y de profesión marino, y como su hermano, distinguido finquero campechano.

Un chillido se escuchó entre los compases de la música y el zumbido de los insectos. Fue varón. Lloraba a pulmón batiente envuelto —literalmente— en pañales de seda, entre encajes y sábanas belgas, obsequios de la tía Dolores para el primogénito del menor y más querido de sus hermanos.

El bautizo se llevó a cabo con las solemnidades del caso y, a falta de otro hombre, además de Ricardo, el padre Romero fue el padrino del pequeño. Como estaba acordado

le pusieron Juan, aunque a insistencia del padre Romero y de la siempre piadosa tía Lola a quien le devoraba el ansia por conocer al recién nacido, le enjaretaron otros nombres a manera de rosario: Lucio, Moisés, Rosalío, con sus apellidos respectivos: De la Cabada Vera.⁵

II

Los primeros años de su infancia transcurrieron entre los mimos de las sirvientas y familiares, con peinados andróginos que, de acuerdo al gusto de la época, impedían reconocer su género. Sin embargo, esta pureza asexual se rompía cuando se trataba de vestirlo para sacarlo a pasear. Para tales ocasiones nada más adecuado que un traje de marinero, con gorra y los infaltables pantaloncillos cortos, representativos de la infancia. Así, podía verse al pequeño Juan de la mano de sus padres y de la servidumbre, hacer sus primeros pininos en el parque principal, sujetándose de las bancas con azulejos y haciendo intrépidas incursiones hasta las rejas de la periferia. El asombro ante el mundo le crecía, a pesar de sus ojos rasgados.

Tiempo después nacería Ramón, el más rubio de los De la Cabada, y posteriormente Francisco, Manuelito, Josefina e Hilarión. Los tres últimos fallecieron a consecuencia de enfermedades propias de la infancia.

Al caer las tardes, sentado en una mecedora en la puerta de su casa, Ricardo solía contarles cuentos a sus hijos. De esta manera Juan conoció de la naturaleza y hechos de la X-Tabay, mujer hermosa que perdía a los hombres con sus encantos, los conducía a la sombra de una ceiba y previo al encuentro amoroso, mostraba su verdadera identidad dejando ver sus horrendas piernas de guajolote. Supo también de brujos capaces de emprender el vuelo y del amo o señor del monte, del Aluxe que rige las lluvias, mora en las cuevas, duerme durante casi toda la semana, excepto los viernes, días en que el

⁵ Xóchitl Partida Salcido. *Configuración del mundo infantil y su dimensión simbólica en ocho cuentos de Juan de la Cabada*. Xalapa: Universidad Veracruzana. Tesis de Maestría, nota a pie 9, p. 10. María Ángeles Juárez Téllez. *Cosas que dejé en la lejanía. Memorias de Juan de la Cabada*. México: UNAM, p. 19 - 20. Luis Suárez, "El fabuloso Juan De la Cabada" *Mañana*, 730, 24 ago. 1957: 31, Elsa Jascalevich. "A mí lo único que me hace feliz es el amor". *Sábado*. 20 ago. 1979: 6. Juárez Téllez, *op. cit.*, p. 7.

hombre debe evitar entrar a sus dominios. Así la mente de Juan se fue poblando de seres y sucesos sobrenaturales que años después irrumpirían en algunos de sus cuentos.

Pero no sólo las narraciones paternas a la luz de los faroles de queroseno, sirvieron para alimentar la imaginación de Juan. También motivaron su espíritu de aventura, sentaron las bases para la intrepidez que lo singularizó, pues Ricardo entre cada historia le solicitaba a su hijo que atravesara la casa en penumbras y le prendiera un cigarro en el fogón de la cocina. El niño gustoso obedecía y a su regreso le pedía a su padre le nombrara con un rango militar, en honor a la valentía mostrada. A cada nueva incursión entre las penumbras habitadas por seres espectrales y tras haber vencido a éstos con ingenio y audacia, el niño regresaba con el cigarro encendido reclamando a su padre un rango militar más alto y otro cuento que permitiera prolongar el juego.

Las ocupaciones de Ricardo no se limitaban a las narraciones de las tradiciones mayas, era también propietario de una finca en el poblado selvático de Ulumal. Allá se dirigieron en una ocasión el matrimonio De la Cabada Vera y por supuesto Juan. Para Ricardo dos fueron los motivos de ese viaje: atender asuntos de negocios y hacer los últimos ensayos para el montaje de una farsa carnavalesca que había montado con sus peones; a Juan en cambio, lo animaba la oportunidad de viajar, de participar en sucesos insólitos y aventuras.

El recorrido era largo y no exento de peligros. Debían embarcarse en Campeche, llegar a Ciudad del Carmen, hacer después escala en Tenabo donde vivía el tío de Antonia, Carlos Miranda, coronel liberal juarista que había luchado en la intervención francesa, posteriormente era necesario navegar en cabotaje hasta el puerto de Champotón y ahí entrar a la desembocadura del río Ulumal cuyas afluentes nacían en el poblado del mismo nombre.

Durante la travesía Juan viajaba en la proa de la embarcación, junto a su dueño, le gustaba contemplar las olas del mar que se abrían al paso de la nave. En las noches, solía escurrirse del regazo materno para dirigirse a su sitio predilecto y, en compañía de su padre, atisbar lejanas estrellas y escuchar historias picantes narradas por los adultos. El mar, la selva, el río dejaron desde entonces una huella en su memoria, alimentaron su imaginación y orientaron el sentido de su vida y de buena parte de su literatura.

La estancia en Ulumal le permitió a Juan tener una de sus primeras experiencias ante la injusticia social: en la hacienda vecina a la finca de su padre se extendían largas hileras de henequenes, los campesinos vestían manta blanca y sufrían fuertes castigos corporales que a Juan le tocó presenciar. Además, la tienda de raya y su paga en fichas válidas sólo para esa hacienda, los altos precios fijados por el patrón y la intervención de un cura de apellido Rodríguez para justificar desde el púlpito esa explotación feroz, fueron situaciones que calaron hondo en la conciencia del niño.

En contraste, en la finca de su padre no existían castigos corporales y en general los peones tenían mejores condiciones de vida. Incluso para su esparcimiento el patrón promovía entre ellos el gusto por las representaciones escénicas populares, como aquella que en esa ocasión mostrarían al público: La guandarucha.

No hay duda de que los cascabeles, el sonido de las percusiones, de los violines y las trompetas; de las máscaras representando a la muerte, al diablo, a la serpiente, a negros bullangueros y cimarrones, dejaron una fuerte impresión en el pequeño Juan, al grado de que varios años después se dio a la tarea de investigar sobre aquella representación escénica, transcribirla y hacerla pública.

Una vez terminada la obra Juan decidió estrechar vínculos con aquellos peones metidos en asuntos actorales. Nada mejor para esos fines que mostrar sus propias cualidades histriónicas: colocarse las máscaras y reproducir las onomatopeyas escuchadas, imitar los pasos de los bailes, hacer sonar los cascabeles. A las gracias del niño, los peones respondían con improvisaciones cada vez más jocosas y Juan se veía obligado a llevar su ingenio y talento a sus mayores alcances posibles. A punto de agotar su repertorio, el niño recordó unos versitos que sin saber bien a bien su significado, le habían llamado la atención por la gran hilaridad que causaron cuando los escuchó en boca de algunos adultos:

Qué joder dijo un lechón

cuando lo estaban capando.

Y respondió la lechona:

¡lo mejor le están quitando!

Las risas crecieron en intensidad en el pequeño tablado improvisado a la entrada de la casa. De pronto, los rostros de los peones se llenaron de rubor. A espaldas de Juan, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, Ricardo miraba con severidad a su pequeño hijo. Las intervenciones de los peones inculpándose por las palabras del niño mitigaron los enojos paternos, pero no impidieron que después de deliberar, Ricardo y Antonia decidieran, apenas regresaran a Campeche, meter a su hijo en una escuela.⁶

III

Tal vez porque esa casa era la del gobernador de Campeche y el sitio gozaba de prestigio o sencillamente porque estaba situada justo enfrente de la de la familia, el caso es que ahí entró Juan a cursar sus primeras letras. Un patio inmenso en cuyo centro crecía una parra grande y frondosa era lo que más llamaba la atención del recién llegado. En cambio el salón de clases situado en uno de los corredores que limitaban al patio, resultaba demasiado frío y en penumbras. Por si fuera poco las historias contadas por la maestra nada tenían que ver con las que Juan conocía por boca de su padre, aquellos lugares eran tan distantes y ajenos a la realidad inmediata, con brujas que precisaban de calderos para realizar sus hechizos y esos paisajes cubiertos de bruma y nieve, que lo más sensato era quedarse callado hasta encontrar la primera oportunidad para evadir el encierro y correr hacia la parra y sus ramas protectoras.

Una vez a salvo había todo un universo por descubrir. Lo primero, por supuesto, el sabor amargo de esas uvas, hasta que el paladar se cansara de tantas intensidades; después mirar los pájaros, imitar sus chillidos, intentar inútilmente atrapar a alguno. Si un adulto osaba interrumpir esas concienzudas labores de botánico y ornitólogo, siempre quedaba el recurso de un salto oportuno seguido de una veloz carrera hasta trasponer los arcos de ese patio y perderse en otros, posteriores y menos llamativos,

⁶ Alberto del Castillo Troncoso. "Imágenes y representaciones de la niñez en México a principios del Siglo XX" en *Historia de la vida cotidiana en México. V. Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida?*. Aurelio de los Reyes (Cord). México: FCE / COLMEX, p. 88. Julieta Ortiz Gaitán "Casa vestido y sustento. Cultura material en anuncios de la prensa ilustrada (1894 – 1939)" en *Ibid*, p. 127. Justo Sierra, Gantús Inurreta, et. al. *Campeche. Historia Breve*. México: FCE, imágenes 31, 32, 42 y 45. Suárez. *Op. cit*, p. 31. Juárez Téllez, *op. cit.*, 35. *ibid.*, 33 – 34, 22. Suárez, *op. cit*: 3. Juárez Téllez, *op. cit*, pp. 22 – 23, 31. De la Cabada, *La Guandarucha. Comparsa carnavalesca de Campeche*. Campeche: Muralla Editorial, pp. 28 – 29.

pero en cuyos corredores era fácil encontrar habitaciones que invitaban a nuevas indagaciones o a un merecido y reconfortante sueño.

De nada sirvieron regaños ni amenazas, ni de parte de la maestra ni de la familia. Juan tenía la convicción de que las horas en el pupitre era tiempo echado a perder. La luz del sol, la parra y sus frutos, los pájaros y sus vuelos resultaban irresistibles, incluso cuando el pequeño ponía el mejor de sus esfuerzos para hacer caso omiso a sus insistentes llamados.⁷

Para los padres de Juan no hubo más remedio que buscar otra escuela. Una que garantizara seriedad y rigor. Fue así que optaron por mandarlo a casa de la maestra Rosalía, beata entrada en carnes y años, quien gozaba de fama como docente y prestaba sus servicios a las familias acaudaladas de Campeche. Así, una mañana, tomado de la mano de su padre, Juan fue conducido a su nueva escuela; el pequeño llevaba consigo una silla, pues la buena reputación de quien ahora se haría cargo de su enseñanza, no significaba que contara con un mínimo mobiliario escolar.

En esa otra casa no había patios grandes con parras seductoras y el salón de clases era un espacio imposible de franquear. Sin embargo, si las barreras físicas limitaban la libertad de Juan, siempre quedaba el recurso de la imaginación para evadirse. Para tales fines servía un altar colocado enfrente de los párvulos, las luces de las veladoras proyectaban las sombras de los santos y permitían de esa forma la presencia de seres espectrales, de lugares ignotos, de pasajes a otros ámbitos ilimitados. Sin embargo, nada

⁷ En la obra de Juan de la Cabada es recurrente la presencia de miradas infantiles contrapuestas a las del mundo adulto. Tal tema es tratado de distintas maneras por nuestro autor, en algunas ocasiones, como en “El niño de las diez casa” la mirada infantil sirve para dar cuenta de la vida cotidiana en un barrio pobre de la Ciudad de México a principios del siglo XX y para poner de relieve la doble moral del mundo adulto, en contraste con la espontaneidad y sinceridad de la infancia. En “Tarrarrurra” el mundo de la infancia se confronta a la severidad de la vida conventual de un orfanato y permite encontrar por medio de la imaginación y el juego la libertad que niega ese ámbito cerrado y autoritario.

En otras ocasiones, en cambio, la mirada infantil le sirve a De la Cabada para cuestionar el criterio de realidad basado en un racionalismo aristotélico que impone una cultura dominante, representada por el mundo de los adultos. Un caso es “Blanche o el secreto” con la ambigua presencia de la joven que da título a este cuento, único ser capaz de comprender las necesidades de la pequeña protagonista. Otro caso es “El duende” donde el insistente llamado de las hojas de un árbol abre la posibilidad de la existencia de un ser de otro mundo, compañero de los juegos de las pequeñas Elsa e Hilda. El pasaje biográfico arriba mencionado remite a este último cuento, por sus referencias a un árbol seductor, propicio para el juego y la imaginación infantiles.

[Juan de la Cabada. *María, la voz* México: FCE, pp. 80 – 136. Juan de la Cabada. *Y esta noche que no acaba. Cuentos y sucedidos 4*. México: FCE, pp. 106 – 125. Juan de la Cabada. *La tierra en cuatro tiempos. Cuentos y sucedidos 1*. México: FCE, pp. 185 – 190. Juan de la Cabada. *El duende. Cuentos y sucedidos 3*. pp. 7 – 26. Marco Tulio Lailson. *Para asir lo inasible. Lo fantástico en la obra de Juan de la Cabada*. Tesis de licenciatura. México: UNAM, pp. 35 – 46.]

inquietaba más a Juan que la aparición repentina de una mujer alta y robusta, de cabello largo que se mecía al ritmo lento de sus pasos. Vestía una túnica blanca y con una mano tanteaba las paredes hasta llegar al altar. Entonces se besaba las puntas de los dedos y tocaba los rostros de los santos. Sus ojos verdes y sin brillo resaltaban en la penumbra del recinto. Era como si de pronto alguno de esos santos cobrara vida y se dirigiera a sus congéneres de palo para pedirles un milagro que la redimiera de sus males, que le permitieran encontrar la luz para alumbrar sus pasos en el mundo.

Como es de suponer esas incursiones a los territorios de la imaginación frenaban los avances académicos de Juan, al grado de que era incapaz de leer con fluidez y apenas deletreaba el silabario. Cuando su padre en una ocasión lo puso a prueba en tales habilidades y no encontró resultados satisfactorios, enojado lo calificó de tonto. El niño, ofendido, no tuvo más remedio para mantener su reputación cuestionada que endilgar a la maestra la condición que le achacaron. El resultado no se hizo esperar, al día siguiente Juan ya no arrastró su sillita por la calle Colón hacia la casa de la maestra Rosalía; en vez de eso fue llevado a una nueva escuela: el colegio marista del Sagrado Corazón de Jesús.

Después de clases y antes de regresar a casa Juan solía vagar por las calles de Campeche sin otra finalidad que conocer ese mundo circundante que no dejaba de llamarle la atención. Debía ser cauto pues los hermanos Rodríguez, hijos naturales del cura de Ulumal, solían informar a sus padres de cuanta acción inapropiada o trasgresora realizara. Por eso era necesario poner pies en polvorosa apenas sonara la campana que indicaba el final de las clases y las puertas del colegio se abrieran permitiendo la salida de los alumnos. Ya en la calle, también era conveniente dar vuelta en alguna esquina y buscar el quicio de algún zaguán para esconderse y verificar que no era seguido por alguno de esos entrometidos dispuestos a preservar el buen nombre de la familia De la Cabada. Hechas tales precauciones y ya con la certeza de no tener testigos incómodos, sólo restaba caminar bajo el rotundo sol, ante la refrescante brisa que le despeinaba el fleco.

Solía dirigirse a las playas de San Román a contemplar el mar o al barrio de San Francisco — en las proximidades de la casa de su abuela materna— con sus callejuelas, su convento y su templo, su Cristo negro venerado por pescadores, marineros, chicleros. Éstos últimos llegaban a Campeche después de permanecer durante más de medio año

en las regiones selváticas, extrayendo la resina del chicozapote, contratados para esos fines por compañías estadounidenses. Al puerto llegaban a cobrar su paga con los contratistas al servicio de dichas empresas, a comprar ropa y zapatos, pero sobre todo a encontrar deshago de las penurias sufridas entre tragos de ron y cuerpos de mujeres.

A Juan le impresionaban sus rostros curtidos al sol, sus expresiones fieras y desencajadas, sus machetes a la cintura prestos para desenvainarse a la menor provocación. Los veía comprar en las tiendas de los libaneses, jugar a la rayuela en las periferias de la plaza, entrar o salir de cantinas o de los burdeles “La tierra de nadie” o “La palestina”.

De regreso a casa y después de comer en un corredor con arquería que hacía las veces de comedor familiar – pues el calor a veces resultaba insoportable y la familia precisaba del aire que entraba por el patio interno – Juan hacía sus labores escolares en la sala, una habitación amplia, de techos altos, grandes ventanales que permitían el paso de la brisa marina y de los ruidos callejeros, entre ellos el traqueteo del tren de mulitas que pasaba enfrente de la casa, justo al lado del *Oldsmobile* 1905 de Ricardo.

En una mesita comprada para esos fines por su tía Dolores, vecina de la familia, el pequeño Juan ejercitaba sumas y restas para después abstraerse en los libros traídos de Barcelona, que le proporcionaban los maristas. En esas páginas encontraba historias muy distintas a las que le contara su padre, pero que ahora, a diferencia de lo que pasara en su primera experiencia escolar, comenzaba a comprender y a disfrutar.

Antonia por su parte, sentada en una mecedora amamantaba a Francisco, el menor de sus hijos. Mientras Ricardo en su sólido sillón de caoba fumaba al tiempo que meditaba sobre cómo mejorar las finanzas familiares. Ya había emprendido varios negocios con resultados adversos: venta de añil y café, fabricación de muebles y baúles. Ningún resultado positivo, los negocios duraban tres o cuatro meses y después quebraban.

Pero Ricardo era perseverante, ahora incursionaría en la cría de ganado y no veía manera de que este nuevo empeño no llegara a buen fin. Comentó con su esposa sus nuevos planes y de ella sólo recibió una amorosa sonrisa y palabras que aludían a su corta estatura contrastante con la altura de sus sueños. Ricardo refunfuñó, alzó la vista hacia el retrato en oleo de su abuelo Francisco Campos, como buscando en su antepasado el aval a sus intenciones que le negara su cónyuge, después se irguió y salió

de la habitación cerrando la puerta. El airecillo producido hizo chisporrotear levemente las veladoras dedicadas a la Virgen de la Soledad, a San Antonio y Santa Gertrudis, cuyas imágenes custodiaban la sala desde la pared adyacente a la que ocupaba el abuelo de Ricardo. Antonia suspiró y acarició la cabeza del pequeño Francisco en donde ya se insinuaba un cabello rubio. Juan, ajeno a toda la escena, seguía absorto en la lectura, aunque las lecciones escolares habían quedado atrás y ahora su atención se centraba en un cancionero que había encontrado en sus incursiones en el cuarto de sus padres.

Esa noche, después de cenar en familia sin otros incidentes, Juan se fue solo a su cama como correspondía a un niño de su edad. Sus dos pequeños hermanos, Ramón y Francisco, dormían ya en sus respectivas cunas. Juan se santiguó delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que con motivo de su séptimo cumpleaños le había regalado su padrino, el padre Romero, y que desde entonces ocupaba el lugar principal en su mesa de noche. Después se metió a la cama y sin mayor dificultad cayó en brazos de Morfeo.

Tal vez sus sueños se poblaran de hadas, chaneques y chicleros de miradas inquietantes, pero si tales presencias intentaban robarle la calma, Juan encontraba, como en la vigilia, la oportunidad de huir para refugiarse en las aguas de un mar dilatado y apacible, sobre cuya superficie el reflejo de la noche fluía, lenta y constelada.

En esos años de pantalones cortos, no todas las noches del pequeño Juan fueron tranquilas. Hubo otras marcadas por la fiebre y sus temblores, por los efectos del paludismo que tal vez producían en la mente de niño visiones siniestras: chicleros de gestos descompuestos, parecidos a felinos salvajes, dispuestos a la pelea, desenfundando largos machetes de hojas afiladas como garras. Entonces no había refugio ante esas amenazas, las aguas del mar se embravecían, sus olas altas eran manos crispadas que se cernían sobre Juan a quien no le quedaba otro recurso que correr sin rumbo fijo, eludiendo en las bocacalles del delirio a chaneques de mirada torvas, a brujos con alas de relámpago, a Cristos oscuros de manos sangrantes. Y a cada paso de esa huida que parecía interminable, su rostro se desencajaba, su cuerpo entero, convulso, se llenaba de sudores.

En esos momentos cuando las curas tradicionales fracasaban e incluso el tónico de *La Peruna* con fama de panacea tanto en Estados Unidos como en México, no lograban aliviar los males del pequeño, la tía Dolores abrazaba a su cuñada deshecha en llanto, al

tiempo que lamentaba los atrasos que padecía Campeche. Entre ellos, la falta de electricidad que les impedían contar con los beneficios de los baños electrostáticos, de cuyos resultados extraordinarios conocía por boca de amistades que habían viajado a la Ciudad de México.

La salud finalmente la recuperaba Juan gracias a la herbolaria de doña Joaquina Aguirre, la partera, y a unas inyecciones recomendadas por su abuela materna. Los días de convalecencia los pasaba en cama, estudiando las lecciones que Ricardo les solicitaba a los maristas, hasta que del todo restablecido regresaba a la escuela, donde al finalizar las clases continuaría eludiendo la vigilancia de los hermanos Rodríguez, para poder vagar a sus anchas en el barrio de San Francisco o en las playas.⁸

IV

Los viernes por las tardes la sala familiar se convertía en escenario. La tía Dolores era quien animosa organizaba las tertulias. En los días previos se daba a la tarea de seleccionar poemas de Bécquer o de Espronceda para declamarlos vestida con sus mejores galas, con voz apasionada y vibrante. Siempre tuvo predilección por el menor de sus hermanos y se esmeraba en procurarle a él y su familia atenciones y apoyo, en especial cuando se trataba de fomentar el buen gusto y el amor por las artes. Ricardo en aquellas ocasiones, gustaba de cantar algunas arias de *Tosca* o *Rigoletto* o habaneras que sabía de memoria:

Si a tu ventana llega

una Paloma,

trátala con cariño

que es mi persona.

⁸ Jaskavelich, *op. cit.*: 6. Juárez Téllez, *op. cit.*, p.34. Gustavo Fierros. (Comp.) *Memorial del aventurero. Vida contada de Juan de la Cabada*. México: CONACULTA, pp. 27– 29. Juárez Téllez., *op. cit.*, pp. 17 – 18, Justo Sierra, Gantús Inurreta, *et. al. Op. cit.* imagen 31, p. y Ortíz Gaitán, *op. cit.*: 147. Jascavevich *Op. cit.*: 6. Suárez, *op. cit.*: 31. Juárez Téllez, *op. cit.*, p.18. Suárez. *op. cit.*, p. 32. Del Castillo Troncoso, *op. cit.*: p. 96.

Cuéntale tus amores,

bien de mi vida,

corónala de flores

que es cosa mía.

¡Ay! ¡Chinita que sí!

¡Ay! ¡Que dame tu amor!

¡Ay! Que vente conmigo,

chinita, a donde vivo yo!

Con tales versos Antonia se sentía aludía y en sus mejillas se dibujaba un ligero rubor. Normalmente no intervenía en los momentos musicales de las reuniones, se contentaba con admirar los talentos histriónicos de su cuñada y su marido. Pero si la velada le encendía el ánimo, fiel a su herencia juarista heredada de su tío Carlos Miranda, solía entonar los versos satíricos de Vicente Riva Palacio:

Alegre el marinero

con voz pausada canta

y el ancla ya levanta

con extraño rumor.

La nave va en los mares

botando cual pelota:

Adiós, mamá Carlota,

Adiós, mi tierno amor.

[...]

Acábanse en Palacio

tertulias, juegos, bailes;

agítanse los frailes

en fuerza del dolor.

La chusma de Las cruces

gritando se alborota:

adiós, mamá Carlota,

adiós, mi tierno amor.⁹

A decir verdad estas intervenciones de Antonia no encontraban muy buena acogida entre los hermanos De la Cabada, especialmente en la tía Lola, quien demostraba su desaprobación por los gustos rústicos de su cuñada, enarcando la ceja y frunciendo las narices, mientras aplaudía displicente. Sin embargo, sus muestras de desaprobación nunca pasaron a mayores términos, máxime que al pequeño Juan, partícipe atento y asiduo de aquellas veladas, esos versos lo hacían aplaudir con entusiasmo y en más de una ocasión pedía con una insistencia que llenaba a Antonia de un íntimo orgullo, que los volviera a cantar.

En otras ocasiones las reuniones se alejaban de lo literario y musical para abocarse a los juegos: damas inglesas, baraja española o la oca. A Juan no le resultaban demasiado agradables, pues eran entretenimientos para adultos que no implicaban mayor creatividad ni imaginación. Él prefería las sombras chinas, por esos no dejaba de insistir en que su tía Dolores abandonara las cartas o la tirada de dados, hasta que lo acompañaba a las penumbras del cuarto donde dormía con sus hermanos. Ahí, con el debido sigilo y a la luz de una vela, las esbeltas manos de la tía proyectaban sobre la pared mariposas o pájaros, perfiles de brujas o de duendes que Juan torpemente imitaba hasta que sus repetidos fracasos lo hacían intentar figuras de más fácil animación: su pequeña mano extendida, cerrada de pronto en movimiento ascendente, se transformaba en una araña gigante y oscura trepando la pared, o simplemente su cabeza puesta al lado

⁹ Vicente T. Mendoza. *La canción mexicana. Ensayo de clasificación y antología*. México: FCE, pp.199-200.

de la vela le permitía formar una montaña o un risco, cuyos perfiles escabrosos se adentraban en las sombras del mar.

Quizá por esta afición a las sombras resolviéndose en imágenes, no le causó a Juan tanto estupor aquellas otras proyectadas sobre una improvisada pantalla puesta sobre uno de los costados de la catedral, cuando en 1907 Campeche conoció la luz eléctrica y con ésta el cine. En la mente del niño las dudas más inquietantes tal vez versaban sobre qué cantidad de manos eran necesarias para animar al sorprendido rostro de la luna y a los extraños y feroces seres que la habitan en la película de Georges Méliès.¹⁰

VIII

La vida de Juan en esos sus ochos años, transcurría sin mayores sobresaltos. En la escuela marista sobresalía en sus notas, a pesar de dedicarle poco tiempo al estudio y gracias a su facilidad para comprender las lecciones. Sus buenos resultados causaban cierta envidia entre sus compañeros, sobre todo en los hermanos Rodríguez y en el yucateco Pepe, apodado “el queso” a causa de su cara redonda y blanca. Era un disciplinado estudiante que aprendía de memoria las lecciones, pero sus afanes nemotécnicos siempre dieron resultados menores ante las capacidades de Juan, quien ufano seguía sus vagabundeos al final de las clases al tiempo que acrecentaba su afición a leer cuanto papel impreso llegara a sus manos.

Sin embargo, el 10 de mayo de 1908 la vida de Juan dio un vuelco. Después de salir de la escuela y caminar un rato por el barrio de San Francisco, mientras pensaba que de grande se dedicaría a fundar pueblos, conduciendo un auto como el de su padre y construyendo caminos y puentes, al pasar por la casa del padre Romero notó un alboroto que llamó su atención. Con su habitual desenfado se acercó al zaguán abierto, vio a unos monaguillos asustados y sollozantes, al sacristán colocando un cirio en un candelero atrás de un féretro con la tapa abierta. Las viejas santurronas asiduas a la iglesia del barrio, lloraban enlutadas. No tardó en comprender lo que sucedía: era el velatorio de su padrino. Salió corriendo para comunicarles a los suyos lo sucedido.

¹⁰ Jascavevich, *op. cit.*: 7. Fierros, *op. cit.*, p. 91. Ortiz Gaytán, *op. cit.*, p. 142. Juárez Téllez. *op. cit.*, pp. 41 –42.

En su casa en la calle Colón también el orden habitual estaba roto. Su madre se recuperaba de un desmayo y cuando escuchó de su hijo las malas nuevas se negó a creerlas. Afirmaba que el padre Romero había estado con ella, en sueños se le presentó pues estaba en trance de morir y debía confesarla. De nada sirvió la insistencia de Juan, Antonia se mantenía en su dicho y hubo necesidad de que Ricardo interviniera y se llevara al pequeño.

No se sabe si esas palabras de Antonia fueron fruto del delirio o del azar vueltos una premonición. El hecho es que ese mismo día 10 falleció, dejando en la consternación a su familia. Pocas veces doña Joaquina Aguirre tuvo que plañir elevando tantas plegarias al cielo y menos veces aún conoció Juan momentos tan amargos. Se refugió en un rincón de su cuarto y lloró toda la noche, mientras una orquesta interpretaba valsés y pasos dobles para consolar a los dolientes.

Los infortunios de la familia De la Cabada no acabaron ahí. El negocio ganadero de Ricardo iba de mal en peor y lo hacía viajar cada vez con mayor frecuencia a su hacienda, pasando en ella temporadas cada vez más largas. Las consecuencias no se hicieron esperar: el paludismo lo atacaba con violencia y sus hijos lo veía llegar en un coche de algún familiar o amigo, envuelto en sábanas. Entonces había necesidad de cárgalo hasta su cuarto en camilla y así pasaba, entre fiebre y delirios, hasta dos semanas enteras.

De nada sirvieron los cuidados de la tía Dolores, ni el médico que su marido recomendara para cuidar al joven viudo. Cada vez que Ricardo se ausentaba para adentrarse a la selva y estar al tanto de su finca ganadera, el paludismo se presentaba con más violencia. Ante esta situación Ricardo y su hermana no tuvieron más remedio que ceder a las insistencias de la madre de Antonia, quien lloraba la pérdida de su hija y pedía hacerse cargo de Juan, Francisco y Ramón, para mitigar sus penas y brindarles la atención que Ricardo no estaba en posibilidad de proporcionarles.

Por esos motivos los pequeños hermanos De la Cabada Vera dejaron su hogar en la céntrica calle Colón y se fueron a vivir al popular barrio de San Francisco, en una casa pequeña, contigua a la de su tío materno Pedro Vera, de oficio carpintero. Atrás quedaron lujos y comodidades, servidumbre y tertulias. Una nueva realidad se les impuso.

Juan dejó de ir a clases pero no por eso interrumpió sus estudios. En ese ciclo escolar los maristas le facilitaron las lecciones impresas y le permitieron hacer exámenes en casa. Con más tiempo libre y esa desazón que lo invadía, se dedicó a vagar sin rumbo, a buscar lugares apartados y solitarios, como los patios posteriores del caserón donde estuvo su primera escuela, o la estación de ferrocarril en donde pasaba horas caminando sobre los rieles que se perdían a la distancia.

En otras ocasiones la ansiedad lo llevaba a buscar el peligro. Cualquier pretexto era bueno para reñir con los niños vecinos y así sus habilidades pendencieras crecieron y ganaron fama en su nuevo barrio. Otras veces hacía caso omiso de los llamados de su abuela de guarecerse cuando una tormenta se aproximaba y aguantaba la fuerte lluvia en la intemperie chapoteando por las calles inundadas.

Sólo contemplar el mar le proporcionaba alivio. Pasaba largas horas en la playa o en el baluarte de la Soledad, cerca del faro. La vista de las embarcaciones perdiéndose en la distancia, las olas apacibles, el inalcanzable horizonte, le ofrecían senderos infinitos de fuga, praderas interminables para caminarlas como aquel Jesús a quien conoció en los Evangelios. Las voces del viento le invitaban al viaje, a dejar atrás su pequeño mundo de infancia, para adentrarse en los dilatados confines de la vida.¹¹

IX

En 1909 Ricardo, enfebrecido ya no de paludismo sino por el clima político que convulsionaba al país, dedicaba su tiempo libre a la escritura de un libro *La verdad en su lugar*, destinado a cuestionar a Madero y su oposición a la reelección de Porfirio Díaz. Por ese mismo tiempo otras fiebre también lo animaban, éstas sin embargo no tenían cariz político y sí sensual. Con frecuencia se le veía asistir al *Teatro Toro* engalanado con un vistoso sombrero, en una actitud contraria a su costumbre. En aquel recinto de postín disfrutaba de dramas, óperas y reconfortantes compañías femeninas. Así, sus posiciones políticas y sus valores morales contrastaban: para las primeras era conservador; para los segundos, liberal.

¹¹ Juárez Téllez, *op. cit.*, p. 48. Partida Salcido. *op. cit.* p. 11. Juárez Téllez, *op. cit.*, pp. 45 – 46. Suárez, *op. cit.*: 31. Jascavevich, *op. cit.*: 6, 7. Juárez Téllez, *op. cit.*, 46. Justo Sierra, Gantús Inurreta, *et. al.*, imagen 35. Suárez. *op. cit.*: 32.

En junio de ese año Francisco I. Madero visitó el puerto de Campeche con fines proselitista. Su estancia fue auspiciada por un grupo de simpatizantes que en él veían sin lugar a dudas, la mejor opción para suceder a Díaz. En un mitin nocturno, realizado en el *Circo Teatro Renacimiento*, contiguo a la plaza de San Francisco, varios oradores externaron su apoyo al líder que representaba los anhelos de transformación del país. Es de suponer que Ricardo de la Cabada no asistió a ese acto, su primogénito en cambio sí.

Probablemente en una de sus habituales vagancias llamó su atención encontrar abierto e iluminado el teatro en horas desacostumbradas. Poco le importó que ya fuera entrada la noche y que la prudencia y los consejos amorosos de su abuela le invitaran a regresar a la casa de ella. Algo inusual pasaba y no podía perder la oportunidad de participar en ese acto al que invitaban elegantes jóvenes, repartiendo propaganda entre los pocos transeúntes que aún pasaban por la calle. Tomar uno de esos folletos y trasponer la puerta fue cosa fácil e igualmente fácil fue encontrar asiento en las gradas del foro. Un joven de apariencia similar a los que estaban en la entrada pronunciaba en el escenario un discurso encendido en el que aludía a Francisco I. Madero. El personaje debía ser un hombre que contrastaba entre los que estaban en la palestra por su mayor edad y su menor estatura. El nombre se le quedó a Juan grabado en la memoria y quizá comprendiendo que esa presencia era lo más relevante del acto, decidió salir del teatro para dirigirse a la casa de su abuela y aprovechar las horas previas al sueño para leer el panfleto que con tanta gentileza le habían obsequiado. Tal vez fue este, más allá del seno familiar, su primer encuentro con la política.

Sin embargo, no debe pensarse que su estancia en la casa de su abuela materna fue sólo propicia para su iniciación en la política. De igual manera lo llevó a sus primeras obligaciones laborales y a desarrollar su ingenio para paliar las necesidades materiales de su nuevo entorno familiar. En la venta de chocolates que preparaba su abuela encontró, además de una fuente de recursos económicos, una actividad que le proporcionaba satisfacción en medida que le permitía poner a prueba su carácter para demostrarse a sí mismo y a su familia que también era campeón en esas tareas en las que debutaba.

Por ese entonces Juan había decidido por mayor comodidad y para seguir los usos de sus nuevos vecinos y amigo, dejar de usar zapatos. De nada valieron las recomendaciones de su abuela y sus regaños, apenas ponía un pie en la calle se quitaba

el calzado, lo ataba entre sí para ponerlo al hombro y salía corriendo por las calles de San Francisco al encuentro de novedades y aventuras. Pero Juan no iba solo en estas sus andanzas descalzas, lo acompañaba La Marquesa, una perra negra que había sido adoptada por su abuela y con quien Juan encontró compañía; más aún, amistad.

En ejercicio de plena libertad ambos salían de la Ciudad amurallada y se dirigían al campo. Les gustaba entrar a las plantaciones de sandía, buscar las más maduras y Juan, aprovechando las recientes habilidades que con sus pies había desarrollado, ponía uno de ellos en el fruto elegido dándole vueltas, mientras con el otro sujetaba el tallo hasta que éste se rompía. En tanto, La Marquesa esperaba paciente que la acción de su amigo terminara y que él le hiciera rodar el fruto para después sacarlo fuera de los límites de la finca. Así, el trabajo en equipo daba dividendos suculentos que ambos compartían en lugar seguro, a resguardo de la vista del propietario. Pero como en Juan ya se había desarrollado una conciencia de lo que la precariedad económica significa, siempre apartaba una sandía de regular tamaño para llevarla a la casa de la abuela. Orondo se le veía caminar de regreso a la ciudad, entrar al barrio de San Francisco en compañía de La Marquesa con el resultado de su ingenio y su trabajo entre las manos.

En otras ocasiones, Juan, siempre en compañía de La Marquesa, aprovechaba una visita a la casa de la tía Dolores – en extremo cariñosa con él y sus hermanos – para cambiar de dieta y seguir cumpliendo sus tareas de proveedor de alimentos en beneficio de su hogar materna. Es probable que también lo animara una incipiente motivación de justicia social, una precaria conciencia de redistribución de bienes. El caso es que mientras la perra llamaba la atención de la bondadosa tía, Juan aprovechaba el momento para ir a la cocina y hacerse en un santiamén de un queso. En ocasiones la operación era a la inversa: era el niño quien entretenía a su tía mostrándole sus adelantos en la escuela, mientras La Marquesa tomaba el preciado manjar y salía corriendo sin dilaciones. Al llegar a casa Juan ponía sin decir palabra la sandía o el queso – según fuera el caso – en la mesa, no sin antes volverse a calzar para evitar los sermones de la abuela. Ella, tal vez porque la necesidad familiar fuera mucha o quizá por saber que toda reconvención a su nieto sería inútil y aun contraproducente, se limitaba a sonreír y a guardar la provisión para darla en el desayuno del día siguiente.¹²

¹² Suárez, *op. cit.*: 30. Jascavelich. *op. cit.*: 6. Juárez Téllez. *op. cit.*, p 43. Justo Sierra, *op. cit.*, 158 – 159. Jascavelich, *op. cit.*:6. Juárez Téllez, *op. cit.*: p.46. Jascavelich. *op. cit.*: 7. Juárez Téllez. *op. cit.*, p. 51.

X

Las relaciones entre los De la Cabada y los Vera no se limitaban a las incursiones de Juan y La marquesa a la casa de la tía Dolores. Ricardo frecuentaba con regularidad el domicilio de quien había sido su suegra y en donde ahora estaban sus hijos. Acostumbraba llegar después de la siesta y solía quedarse a cenar para convivir un rato con los suyos. A veces sus vistas se prolongaban a causa de extensas sobremesas con la abuela y el tío Pedro. Esas conversaciones caían cada vez con mayor frecuencia en temas de actualidad o en asuntos políticos que las hacían tensas, aunque nunca ríspidas ni violentas. La realidad del país justificaba los intereses y preocupaciones de los familiares de Juan. Se hablaba de los preparativos para las Fiestas el Centenario. Se decía que en Campeche éstas no podían pasar inadvertidas. Se comentaba sobre la necesidad de que Díaz abandonara el gobierno o por el contrario de que sin él México sería ingobernable. Se discutía el libro de Madero *La sucesión presidencial*. Se decía que el Partido Anti reeleccionista se fortalecía o se minimizaban sus alcances y logros. Se esperaban con expectación las elecciones del 26 de junio. Era el 23 de mayo de 1910.

Fieles a sus propios legados familiares en asuntos de política, los Vera apoyaban el cambio de régimen; en tanto Ricardo, apasionado y enfático, defendía los logros del Porfiriato, no sin dejar de hacer críticas a sus excesos contra los indios y campesinos. En lo único que estaban de acuerdo las dos parentelas de Juan era en lo impresionante que resultaba aquel extraño astro que desde mediados de abril y cada vez con más intensidad se dejaba ver en los cielos de Campeche. ¿Su presencia sería un augurio de los cambios que se avecinaban a semejanza de la estrella que antecedió el natalicio del Redentor? ¿Indicaría el final apocalíptico de los tiempos, la hora de la contrición y el arrepentimiento? ¿O sería un astro más y su presencia en esos momentos socialmente convulsos era una mera casualidad? ¿Qué decía la ciencia de todo esto?

En el momento en que estas inquietudes animaban la conversación familiar, entro corriendo Juan a la casa. El entusiasmo que lo animaba le hizo olvidar calzarse y debió soportar una retahíla de reproches nos sólo por parte de su abuela sino también de su padre. Los regaños no hicieron merma en el ánimo del niño quien insistía en que los adultos debían salir a la calle, pues algo extraño pasaba en el cielo. No se trataba del

punto luminoso que crecía en el horizonte, ahora era la luna llena quien se oscurecía. A tanto insistir Ricardo accedió a las peticiones de su primogénito.

En el Barrio de San Francisco la gente salía de sus casas y miraba hacia el cielo. Buscaban un mejor ángulo para ver el nuevo fenómeno y así una muchedumbre se concentró en la plaza. Juan tomó de la mano a su padre y lo llevó hacia donde se dirigían los vecinos. Se escuchaban murmullos, rezos, imprecaciones. La inquietud reinaba entre la gente. De pronto sonó un disparo, después otro y otro. Relumbraban cañones de pistolas que apuntaban a lo alto. Los disparos tenían la intención de espantar al sol para que no fuera a chocar con la luna.

Ricardo protegió a Juan y lo llevó a casa de la abuela. Al llegar le habló de que sólo la ignorancia podía llevar a esas acciones bárbaras y de que lo que sucedía era un eclipse de luna. De paso le explicó a él y a la familia de la difunta Antonia que aquel otro fenómeno que les inquietaba debía tratarse de un cometa, del Haley, para ser más precisos.

Con el tiempo la presencia del cometa fue ganando intensidad. Todas las mañanas los hermanos De la Cabada salían al patio de la casa para contemplarlo. Su admiración crecía de manera proporcional a la de la cauda y, a pesar de las explicaciones científicas de su padre, ellos preferían dar crédito, por resultar más inquietantes, más motivadoras para la imaginación, a las versiones populares sobre el fin del mundo. Por eso, ya en las noches, Juan y su hermano Ramón que compartían un cuarto que también hacía de bodega para los trabajos del tío Pedro, dejaban su cama y dormían adentro de ataúdes recién hechos. Pensaban que ante el cataclismo inminente lo mejor era tomar precauciones, ya sea para evitar que un árbol vecino se les viniera encima o para tener garantizada una morada segura para toda la eternidad.

Para la conmemoración de las Fiestas del Centenario a Juan y a sus hermanos la abuela les cosió en la ropa imágenes de Morelos e Hidalgo. Incluyó también un retrato de Madero, los tiempos así lo ameritaban y había que aprovecharlos para hacer patente la filiación libertaria de los Vera aunque a los De la Cabada la ocurrencia no les viniera muy en gracia. De todas formas los pequeños hermanos salieron a las calles del barrio de San Francisco luciendo sus muy patriotas indumentarias en aquel 15 de septiembre de 1910.

No sería raro que de igual manera estuvieran en las festividades que, para fecha tan singular, organizaron las autoridades en el centro de la Ciudad. Ahí tuvo lugar un desfile de carros alegóricos. Una tras otra pasaron delante de la Catedral carretelas jaladas por caballos, adornadas con grandes banderas tricolores e imágenes de los héroes que dieron libertad a la Patria. La crema y nata de Campeche compartió con el pueblo la celebración, a despecho de la tensión política causada por las elecciones fraudulentas del pasado 26 de junio.

Fuera porque a causa de estallido revolucionario la precariedad se hizo más aguda en la casa de la abuela o por la delicada salud de ella, el caso es que para enero del año siguiente Juan y sus hermanos abandonaron el Barrio de San Francisco y regresaron a la calle Colón. No a la casa donde nacieron, sino a la de la tía Dolores.

A poco tiempo de instalados en su nuevo hogar la noticia de la muerte de la abuela enlutó a la familia. Además de un legado de amor hacia sus nietos, les dejó, con especial dedicatoria a Juan, otro: La Marquesa. Como era de esperar las incursiones a las plantaciones de sandía continuaron con regularidad, pues a pesar de la posición desahogada de la tía y su esposo, los tiempos de guerra que corrían justificaban cualquier forma de agenciarse alimentos. Sin embargo, hubo un cambio en las costumbres de Juan y su perra: no tuvieron necesidad de robar más quesos, les bastaba con pedirlos.¹³

Por supuesto las actividades de Juan no se limitaban a la convivencia con La Marquesa. Seguía yendo a la escuela, pues la vida en Campeche transcurría casi sin alteraciones, a pesar del levantamiento de Manuel Castilla Brito a favor de Madero que contó con el respaldo del Coronel Carlos Miranda, el tío abuelo de Juan por vía materna

¹³ La historia de la Marquesa se la hace decir Juárez Téllez a De la Cabada a partir de la muerte de la abuela, momento en que la perra va a la casa de él. En la misma obra se dice que en enero de 1911 Juan va con su tía, sin mencionar su nombre, aunque todo hacer suponer que se trata de Dolores, la hermana de Ricardo. Las aventuras con La Marquesa hablan de robo de quesos de la tía, a menos que se trate de otra de la que no hay referencias en las fuentes consultadas, el dato carece de coherencia: ¿cómo iba a robar quesos para paliar la necesidad de la misma casa que habitaba? Además, si la perra era de la abuela, el primer contacto con ella no se origina cuando la abuela muere, sino cuando Juan vive con ella: entre 1909 y 1910. Por estas razones y para dar mayor coherencia a los datos investigados, decidimos consignar que la relación entre Juan y La Marquesa principia en casa de la abuela materna en donde inicia también tanto el hurto de sandías como de quesos. Ya instalado Juan en la casa de la tía Dolores la más elemental lógica imponía reducir los hurtos al ámbito de los huertos.

[Juárez Téllez. *Op. cit.*, pp. 50 – 51].

que había luchado contra la intervención francesa. El caso es que después de clases y sus habituales vagabundeos Juan llegaba a casa de su tía a disfrutar las comodidades que no tuviera con su abuela. Le gustaba escuchar discos en el gramófono, aparato que a consecuencia de los decesos familiares sufridos por los De la Cabada Vera, había sustituido, parcialmente, las habituales tertulias.

El 16 de septiembre de 1911, tras la derrota de Díaz y la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, tomó posesión como gobernador Manuel Castilla Brito, que a pesar de ser hacendado no era conservador. A semejanza de Ricardo era simpático, gustaba de las compañías femeninas y el derroche. A la ceremonia asistieron Madero y Pino Suárez, candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia. Vale suponer que también estuvieron presentes el tío abuelo de Juan, el Coronel Miranda y Juan mismo, a quien no le faltaban motivos: el triunfo de la facción apoyada por su ilustre pariente lo llenaba de orgullo y además lo movía la curiosidad por saber qué había sido de aquel hombre bajito que años atrás, en 1909 y en circunstancias muy distintas, había visto en el *Circo Teatro Renacimiento*. A pesar de las advertencias de la tía Dolores, se unió a la muchedumbre que celebraba con vítores y cohetes en el Parque Principal, también llamado Plaza de la Independencia.

No sólo por el lado de los Vera tuvo Juan relación con el gobierno de Castilla Brito, su tío, Francisco de la Cabada, capitán de marina y propietario de las fincas de San Miguel y San Francisco, también formó parte de ese gobierno. En esos tiempos una inquietud crecía en la mente del niño: ¿cómo era posible que la Revolución triunfante permitieran que continuara la vida extenuante de los peones en las haciendas? Sus propietarios eran parte del Gobierno, lo mismo Madero que Castilla Brito y su tío Francisco. ¿Estaban realmente interesados en repartir las tierras a los campesinos, en hacer justicia a los pecadores y demás gente del pueblo que los había seguido en su lucha?

Las inquietudes de Juan tenían fundamento, había escuchado decir a sus mayores que en una comida celebrada en la hacienda Uayamón el mismo día de toma de posesión del nuevo gobernador, el Presidente había dado seguridades a sus anfitriones de que los objetivos de la Revolución eran garantizar la libertad del pueblo en la elección de sus

dirigentes y mejorar las condiciones de vida de los peones del campo, pero que no habría otros cambios que afectaran los intereses de los hacendados.¹⁴

XI

En 1912 la vida de Juan transcurría sin sobresaltos ni mayores novedades. Sus avances escolares eran significativos, sobre todo en lo que respecta a los llamados ejercicios de estilo que los maristas dejaban de tarea para él y sus condiscípulos. Juan cumplía con esos deberes con una dedicación y entusiasmo que no ponía en otras tareas escolares. Después de comer con sus tíos y hermanos, en ocasiones también acompañado de su padre que visitaba con frecuencia a su hermana y sus hijos, Juan obviaba las charlas de sobremesa y se encerraba en el cuarto que la tía Dolores le había asignado como propio. Entonces, sentado en su mesa de trabajo y pluma en mano garabateaba páginas y páginas. Cuando terminaba buscaba presuroso a alguno de sus familiares para leerle lo recién escrito. Normalmente la tía Dolores era quien lo escuchaba con mayor atención y paciencia. Una sonrisa de amorosa simpatía se dibujaba en sus labios, pues su sobrino predilecto no se limitaba a leer su reciente obra, la escenificaba: creaba las voces de los personajes que en ocasiones eran seres sobrenaturales de las mitologías mayas, producía silbidos, gruñidos. Imitaba los sonidos de la naturaleza. Gesticulaba, abría los ojos cuando leía un episodio asombroso o de espanto. Con una mano sujetaba los papeles mientras con la otra hacía dibujos en el aire para enfatizar aún más su narración. Al terminar su acto la tía Dolores la miraba complacida, le acariciaba los alborotados cabellos rubios y lo felicitaba por su creatividad e ingenio. Lo alentaba a seguir escribiendo no sólo para cumplir con sus responsabilidades escolares, sino también para que en alguna tertulia familiar leyera – y actuara – alguna de sus creaciones.

La ocasión se presentó en los finales de abril. A Juan como a la mayoría de sus familiares y amigos, le impresionaron las noticias sobre el hundimiento del *Titanic*. El

¹⁴ Jascavelich, *op. cit.* : 6 - 7. Ávila Jiménez Norma Leticia y Marco Arturo Moreno Corral. “Observatorio Astronómico Nacional. 131 años explorando el universo” en *Revista de la UNAM*, vol. X, 10. Oct. 2009. Disponible en línea en <http://www.revista.unam.mx/vol.10/num10/art64/int64.htm>. Fecha de consulta 2/04/15. Jascavelich, *op. cit.* : 7. “Centenaria. *El Diario*. 24 de mayo de 1910” en *La Jornada*. 24 /V/ 2010. Disponible en línea en <http://www.jornada.unam.mx/2010/05/24/opinion/039o1cap>. Fecha de consulta 2/04/15. Suárez. *op. cit.*: 31. Juárez Téllez. *Op. cit.*, p. 47. Jascavelich, *op. cit.* : 6. Justo Sierra, Gantús Inurreta, *et. al.*: imagen 54. Juárez Téllez, *op. cit.*: 43 y 48, Ortiz Gaytán, *op. cit.*: 43. Fausta Gantús Inurreta, “Del último tramo del porfiriano a la Revolución (1903 – 1920)” en *op. cit.*, pp. 181, 184. Fierros, *op. cit.*, pp. 34 – 35, Justo Sierra, *op. cit.*, p. 160.

tema para el siguiente ejercicio de estilo, estaba puesto y por horas Juan se encerró en su cuarto. Cuando terminó de escribir y le mostró el resultado a su tía Dolores, ella no pudo más que abrazarlo: en la próxima tertulia la familia tenía que conocer los talentos de Juanito. Llegado el momento es dado suponer que los De la Cabada no sólo conocieron una relación de los sucesos trágicos que marcaron al mundo naviero en ese 1912, también escucharon onomatopeyas que imitaban el silbido del barco, los ruidos de las máquinas, de las olas al romperse en la proa, del viento nocturno, del golpe fatal de un iceberg inadvertido¹⁵

No nada más los sucesos internacionales captaban la atención del escritor en ciernes, también en aquél año trágico de 1913 las noticias sobre el golpe de Victoriano Huerta y el asesinato del Presidente Madero, calaron hondo en Juan. Tal vez cierta nostalgia por la parte materna de su familia contribuyó en su estado de ánimo o tal vez fue el recuerdo del personaje sacrificado a quien conoció o la traición de Huerta, la indignidad de un acto vil y cruel. Lo cierto es que ahora el ejercicio de estilo tuvo como tema la Decena trágica y su escritura estuvo marcada por la indignación. Sin embargo, a diferencia de la composición sobre el *Titanic*, este otro ejercicio estilístico no tuvo ocasión de ser leída y representada en la tertulia de la familia. Apenas Juan inició su lectura ante la tía Dolores, ella lo interrumpió, el tema la incomodaba. Probablemente al igual que su hermano Ricardo tenía nostalgia por el régimen porfirista y veía en el golpe huertista, la ocasión para reinstaurarlo o quizá porque el suceso metía en serios predicamentos al gobierno de Castilla Brito del cual formaba parte su hermano Francisco, y que no atinaba a pronunciarse a favor del gobierno de facto o a sumarse al llamado rebelde de Carranza.

El ambiente entre las clases pudientes de Campeche, era menos ambiguo. La mayoría de las familias poderosas vieron con buenos ojos la asonada de Huerta, se organizaron entonces nuevos clubes, ya no anti reeleccionistas, sino a favor de la candidatura de Félix Díaz. La inquietud política del momento no podía pasar inadvertida para Juan

¹⁵ Acaso la faceta más conocida de Juan de la Cabada sea la de conversador ameno con notable capacidad histriónica para narrar y representar sucesos vividos, historias escuchadas o imaginadas que previamente escribiera. Por esta razón es válido suponer que sus primeras obras tuvieron una versión oral que su autor mostró a su familia en las tradicionales tertulias que organizaba la tía Dolores. Sobre los referidos talentos de Juan de la Cabada, comenta Elena Poniatowska:

“De que Juan de la Cabada es mágico, todos hemos tenido prueba. Platica risueño, platica bonito, sencillo y tierno, dulce y deshilvanado y uno tiene la sensación de estar en otro planeta, en algo así como la nebulosa de Andrómeda.”

[Elena Poniatowska. “Santa Claus vestido de Juan de la Cabada”. *Sábado*, 20 oct. 1979: 2].

quien no perdía ocasión para escuchar las conversaciones que sostenían los adultos sobre el rumbo que tomaba el gobierno de Campeche en esa nueva etapa de la Revolución.

En una ocasión buscando a La Marquesa que se había salido de la casa de la tía Dolores, entró a una cantina de las céntricas calles de Campeche. Además de encontrar a su compañera de andanzas tuvo la oportunidad de presenciar cómo el jefe de la policía era cuestionado por un parroquiano acerca de la lealtad del gobierno de Catilla Brito hacia el Presidente asesinado y cómo el increpado abofeteó al ciudadano que osó criticarlo. Del incidente se derivaron reclamos, insultos que amenazaban tomar proporciones mayores, pero Juan ya no tuvo oportunidad de presenciarlos, pues la Marquesa con un suculento pescado robado de la cocina salió del establecimiento y detrás de ella su dueño.

No fue este el único suceso violento que Juan presenciara en junio de 1913. Cuando, finalmente, el gobernador decidió el día 10 sumarse a las fuerzas de Carranza, por percibir intenciones de Huerta para derrocarlo, Castilla Bruto ordenó el fusilamiento de los militares federales Juan Bonifaz y Antonio Bañuelos, impuso cuotas a hacendados y comerciantes para financiar su movimiento y dejó acéfalo el gobierno del Estado. Con algunos de sus principales colaboradores y militares distinguidos, entre los que sobresalía el coronel Pedro Alfaro, el mayor Francisco Hernández, Francisco De la Cabada, tío de Juan, el joven Felipe Carrillo Puerto y José Babio Dufoo, el gobernador organizó un ejército para enfrentar al general federal Manuel Rivera.

La ausencia de autoridades y la inquietud social por el cauce que podrían tomar los nuevos acontecimientos, provocaron saqueos en los principales comercios de la ciudad. A Juan le habría encantado participar junto con La Marquesa en aquellos sucesos que masivamente reproducían sus incursiones para abastecerse de sandías y quesos, pero la tía Dolores, precavidamente, cerró con llave las puertas de la casa. Sin embargo, la cautela de la tía no impidió que Juan subiera a la azotea para presenciar las trifulcas y alborotos que sucedían en la calle Colón.

En el seno de los De la Cabada, la división que vivía la sociedad campechana también se hizo sentir, pues si bien el tío Francisco tomó partido por el bando carrancista, Juan de la Cabada Campos integró el Congreso local que otorgó la ciudadanía campechana al general Rivera, vencedor ante los rebeldes que se opusieron a la usurpación huertista.

Mientras tanto Juan había terminado su educación primaria con los maristas y fuera por el clima de tensión política que prevalecía o porque en Campeche no existiera una escuela que satisficiera a la familia De la Cabada, el caso es que a mediados de ese 1913 Juan hizo exámenes de admisión para ingresar al prestigioso Colegio de San Ildefonso, en Mérida, donde solían estudiar los integrantes de la llamada “casta divina”. No tuvo problemas, fue admitido y ese mismo año dejó por primera vez su tierra natal:

Saco, chaleco, pantalón bombín.

Con que te vas a Yucatán...

Parrapam, parrapam, pam, pam.

A comer cabezones en pipián...¹⁶

XII

Juan no fue el único campechano en ingresar ese año al Colegio de San Ildefonso, con él iban también cinco paisanos suyos. Todos ellos tuvieron un recibimiento hostil por parte de sus condiscípulos yucatecos, en especial de aquellos que formaban parte de familias pudientes: los Peón, los Ponce, los Barbachano, los Carpizo. La razón no se limitaba a diferencias de clase, sino también a la añeja rivalidad entre los habitantes de esos dos estados. Desde el primer momento Juan siempre respondió con ingenio a los comentarios y pullas de los yucatecos y cuando ellos pasaron de las mofas a las agresiones físicas, Juan tuvo ocasión de poner en práctica sus habilidades pugilísticas que aprendió durante su estancia en el barrio de San Francisco. Algún ojo moro y un labio inflamado, fueron suficientes para que el bando rival velara armas contra los recién llegados.

La actitud de Juan le valió el respeto de los suyos y el temor de sus adversarios, situación que le llenó de orgullo y compensaba en parte la desazón que su nueva escuela le provocaba. Al alejamiento del seno familiar, se sumaba para perturbar su ánimo las exigencias académicas en materias de tan difícil trato como la aritmética y la química, y

¹⁶ Juárez Téllez. *Op. cit.*, pp. 153 – 154. Fierros. *Op. cit.*, p. 31. Gantús Inurreta. *Op. cit.*, pp. 187 – 188, 190 – 191. Fierros. *Op. cit.*, pp. 35 – 36, 30. Justo Sierra. *Op. cit.*, p. 163. Juárez Téllez. *Op. cit.*, p. 108.

tener que soportar en las clases de historia los comentarios anti juaristas del severo padre Montoya. Pero lo que más le molestaba era la disciplina interna del colegio que le exigía rezos y confesiones continuos, madrugar a las cinco de la mañana e incluso marchar a las primeras horas el día, en apego a la militarización educativa que el régimen huertista impusiera y que los clérigos de San Ildefonso cumplían de muy buen grado.

Por si lo anterior fuera poco, la salida del internado era una tarea casi imposible, incluso para Juan que tantas habilidades de evasión tenía dominadas. Además era difícil encontrar consuelo en la soledad, en la introspección, porque en el colegio la vida se regía en espacios comunes. Juan tenía motivos de sobra para que su inquietud natural se exacerbara. Tal vez por estas razones bajaba las escaleras deslizándose por los pasamanos o cambiaba de lugar los pares de zapatos de sus compañeros o con pretensiones de ventrílocuo imitaba maullidos o trinos en la mitad de las clases o de los rosarios. La reiteración de estas y otras excentricidades provocaron que sus condiscípulos le apodaran el “Loco”.

A Juan el sobrenombre le vino al pelo, porque le permitía justificar sus actos más provocativos e iconoclastas. Así lo hizo cuando levantó los mantos y faldones de las estatuas de bulto a las que se les rendía culto en las capillas que unían el internado con la Catedral, o cuando se negaba a besar la mano de Obispo Mejía, rector de San Ildefonso, o cuando suplantaba las identidades de los otros internos a la hora de confesarse, atribuyéndoles actos que eran propios y no de ellos. Para todo eso y ante los reclamos, reprimendas y reproches, Juan siempre tuvo la misma excusa: la locura que le achacaban.

Sin embargo, hasta los más ingeniosos pretextos tiene límites y los de Juan llegaron a raíz de una ocurrencia a costillas de sus compañeros de cuarto. Circulaba entre los muchachos la versión de que en las noches se escuchaban ruidos extraños en los pasillos del internado. La historia del lugar daba sustento a esos dichos, porque antes de ser colegio San Ildefonso fue seminario conciliar y palacio episcopal cuya construcción inicia en el siglo XVI. Además, en las noches la oscuridad era cerrada y cuando había luna llena las penumbras se poblaban de siluetas inquietantes, formadas por los árboles del huerto, pero que para las imaginaciones de los internos sugerían presencias del otro mundo que vagaban en éste extraviadas y sin consuelo.

Ante tales circunstancias Juan no podía dejar pasar la ocasión para mostrar su bien ganada fama de pícaro. Una noche, al terminar el rosario se adelantó a sus compañeros de habitación y ya en ella se escondió debajo de la cama más próxima a la entrada y cubrió su brazo con un trapo. Cuando los alumnos estuvieron acostados y apagaron la luz, Juan con un movimiento rápido y certero asió la pierna del ocupante del camastro. Un grito agudo rompió la tranquilidad nocturna. Al amparo de la confusión, la oscuridad y las largas sábanas Juan repitió su juego con quien ocupaba la cama siguiente, y con quien temblaba en la que continuaba la hilera. Habría recorrido la totalidad de las camas si la risa no lo hubiera delatado.

La travesura indignó tanto a yucatecos como a campechanos que se unieron para tomar venganza contra Juan. De nada le sirvió a él argumentar que sus actos debían verse a la luz de su mente deschavetada, situación que obligaba a los afectados a la comprensión y la indulgencia. Un encono generalizado se cernía sobre Juan y sólo la oportuna aparición del padre Montoya, impidió que la situación llegara a extremos mayores. Juan fue increpado por el cura, castigado a pasar la noche en una de las bancas que había en los corredores aldaños al dormitorio. A la mañana siguiente debió hacer penitencia solo, encerrado en una de las capillas. De más está decir que aprovechó la ocasión para recuperar algunas horas perdidas del sueño.

Por su parte, sus compañeros le retiraron la palabra. Dejó de ser el “Loco” y recibió de ellos sólo fría indiferencia. Pero esto tampoco hizo mayor mella en su ánimo, todo lo contrario: por fin había encontrado una oportunidad para aislarse de su entorno y concentrarse en sus estudios de francés, de latín, en la lectura de los *Evangelios* o de algún libro tomado de la biblioteca escolar o en divagar en los cielos y territorios de su fértil imaginación.¹⁷

¹⁷ En la obra de Juan de la Cabada son recurrentes los personajes con un carácter introspectivo. Por ejemplo, en “El duende” Elsa se abstrae para repasar los sucesos recientes vividos con su hermana mayor, Hilda, en los cuales interviene el ser que da título al cuento. En “Corto Circuito”, Rafael recuerda al retornar a su casa después de una prolongada estancia en París, los hechos que marcaron su vida a partir de la enigmática presencia de Inés. En “La cantarilla” Felipe Xiu también rememora lo que vivió a raíz de que se apropió de ese recipiente consagrado al Aluxe y que tenía un carácter ceremonial y sagrado para sus congéneres mayas. Cabe señalar que en los tres casos hay sucesos y personajes signados por la ambigüedad, toda vez que, en mayor o en menor medida, no es posible determinar si son meramente imaginarios o reales, en cuyo caso su existencia daría cuenta de mundos alternos al nuestro, inaprensibles mediante la razón.

[De la Cabada, *op. cit.*, pp. 7- 26. De la Cabada, *op. cit.*, pp. 151 – 159. De la Cabada, *op. cit.*, pp. 57 – 70. Lailson, *op. cit.*, pp. 25 – 41 y 168 – 169.]

La educación de Juan en San Ildefonso tuvo también otros momentos menos conflictivos. La relación con sus compañeros se restableció cuando ellos requirieron de un segunda base para completar su equipo de béisbol. Juan cumplió sus funciones con empeño, aunque eso no evitó que su distracción habitual le hiciera perder algunas bolas. No obstante los mejores días de esos tiempos los pasó al lado del padre Saldaña. Joven, aunque un tanto sordo, era benigno en la dosis de Aves Marías que dejaba después de confesar. Nunca se supo bien a bien si esta costumbre se debía a su espíritu benevolente o al simple hecho de que su cortedad de oídos le impedía escuchar las tribulaciones de sus alumnos y a ellas siempre respondía con fórmulas preestablecidas. Además, era maestro de matemáticas y física y en clase las respuestas verbales de sus discípulos invariablemente las daba por buenas. Tales situaciones ayudaron a que Juan cubriera esas materias que lo atormentaban.

La amistad con el padre Saldaña le permitió a Juan salir los jueves del internado para acompañarlo a las visitas que hacía a algunas de las familias de la “casta divina”. Mientras el padre tomaba chocolate con los Ponce, Juan jugaba con los niños y muchachos de la casa, aunque en el fondo hubiera preferido acompañar a la mesa a su mentor para gozar de la belleza de las jóvenes anfitrionas.

La vida cotidiana en san Ildefonso se vio alterada por los acontecimientos políticos que sacudieron en 1915 al estado de Yucatán. El gobierno del general carrancista Toribio de los Santos decretó el 8 de febrero de ese año la liberación de los peones acasillados, la reacción de la oligarquía local no se hizo esperar y, con el objetivo de defender sus intereses, cooptó al coronel Abel Ortiz Argumedo quien dirigió sus fuerzas contra la capital. El 12 de febrero las tropas golpistas se apoderaron de Mérida y Ortiz Argumedo se autoproclamó gobernador. Un espíritu secesionista y bélico reinaba entre los maestros y compañeros de Juan.

San Ildefonso se militarizó por completo. A los alumnos les fueron entregados fusiles de utilería y por turnos hacían guardia a la entrada del colegio. Para Juan esas horas a pleno sol y en inmovilidad eran demasiado largas y al peso del aburrimiento se sumaba su aversión a esa causa a la que consideraba cosa de yucatecos y no de campechanos. Un joven teniente de infantería se hizo cargo de la instrucción militar de los internos y entre los ejercicios castrenses que los hacía practicar, estaba el ataque con bayoneta. Después de impulsar el arma hacia adelante, los alumnos recibían la orden de hacer

conversión a la izquierda, para después regresar a la posición original y recibir la orden de atacar hacia la derecha. Ya sea por distracción o por la antipatía que esas ocupaciones le causaban, para Juan toda esas vueltas y contra vueltas le parecían un galimatías. No atinaba seguir las instrucciones, motivo por el cual sus compañeros que estaban a sus costados recibían en cada conversión un fuerte golpe.

El teniente interpretó la actitud de Juan como abierta rebeldía y sin más consideraciones lo separó del grupo, le hizo firmar un acta donde lo inhabilitaba para cualquier acción castrense y sin más dilaciones, lo mandó fusilar. Sobre el aljibe del patio Juan, sonriente y con las manos en los bolsillos, recibió una descarga imaginaria de fusilería. Después fue libre. Dedicó ese y los días posteriores a leer y divagar.

Pronto los exaltados ánimos secesionistas se convirtieron en preocupaciones y amarguras. En los pasillos del colegio Juan escuchaba de los combates entre las tropas constitucionalistas comandadas por el general Salvador Alvarado y las de los yucatecos auspiciados por “la casta divina”. Uno de ellos se llevó a cabo en la hacienda de Blanca Flor, propiedad de su familia y ubicada en el camino entre Campeche y Mérida. Cuando las tropas de Ortiz Argumedo fueron derrotadas en Halachó y el triunfo del general Alvarado era inminente, alumnos y curas abandonaron san Ildefonso. Juan no tenía a donde ir, en Mérida sólo vivían unos parientes suyos no lejos del colegio pero los frecuentaba poco. Por eso y porque la ocasión se prestaba a encontrar novedades y encarar aventuras, Juan se quedó a sus anchas en los desiertos pasillos del internado.

Fue entonces que trabó amistad con el “Chispa”, uno de los pocos empleados que todavía asistían a san Ildefonso. Con él salió a andar en bicicleta por las calles desiertas de Mérida. Negocios e iglesias cerradas, casas que no dejaban ver rastro de vida, a no ser por sus jardines cuidados donde hacía unos días sus ocupantes lucían sus galas. Sólo la sombra de la bicicleta proyectada sobre los muros blancos, cual un fantasma diurno que a horas inusuales para él vagara en busca de alguna compañía, confería movimiento a una ciudad que parecía dormida.

De pronto se escucharon disparos. Las tropas del general Alvarado vencían las últimas y débiles defensas de los rebeldes. Del coronel Ortiz Argumedo, ni sus luces, había salido de la capital hacia Progreso para embarcarse hacia La Habana. La causa de los secesionistas había sido derrotada. Era el 19 de marzo de 1915

Los intrépidos ciclistas se vieron en la necesidad de encontrar refugio con la parentela de Juan. A la mañana siguiente hubo disturbios y saqueos, la gente se arremolinaba en tiendas y almacenes llevándose víveres y ropa. A Juan le ganó la nostalgia, recordaba los días en casa de su abuela cuando junto a la Marquesa emprendía saqueos de sandías y quesos. Pero no tuvo mucho tiempo para cavilar, debía prepararse para su pronto regreso a Campeche.¹⁸

XIV

Juan encontró novedades en su retorno a casa. Su tío, a quien debía su nombre al igual que a su abuelo paterno, ya no era diputado. Cuando el huertismo fue derrotado y el general Manuel Rivera se vio obligado a abandonar Campeche, el coronel Joaquín Mucel Acereto, nombrado gobernador por Carranza, había disuelto al Congreso local. Además, Ricardo se encontraba de viaje en Nueva York. No había más remedio que alojarse de nuevo en casa de la tía Dolores, quien se opuso a que Juan continuara sus estudios en el Instituto Campechano, por ser éste un colegio con fama de anticatólico y masón.

No le costó ninguna dificultad a Juan adaptarse a su nueva vida. Sin obligaciones escolares hizo de la vagancia su principal ocupación. Leía con avidez los periódicos que informaba de la guerra en Europa o visitaba la casa de su tío Gonzalo Cuevas en cuya biblioteca encontraba y leía novelas de Zolá y de Cervantes. También frecuentaba el barrio de San Francisco, recordando los tiempos vividos con su abuela materna o iba al jardín costero recientemente inaugurado. Pero lo que más le entusiasmaba era estar en la playa, pasar horas ante el mar, nadando o conversando con los pescadores.

Aquella libertad ociosa no duró mucho. Pronto su familia le encontró una ocupación: ingresaría a la *Casa Diego*, armadora de barcos y propiedad de sus parientes. Ahí aprendió el oficio de contador, de cuentas y no de cuentos como hubiera preferido. Sin

¹⁸ Fierros. *Op. cit.*, pp.30 – 31. Del Castillo Troncoso. *Op. cit.*, pp 100 – 101. Serapio Baqueiro. *Historia del Antiguo Seminario Conciliar de San Ildefonso*. Mérida: Tipografía de G. Canto, 1894. Disponible en línea en <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080015629/1080015629.PDF>. Fecha de consulta / 14/7/2015. Fierros, *op. cit.*, pp. 31 – 33, 36 – 38. Herbert J. Nikel. *El peonaje en las haciendas mexicanas. Interpretaciones, fuentes, hallazgos*. México: Universidad Iberoamericana, p. 115. Diego Valadés. “Ideas políticas y sociales de Salvador Alvarado” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. Vol. 5, 47. Disponible en línea en <http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc05/047.html>. Fecha de consulta /21/07/15.

embargo, pronto dominó las exigencias de sus nuevas tareas y el estímulo que le proporcionaba una paga semanal de 100 pesos, le hizo la vida más que llevadera.

Se compró una bicicleta con la que paseaba en sus ratos libres e incluso alquilaba autos para pasear los domingos. Fue entonces que a instancias de uno de sus primos dejó los pantalones cortos que usaba y los cambió por largos, más apropiados para un joven de su edad. Los cambios que entonces experimentó no sólo se limitaron a su indumentaria. La radiante primavera de ese 1915, tuvo su correlato con la que Juan vivía en sus adentros en sus intensos 16 años, y que lo impulsó a buscar, aunado a la insistencia y asesoría de ese mismo primo, el conocimiento de aquello apenas insinuado, siempre prohibido en el ámbito de su familia, pero con una presencia desinhibida y jocosa entre sus amigos pescadores o estibadores.

Se llamaba María Pérez y era yucateca. Dese el primer encuentro a la fascinación por las nuevas sensaciones se conjuntaron en el ánimo de Juan la ternura y la tristeza, pues la joven tenía un hijo ciego de nacimiento. La mirada blanca y perdida del niño, contrastaba con la de la madre, brillante y vivaz. Todos los domingos Juan la visitaba y a la paga acordada añadía otro tanto y regalos para el pequeño.

En esos días Ricardo regresó de Nueva York, ciudad a la que consideraba como un permanente carnaval sin miércoles de ceniza. A pesar de la calidez con que se encontró con sus hijos y hermanos, se le veía extraño, ausente, agitado. Al poco tiempo cayó enfermo. De nada sirvieron las vistas del médico y sus tratamientos. Ricardo no salía de su postración, aunque su ánimo se mantenía afable y afectuoso. Cuando en su fuero íntimo supo aquel 8 de septiembre que su situación no tenía cura, mandó llamar a Juan. Congruente con su incasable capacidad para tejer sueños y proyectos, le recomendó abrir una farmacia o constituir una empresa que llevara agua a los pueblos. Después se hizo acompañar de su primo Gonzalo Cuevas para que juntos rememoraran parrandas, fandangos y amoríos. Pidió que le destaparan una botella de champagne y entre trago y trago, a pausas, deslizándose como si bailara un vals, dejó este mundo mientras ceñía la fría cintura de la muerte.

Eran las vísperas de la Feria de San Román, la Ciudad se preparaba para las festividades mientras que los hermanos De la Cabada Vera padecían su reciente pérdida. A causa del dolor, Juan se mostraba más inquieto, ansioso. Un escozor antes inexistente, le hacía frotarse el pecho con cierta regularidad. Visitaba con más frecuencia a María en

busca de consuelo, se hacía acompañar de mujeres recién llegadas a la Feria para beber con ellas o asistir al cine. Pero una sensación de hastío lo invadía, ninguna de esas actividades llenaba el vacío que le habitaba. La pérdida de su padre que le dejó un ejemplo de honradez y de búsqueda de justicia, había roto por completo los lazos que le unían con ese su pequeño mundo, sólo contemplar el mar le daba consuelo y así como hiciera ante la muerte de Antonia, pasaba largas horas viendo aquella sábana ilimitada que se perdía en los horizontes. De nueva cuenta imaginaba a Jesús caminando en ella. De nueva cuenta el viento parecía hablarle, invitándolo al viaje, a la fuga, a la vida.

La actitud de Juan no pasó inadvertida para su familia. A ésta no sólo le preocupaba sus relaciones íntimas que juzgaban licenciosa, impropias para un De la Cabada, también temían que su estado de ánimo le impulsara a huir precipitadamente, causándole a él y a ellos, penas y sin sabores. Por eso un día su tío Domingo le hizo saber que contaba con su apoyo moral y material para que viajara. Bajo otros cielos y en otros aires encontraría la felicidad que en Campeche le faltaba. No podría ir a Europa porque se encontraba en guerra, pero sí a Cuba, en donde encontraría apoyo con su parentela que ahí tenía negocios prósperos.

Ni tardo ni perezoso, Juan aceptó e inició los preparativos para su nuevo viaje. De nada sirvieron los mimos de la siempre amorosa tía Lola, Juan ya había tomado una decisión. El tío Domingo le mandó hacer seis trajes y cuando éstos estuvieron listos, no había razones para posponer la partida. Entre abrazos y sollozos de sus hermanos y tíos, Juan de nueva cuenta dejó Campeche y se marchó al puerto de Progreso, ahí lo esperaba el vapor *Esperanza* en el que habría de embarcarse hacia las claras aguas del Caribe. En La Habana, además de continuar con sus labores contables, participaría en la llamada “Guerrita de la Chambelona”. Posteriormente, en esa misma Ciudad y en Camagüey desempeñó los más diversos oficios: zapatero, pulidor de varillas, peletero, intercalando las lecturas de Blasco Ibáñez, Benito Pérez Galdós, Valle-Inclán, Kropotkin, Bakunin, Martí, con idas al teatro, amoríos y francachelas nocturnas.

El rey de España pidió
al presidente Menocal
que le devuelva el caballo

que no lo sabe montar.

¡Aé, aé, aé la Chambelona!¹⁹

¹⁹ “La Chambelona” es un ritmo y una agrupación musical - cuya creación se atribuye a Rigoberto Leyva - que se caracterizaba por ser la música emblemática de los liberales, mientras la Conga lo era de los conservadores, en el contexto de la confrontación que dichas facciones políticas protagonizaron en Cuba entre las elecciones de noviembre de 1916 y los primeros meses de 1917. Sin embargo, ambas tienen raíces más antiguas y sus orígenes no tuvieron fines proselitistas. Pese a esto el término “Guerrita o Insurrección de la Chambelona” se asocia a los sucesos bélicos que en los años referidos tuvieron ambos bandos, el primero encabezado por el general José Miguel Gómez, conocido como “El Tiburón”, y el segundo por el general Mario García Menocal que en la referida contienda electoral obtuvo la reelección. No obstante, el resultado fue impugnado por los opositores que tomaron las armas ante lo que consideraban un despojo. La guerra civil se inició el 11 de febrero de 1917 y terminó con la captura y rendición del general Gómez el 7 de marzo del mismo año, si bien durante los meses posteriores y en el oriente de Cuba se realizaron varios combates de menor envergadura que terminaron todos con la rendición del bando liberal. Para el triunfo de Menocal fue determinante el apoyo del gobierno estadounidense y el interés de éste en mantener en paz la Isla ante la inminencia de su entrada a la Primera Guerra Mundial.

Ahora bien, lo anterior sirve para aclarar al menos parcialmente en qué fecha se embarca Juan de la Cabada a Cuba. Gustavo Fierros indica que a principios de junio de 1917; por su parte, Margarita León Vega recaba el dato de que De la Cabada participa en La Habana en una confrontación entre partidarios de Menocal y de Gómez entre 1919 y 1920. Sin embargo y como se ha visto, ambas fuentes aportan sobre este punto información que no compagina con los sucesos históricos mencionados. Por lo tanto, es válido suponer que De la Cabada hace el viaje referido en una fecha anterior, tal vez en los primeros meses de 1917 o incluso antes, entre noviembre y diciembre de 1916.

[José C. Nova. “La leyenda de la Chambelona en Cuba”. Disponible en línea en <http://www.escrutiniodigital.com/temas-historicos/leyenda-de-la-chambelona-en-cuba>. Fecha de consulta/ 31 / 07 / 15. Odilio Urfé “La música y la danza en Cuba” en *África en América Latina*. Manuel Moreno Fragonal (Comp). México. Siglo XXI, 1997, p. 233. José Navas. *La convulsión de febrero. Datos históricos de la fenecida revuelta de 1917*. Matanzas: Imprenta y Monotipo *El escritorio*, 1917. pp. 8 – 10 y 26. Disponible en línea en <http://pds.lib.harvard.edu/pds/view/2574999?n=1&s=4&printThumbnails=no>. Fecha de consulta 31/ 07/ 15. Rolando Rodríguez. “La insurrección de la Chambelona”. Disponible en línea en <http://www.academiahistoria.cu/index.php/Bitacora/Conferencias/La-Insurreccion-de-la-Chambelona>. Fecha de consulta 31 / 07 / 15.]

[Gantús Irrueta. *Op. cit.*, pp. 190 – 191. Fierros. *Op. cit.*, p. 38. Suárez. *Op. cit.*: 32. Fierros *Op. cit.*, pp. 39 – 40, 43, 57. Suárez, *Op. cit.*: 32. Margarita León Vega. “Juan de la Cabada: un paseo interminable. Breve recorrido por su vida y su militancia”. *Memoria. Boletín del CEMOS*, sept. – nov.1987:174. Fierros, *op. cit.*, p.59.]



A. Otero. Tarjeta postal con retrato de Juan de la Cabada. La Habana, 1919. Técnica: Plata / gelatina, B/N, virada al cobre. Disponible en línea e <http://cabada.uacam.mx/obrascabada/firmSetConsultas.htm>, fecha de consulta 5 / 1 / 2016.

Capítulo II.

A pasos de baile y a saltos de mata

I

Acaso el paisaje lejano, monótono, y el traqueteo del tren provocaron que la memoria de Juan recorriera las andanzas vividas en los últimos años, desde su regreso de Cuba en enero de 1921, cuando su hermano Ramón lo invitó a trabajar en los campos petroleros de Tampico. Recordó los montes de la Huasteca, atravesados a lomo de mula en días calurosos, húmedos, cuando por su empleo de topógrafo llevaba un artefacto llamado teodolito y por su total ignorancia de la naturaleza de ese trabajo y por sus costumbres de señoritingo que adquirió en Cuba, tuvo que adentrarse en aquellas espesuras con saco y corbata.

Recordó también su empleo de publicista para el *Teatro Ideal* de Tampico, su salida del puerto por el simple gusto de correr riesgos y por esa necesidad imperiosa, esa ansiedad, que lo impulsaba a estar en movimiento para conocer otras ciudades, nuevos litorales, distintos amaneceres, diferentes personas: rostros nunca vistos, conversaciones jamás escuchadas, amores por conquistar. Fue así que se hizo a la mar en el carguero *Tehuantepec* con rumbo a Veracruz, en la noche que duró el recorrido perdió el dinero que llevaba jugando a las cartas y bebiendo. Ya en tierra no tuvo más remedio que sentarse en una banca frente al legendario café *La parroquia* y dejar pasar horas largas, fumado sus últimos cigarrillos. Tanto en esa como en otras situaciones difíciles, el encuentro con un amigo, un conocido o un familiar, lo sacaba de apuros y le permitían ir en busca de nuevas aventuras, como ahora que el tren dejaba los llanos de Puebla para ascender a la meseta del Anáhuac.

La memoria es pertinaz y la de Juan se empeñaba en hacer presente los sucesos vividos en Jalapa, cuando se dedicaba a las cobranzas y prefería ir a pie a Coatepec, caminando entre veredas, cafetales y naranjos en flor. Después la vida, cambiante siempre, inabarcable como los horizontes que se abrían a su vista, lo había llevado de

regreso a Veracruz donde de nueva cuenta el azar y sus designios inescrutables lo hicieron reencontrarse con su hermano Francisco, el menor de los De la Cabada Vera, quien se dirigía a la Ciudad de México con el propósito de estudiar medicina. La conversación que mantuvo con él era el principal estímulo para este su nuevo viaje, porque entre los recuerdos de la infancia y las novedades de la familia salieron de igual manera a relucir preocupaciones sociales compartidas, deseos de transformar una realidad que ambos juzgaban injusta para la gran mayoría de los mexicanos, pese al triunfo de la Revolución y la instauración de un nuevo régimen.

Son los primeros días de diciembre de 1923 y el frío cala, los volcanes muestran sus alturas nevadas sobre un cielo azul, la distancia se abre ante el paisaje más por la respiración de Juan que empaña los cristales y menos por la velocidad de la máquina que, sin embargo, empeñosa y silbante sigue su ruta hacia la capital del país. En contraste con el ambiente, el ánimo de Juan es una brasa, arde en deseos por llegar a su destino y ese escozor que se le presenta en momentos agudos, tensos o cuando la realidad se opone a sus expectativas, se hace presente en su pecho con una intensidad que sólo se mitiga frotando la camisa en esa parte del cuerpo. Pero dar cauce a los impulsos no aumenta la velocidad de las ruedas sobre los rieles, por eso tuvo que hacer acopio de paciencia, tal vez fumar un cigarrillo ayude a sosegar el ánimo.

Toda espera tiene recompensa. El tren finalmente llega a su destino y Juan camina alejándose de la estación de Buena Vista, con rumbo hacia el centro de la ciudad. Lleva en su mano derecha una maleta con lo indispensable para una corta estancia con su hermano Francisco, porque debía regresar a Puebla para cumplir sus obligaciones en la empresa de cobranzas donde trabajaba. Había memorizado la dirección donde vivía su hermano, sobre la calle de Brasil, cerca de la Facultad de Medicina. Una ciudad activa y seductora se abría ante sus ojos, entre trenes de mulitas, autos, casonas y palacios de cuyos interiores salían voces, ruidos producidos por labores domésticas o por el uso de alguna herramienta de trabajo. Las ventanas y las puertas abiertas insinuaban una cotidianidad afanosa y bullanguera que contrastaba con la solemnidad y elegancia de los muros y fachadas.

De más está decir que Francisco recibió a Juan cálidamente. Apenas se instaló el recién llegado, la conversación de los hermanos pronto enfiló hacia la situación política que vivía el país: en julio el general Francisco Villa, único revolucionario que podía

hacer sombra a los sonorenses que detentaban el poder, fue asesinado en un atentado; en septiembre el Ejecutivo había aprobado los polémicos tratados de Bucareli y el año que estaba por comenzar sería de sucesión presidencial. Nadie ignoraba la intención del presidente Obregón de continuar en el poder a través de su secretario de Gobernación y hombre de su mayor confianza, el general Calles. De igual manera era de conocimiento público que Adolfo Delahurta, para entonces ya ex secretario de Hacienda, aspiraba también – a pesar de sus declaraciones en sentido opuesto – a suceder a Obregón en la silla presidencial. El hasta entonces sólido grupo Sonora se fracturaba y si bien esta crisis tenía componentes ideológicos y políticos sobre el rumbo que debía seguir el país, el principal de ellos la oposición del delahuertismo a los tratados de Bucareli, no es menos cierto que preponderaban las ambiciones personales y facciosas. En el ambiente nacional volvían a formarse nubarrones.

Sin embargo, a Juan los tiempos convulsos lo tomaron por sorpresa. Apenas unos días después de su llegada a la capital, estalló la Rebelión delahuertista con una proclama conocida como el Plan de Veracruz. Era el 7 de diciembre de 1923. A consecuencia de la tensión política y militar, no era prudente viajar a provincia. Además, circulaban versiones de que los rebeldes habían tomado la ciudad de Puebla. Juan no tuvo más remedio que cambiar sus planes y debió prolongar por tiempo indefinido su estancia en la Ciudad de México.²⁰

II

Sin más obligaciones que las propias de la vagancia, Juan se dio a la tarea de recorrer cafés, cantinas, las aulas universitarias con su ambiente lleno de inquietudes políticas. Frecuentaba también la Biblioteca Nacional donde conoció la poesía de Sor Juana y escribía en los parques, en los escalones de acceso a alguna iglesia o en cualquier otro lugar público que le permitiera estar a solas consigo. Los cuentos y poemas que nacieron entonces no los mostraba a nadie, los guardaba en la bolsa de su saco hasta

²⁰ Fierros, *op. cit.*, pp. 60 – 64, 68 -70. Enrique Plasencia de la Parra. *Personajes y escenarios de la Rebelión Delahuertista. 1923 – 1924*. México: UNAM / Miguel Ángel Porrúa, pp. 12. Pablo Serrano Álvarez. *Los tratados de Bucareli y la Revolución Delahuertista*. México: INEHRM, 2012, pp. 24 – 26. Disponible en línea en http://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/Revolucion_Mexicana, fecha de consulta 5 / 08 / 2015. Plasencia de la Parra, *op. cit.*, pp. 18 - 19, 48.

olvidarlos o perderlos en alguna correría nocturna o entre las páginas de la siguiente lectura.

Sin embargo, la falta de dinero y aquella ansiedad que lo acosaba y que se hacía más frecuente e intensa, ensombrecían su ánimo. La expectativa de volver a trabajar en la contabilidad, no le entusiasmaba en lo más mínimo. Desde su salida de Cuba se había prometido a sí mismo no volver a un trabajo que lo obligara a estar encerrado en una oficina. Por eso, cuando su hermano sacaba a relucir el tema de la escasa economía que los afectaba, Juan prefería hablar de otra cosa. Pero evadir la realidad nunca ha sido un buen remedio contra los males de cualquier naturaleza. Juan lo sabía y se angustiaba más. Una noche soñó que del ángulo de una pared emergía una mujer seductora, con cabello suelto, largo y negro. Desnuda se aproximaba hacia él. Una mezcla de atracción y temor, deseo y repulsión dominaba su ánimo. Aquella presencia inquietante bajó la cabeza y su negra cabellera le cubrió el rostro. Un grito rompió el silencio nocturno. Juan se incorporó de su cama. Su oreja sangraba y entre las sábanas encontró la causa de la herida: una rata. Francisco lo atendió poniendo en práctica sus conocimientos de medicina.

Después de sanar, Juan regresó a sus vagabundeos. En uno de ellos se hizo amigo de un alemán de nombre Otto Owerle, que había llegado al país para instalar hornos de pan y que recientemente había recibido una herencia. El motivo de celebración saltaba a la vista y no había mejor compañero para tales menesteres que Juan. Tomaron un taxi al número 33 de la calle de Camelia, donde existía un cabaret.

Era toda sonrisa ante los comentarios de Juan. Bebía sin pausas y bailaba con desenfado. Su cabello rojo, abundante y suelto mitigaba las sombras. Era un breve sol en las penumbras del bar. En la intimidad su pasión felina alivió el desasosiego de Juan. Se llamaba Rebeca, pero era imposible no llamarla Leona.

Con Otto o sin él, Juan siguió frecuentando a su nueva amiga. Como era de esperar su situación económica era cada vez más difícil y la necesidad de encontrar trabajo se volvió impostergable. Finalmente no tuvo más remedio que aceptar la invitación de su paisano Carlos Zertuche Cervera y entrar a trabajar en la fábrica de su propiedad: *La Hispano*, productora de calzado supeditada a la Shoe Machinery Co, a la que le pagaba alquiler por operar las máquinas, por su mantenimiento y refacciones. A Juan esta situación se le indignaba, pero tuvo que hacer de tripas corazón y adaptarse a las

condiciones de su nueva realidad. Tampoco le agradaba el trato déspota que Zertuche daba a sus empleados y el hecho de que éste se presentara armado para intimidarlos. Pero quizá lo que menos le gustaba, lo que más inquietud le producía era enfrascarse en la lectura de los únicos libros que aborreció: los de contabilidad. Con su primer salario compró un revólver, consideraba que si Zertuche desconfiaba de sus trabajadores, eso lo incluía y en consecuencia había que tomar precauciones.

Sin embargo, no fueron necesarios esos cuidados con quien más llamaba la atención de Juan en esas horas largas y tediosas de oficina. Su nombre era Susana, su presencia era un remanso para gratificar la mirada, aliviaba la mente saturada de cuentas y números. La relación se entretejió entre charlas amenas y francas, aunque breves a causa del rostro severo de Zertuche. No pasó mucho tiempo para que salieran de paseo o al cine o a bailar. El vínculo se volvió más estrecho cuando Juan decidió dejar el cuarto que compartía con su hermano y se mudó a otro en la calle de Uruguay. Fue inquilino de doña Lalita, militante zapatista y madre de su compañera de trabajo.

El carácter campechano de Juan, – en la doble acepción de término – le permitió entablar otras amistades entre los empleados de *La Hispano*. En especial con José Badillo quien lo admiraba por sus andanzas nocturnas y compartía sus preocupaciones sociales. Una noche en el cabaret de Camelia 33 Juan y Badillo encontraron a la Leona y a una amiga suya, en brazos de unos militares. Para quedarse con ellas les pidieron que solicitaran a sus clientes una bebida que no había en el local, éstos, diligentes, salieron a buscarla. Aprovechando la ausencia de los uniformados, Juan y Badillo subieron a los cuartos de las muchachas. Al poco rato se escucharon fuertes golpes en la puerta que finalmente cedió ante un vigoroso empujón. Uno de los militares entró a la habitación con una espada desenvainada. La Smith and Wesson y los rápidos reflejos de Juan evitaron lo peor. Un disparo irrumpió entre los ecos de la música. Como un pájaro herido de muerte, el sombrero del militar cayó al suelo. Del otro intruso se hizo cargo la Leona, felina como nunca sus uñas fueron sus principales armas. Roto el cerco, los cuatro dejaron el cabaret entre los rostros asombrados de los parroquianos y gritos que pedían a la policía. Después todo fue correr por las calles de la Guerrero, hasta encontrar un hotel donde continuar los tragos y los amores.

Juan descubrió que las altas dosis de adrenalina le sentaban bien en su ánimo y que por el contrario las jornadas laborales en *La Hispano* aumentaban la ansiedad que

padecía. Ésta crecía aún más cuando se veía obligado a tratar con el jefe de oficina, Luis Choza, escritor taurino, callista irredento y servil en grado extremo con Zertuche. A veces ni la compañía de Susana o la Leona podían mitigar en Juan el malestar que sentía y que se reflejaba en esa constante picazón en el pecho. Entonces volvían las pesadillas, en una de ellas veía una carroza en cuyo interior había un féretro, Juan se reconoció como el ocupante de aquel espacio mortuorio y desde un pequeño cristal de la caja presencié su entierro. De pronto, sintió una extraña libertad que le permitía desdoblarse y transitar a través de muros, de construcciones y espacios descampados, recorrer los pasillos del viento hasta su casa natal en donde su familia comía, ajena del todo a su suerte. Una tristeza profunda como un túnel se apoderó de su ánimo: se sintió preso, atrapado en una negrura asfixiante. Pensó que se encontraba en el infierno. El cuerpo le hormigueaba, en la desesperación el reiterado escozor en el pecho se hizo más agudo. Al rascarse sus uñas en hundieron en su carne, viscosa, agusanada. El sobresalto le impidió gritar. Despertó empapado en sudor y con la garganta reseca.²¹

III

Le habría gustado estar presente en aquella manifestación de junio, convocada por una tal Liga Antimperialista de las Américas (LADLA) en la que se exigió la liberación inmediata de dos anarquistas presos y sometidos a juicio en Massachusetts: Bartolomeo Vanzetti y Nicola Sacco, a quienes les imputaban un doble asesinato y el robo de una nómina. La marcada parcialidad del juicio al que eran sometidos, lo llenaba de indignación. Le quedaba claro que las verdaderas causas por las que se les retenía y sometía a proceso era por su filiación política, su condición de migrantes italianos y por ser pobres. Había que hacerle frete a tamaña injusticia. Los anarquistas le simpatizaban, los conoció en Cuba, le seducían sus convicciones libertarias, sus anhelos igualitarios, la certeza de que los bienes materiales debían compartirse, sin distinciones. Los consideraba como santos que daban todo sin esperar retribución. Sabía que la Leona tenía preferencias hacia ellos, algunos de los integrantes de la Confederación General de Trabajadores (CGT) eran más que sus clientes, sus amigos íntimos.

²¹ Fierros, *op. cit.*, pp. 70, 85, 77, 90. Margarita León Vega. "Cronología" en *Análisis de María la voz. Aproximación a la obra cuentística de Juan de la Cabada*. México: UNAM (tesis de licenciatura), p.190 Fierros *op. cit.*, pp. 78, 71 – 73, 75 – 76, 78 – 79, 115, 85 – 86.

Por eso le habría encantado participar en aquel mitin, sumarse a los trabajos del Frente Único Pro Sacco y Vanzetti, y enfrentarse contra los gendarmes que arrestaron a los dirigentes de la LADLA, entre otros al cubano Julio Antonio Mella y quien entonces era su esposa, Olivia Saldivar. Tal vez su presencia hubiera ayudado en algo, pero sus obligaciones laborales le impidieron asistir. La contradicción entre sus deseos y una realidad que cada vez le resultaba más difícil de sobrellevar, lo hacían entrar en crisis, sentía que la ansiedad lo devoraba.

Afortunadamente ahora, 8 de diciembre de 1926, no había ningún impedimento para asistir al *Teatro Arbeu* en las calles de República de El Salvador, al denominado “Gran Mitin contra el Imperio Capitalista”, acto en solidaridad con el pueblo nicaragüense que enfrentaba la invasión de los Estados Unidos. Se enteró del evento gracias a su hermano Francisco a quien frecuentaba para charlar sobre los temas políticos que los apasionaban. Eran varias las organizaciones convocantes, entre ellas la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras que apenas tres días antes habían iniciado una huelga, la Liga Nacional Campesina, la Unión de Carpinteros y Similares, la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria, la Liga de Comunidades Agrarias y por supuesto la LADLA. El teatro que en el porfiriato se había caracterizado por presentar operetas y zarzuelas y era frecuentado por gente de postín, ahora estaba colmado de trabajadores, campesinos y estudiantes.

Quizá ese escenario habilitado como plaza pública le hizo recordar su infancia, cuando en aquel 1909 conoció a Francisco I. Madero en el Teatro *El Toro* de su natal Campeche. Lo cierto es que los encendidos discursos de los oradores cubanos, venezolanos y peruanos, las pancartas, los mueras al imperio y los vivos al general de hombre libres, César Augusto Sandino, lo llevaron de entusiasmo. Se sentía en su elemento, como pez en el agua. Al salir del mitin un hombre se le acercó ofreciéndole un ejemplar de *El Libertador*, órgano de difusión de la LADLA, y un volante de afiliación a esa organización. Juan no lo pensó dos veces, estampó su firma y pasó a formar parte de la lucha de nuestro continente contra los embates imperiales de Estados Unidos.

A los pocos días Juan ya distribuía ejemplares de *El Libertador* entre sus compañeros de *La Hispano*. Poco o nada le importaban las recriminaciones de Zertuche o las indirectas y murmuraciones de Luis Choza, se sentía movido por una pasión que hacía

tiempo no experimentaba. Se sabía cumpliendo una misión en beneficio de la gente con quien compartía trabajo y esfuerzo.

Nunca dejó de lado sus correrías nocturnas, pero ahora las alternaba con su asistencia al local de la LADLA, ubicado en la calle de Bolívar frente al café Tupinamba, en la casa donde vivió el Libertador cuando estuvo en México. El lugar y el título del órgano de difusión, no podían ser más emblemáticos. Fue entonces que conoció a Luis Vargas Rea, el militante que lo afilió a la Liga; a los venezolanos Gustavo y Eduardo Machado, a los peruanos Jacobo Hurvitz y Nicolás Terreros, a Marco Arturo Montero, nacido en Cuba pero ya del todo aclimatado a la identidad mexicana. También conoció a un hombre enchamarrado y sombrero que al término de una de las reuniones preguntaba a los asistentes sobre los asuntos tratados el 8 de diciembre, no en el *Teatro Arbeu*, sino en una casa de Bucareli 18. Ante las evasivas o el mutismo de sus compañeros, supo que el inquisitivo personaje no podía ser más que un agente de la Oficina Confidencial de Gobernación, conocida como la “secreta” de cuyos trabajos ya tenía noticias. Por eso, decidió darle una lección al entrometido poniendo en práctica sus recientes conocimientos literarios. Hablaron sobre Sor Juana, en especial sobre el significado de uno de sus versos: “¿en perseguirme mundo, qué interesas?”²²

A esas juntas a veces largas y llenas de tensión a causa de las diferencias políticas de sus integrantes, también asistían los dirigentes del Partido Comunista Mexicano (PCM): el presidente de la Ligas Campesinas de Veracruz, Manuel Díaz Ramírez quien en septiembre de 1925 fue destituido de Comité Central por sus cercanías con el anarquismo; su opositor, el líder de la corriente oficialista, Rafael Carrillo y su esposa María Luisa; Juan González, obrero ferroviario, la cantante y compositora Concha Michel; Cuca García, esposa de Díaz Ramírez, el pintor e ilustrador de *El Libertador*

²² Margarita León Vega recoge el dato de que De la Cabada en su primera estancia en la capital del país conoce la obra de Sor Juana. En investigaciones en el Archivo Personal de nuestro biografiado, encontramos un folleto que contiene una selección de sonetos de la monja novohispana, aunque con una fecha probable de edición muy posterior a los sucesos que en este momento nos ocupan. La vigilancia policiaca a que era sometida la LADALA, consta en el AGN.

[León Vega, *op. cit.*, p. 191. Archivo Juan de la Cabada. “Selección de sonetos de Sor Juan Inés de la Cruz.”. *Suplemento del boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. México: SHCP, (1951, probable) AGN. Archivo General de la Nación/ Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea/ Administración Pública Federal S. XX/ Secretaría de Gobernación Siglo XX/ Investigaciones Políticas y Sociales (Galería 2)/ Generalidades/ Caja 0008/. Título: Investigaciones confidenciales y asuntos policiacos. Generalidades. Partidos, clubes y agrupaciones políticas. 0008 – 014. Crel Francisco Delgado. Memorandum Num. 1889. Exp 010 – 6 de la Oficina Confidencial de la Secretaría de Gobernación, con fecha del 29 de diciembre de 1926, dirigido al C. Agente Num. 9, 1 foja.]

Xavier Guerrero, su hermana Elisa y el ya mencionado político cubano con ascendencia irlandesa, Julio Antonio Mella. Una mujer de cabello corto y ojos que delataban una pasión profunda, destacaba no sólo por su belleza sino también por su inteligencia, su carácter abierto y cordial, era la fotógrafa Tina Modotti.

Las nuevas amistades de Juan tenían una forma de vida distinta a la que él había llevado, por eso les tuvo admiración inmediata. Eran militantes en toda la extensión de la palabra, plenamente comprometidos con la transformación social y la lucha antiimperialista. Para ellos, Juan también resultaba sorprendente. Sus trajes y corbatas impecables, sus cabellos lacios y rubios peinados a la moda, contrastaban con su inquietud, sus aspavientos, sus ojos rasgados incapaces de mostrar asombro a causa de sus reducidos límites, pero brillantes, atentos. Fue por esta peculiaridad que lo apodaron “Japonés”, mote que Juan debió aceptar no sin disgustos, pero que pronto lo asumió como un gesto de afecto y camaradería.

Quizá porque ya entrado en asuntos orientales la película sobre la Guerra Civil en China le pareció importante, o porque entre sus nuevas obligaciones de militancia se encontraba la concientización de sus compañeros de labores, el caso es que Juan invitó a ellos a dicha proyección. El atractivo de ver cine sin costo fue el principal incentivo para que asistieran varios de los trabajadores de *La Hispano*, Susana y José Badillo fueron de los primeros, llegaron engalanados y puntuales. Sin embargo, la proyección pronto hizo desaparecer los rostros de expectación y las sonrisas, para dar lugar a carraspeos, ruidos de las sillas que denotaban inquietud, bostezos. En la pantalla hileras interminables de chinos subían y bajaban de trenes que recorrían vías igualmente interminables. El rubor llenó el rostro de Juan, para resarcir el aburrimiento de sus compañeros al término de la función los invitó, faltaba más, a cenar al café *Hong Kong*, también de chinos pero donde al menos no había trenes y sí pan de dulce y café con leche que quitaron de aquellos rostros las muestras de fastidio.

No resultó tan fácil contentar a Susana, en las horas de oficina se mostraba distante, ponía límites a las insinuaciones y cortejos de Juan. En casa sólo trataba con él lo imprescindible. Recomponer la relación requería más esfuerzo, una invitación a bailar venció aquellas murallas que parecían infranqueables. A la hora convenida, con puntualidad rigurosa, Susana estaba lista. Lucía un abrigo de terciopelo y lana, blusa con atrevido escote en forma de V, vestido que sólo llegaba a las rodillas, medias finas

y aunque hubiera preferido llevar zapatos de glase negro con listón de seda, tuvo que conformarse con los de uso diario. Eso sí, lució su sombrero de ala estrecha y “aigrette” y breves rizos cortados “a la Bob” que enmarcaban su frente y sus pómulos morenos.

Por su parte, Juan se vistió con el mejor de los trajes que su tío Domingo le regaló cuando dejó Campeche para irse a Cuba, con una impecable camisa blanca en cuyo cuello se prendía una “pajarita” que compró ex profeso para la ocasión; despolvió el reloj de bolsillo con cadena dorada, recuerdo de Ricardo, y lo colocó en la bolsa frontal de su chaleco. Sus brillantes mocasines negros contrastaban con unos calcetines algo raídos, pero no le importó. Tomó del brazo a Susana, la noche era espléndida y Juan se sintió como el personaje de esa canción que estuvo de moda cuando llegó a la Ciudad de México:

Soy capitán primero,

el más valiente del batallón.

Pero cuando enamoro soy general y de división.

Ay, ay ay, mi querido capitán....²³

IV

Eran finales de mayo de 1927 y la reunión en el local de la LADLA fue mucho más breve que de costumbre. A Juan le habría gustado que las discusiones acaloradas se extendieran, le inquietaba no saber qué hacer a horas tan tempranas de la noche. Por eso decidió retrasar su salida y hacer plática con Julio Antonio Mella, aquel cubano tan singular que llamó su atención desde su ingreso a la organización, no sólo por su altura y su complexión atlética sino sobre todo por su carácter jovial, desenfadado.

A los recuerdos de la Cuba que conoció Juan se sumaron los de Julio Antonio. La plática pronto se hizo amena, llena de anécdotas y de referencias a conocidos comunes.

²³ *Ibid.* 82. Daniel Kersffeld. *Contra el Imperio. Historia de la Liga Antimperialista de las Américas*. México: Siglo XXI, pp. 52 – 53, 67 – 68. Eduardo Ibarra “Cronología comparativa” en *Historia del comunismo en México* (Arnoldo Martínez Verdugo. Coord.) México: Grijalbo, pp. 414 – 415. Kersffeld, *op.*, cit. p. 62. Fierros, *op.*, cit. pp. 82 – 83. Gustavo Casasola. *Seis siglos de historiografía de México. 1325 – 1976. Vol 8*. México: Editorial Gustavo Casasola, pp. 2404 – 2409, 2412 – 2413, 2432. Yolanda Argudín. *Historia del teatro en México. Desde los rituales prehispánicos hasta el arte dramático de nuestros días*. México: Panorama Editorial, p. 90.

Sin embargo, Julio Antonio interrumpió la charla e invitó a Juan a que escucharan la radio. Un acontecimiento importante estaba ocurriendo en ese momento y no quería perder detalle: Charles Lindbergh y su gato, regresaban a Nueva York después de que a bordo del *Espíritu de San Luis*, cruzaron el Atlántico con destino a París. El locutor comentaba sobre las expectativas que el suceso despertaba entre los neoyorquinos. Tanto Juan como Julio Antonio lamentaban que el héroe estuviera al servicio del imperialismo y que hazañas de esa naturaleza fueran realizadas por países industrializados y colonialistas. Los países pobres como los de América latina quedaban a la zaga con respecto a aquéllos, dependiendo de sus avances científicos y tecnológicos. Además, Juan consideraba que se cometía una inexactitud y una injusticia cuando se hablaba de la hazaña de Lindbergh como un acto solitario. Nadie reparaba en el gato que también debió tener reconocimientos: a todas luces se violaban sus derechos felinos. Pero no había que extrañarse, de los gringos no podía esperarse otra cosa. Entre los análisis políticos y las bromas, avanzó la noche. Se hizo propicia para buscar aventuras menos aéreas, más mundanas y sin felinos de por medio, entre tragos de ron, tabaco, música de acordes sensuales y cálidas compañías femeninas.

Pero por momentos ni siquiera su nueva vida de militante, mitigaba la ansiedad de Juan. Entonces buscaba a la Leona, dejaba de asistir a La Hispano e incluso se olvidaba de Susana. Se hundía en el placer que le provocaban aquellos muslos blancos. El fuego de esa cabellera nutría su ánimo, revitalizaba su aliento para hacerlo recorrer una y otra vez los territorios íntimos de su amada, inabarcables, siempre renovados y distintos ante el asombro de sus manos.

En el cuarto de la Leona el tiempo parecía detenerse. Sólo existía ese contante presente, cálido, donde los cuerpos entrelazados mojaban de sudor las sábanas y los alientos plenos de deseo y alcohol saturaban la atmósfera. Las noches se hacían presentes con la música del cabaret y las ocasionales salidas de la Leona. Entonces Juan caía en un sopor denso, como pluma que desciende en el aire se perdía en un sueño oscuro y profundo, hasta que el cuerpo de la Leona lo despertaba con su luz cegadora, con su cabellera solar que anunciaba otra mañana tibia y amorosa.

Pero un día Juan despertó y la única luz era la matinal que se filtraba por la pequeña ventana. En vano espero. Supo que era inútil buscarla en el cabaret. Desistió de recorrer

los hoteles aledaños. Tomó su ropa y bajó a la calle de Camelia que a esas horas de la mañana lucía desierta.

La ansiedad era costumbre tanto como la soledad. Sus ausencias al trabajo y a sus obligaciones de militancia ya no eran a causa de borracheras e incursiones en tugurios de mala muerte. Necesitaba estar solo. Solía caminar hacia las afueras de la ciudad, hacia los llanos de Balbuena y pasar largas horas escribiendo y contemplando el paisaje. A la distancia se veía el lago de Texcoco, después los volcanes. Detrás de ellos Juan imaginaba una inmensa lejanía de montañas que terminaban hasta llegar al mar. Sólo así disminuía ese vértigo, esa sensación de inminente caída. Pero debía regresar a su casa, al trabajo, a la fatiga cotidiana.

Era reticente a hablar sobre sus males, pero para las personas que lo querían éstos no podían pasar inadvertido. Doña Lalita le recomendó tomar hierba de San Juan para calmar los nervios, pero no tuvo resultados. Susana le sugirió Valeriana y su compañía amorosa, pero el brebaje no tuvo efecto y a causa de esto prefirió mantener su soledad y su abstinencia. Incluso llegó a tomar en serio el comentario que en una ocasión le hizo José Badillo sobre asistir al consultorio del Doctor Jean Martin Charcot, que a través de su médium Macías Quintero daba consultas con resultados sorprendentes. Prefirió regresar al cuarto de su hermano Francisco y preparar su retorno a Cuba, ahí la vida seguramente volvería a tener sentido.

No fue fácil despedirse de Susana. Después de que rechazó su compañía ella había insistido en la necesidad de que hablaran. Juan le tomó la palabra y alquiló un autor para que juntos recorrieran la Ciudad. En todo el trayecto Susana no atinó a decir sus inquietudes, pero cuando el auto regresó a la casa de doña Lalita Juan recibió un adiós definitivo. Pensaba despedirse y dejar abierta la oportunidad para un nuevo encuentro si regresaba de su viaje, pero ella no se lo permitió. Fue un trago amargo y en su pecho la picazón se tornó intensa.

V

La compañía de Francisco durante el viaje a Veracruz le ayudó a tranquilizar su ánimo. Ya en el puerto y cuando ambos hermanos se disponían a comprar el boleto para que el mayor de ellos abordara un barco con destino a Cuba, de nueva cuenta el azar impuso su lógica y marcó para Juan otro destino: unos tíos suyos por el lado paterno, regresaban

de un viaje a Egipto y se disponían a regresar a Ciudad del Carmen, su tierra natal. Pronto la parentela hizo que Juan desistiera de sus propósitos y que retorna con ellos a tierras campechanas.

A bordo, Juan fue presa de la ansiedad. Quizá por los vaivenes del barco o porque había cedido a las súplicas de sus familiares y las expectativas de su vida en el entorno de ellos no eran tan prometedoras e intensas como las que su imaginación había forjado con respeto a Cuba. Lo cierto es que cuando el barco hizo una escala en Coatzacoalcos y la tía de Juan solicitó cuerdas para una hamaca, su sobrino se dispuso a complacerla: caminar en tierra firme y echar un vistazo a un lugar desconocido tal vez mejoraría su ánimo.

Sin embargo, la tierra firme no lo era tanto. Las arenas de esa playa eran fangosas. A cada paso que daba Juan hundía sus pies por encima del tobillo y en cuanto a lo pintoresco o atractivo del puerto, nada que valiera la pena, ni un paisaje para reposar la vista. Para colmo ningún pescador tenía cuerdas para vender. La situación no podía ser más propicia para que la ansiedad devorara a Juan. Cuando finalmente pudo conseguir la soga, lejos de sentir alivio creció su desasosiego. Entrelazaba los fuertes hilos en sus dedos para tranquilizarse un poco, pero una voz interna, pertinaz, le hacía imaginar otros usos para ellos. Obsesivamente buscaba árboles con ramas fuertes: deseaba danzar en el aire. El silbato del braco a punto de zarpar, rompió sus cavilaciones oscuras. Regresó a bordo apesadumbrado y con la firme convicción de consultar al Doctor Francisco Repeto, apenas llegaran a Ciudad del Carmen.

A la mañana siguiente, Juan dejó la casa de sus tíos y fue a buscar al doctor. Una mujer le abrió la puerta y le informó que un día antes se había colgado de una viga. ¿Premonición o simple coincidencia? A saber, lo cierto es que Juan debió conformarse con los cuidados que le proporcionó su familia de Ciudad del Carmen y posteriormente sus tíos Lola y Domingo, en el puerto de Campeche.

Las habituales tertulias fueron parte de la cura. En ellas Juan tuvo de nuevo oportunidad de mostrar sus dotes histriónicas con una pequeña obra que consiguió tal vez en Cuba o en México. El juego, la risa, el desenfado resultaron terapias eficientes y gracias a ellos quizá los hilos mostraron la cara opuesta a la que empañaba la mente de Juan. Una función de títeres, seres movidos como los hombre por manos desconocidas, pero que en su actuar se encuentra la creación que vivifica y dispersa las sombras del

desasosiego. Si a lo anterior se aúna que el protagonista es medio catrín, con aires de conquistador como quien lo anima, el resultado es saludable y placentero:

“¿Qué botones me pondré?

Está claro, los de piedras.

Pero es que no los encuentro,

estos otros aunque sea.

El caso es que sean bonitos

y que el tiempo no se pierda.

Ahora los puños y el cuello.

Estrenaré las mancuernas

que el sábado me obsequió

mi amiga doña Ruperta.”²⁴

VI

Es muy probable que Juan consiguiera la promesa familiar de que lo apoyarían económicamente aunque no tuviera trabajo estable, y que además no regresaría a la contabilidad en ningún lugar ni situación. Con esa garantía su crisis nerviosa pasó a un segundo plano y en enero de 1928 ya estaba de regreso en la Ciudad de México. En contraste con la tranquilidad recobrada por Juan, el país vivía nuevos momentos de tensión política y militar: la ley anticlerical de Calles, aprobada en junio de 1926, fue una de las causas del levantamiento cristero y la oposición a la reelección de Obregón, llevaron a la muerte a sus opositores, los generales Francisco Serrano en Hutzilac, Morelos y Arnulfo R. Gómez, en Teocelo, Veracruz en octubre y noviembre de 1927. En Sonora, el ejército federal emprendía una nueva guerra contra los yaquis.

²⁴ Fierros, *op. cit.*, p 84 – 87. Casasola, *op. cit.*, p. 2493. Fierros, *op. cit.*, pp. 87 – 89. Archivo Juan de la Cabada. C. S. Suárez. *Antes del baile. Monólogo cómico*. México: A. Venegas Arroyo, p. 2.

No fue difícil para Juan reencontrarse con Francisco, estaba en una de las conferencias que el Doctor Fernando Ocaranza dictaba en la Facultad de Medicina. Al término del evento su hermano lo invitó a una reunión estudiantil. Ahí conoció a Diego Rivera y a Lupe Marín. Concha Michel con todo y mariachi animaba la fiesta:

El carretero se va,

ya se va para Sayula...

Juan volvió a las andadas y pronto se le vio en cafés, cantinas y cabarets. Pasaba largas horas leyendo las páginas de *El Machete*. Por eso, no es de extrañar que pocos meses después, en un día de marzo, saliera del cuarto de su hermano bien acicalado, con traje, corbata y zapatos recién lustrados y se dirigieran hacia las calles de Mesones, al número 47. Abrió la puerta de un despacho de donde salían voces y ruidos de máquinas de escribir. Saludó a Diego Rivera a quien reconoció de inmediato y le hizo saber su decisión de afiliarse al Partido Comunista y de colaborar en las páginas de su órgano de difusión, porque lo mejor que sabía hacer era escribir y porque estaba convencido de la necesidad de una transformación social.

VII

No podía concebir que sus escritos en *El Machete* y en *El Libertador* fueran objeto de críticas tan agudas. ¿Con qué derecho Rosendo Gómez Lorenzo los corregía? Cierto que era el redactor de *El Machete*, pero no menos cierto que se había esmerado en su lenguaje, engalanándolo para hacerlo digno de una publicación tan importante. Cierto, que a consecuencia de adjetivos, circunloquios y expresiones tan floridas, se perdía claridad. Pero qué querían: precisión o galanura, ambas cosas no se pueden, porque si se atiende a la primera el lenguaje se empobrece, pierde sonoridad, queda como selva yerta, sin árboles, ni plantas ni pájaros ni nada. Desnudo y frío.

A Juan le costaba digerir las críticas de sus compañeros. Discutía, manoteaba, se llevaba las manos al cabello, se rascaba el pecho. Sin embargo, no le quedó más remedio que insistir y depurar su estilo. Le ayudaron las sátiras punzantes de Siqueiros, los comentarios generosos de Fermín Revueltas que sabía compaginar compañerismo, gracia y talento y las palabras certeras y cordiales de Julio Antonio, con quien

distribuida *El tren blindado* en la facultad de Derecho o hacía propaganda política por los rumbos de San Antonio Abad, donde el dirigente cubano residía. En otras ocasiones lo acompañaba a las reuniones de la ANERC, Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos, que recientemente había formado. A veces ambos amigos interrumpían sus tareas de militancia para compartir otra de sus pasiones, el cine. Entonces disfrutaban juntos de Greta Garbo en *La mujer ligera* o de *Resurrección* basada en una obra de Tolstoi y protagonizada por la estrella más popular del momento: Dolores del Río.²⁵

VIII

De nuevo en tren. Pero ahora no por asuntos personales, sino para cumplir con la primera comisión del Partido. El trayecto se hace ameno gracias a la plática con el capitán de la escolta, un hombre de simpáticos bigotes e interminables anécdotas revolucionarias. Cuando la charla cayó en silencios prolongados Juan regresó a su asiento y dejaba ir la vista por el horizonte. Así lo encontró el sueño.

Con las primeras luces de la mañana los llanos de Jalisco parecía una inmensa sábana marina, ocasionales árboles aparecían en el pasaje para romper su monotonía. Juan comprobó que sus maletas se encontraran en el lugar donde las había puesto. No quería que cambiaran de dueño, estaban llenas de propaganda y si se la encontraban iría a la cárcel. De pronto en el horizonte se formó una polvareda que poco tiempo después permitió distinguir a quienes la causaban: cientos de jinetes con sombrero y vestidos de manta, algunos con estandartes religiosos. A aquella visión siguieron zumbidos de balas y el golpe metálico de éstas en los rieles y en la carrocería del tren. La confusión y el temor se apoderaron de los pasajeros, la mayoría se tiró pecho a tierra. Juan sintió un impulso que lo hizo ponerse de pie, corrió por los pasillos hasta el último vagón a encontrarse con el capitán y desde ese punto estratégico disparó su Smith and Weston.

En Guadalajara lo reciben Siqueiros y Hernán Laborde que recientemente había sido electo diputado. En el teatro *Victoria* organizaban mítines para exponer la posición del

²⁵ Fierros, *op. cit.*, p. 93. José Emilio Pacheco. *Crónica de Hutzilac*. México: SEP / Conasupo, pp. 6, 21, 27. Fierros, *op. cit.* pp. 93 – 95. Juan de la Cabada. “No te bajas Camps”. *Sol de México en la cultura*, 25 abr. 1976: 1.

partido sobre el conflicto religioso y para concientizar sobre las acciones del imperialismo estadounidense en Centroamérica, de acuerdo a los objetivos del Comité Manos Fuera de Nicaragua, formado en enero de ese año. La propaganda que Juan llevó, ayudó para esos fines.

Siqueiros tenía temores fundados de que lo seguía la policía. Juan le propuso salir de dudas mediante un truco sencillo: intercambiarían ropas al interior del *Victoria* y así saldrían a la calle. Dos individuos siguieron sus pasos. Juan apuró los suyos y dobló en la primera esquina para inmediatamente pararse. Sus perseguidores dieron de bruces con él, le pidieron identificarse y como no eran ningún David Alfaro, lo dejaron irse. Los temores de Siqueiros eran fundados, no se trataba de simple paranoia.

Quizá porque este incidente levantó sospechas de la Secreta sobre la verdadera identidad de Juan o porque la vigilancia policiaca en la la capital tapatía era feroz en esos tiempos de la Cristiada, el caso es que una tarde al ir a cenar junto con Jorge Piñó, Juan olvidó dejar a buen resguardo la propaganda. No tuvieron tiempo para reaccionar, a la primera revisión los documentos sediciosos cayeron al suelo. De nada sirvió el fingido asombro de Juan. Tampoco sus reclamos ante el juez, los dos camaradas fueron conducidos a prisión.

La celda era pequeña y ya estaba ocupada por un indio robusto, quizá un yaqui, y por un contador de apellido Morán acusado de colaborar con los cristeros. A Juan éste último le causaba cierta desconfianza, no tanto por sus convicciones religiosas sino por sus labores profesionales. A los pocos días llegó otro prisionero. Se trataba de un joven también acusado de cristero aunque negaba los cargos que se le imputaban. El temor lo devoraba y se hacía más agudo en las noches cuando se escuchaban detonaciones que seguramente eran de fusilamientos. Juan trató de consolarlo, de darle ánimos. No tuvo éxito, sí lo tuvo Morán que cada noche rezaba con él. Una mañana se lo llevaron los gendarmes y ya no hubo más noticias de él. En esa noche las detonaciones tuvieron un ruido singular, de los que se clavan en la memoria. En junio de 1928 y tal como habían entrado, sin mediar orden judicial ninguna, Jorge Pinó y Juan quedaron libres. Es muy probable que la suerte de los cristeros fuera muy otra, sobre todo porque unas semanas

después un católico acendrado violentamente interrumpió los festejos reeleccionistas de Álvaro Obregón.²⁶

IX

La noticia corrió como reguero de pólvora: poco después de las 9 de la noche en la esquina de Abraham González y Avenida Morelos, Julio Antonio Mella recibió dos impactos de bala. Lo acompañaba Tina Modotti, con quien había iniciado tres meses antes una relación amorosa. Horas después, en la madrugada del 11 de enero de 1929, Julio Antonio falleció en la Cruz Roja. En su agonía declaró que los responsables eran agentes al servicio del dictador cubano Gerardo Machado y que moría por sus convicciones política al servicio de la Revolución. El dolor y la indignación confluían

²⁶ Los pocos datos cronológicos aportados por el testimonio de Juan de la Cabada, dificultan asentar con precisión las fechas de esta primera su estancia en la cárcel. En su cronología Margarita León Vega, la registra en 1929, dato que adquiere cierta relevancia con la referencia que recoge Gustavo Fierros sobre la libertad de Jorge Piñó y De la Cabada en el mes de junio, toda vez que en aquel año y ese mes se pactó el fin de la guerra cristera y la amnistía a quienes purgaban condenas por participar en dicho movimiento. Además, la referencia al dirigente comunista Germán Laborde en condición de diputado es otro elemento que refuerza este orden de ideas: el 30 de junio de 1928 es electo diputado por Orizaba, postulado por el Partido Ferrocarrilero Unitario. No obstante el año aportado por León Vega suscita las siguientes dudas: 1) la presencia de Siquieros en Guadalajara antes de la aprensión de De la Cabada y Piñó es improbable porque entre el 18 y el 16 de mayo de 1929 asiste al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana en Montevideo y del 1º al 12 de junio del mismo año a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana en Buenos Aires, donde conoce a la poeta uruguaya Blanca Luz Brum Elizalde con quien después se casó. 2) El 6 de junio de 1929 el gobierno de Portes Gil clausura la sede del Partido Comunista y la redacción de *El Machete*. Se entiende que al pactase la paz entre cristeros y fuerzas federales se conceda libertad a los presos de los primeros, ¿pero por qué habría de concederse la misma condición a los comunistas justo cuando se inicia su persecución? 3) En la relación sobre la guerra cristera en el período de mayo y junio en Jalisco Franz Meyer relata sucesos que concuerdan con el testimonio de Juan de la Cabada:

El 22 de mayo, sorprendieron los cristeros la guarnición de Tesitán, a 10 kilómetros de Guadalajara, donde 250 hombres resistieron algunas horas. []

Junio trajo consigo el mismo lote de golpes de mano audaces. El 2, a medio día, los cristeros hicieron una *razzia* de caballos en la guarnición de San Miguel, y hubo escaramuzas y grandes combates. Los cristeros estaban por doquier a la vez [] y la federación se vio obligada a mantenerse a la defensiva, a lo largo de las carreteras y de las vías férreas, en las ciudades y en los poblados más grandes. Fusilando sin parar hasta en Guadalajara, cuyos habitantes se llegaron a habituar al ruido de las salvas nocturnas, la federación no hizo más que derramar la sangre de los mártires, semilla de cristeros.

[Jean Meyer. *La Cristiada I. La guerra de los cristeros*. México: Siglo XXI, p. 245.]

Por las razones expuestas nos aventuramos a conjeturar que los sucesos narrados sucedieron en 1928, a reserva de que otras investigaciones puedan aportar más luz al respecto.

[Fierros, *op. cit.*, pp. 23 – 26. León Vega, *op. cit.*, 196. Ibara, *op. cit.*, p. 418. Álvaro Abós. *Cautivo. El mural argentino de Siqueiros*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, p. 28. Meyer, *op. cit.*, pp. 315 – 320.]

en el ánimo de Juan. A Julio Antonio lo consideraba no sólo un camarada sino también un amigo. En mesones 54 supo que se había improvisado una protesta ante la embajada de Cuba, se dirigió hacia allá y su voz crispada se unió a la de sus compañeros.

El 13 de enero el cuerpo de Julio Antonio se veló en la sede del Partido. Era casi imposible acercarse a Tina para darle el pésame por los números compañeros que la rodeaba. Se le veía abatida, con una palidez que acentuaba la profundidad de sus ojeras: trozos de noche trazados en sus pómulos blancos. Cuando Juan la abrazó la sintió temblar como un pájaro herido. Mientras estuvo en las guardias de honor fue inevitable recordar las comidas a la cubana en el departamento de Tina en el edificio Zamora, las charlas y discusiones en torno a tazas de café, Greta Garbo y Dolores del Río, Lindeberg y su gato, pero sobre todo la labor infatigable de Julio Antonio en *El Libertador*, en *El Machete* y en las organizaciones revolucionarias que fundó con la convicción de transformar nuestra América. Juan bajó la cabeza y apretó los puños.

A la mañana siguiente el féretro de Julio Antonio cubierto con la bandera roja de la hoz y el martillo salió de las oficinas del Partido en hombros de la dirigencia y fue depositado sobre la calle de Mesones. Rafael Carrillo habló a los militantes desde un balcón. Sus palabras recogieron el sentir de los asistentes. Acusó a Machado y al embajador Fernández Mascaró del asesinato de Julio Antonio. Los vivos a Mella y los muera a Machado, no se hicieron esperar. Se organizó entonces una marcha que encabezó Diego Rivera, partió al Zócalo donde Úrsulo Galván pronunció otro discurso. Después, el contingente se dirigió a la Facultad de Jurisprudencia en Argentina y San Ildefonso. Los vivos y los muera se repetían una y otra vez. Otra consigna también se hizo presente con insistencia: la ruptura de relaciones con Cuba. En el patio de la Facultad los dirigentes estudiantiles Alfonso Díaz Figueroa y Alejandro Gómez Arias, alabaron la trayectoria política y académica de Julio Antonio. Juan tomó una de las esquinas de la caja en hombros cuando la macha salió por San Ildefonso hacia la calle de Brasil. De nuevo llegaron al Zócalo y doblaron al poniente. Juan escuchó a sus espaldas una voz vuelta melodía a las que se sumaron otras y después la de él mismo, resonando sobre la calle de Madero:

Arriba los pobres del mundo,

en pie los esclavos sin pan

Alcémonos todos al grito:

¡Viva la Internacional!

La marcha continuó hasta Avenida Morelos y Abraham González en donde Laborde exigió al gobierno de la República el rompimiento de relaciones con Cuba, toda vez que el asesinato de Mella no sólo era un golpe contra los intereses del proletariado sino también una fragante violación a la soberanía nacional. La marcha continuó hacia el sur, sobre Balderas hasta avenida Chapultepec, ahí una carroza fúnebre los esperaba para trasladar el cuerpo de Julio Antonio. El sol caía a plomo en ese mediodía de enero y proyectaba las largas sombras de las banderas, mantas y militantes que caminaban hacia el poniente, rumbo al panteón de Dolores.

La fotografía del rostro inerte de Julio Antonio tomada por Tina y que aparecía en la primera plana de *El Machete*, sacudió a Juan. Después de leer las crónicas del sepelio tuvo el impulso de escribir un cuento, ¿por qué no titularlo “Camarada”? Garabateó algunas líneas pero la emoción era mucha, ahogaba sus palabras. Quizá sería conveniente hacer una pausa, pasar a máquina el texto en la primera oportunidad para después corregirlo. Además, no eran momentos para sentimentalismos, tenía muchas tareas de militancia que cumplir: apoyar la candidatura del general Pedro Rodríguez Triana, candidato comunista y de la Liga Nacional Campesina que contendría contra Pascual Ortiz Rubio y José Vasconcelos. Asistir a las reuniones donde se discutía la formación de la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM), organización necesaria para enfrentar los efectos que la crisis económica hacía sentir en los trabajadores. Y la más importante: ayudar a Diego en su defensa de Tina ahora que le habían dictado arresto domiciliario y que la prensa emprendía una feroz campaña en su contra. De todas maneras tomó los papeles y se los metió a la bolsa del saco. Quizá habría un momento de calma en donde la emoción se mitigara y las ideas que ahora le revoloteaban como parvada tras un disparo, encontrarán la serenidad necesaria para un vuelo libre en cielos despejados. Salió de su cuarto y cerró la puerta.²⁷

²⁷ Tal como lo señala Gerardo Hurtado Hernández el protagonista de “Camaradas” es descrito con datos biográficos y actividades políticas que coinciden con los de Julio Antonio Mella, salvo en detalles mínimos, por ejemplo: Mella fue cubano de nacimiento y su padre era dominicano, a diferencia del personaje de Juan de la Cabada, puertorriqueño criado en Cuba de padre catalán. La referencia a Mella es más nítida si nos atenemos a las primeras líneas del texto: “1929: Esta circunstancia obliga a recordar bien que el camarada que el cable anuncia acaba de ser asesinado [].”

X

Llueve sobre mojado. El 14 de mayo de 1929 José Guadalupe Rodríguez y otros 14 agraristas y comunistas son asesinados en Durango por el Ejército. Una semana después Hernán Laborde es desaforado. La única buena noticia es que la huelga estudiantil por la autonomía universitaria, tuvo éxito a pesar de la represión. Juan camina sobre la calle de Regina, se dirige al número 89, sede de la Confederación Central Unitaria. En los escalones de la entrada está el hermano de Fermín, José Revueltas, absorto en una lectura: es un libro de un tal Juan Ramón Jiménez. A ese tocayo no lo conoce Juan, a pesar de que le dobla la edad a Pepe. El momento es ideal para hablar de literatura. De seguro el chamaco ha trabajado junto con Graciela Amador, la compañera que además de ponerle el nombre al periódico del Partido y de componer corridos, ha escrito y seleccionado cuentos para la sección “El cuento de *El Machete*”. Juan ha tratado poco a Pepe, pero todo mal tiene remedio. Los asuntos sindicales podrán esperar. Total, mañana no iniciará la Revolución.

La charla es más amena gracias al peso que trae Juan y que les permite saborear flautas con tepache. Juan aprovecha para mostrarle a Pepe el cuento que escribió a raíz del asesinato de Julio Antonio y que mecanografió en la redacción de *El Machete*. Pepe le lee “El enemigo”. Juan queda sorprendido con la prosa impecable del muchacho, le hace una pequeña corrección al cuento y ambos compañeros se estrechan las manos. Agotadas las últimas gotas de sus respectivas bebidas y sin más “parque” para continuar, no tienen más remedio que caminar por las calles del centro, fumando y conversando. Entonces Juan invita a Pepe a trabajar con él en la imprenta de José Luis Vargas Rea, donde se edita la revista *Barbechando*: si en donde come uno también

[Gerardo Hurtado Hernández. “El enemigo y El Centinela dos cuentos de José Revueltas en el archivo Juan de la Cabada” en *Literatura mexicana* 13, No 2, 2002: 245. Disponible en líneas en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rlm/article/view/28533/> fecha de consulta 7 /11 / 2015. Juan de la Cabada “Camaradas” / Archivo personal/ Sección Vida profesional/ Serie Actividad literaria /Subserie cuento/ Expediente 104/ ID 1515/ Folio /Foja: 1 –3. Disponible en línea en <http://cabada.uacam.mx/cabada/frmSetConsultas.htm>, fecha de consulta 14 / 11 / 2015.]

[“Entierro del camarada Mella” en *El Machete*, 19 de ene. 1929: 1 -2. Tina Modotti. “Fotografía de Mella al día siguiente de su crimen” en *Ibid.* : 1. Elena Poniatowska. *Tinísima*. México: Editorial ERA, pp 51 – 55, 75. Antonio Saborit. “Política y escándalo. Tina Modotti y el crimen de la calle Abraham González” en *Historia* 30, abr. – sept. 1993. 80, 83 – 84. Disponible en línea en <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=4113/> fecha de consulta 21/ 11/ 2016.]

comen dos, la misma multiplicación alimentaria puede hacerse extensiva en términos laborales, sobre todo tratándose de un camarada como Pepe.²⁸

XI

Les sigue lloviendo a los comunistas y más duro. El 6 de junio el gobierno de Portes Gil clausura la sede del Partido y la redacción de *El Machete*. El 29 de agosto las oficinas y la imprenta de éste son saqueadas y destruidas. Juan como muchos otros de sus compañeros vive a salto de mata. A veces con su hermano Francisco que para entonces se alojaba en el Edificio Muriel, frente al que fuera el Palacio de los condes de Santiago de Calamaya; en otras ocasiones en hoteles de mala muerte en las calles de Ecuador o en el Cuadrante de la Soledad, en un dormitorio público que también frecuentaba Pedro Juliac, estudiante de medicina venezolano conocido como el negro Juliac. Quizá fue él quien le informó a Juan en la mañana de ese 7 de noviembre sobre el mitin que en la tarde se realizaría en la plaza de Santo Domingo y de la intensión del ferroviario Guzmán y el minero Camps de poner antes de ese evento, una bandera roja con hoz y martillo en la mismísima Catedral.

De no haber tenido el compromiso en la imprenta de Vargas Rea, seguramente Juan se habría sumado a un acto tan arriesgado como iconoclasta. La comezón en su pecho se hizo sentir con fuerza. Ni hablar, tendría que perderse la emoción de burlar sacristanes y policías, ocultando la bandera hasta llegar al campanario y desplegarla. Pero en definitiva asistiría al mitin y esperaba que la insignia comunista durara lo suficiente en aquellas alturas para poder contemplarla a sus anchas. Por eso en cuanto vio a Pepe y lo enteró de las novedades, ambos terminaron sus obligaciones lo antes posible.

En la plaza de Santo Domingo el contingente se organizaba y se distribuía el primer número de *El Machete clandestino* que a pesar de la persecución se hacía público justo

²⁸ La posible influencia de De la Cabada en las primeras obras de José Revueltas, es una aportación de Gerardo Hurtado Hernández. Su hipótesis tiene sentido no sólo por la caligrafía de Juan de la Cabada que corrige el final de “El centinela” y de que éste al igual que “El enemigo” hayan sido encontrados por el investigador en los archivos de De la Cabada en la Universidad Veracruzana, sino también por la estrecha relación que tuvieron ambos escritores desde finales de la década de los 20 y principios de la siguiente. En ese tiempo, tal como hemos visto. De la Cabada publicaba sus primeros cuentos y debió ser para su amigo a quien duplicaba en edad, un necesario punto de referencia.

[Hurtado Hernández, *op. cit.*: 244 – 245. José Revueltas. “El centinela” en Juan de la Cabada / Archivo personal/ Sección trabajos ajenos/ Serie Cuento/ Expediente 11/ ID 2014 / Folio /Foja: 1 – 3. Disponible en línea en *op cit*, fecha de consulta 5 /12 / 2015. *Ibid.* “El enemigo” ID 2015/ Folio /Foja: 4 – 6, fecha de consulta 5 / 12 / 2015.]

Ibarra, *op. cit.*, p. 418. De la Cabada, *op. cit.*: 2 - 3 José Clemente Orozco. *Autobiografía*. México: Editorial Era, p. 79.

ese día, gracias a una prensa de tambor donada por trabajadores alemanes. Juan y Pepe se sumaron a las actividades de sus compañeros. Cuando el mitin fue nutrido, se inició la marcha sobre la calle de Brasil, hacia el Zócalo. A penas cruzaron la calle de Tacuba un grupo de gendarmes les impidió el paso. Entonces los militantes improvisaron con un bote de basura un escenario. Habló José Serrano, trabajador de la fábrica *La consolidada*, entonces en huelga. Lo siguieron Guzmán el ferroviario y después Juan. Todos denunciaban el clima de persecución y los daños que entre los trabajadores ocasionaban las acciones gubernamentales, emprendidas a raíz de la crisis económica. Cada vez más gente se sumaba a la protesta y los mueras al mal gobierno se multiplicaban. Cuando Camps tomó la palabra, un gendarme le exigió que bajara de aquella tribuna. El minero lo ignoró y la orden se hizo más perentoria. En el ambiente un silencio tenso se impuso. Una voz con una firmeza tan alta como su claridad, lo quebró: “No te bajes Camps”. El muchacho Revueltas, casi un niño, hizo así sentir su presencia dilatada que brotaba de su frágil complexión. Fue la chispa en el polvorín. Insultos, empujones, golpes. El jefe de los gendarmes se lanzó contra Pepe. Sus compañeros lo defendieron, pero el esfuerzo fue en vano.

Era domingo y contrario a su costumbre Juan se despertó temprano. Debía apurarse para llegar a la hora de visitas en la Correccional en donde estaba detenido Pepe. Quizá le llevó algunos textos de Juan Ramón Jiménez, papel y lápiz para que su amigo pudiera leer y escribir. Lo cierto es que en cuanto Juan supo que a los jóvenes recluidos les pasaban funciones de cine, hizo planes para una fuga: le llevaría ropas de fifi a su amigo para que en la oscuridad se las pusiera en lugar del uniforme carcelario. De esta manera podría pasar por un visitante más y salir por la puerta sin mayores problemas. El plan le pareció estupendo a Pepe, pero no pudo realizarse porque antes del domingo convenido para la fuga, Juan también cayó preso.²⁹

XII

²⁹ Ibarra, *op. cit.*, p. 418. Fierros, *op. cit.*, p. 105. Arnoldo Martínez Verdugo. “Prólogo”. *El machete ilegal 1929 – 1934*. Edición facsimilar. Puebla: UAP /Centro de Estudios Históricos y Sociales, p. VI. Pilippe Cheron. “Cronología”. José Revueltas, *Las evocaciones requeridas*. (Prol. José Emilio Pacheco. Comp. y notas Andrea Revueltas y Philippe Cheron). México: Editorial Era, 1987, p. 24. De la Cabada, *op. cit.*: 3.

De los males el menor, a Juan no le fue tan mal. Esta estancia en la sombra no fue tan larga y ahora estaba libre. Adentro aprendió una canción simpática que ahora cantaba mientras caminaba por Regina, hacia el número 87 para apoyar una huelga

Me fueron a vender un santo,

sin marco, sin cristal y sin vidriera

La gente preguntaba qué santo era,

y era el santo más chingón de la galera

Era de nogal, era de nogal,

era de nogal el santo

Hijo de un cabrón, hijo de un cabrón,

por eso pesaba tanto.

A los compañeros les iba a gustar y así fue. Además de conocer sus derechos laborales habían enriquecido su repertorio musical para distraerse en las noches mientras hacían guardias. En la esquina de Isabel la Católica la gente se arremolinaba. Juan escuchó voces agitadas, vio rostros pálidos, miradas inquietas. Elementos de la montada y motociclistas se dirigían hacia el Zócalo. Juan le restó importancia a tanto alboroto y siguió de largo.

Al día siguiente después de asistir a la Junta de Conciliación y Arbitraje para atender otra huelga, regresó a la Central Sindical Unitaria y después con Rafael Carrillo volvió a las calles de Regina. Carrillo le hablaba nervioso de detenciones y de persecuciones policiacas, pero el ánimo de Juan no estaba para paranoias que siempre llevan consigo prisas y desasosiegos. En cambio una pequeña casa, a todas luces abandonada llamó su atención. Sacó uno de sus cigarrillos *Alas* y le ofreció uno a Carrillo para que se serenara. Juan especulaba sobre cómo serían los muebles para una habitación tan reducida. Quizá requeriría de roperos – alacenas, en donde convivieran en promiscuidad zapatos, vasos, camisas, teteras, molcajetes, calcetines y planchas. O quizá la casa sería para liliputienses, en cuyo caso habría que establecer relaciones con ellos a fin de que formaran sindicatos, porque hasta el momento el Partido había sido omiso al respecto. Tal vez sólo un aluxe habitaría semejante morada, aunque esos paisanos suyos, según sabía por fuentes bien informadas, preferían las cuevas de los montes. Una mano

vigorosa lo tomó por la nuca e interrumpió sus digresiones sobre mitología maya, al tiempo que una placa aparecía ante sus ojos casi tocándole la nariz: la secreta.

En la celda de la penitenciaría de Revillagigedo el frío era intenso. Las cortesías del Jefe del Departamento Central, José Manuel Puig Cassauranc que conocía a los De la Cabada de Ciudad del Carmen, no llegaron al grado de proporcionarle a Juan una cobija después del interrogatorio. En cambio no se mostró insistente ni duro ante sus constantes negativas, pese a que al funcionario le costó trabajo aceptar que ignorara lo que ya era de conocimiento público: el atentado de Daniel Flores contra el presidente Pascual Ortiz Rubio. El atacante fue en un primer momento considerado por sus captores como comunista, aunque en realidad era simpatizante de Vasconcelos.

Después de una breve estancia en esos separos, Juan y sus compañeros fueron trasladados a Lecumberri, les asignaron la Galera F destinada tanto a comunista como a vasconcelistas. Entre los primeros se encontraba Pepe, Valentín Campa, Tina Modotti amenazada de deportación, situación que en semanas posteriores se cumpliría. Los segundos fueron llevados a los pocos días y entre ellos estaba Carlos Pellicer, quien había permanecido semana y media en el cuartel de San Diego en Tacubaya. La voz del poeta impresionó a Juan no sólo por sus acentos graves, sino también por su inconfundible dejo del sureste. Fueron vecinos de celda y ambos entablaron amistad, además de compartir el amor por las letras los unía un pasado común en tierras de Campeche. Pellicer vivió ahí durante el gobierno de Joaquín Mucel, en 1915. A veces en las noches hablaban sobre la intensidad de los crepúsculos, sobre selvas densas y ríos con meandros o de ceibas sagradas o de seres que poblaban las noches de los montes. Pero el mar siempre era una recurrencia. Juan le hablaba del mar de su infancia, una sábana inmensa que se extendía a lo lejos y por donde alguna vez quiso marcharse, imitando a Jesús en sus pasos sobre el agua. Pellicer por su parte le leía sus versos recientemente escritos, que buscaban también al Redentor aunque en distintas inmensidades:

¡Alzara el viento de mis hombros vuelo!

Yo vivo todo en tierra. Tú eres cielo.

Tú azul, y yo en el hueco de mí mismo.

En otras noches desde cada una de sus celdas los presos se turnaban para hablar. Campa arengaba y acusaba al gobierno de Ortiz Rubio de proteger los intereses del capitalismo y de violentar los derechos de los trabajadores. Juan lo secundaba y añadía que el presidente no era sino un lacayo al servicio del callismo aliado del imperio estadounidense. La voz de Pellicer al nombrar a Bolívar repercutía en las galerías.

Cuando Juan cerraba los ojos para conciliar el sueño, en su mente se dibujaban litorales. Entonces sentía volar a ras de ellos, hasta perderse en sus aguas oscuras y quietas.

Una mañana llamaron a los presos para que se formaran en el patio. Muchos estaban seguros que serían llevados a las islas Marías. No fue así, ante ellos un grupo de mujeres desfiló. Sus miradas escudriñaban en los rostros, se detenían en cada una de las facciones, alargando lo más posible el momento en que habrían de centrar su atención en los rasgos siguientes, en los de más adelante, en el último. Ninguna encontró a quien buscaba. Los presos fueron regresados a sus celdas.

La intervención de Puig Cassauranc y sobre todo la del canciller Estrada, le devolvieron la libertad a Pellicer. El primero intercedió por él porque era su pariente lejano; el segundo, porque conocía su obra y advirtió a Calles del escándalo internacional que se suscitaría si era ejecutado o permanecía preso. En el caso de Juan es probable que la distante relación con el Jefe del Departamento Central haya obrado en su favor, aunque recibió la indicación del titular de Gobernación de salir del país y retirarse de su militancia política.

En cuanto Juan llegó al departamento de Francisco y se repuso de los rigores carcelarios, leyó los diarios atrasados que encontró. Entonces supo qué buscaban aquellas mujeres cuyos ojos aún lo perseguían. En el pueblo de Topilejo un perro había desenterrado los restos de un cadáver. A este hallazgo y gracias a la intervención de los vecinos, siguieron otros hasta llegar a casi 100. El número exacto no se supo y sólo de algunos se reconoció la identidad. Los demás quedaron en condición de desaparecidos. Fue una de las consecuencias de la represión contra los vasconcelistas. Juan dejó de leer, cerró el puño y golpeó la mesa.

Tenía un asunto pendiente de extrema importancia, debía dejarle en claro al régimen cual era su postura ante la amenaza de deportación. Tomó la máquina de Francisco y

redactó una carta al ex presidente Emilio Portes Gil quien fungía como Secretario de Gobernación en el gabinete de Ortiz Rubio. Dejaba en claro que continuaría su lucha por los intereses del proletariado y por supuesto lo haría en México más que en cualquier otro lugar. Si de una u otra manera el gobierno intentaba expulsarlo del territorio nacional, ese acto constituiría una violación manifiesta a las mismas leyes burguesas y en consecuencia se defendería con todos los medios a su alcance. Sabía que su actitud tenía un costo y estaba dispuesto a pagarlo.

Pero como el deber revolucionario está más en la praxis que en las palabras y porque además en la casa de su hermano se aburría, Juan se reincorporó a sus trabajos de organización sindical hasta que el 9 de diciembre la policía allanó la sede del Comité Pro Cámara Unitaria del Trabajo y de nueva cuenta fue puesto tras las rejas.³⁰

XIII

De nuevo libre pero la lucha continúa. En un aula de San Ildefonso junto con Camps, Salazar Mallén y estudiantes vasconcelistas Juan ingresa a la Unión de Estudiantes Pro Obrero y Campesino (UEPOC). Sus labores de militante lo entusiasman, no debió ser extraño verlo caminar por las calles de Loreto y Jesús María hasta El Salvador donde alfabetizaba a mecapaleros, prostitutas, obreros. Por las tardes con sus compañeros subían a las cúpulas de la Soledad, quizá a instancias de Camps ducho ya en esas suertes de conquistar las alturas sagradas no por méritos beatíficos sino por gustos de profanación y alpinismo. Desde la cima conquistada la vista era espléndida, se podían contemplar desde la torre o en la parte superior de la fachada intensos crepúsculos; además los vitrales de la cúpula permitían un panorama detallado del interior del templo. Entre aquellos compañeros del UEPOC había consenso de que esos espacios

³⁰ Fierros. *Op cit.* pp 126, 65 – 67, 96, 99. José Emilio Pacheco. “El atentado de Daniel Flores”. *Proceso*, 4 feb. 1980: 50 – 51. AGN / Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea/ Archivos Presidenciales/ Fondo Pascual Ortiz Rubio / 100382 / Caja 031 / exp. 49 Al. 395 – exp. .68 fl. 14214, 1930. Informe del 5 de feb. Presentación del comunista Daniel Flores y Vicente Aurrecochea, 1 foja. Fierros, *op. cit.*, p. 97. Poniatwska, *op. cit.* p. 277. Samuel Gordon. *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*. México: CONACULTA/ UJAT, pp. 56 – 59, 18 – 19. Juan de la Cabada. “Carlos Pellicer” / Archivo personal/ Sección Vida Profesional/ Serie. Actividad literaria/ Subserie. Reseña / Expediente 2 / ID 1682 / Folio /Foja: 1-2. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 16 / 1 / 2016. Carlos Pellicer. *Práctica de Vuelo*. México: FCE, p. 12. Fierros, *op. cit.*, pp. 97 -98. José Emilio Pacheco. “Los desaparecidos de Topilejo”. *Proceso*, 11 feb. 1980, pp. 50 – 51. Fierros, *op.cit.*, p. 99. Juan de la Cabada. “Carta a Emilio Portes Gil”. 27 mar. 1930, en *Juan de la Cabada. Correspondencia personal*. Gerardo Hurtado (Edición, selección, transcripción y notas). San Francisco de Campeche: Gobierno del Estado de Campeche, p. 18. Ibarra, *op. cit.*, p. 420.

deberían servir para mejores fines: aulas, bibliotecas, galerías, teatro y por supuesto la sacristía habilitada de dormitorio cómodo, porque sus baldosas eran demasiado frías. A la par de sus labores de militancia y docencia, Juan escribía como era su costumbre en el primer lugar que encontraba con condiciones mínimas para esas tareas: un escalón de las escaleras preparatorias, alguna banca de la plaza de Loreto o sobre la calle de Venezuela recargado en un muro del antiguo colegio Jesuita de San Gregorio o quizá sentado en algunos huacales del mercado de Mixcalco. Las ideas le fluían en la cabeza, quería escribir sobre el sueño que tuvo hacía años, cuando una rata lo mordió. Ahora tenía más conocimientos sobre la materia porque esos bichos abundaban en los lugares donde vivía, aunque por fortuna ya no fue víctima de sus apetencias. También deseaba escribir una historia de aventuras en el sureste del país, entre ríos y selvas. El protagonista podía llamarse Chispa y ser un muchacho como los que compartían con él el albergue en el cuadrante de la Soledad y que a veces además de ser sus vecinos de cobija eran sus alumnos. Tal vez de alguna anécdota triste vivida o comentada por esos pequeños compañeros, le nació la idea de escribir “Un hombre ahorcado”, donde un accidente laboral siega la vida de un menor.

En junio de 1931 Juan llevó a sus alumnos de la calle República del Salvador, no sólo el silabario y la edición de *El Machete Clandestino* que solía usar como materiales didácticos, sino también otra publicación que en su portada, realizada por Siqueiros, mostraba un puño sujetando un silbato: era el primer número de *Llamada*, órgano de difusión de la entonces recién formada Lucha Intelectual Proletaria (LIP) integrada por el mismo Siqueiros, Pablo O’ Higgins, Leopoldo Méndez, Chano Urueta, Consuelo Uranga, Adolfo Zamora y el mismo Juan.

Quizá en el cuadrante de la Soledad, se formaran reuniones integradas por militantes e indigentes, es probable que a ellas asistieran Siqueiros con Blanca Luz Brum Elizalde y su pequeño hijo. De ser así, Juan habría sustituido las tertulias en la casa de la Tía Lola, por estas otras en compañía de su nueva familia. A la luz de alguna vela Juan narraría peripecias en los mares y ríos de Campeche y Tabasco, imitaría el sonido de las aguas al abrirse a la navegación, con las manos formaría imaginarias fauces de caimanes, gesticularía para ilustrar la osadía de quienes los domaban, improvisaría versos maliciosos. Todo un repertorio de voces, ademanes, onomatopeyas en torno a aquel muchacho, Chispa, cuya vida había proyectado narrar en una novela que titularía *Fondo*.

Tal vez en una noche de principios de agosto de ese 1931, Juan recibió el encargo del Partido de pegar propaganda. Cada muro o poste disponible de las calles de Tres Cruces o Jesús María, recibían un brochazo de engrudo y el subsecuente cartel con la hoz y el martillo. Un individuo se acercó a Juan para pedirle uno. Juan lo ignoró, siguió en su tarea. El individuo insistió y Juan intentó huir. A los pocos pasos otro individuo cortó su carrera. De nuevo era aprendido y encarcelado. Por fortuna su reclusión fue breve y para el 8 de agosto estaba de nuevo en la calle.

Sin embargo, se vio en la necesidad de dejar el albergue en la Soledad, su presencia podía atraer a la policía. Con el negro Juliac rentó un cuarto en 16 de Septiembre, pero cuando la renta fue impagable y una úlcera hacía estragos en sus entrañas, Juan no tuvo más remedio que volver a recurrir a Francisco. Era necesario hacer una pausa, restablecer la salud y el ánimo. Los vecinos del Muriel en nada se parecían a los que Juan tuvo en la Merced. En el mismo edificio vivía el poeta Porfirio Barba Jacob y cruzando Pino Suárez el pintor Joaquín Clausell a quien Juan saludaba con el afecto del paisano. Quizá entonces tuvo oportunidad de mecanografiar algunos de sus textos recientes, tal vez después de comer con Pepe y su hermano Silvestre, Angelina y la pequeña Eugenia, los Revueltas fueran los escuchas de sus cuentos. Pepe también los escribía y al menos en una ocasión, Juan corrigió uno de ellos: “El centinela” ambientado en la Revolución y en donde al igual que en “Un hombre ahorcado”, el azar ocasiona la perdición de los protagonistas.³¹

Un día en la imprenta, Juan y Pepe conversaban sobre el mitin que en unas horas se iniciaría en los locales de la Liga Anticlerical. Decidieron asistir y para eso terminaron lo más pronto posible sus labores. Dejaron las calles de Tláloc en la colonia Santa Julia y caminaron entusiastas hacia el Centro. Al llegar al edificio donde en su tercer piso se realizaba la actividad política, Juan vio tras la verja de la entrada a dos individuos que

³¹ Fierros al recoger el testimonio de Juan de la Cabada sobre su vida en el cuadrante de la Soledad en 1931, indica que en diciembre de ese año fue de nueva cuenta aprendido y que su estancia en la cárcel fue breve. Sin embargo, al consultar el archivo personal del mismo De la Cabada, encontramos un pase de salida de la Cárcel del Distrito Federal con fecha 8 de agosto de 1931. Por esa razón, situamos en ese mes la reclusión de nuestro biografiado, conscientes de que quizá por la persecución política que él y sus compañeros vivieron durante el maximato, no haya sido esta su única estancia carcelaria en dicho año.

[Fierros. *Op.cit.* pp. 103 – 105. Alberto Híjar Serrano (Comp). “Lucha Intelectual Proletaria (1931)” en *Frentes, coaliciones y talleres. Grupos visuales en México en siglo XX*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Casa Juan Pablos, pp. 81 – 83. “Pase de salida de Juan de la Cabada de la cárcel del Distrito Federal. 8 de agosto de 1931” en Archivo personal/ Sección Vida Profesional/ Serie Militancia política/ Subserie. Asuntos políticos, sociales y jurídicos / Expediente 6/ ID 1969 / Folio /Foja: 1. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 30 / 1 / 2016.

no le inspiraron ninguna confianza. Pepe en cambio siguió adelante y le comentó a Juan que el mitin era arriba. En la puerta fue aprehendido. A Juan no le quedó más remedio que seguir adelante. Llamó a la portería y en voz alta preguntó por el piano que ofrecían en venta, en qué departamento, con quién debía dirigirse. No había pianos en venta. Juan aseguró que eso era imposible, que vio el anuncio y que la dirección era correcta. Vino una nueva negativa del portero y Juan con aire de indignación dio media vuelta hacia la salida. No pudo evadirse, los dos policías lo detuvieron. Junto con Pepe lo llevaron al tercer piso, quizá para hacer más detenciones.

Por fortuna había un permiso oficial para realizar el acto y Juan conocía a uno de los convocantes. De él obtuvo 5 pesos y mientras los policías revisaban los papeles, los dos camaradas aprovecharon el descuido y a grandes zancada salieron a la calle. Tuvieron suerte, de inmediato encontraron un taxi desocupado. Repuestos del susto, era necesario aliviar el hambre que con las carreras se hizo más intensa.

Juan acompañó a Pepe a su casa en Delia 13, después se dirigió al Edificio Muriel, pero no pudo entrar porque uno de los policías antes birlados lo esperaba. Juan vagabundeó, ninguno de los sitios conocidos le inspiró confianza. La noche caía, pero quizá con un poco de suerte podía remediar la cuestión.

Un susurro entrecortado seguido de un sollozo lo despertó. Provenía de una voz femenina que hablaba de encuentros furtivos, deseos y culpas. ¿Qué penitencia se requería para expiar la falta? No eran necesarios castigos mayores, con unos cuantos Padres Nuestros y Aves Marías la mácula quedaría borrada. Eso sí, era necesario que las infidelidades posteriores fueran con comunistas, porque el desamparo y extravío de esos hombre requería de redenciones femeninas, piadosas, pero también cálidas y solidarias. Después hubo un tenso silencio seguido de una aceptación y un taconeo que se alejaba. Cuando Juan estuvo seguro de que no había moros en la costa, salió de su refugio. La mañana era espléndida e invitaba a caminar.³²

³² De la Cabada. *Op cit* pp. 1-3. Ibarra . *Op. cit.*418. Fierros. *Op. cit* p. 101, 102.

Capítulo III.

Contra el Fascismo

I

Es diciembre de 1933 y Juan no tiene un peso en la bolsa, ni siquiera para tomar el tranvía. Salió lo más temprano que pudo de la casa de Benita Galeana en Efrén Rebolledo 14, en la colonia Obrera, y enfiló por Bolívar hacia el Centro de la Ciudad. Después de que en junio de 1932 la policía cateara el departamento de Francisco, tuvo que buscar otro espacio seguro para vivir. Pero las exigencias de la vida en la clandestinidad no fueron el único motivo, también se sentía atraído por Benita. Sin duda era guapa, sus trenzas negras cayendo sobre sus hombros y llegando a la altura de sus pechos le encantaban tanto como cuando en las noches se soltaba el pelo y esa cauda libre caía sobre su espalda. Le gustaba recordarla con su vestido largo, de charmeuse cuando la llevó al teatro *Iris* porque ella sólo lo conocía por fuera. Toda la función se la pasó criticando a las tiples por sus pocas carnes, sus voces forzadas y sus ademanes de burguesas presuntuosas. En Guerrero los bailes y las canciones eran muy distintitos, las chilenas tenían más brío y además finura, porque había que mover el pañuelo con elegancia.

A los atributos físicos y a la gracia de Benita, había que sumar sus cualidades de militante: era disciplinada, buena oradora y sobre todo valiente. Muy valiente. Nadie como ella a la hora de enfrentar a los gendarmes. Era famoso entre los militantes del partido el suceso cuando ella sola desarmó y llenó de engrudo nada menos que al agente Sotomayor de la secreta, por supuesto que su arrojo le costó una estancia en la cárcel, pero nunca se quejó ni se dejó amedrentar. Tan es así que el 17 de agosto volvió a enfrentar a la policía, cuando ésta hizo una razzia en el salón Palacio de la calle San Miguel 84 para disolver el mitin con el que se celebraba el derrocamiento de Gerardo Machado. Pero la acción más audaz de Benita fue su defensa de las cenizas de Julio

Antonio Mella, cuando la secreta quiso profanar la urna que celosamente protegía el poeta Germán List Arzubide. Entonces ella la emprendió a huevazos contra los agentes. Aquello fue apenas el 12 de septiembre, en San Ildefonso, y se armó un zafarrancho que terminó con la detención de Juan, Benita, List Arzubide, Mirta Aguirre, las hermanas Proenza, Juan Marinello, Enrique González Aparicio y Catalina Peña. Era imposible no querer a Benita que, por si fuera poco, contaba historias espléndidas para deleite de su pequeña hija Lilia y del propio Juan.

Se hacía tarde y apenas iba en Arcos de Belem, se había quedado de ver en Bucareli 12 con Rosendo Gómez Lorenzo quien era jefe de redacción del semanario *Todo* que dirigía Félix Palavicini. De no ser por la extrema necesidad monetaria, Juan no le daría sus cuentos a una publicación dirigida por semejante individuo, pero la buena paga y el consejo de Gómez Lorenzo de que firmara con seudónimo para evitar los enconos que hacia él tenía el director, le hicieron cambiar de opinión.

Es probable que el original mecanografiado de “A bordo”, fragmento de la novela *Fondo*, que llevaba en la mano haya sido el que pensaba mandar a Blanca Luz, quien en agosto de 1932 le había solicitado cuentos para publicarlos en los Ángeles a donde se encontraba con Siqueiros. No había atendido la solicitud de su amiga porque los manuscritos de ese relato y el de las “Ratas” los dejó en Taxco en donde vivió con Chano Urueta, primo del muralista chihuahuense. Otro original llevaba en el legajo, “La niña”, de más reciente creación y también lo entregaría a las páginas de *Todo*.

Tal vez en la cabeza de Juan dieran vueltas más historias, quizá una que le gustaba contar a Benita sobre la voz de un muerto que se manifiesta por medio de la protagonista de nombre María. A Juan le gustaría que ese muerto fuera un revolucionario, comprometido amorosa y solidariamente con la joven, huérfana, bella y madre de un hijo.

Después de ver a Gómez Lorenzo iría aprovechado el viaje al garaje de Atenas 19, donde quizá siguiera trabajando Jorge, amigo de Blanca Luz. El lugar era bueno para pasar las noches al interior de algún carro y si bien ahora ya no lo necesitaba, nunca se podía saber en qué momento habría que seguir a salto de mata.³³

³³ Los eventos políticos realizados a raíz del derrocamiento de Machado no sólo constan a partir de los testimonios de De la Cabada y de Galena, también pudimos constatar su existencia en una investigación en el Archivo General de la Nación. Sin embargo, vale la pena señalar algunas inconsistencias en lo que

II

La precaria estabilidad en la vida de Juan pronto se rompió, los riesgos y privaciones de la clandestinidad trajeron consecuencias y una apendicitis lo hizo ingresar al hospital. Los planes para escribir y publicar gracias a la generosidad de Benita, se esfumaron. Pero sin la asistencia de ella, seguramente la enfermedad habría tenido consecuencias mayores. Desde la cama y antes de ser anestesiado Juan miró el trozo de paisaje enmarcado en la ventana. Algunas gotas de lluvia se deslizaban por el cristal y la luz de la tarde tenía un tono que invitaba a la nostalgia. Afuera estaba la vida, el aire, la humedad, los árboles con sus diminutos frutos de agua. ¿Tenía que despedirse de todo aquello? ¿Ya no habría más pájaros ni cielos despejados ni lunas redondas como los quesos que robaba la Marquesa? ¿Qué sería de los camaradas, no volvería a verlos ni a sentir el orgullo de militar en la vanguardia política que transformaría la realidad? ¿La emoción de participar en las marchas, en la huelgas, defendiendo una causa justa, no volvería a latir en su pecho? ¿Nunca más recorrería los muslos firmas de otras Leonas, Susanas, Benitas, hasta perderse ahogado de besos, caricias y sudores? Un mar ilimitado como el que conoció de niño se formó en su mente, pero éste no era azul sino oscuro;

declaran ambos militantes. De la Cabada sitúa al primero de ellos cronológicamente en el mandato de Ortiz Rubio y como la causa de su última estancia en la cárcel. No obstante, en un informe de la policía de investigación ese acto está fechado el 17 de agosto de 1933, ya en el gobierno de Abelardo L. Rodríguez, y se registra que los oradores repudian al gobierno del presidente cubano Carlos Manuel Céspedes quien sucedió por tan sólo un mes a Machado hasta que también fue derrocado por la llamada rebelión de los sargentos. No hay duda entonces de que tanto De la Cabada como el informe confidencial se refieren al mismo evento. El mitin para honrar las cenizas de Julio Antonio Mella antes de su traslado a Cuba se realizó pocos días después del anterior, el 12 de septiembre de 1933. De la Cabada no hace mención de esa actividad, pero Benita sí y menciona a su compañero como uno de los detenidos. Además, tanto en la versión de Benita como en el parte policiaco se menciona la participación activa de las mujeres para impedir los arrestos.

Cabe aclarar que en los documentos relacionados con esas dos actividades políticas, sólo se menciona el nombre de Benita Galeana como detenida el día 12.

Por todo lo anterior, decidimos basarnos en las fechas obtenidas en la investigación de archivo, pero respetar el testimonio de Benita en cuanto a la aprensión de ella y de De la Cabada el 12 de septiembre.

El nombre del agente Sotomayor lo aporta Benita Galeana y en nuestra investigación pudimos comprobar que su testimonio es preciso. En el Fondo Abelardo L. Rodríguez existen documentos que informan de las actividades de los comunistas firmados por Felipe Sotomayor Olvera, identificado como el agente N° 70. [Sobre este punto véase Fondo Abelardo L. Rodríguez / Caja 197/Exp.561/39].

Fierros, *op. cit.*, pp. 108, 107. Benita Galeana. *Benita*. México: Editorial Extemporáneos. pp. 148, 160, 150, 105 – 108. Fierros, *op. cit.*, p. 181 – 182, 192. AGN. / Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea/ Archivos Presidenciales/ Fondo Abelardo L. Rodríguez / 100693/ Caja 123/ Exp. 518.3/ 1. Informes del 17 de agosto y 12 de septiembre de 1933 de los agentes R.R.V., A de la G., J.P.E., M. B. y J.P.P. Galeana, *op. cit.*, pp. 131 – 132, 135. Fierros, *op. cit.*, p. 108. Juan de la Cabada (Juan de la Cueva). “A bordo”. *Todo semanario enciclopédico*, 2 ene. 1934: 47 – 48. *Ibid.* (Benita Galeana) “La niña”. 16 ene. 1934: 20 – 21. Juárez Téllez, *op. cit.* p. 118. Juan de la Cabada. “Carta a Blanca Luz Brum Elizalde”. 20 sep. 1932, en *op. cit.*, pp. 20 – 22.

Juan sintió que descendía por esos peldaños de negrura, hasta que el abismo se hizo total y el silencio se adueñó del último rincón de su conciencia.

Pero no hubo necesidad de renunciar a nada, había Juan para rato. Ciertamente fue triste despedirse de Benita y de Lilia, sin embargo era preferible mantener la amistad y no permitir que la rutina arruinara la relación y coarta con muros más sólidos que los de las crujiás, la independencia, la libertad tan necesaria como el aire. Además, continuaban los despidos en las fábricas y las bajas en los salarios; la sociedad se militarizaba, se formaban organizaciones como los Dorados con la única finalidad de golpear a la clase trabajadora y empujar al país a una guerra que tendría como beneficiarias a las potencias imperiales. Por eso la LIP se había transformado en la Liga de Artista y Escritores Revolucionarios (LEAR), la nueva organización tenía como objetivo formar un frente único de organizaciones de trabajadores, campesinos, estudiantes, artistas para enfrentar las amenazas del fascismo beligerante. Para estos fines sus agremiados se agrupaban en distintas secciones de acuerdo a sus profesiones: pintores, escritores, músicos, fotógrafos, educadores.

Era prioritario lograr la participación de los jóvenes, no sólo porque ellos sufrían más los rigores de la crisis económica, sino también porque el estado los reclutaría para engrosar las filas del ejército. Por estas razones, la LEAR había previsto convocar al Primer Congreso Contra el Fascismo y la Guerra Imperialista para el 23 de agosto de 1934. A estas demandas la liga sumaba la exigencia de liberar a los comunistas presos en las Islas Marías: Pepe Revueltas, su tocayo Badillo y Rosendo Gómez Lorenzo, así como el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética, rotas durante el gobierno de Portes Gil. En consecuencia Juan debía reponerse lo antes posible de sus dolencias y sumarse a los esfuerzos de Siqueiros, Leopoldo Méndez, Pablo O'Higgins y Luis Arenal.³⁴

III

³⁴ Fierros, *op.cit.*, p. 109, 113. "Primer congreso contra el fascismo y la guerra imperialista. Convocatoria" en Archivo personal/ Sección Vida Profesional/ Serie Militancia política/ Subserie. Asuntos políticos, sociales y jurídicos / Expediente 5/ ID 1964 / Folio /Foja: 2. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 12 / 2 / 2016. Francisco Reyes Palma. "La LEAR y su revista de frente cultural" en *Frente a frente (1934 – 1938). Edición facsimilar.* Alejandra Moreno Toscano, Francisco Reyes Palma, et. al (Comps).México: CEMOS, p 5 - 6.

Otro cuento en el que el protagonista es víctima de un accidente laboral. Sólo que a diferencia de “Un hombre ahorcado” no se trata de un chofer de la Ciudad de México sino de un minero de Pachuca. Juan iniciaba con “El reloj” sus colaboraciones en *Frente a frente*, el órgano de la LEAR que en noviembre de 1934 publicó su primer número. Quizá los manuscritos que dejó en Taxco nunca los pudo recobrar, de manera que *Fondo* quedó inconclusa, reducida al cuento publicado en el semanario *Todo*. Pero el deseo de escribir una novela no abandonaba a Juan como tampoco el escozor en el pecho y la inmediata necesidad de rascarse.

¿Cómo conciliar sus necesidades creativas con las exigencias de la militancia? Tal vez escribiendo otra novela en la que su pluma estuviera al servicio de la causa antibélica y antifascista, en la que además los niños fueran víctimas de los prejuicios raciales y religiosos de sus padres. Dos pequeños podrían ser católicos u ortodoxos y un tercero judío. Si la historia se ambientara en Polonia en 1914, durante la guerra contra la Rusia zarista, podría hacerse un paralelismo con la tensa situación internacional de estos finales de 1934. Si se anuncia como novela por entregas, habría la obligación de darle continuidad, sería una exigencia de militante ante la que no podría fallar. Sonaba bien esas ideas y el resultado fue el primer capítulo de “La Ocupación. Novela corta de la guerra imperialista” que apareció en enero de 1935 en el segundo número de *Frente a frente*. La palabra continuará escrita entre paréntesis al final de la página, no dejaba dudas sobre las intenciones del autor.

Sin embargo, es probable que Juan colaborara con otro texto en ese mismo número, aunque con seudónimo y tratando un tema que nada tenía de literario: “la crisis económica y el ejercicio de la medicina” firmado por un doctor Juan Cejudo. ¿La reciente enfermedad de Juan y la profesión de su hermano fueron las causas de dicha publicación? ¿O quizá ésta se debió a que a pesar de que en *Frente a frente* ya colaboraba nada menos que Germán List Arzubide, eran pocas las plumas y los escritores debían multiplicar sus personalidades y los asuntos de sus escritos?

A este elemento de distracción que sacaba de balance el carácter de por sí disperso de Juan, se sumó otro cuando recibió el encargo de negociar con García Téllez, secretario de Educación Pública, la recontractación de los artistas pertenecientes a la alianza de Trabajadores del Arte (ATA) quienes había sido cesados de sus funciones en el departamento de Bellas Artes, dependiente entonces de esa Secretaría. El resultado de

tanta y tan variada actividad fue que “Ocupación” no apareció más en las páginas de *Frente a frente* y corrió la misma suerte que *Fondo*.³⁵

IV

En algunas de las celdas que pertenecieron a las monjas jerónimas, la LEAR se reunió en asamblea con la finalidad de elegir a sus delegados al Primer Congreso de Escritores Americanos de Nueva York. Para entonces la organización ya contaba entre sus filas además de los escritores vinculados al estridentismo, con José Mancisidor y Alfredo Zalce. Tal vez por haber ganado fama de conciliador en sus gestiones ante la Secretaría de Educación o porque nadie lo aventajaba en su vocación de trotamundos, Juan fue electo como uno de los representantes de la liga ante dicho congreso, junto con Mancisidor y Miguel Rubio.

A iniciativa de Luis Arenal, se organizó una fiesta para recaudar fondos destinados para el viaje. Treinta y cinco pesos fue el monto obtenido. Con la parte de ese dinero que le correspondía Juan pasaba la mañana en el *Café Regis* en vísperas de su salida. El corresponsal Whitenberg del *New York Times*, le hizo plática. Por él Juan se enteró de que necesitaba hacer trámites de visado en el consulado estadounidense que estaba enfrente del Caballito. Pero sin papeles personales y con el tiempo encima, el problema parecía irresoluble. Quizá por estas razones o porque aún prevalecía entre los comunistas la desconfianza ante el gobierno de Cárdenas a pesar de que éste ya había liberado a los presos en las islas Marías y otorgado la legalidad a su partido, Juan consiguió la identificación de un amigo y la promesa de que Whitenberg afirmaría que esos papeles correspondían al mismo Juan. La relación de amistad entre el periodista y el vicecónsul facilitó el trámite. Con su nueva identidad y un paquete con grabados de Siqueiros, Zalce y Leopoldo Méndez Juan subió a un tren en Buena Vista con destino a Monterrey. Después de cruzar la frontera y una vez que estuvieron en San Antonio, los delegados de la LEAR siguieron su viaje a bordo de un Greyhound. En el asiento trasero Juan veía a través del cristal inmensas planicies que se perdían en el horizonte y que le recordaban los mares de su infancia en Campeche; entonces el sueño lo vencía y sólo las palabras

³⁵ Juan de la Cabada. “El reloj” en *op. cit.*, num 1, nov 1934: 14. *Ibid.* “La ocupación. Novela corta de la guerra imperialista” num 2, ene. 1935: 15. Juan de la Cabada. “Historia de la LEAR” en Archivo personal/ Sección Vida Profesional/ Serie Militancia política/ Subserie. Asuntos políticos, sociales y jurídicos Expediente 1/ ID 1928 / Folio /Foja: 12 - 23. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 20 / 2 / 2016.

de sus compañeros o las airadas voces de gendarmes tejanos que reprochaban a los negros por viajar en lugares destinados a los blancos, lo regresaban a la vigilia.

De Nueva York a Juan lo que más le llamó la atención fue el silencio nocturno en Wall Street. Los rascacielos parecían catedrales sumergidas en un océano inanimado. Sólo algunas luces que ocasionalmente se prendían en las alturas indicaban una presencia de vida. En contraste, en el día el bullicio de las multitudes apresuradas invadían los espacios urbanos sin dejar un resquicio para la conversación, el vagabundeo o el ocio.

Los trabajos del congreso se realizaron el 26, 27 y 28 de abril en El New School Researches en la calle 11 y cuando Juan hizo uso de la palabra a nombre de los intelectuales revolucionarios de México, denunció la represión del maxismo y del incipiente gobierno de Cárdenas contra los comunistas, caracterizada por las trabas para difundir *El Machete*, el saqueo e incendio de las oficinas del Partido Comunista efectuadas por los llamados “camisas doradas”, grupo de choque de la fascista Acción Revolucionaria Mexicanista, la agresión de guardias blancas contra campesinos demandantes de reparto agrario y la vulnerabilidad extrema a que eran sometidos los maestros rurales encargados de impartir la educación socialista en zonas de fanatismo religioso.

Fue entonces que Juan conoció a Martha Graham, Orson Welles, Emanuel Isemberg, director de la revista *New Theatre* y a la madre de Julio Antonio Mella. Pero el roce con celebridades de la intelectualidad y el activismo político, no fueron sus únicas actividades. Sus correrías neoyorquinas las realizó con un estibador desempleado de nombre Beny Barrios y con el fotógrafo francés Henri Cartier –Bresson, quien incluso lo fotografió dentro de una jaula de hipopótamos. Fue con ellos con quienes dejó los grabados de los pintores de la LEAR, para que su venta se destinara en beneficio de la Mutualista Obrera Mexicana. A finales de mayo los delegados de la LEAR regresaron a México a bordo del carguero *Orizaba*.³⁶

³⁶ *Ibidem*. “La LEAR en el congreso de escritores americanos” en *op. cit.*, mayo 1935: 9. Fierros, *op. cit.*, pp 117 – 120, 94.

V

Tal vez por su relación con el estibador Sanders y el viaje en un carguero, Juan escribió “Plomo”, breve cuento de asunto antifascista, durante su viaje de regreso de Nueva York o en los primeros días en que ya estuvo instalado en México. Fue entonces que conoció quizá por medio de Germán List Arzubide a Rafael Alberti y a su esposa María Teresa. A quien ya conocía pero lo reencontró ahora en la Ciudad de México fue a Emanuel Isenberg que realizaba actividades teatrales para la LEAR. Fuera porque su orgullo campechano no le permitía sentirse menos que nadie, en especial ante un extranjero recién llegado, o por simple ocurrencia e inquietud creativa, lo cierto es que Juan también inició el montaje de una obra basada en “Plomo”. Tenía la idea de que los actores fuera gente del pueblo y a falta de estibadores reales pensó que sus compañeros del Frente Único de Trabajadores del Volante podrían cumplir esas funciones. Probablemente iría a Atenas 19, al garaje de Jorge para contactarlos. Si así fue o se puso en contacto con ellos por otro medio, de todas formas la convocatoria tuvo un éxito escaso. Los pocos asistentes no mostraron interés en el asunto y pronto Juan quedó solo en el salón de ensayos. No le importó.

El día que debían presentarse las obras realizadas por los integrantes de la LEAR el espacio destinado para esos fines estaba lleno. El grupo de Isenberg que contó con la participación de artistas plásticos afiliados a la liga, entre otros Lola Álvarez Bravo y María Izquierdo, y que había ensayado puntualmente no tuvo mayor éxito. Cuando Juan se despedía de Isenberg, él le recordó que de acuerdo al programa seguía la representación de “Plomo”, además hizo el anuncio ante el público.

A Juan no le quedó más remedio que enfrentar la situación y armarse de valor. Solo en el escenario en donde una luz cenital caía sobre él, describió la vida del protagonista y su familia. Caracterizó las voces de otros estibadores y del capataz, imitó el silbido de las balas de la policía y el de los barcos al dejar el muelle. Los aplausos no se hicieron esperar. Lo felicitó List Arzubide, María Teresa y Rafael. Con ellos tres fue a cenar a un café en 5 de mayo. Al terminar la reunión se vio solo, sin un centavo y con un dilema: podía ir a Atenas 19 y pernoctar en el interior de un auto o visitar al desconsolado Isenberg. Optó por la segunda opción.

Por supuesto tuvo que soportar una retahíla de recriminaciones y reproches en los cuales la palabra irresponsabilidad se repetía en un español hablado a medias. Pero valió la pena, era el costo que debía pagar por dormir en un lugar cómodo, a sus anchas.³⁷

VI

En enero de 1936 Juan es electo como director de la LEAR, para entonces la organización ya contaba entre sus filas con los miembros del grupo *Noviembre* que en Veracruz editaba la revista *Ruta* dirigida por Lorenzo Turrent Rozas; con los integrantes del Sindicato de Escritores Revolucionarios (SER), de la Federación de Escritores y Artistas Proletarios (FEAP) y de la ya mencionada ATA. La ruptura del cardenismo con el maximato, trajo como consecuencia un cambio radical del gobierno mexicano hacia los comunistas. Aunado a lo anterior éstos en apego a las líneas de acción del VII Congreso de la Internacional, buscaban conjuntar fuerzas y voluntades del signo más diverso, con excepción del troskismo, en la lucha antifascista. Era la política conocida como de frente único. Ambas situaciones trajeron consigo que artistas e intelectuales que no habían participado ni en la LIP ni en los tres primeros números de la LEAR, se hicieran presentes en las páginas de *Frente a Frente* que así iniciaba su nueva época

Bajo la dirección de Juan, el órgano de difusión de la LEAR publicó por primera vez a José Clemente Orozco, Alberto Ruz Lhuillier, Bruno Traven, artículos sobre arquitectura de Carlos Leduc, discursos antifascistas de Gide y Malraux, reflexiones sobre escenografía de su amigo Eisenberg y otras de autor anónimo sobre qué se le debe al cubismo. Quizá a finales de febrero o principios de marzo conoció en la Escuela Nacional Preparatoria o en el Café París o en las asambleas de la LEAR a Antonin Artaud, y es igualmente probable que la relación la haya establecido por medio de Luis Cardoza y Aragón.

Lo cierto es que en ese primer número de la nueva época de *Frente a frente*, publicó “El lavatorio de la Virgen” en el que se cuenta cómo los maestros rurales son víctimas del fanatismo religiosos, preocupación que a nombre de la LEAR ya había externado en Nueva York y que acaso ahora se agudizaba más por el cargo de inspector de bibliotecas que quizá ya para entonces ocupaba en la Secretaría de Educación Pública.

³⁷ Juan de la Cabada. “Plomo” en Julia Marichal, juliacorazonmx@yahoo.com.mx. “Cuento”. 12 oct. 2011. Personal. Fecha de acceso 20 feb 2016. Germán List Arzubide. “La LEAR saluda a Rafael Alberti y a María Teresa, su compañera” en *op. cit.*, num 3, may. 1935: 9. Fierros, *op. cit.*, pp. 120 – 124.

En el número 3 de *Frente a frente* correspondiente a mayo, insistió en denunciar por medio del cuento “Soy camisa dorada” a los grupos de choque del callismo, que continuaban su beligerancia anticomnista y antisemita.

Por si tanto trajín fuera poco, debía atender los preparativos de la primera exposición pictórica de la LEAR. Ciertamente que la comisión de artes plásticas era la responsable de seleccionar los cuadros y de distribuirlos museísticamente, pero Juan debía estar pendiente del buen desarrollo del evento aunque su inauguración fuera ya cuando su encargo de director había concluido. A pesar del esfuerzo y de algunos comentarios adversos se sentía satisfecho con su trabajo, por eso cuando el 23 de mayo leyó nada menos que en *El machete* el artículo “Exposición de pintura realizada por la LEAR. Divagaciones y pretextos”, dura crítica de Cardoza y Aragón a los trabajos de la liga y a las obras que se exhibía en el antiguo templo de Santa Clara sobre la calle de Tacuba, no pudo menos que hacer un gesto de disgusto y rascarse el pecho.

Luis cuestionaba la actividad revolucionaria de la LEAR a partir de la poca calidad de sus obras artísticas, salvo contadas excepciones, y la primera exposición pictórica de la Liga era un ejemplo al respecto. De ella sólo rescataba cuatro o seis obras, y en especial una de Julio Castellanos. En consecuencia, las ideas estéticas de la LEAR, con fines didácticos o de denuncia social no sólo eran expresiones que atentaban contra el arte, sino también contra la misma revolución que debía tener alcances universales. Advertía que si en el seno de la LEAR no se modificaban esos postulados y se reorientaban a la creación de obras de calidad, no podría contarse con la participación de los jóvenes creadores latinoamericanos. Los poemas, cuentos y dibujos de contenidos políticos con fines propagandísticos, estaba bien para los carteles o para el periodismo y sus tiempos apremiantes, pero no para el arte que cuando es verdaderamente grande tiene logros como *El Quijote*.

Además, apoyándose en Gide sostenía que la labor del intelectual no debía ser la de reproducir consignas de ningún partido, sino que su valía era la de tener un pensamiento independiente, regido por su propia conciencia. Era verdad que en la LEAR había militantes honrados, inteligentes, realmente comprometidos con los valores más altos de la época. Pero de igual manera existían constantes pugnas y “una inquietud de hormiguero pisado por una vaca”. Entre las pugnas subrayaba las existentes entre los políticos y los creadores genuinos, en donde los primeros consideraban a los segundos

como faltos de compromiso revolucionario. Un abismo se abría entre las filas de la organización cada vez que los políticos intentaban orientar o normar los trabajos de los auténticos artistas. Luis insistía en que sólo a partir de un trabajo intelectual y artístico de alta calidad, se podía lograr una verdadera labor transformadora y revolucionaria. Como modelo de tales propósitos ponía a la AEAR francesa y a su órgano de difusión *Commune*.

Admitía que en los últimos meses la LEAR experimentaba una apertura hacia expresiones estéticas distintas a las que perseguían fines utilitarios, meramente propagandísticos. Un ejemplo al respecto era su interés reciente sobre el cubismo, pero también señalaba que si una propuesta de esta naturaleza se hubiera dado en fechas anteriores, el resultado hubiera sido la descalificación violenta, la acusación de abanderar un arte considerado como “resabios burgueses”.

Sin embargo, haber concebido que la política de frente único validaba una exposición en donde prácticamente cualquiera podía participar, era un error garrafal de los organizadores, que podía poner en riesgo los avances obtenidos. Concluía afirmando que en arte no podía haber frentes únicos u otros justificantes, las obras debían valer por sí mismas o no valían. La LEAR estaba obligada a formar una comisión “con poderes absolutos” encargada de seleccionarlas, y cuyos integrantes fueran de confianza de todos. Era necesaria la autocrítica.

Una vez que la asamblea de la LEAR, que para entonces ya dirigía Silvestre Revueltas, discutió el artículo de Luis, Juan fue comisionado para darle respuesta en las mismas páginas donde apareció. Sentado ante su máquina de escribir con un cigarro *Alas* en los labios, dio rienda suelta a su ironía. Las divagaciones a que se refería el subtítulo a nadie le sentaban mejor que al autor de la crítica, quien además olvidaba o no valoraba debidamente las estaturas artísticas de importantes integrantes de la LEAR: Leopoldo Méndez, Alfredo Zalce, José Clemente Orozco, Julio Castellanos, Luis Ortiz Monasterio, Rufino Tamayo, Siqueiros, Carlos Mérida, Ermilo Abreu Gómez, Arqueles Vela y Silvestre Revueltas.

Si para el camarada Luis era cuestionable que en el seno de la LEAR hubiera pugnas y satirizaba sobre ellas usando la imagen de la vaca pisando un hormiguero, habría que recordarle que al margen de imágenes tan exquisitas a las que era afecto, no debería extrañarle la existencia de conflictos que son parte de toda organización viva, como en

la que ambos militaban. Además, en buena medida gracias a esos mismos conflictos, la LEAR iba en ascenso constante. El número y la variedad de sus integrantes daban cuenta de lo expuesto.

Las referencias de Luis a la AEAR francesa y a su órgano de difusión *Commune* estaban fuera de lugar. Era innegable el alto nivel intelectual de ambas, pero sería un error imitarlas sin tomar en cuenta su contexto: un país como Francia tan distinto a México que aún arrastraba resabios coloniales con sus consecuentes atrasos intelectuales. Hacer de *Frente a frente* una réplica de *Commune*, sería tanto como convertir a *El Machete* en otro *L'humanité*.

Pero a pesar de las diferencias de opinión, Juan dejó en claro su deseo de que la crítica de Luis redituara en aspectos positivos no sólo en beneficio de la LEAR, sino también de él mismo. Si había que hacer autocrítica había que hacerla, y reconocía por lo tanto que si en algo Luis tenía razón era en enfatizar el descuido frecuente en la calidad técnica y artística de los trabajos producidos por la LEAR. Sin embargo tal error no se originaba en haber tomado como criterio para la selección de las obras la línea del frente único, sino la forma en que ésta se llevó a cabo. Tal vez se debió seleccionar el menos malo de los cuadros de los pintores noveles o de escasos méritos y más obras de los artistas dignos de tal nombre.

Sobre la necesidad expuesta por Luis de formar comisiones “con poderes absolutos”, responsables de seleccionar las obras para futuras muestras, Juan le aclaró que sí existió un cuerpo colegiado de esa naturaleza y encargado para esos fines: la sección de artes plásticas. Aceptaba que la integración de dicho equipo no fue la óptima y que en consecuencia debía de formarse otro, compuesto por delegados de cada una de las secciones y por un representante de Comité Ejecutivo. Tal instancia sería la responsable de las muestras pictóricas que sólo así podrían ser llamadas con justicia de la LEAR.

Quizá la polémica entre Juan y Luis siguió en el ámbito de lo privado, en las mesas del café París o en las asambleas de la LEAR. Lo cierto es que en lo público tuvo repercusiones en las páginas de *Frente a frente*, con el artículo de Arqueles Vela “La exposición de artes plásticas de la LEAR” publicado en el número 4 de la segunda época en el mes de julio. Vela coincidía con Luis en un punto: el mejor cuadro exhibido era el de Julio Castellanos, “La soldadera”. Su mérito radicaba en que lo qué decía y el cómo lo decía se encontraban íntimamente ligados y por eso expresaban el espíritu de

una época. Es probable que tanto las críticas de Luis como las reflexiones de Vera anidaran en la conciencia de Juan mientras caminaba recorriendo la ciudad, fumaba sus *Alas* con mayor frecuencia que de costumbre y se rascaba el pecho con intensidad inusual.

Lo cierto es que el 20 de septiembre en la Sección de Artes Plásticas de *El Nacional* que dirigía Fernando Gamboa, también miembro de la LEAR, Juan publicó “Goitia. Nuestro gran pintor ignorado”, con motivo de la exposición del autor zacatecano que la LEAR exhibía en sus nuevos locales en la calle de Donceles. En su artículo Juan señala la formación artística del pintor, su depurada técnica, la calidad de su obra, al tiempo que también describe las precarias soledades de su existencia en Xochimilco, en donde los rigores de la vida capitalista lo han aislado, motivándolo a asociarse a esfuerzos comunitarios destinado a mejorar su entorno.

En sus cuadros los temas sociales son tratados no sólo con la perfección técnica ya referida sino también con una mirada aguda y certera que permite adentrarse en la psicología de sus personajes, en el drama humano experimentado por los pueblos indígenas del país. En esa mirada radica la grandeza de Goitia que prescinde de fórmulas o recetas europeizantes, dijo Juan lanzando en estos términos un dardo contra Luis y sus vínculos con el surrealismo francés.

Luis no respondió a ninguno de los dos artículos y aunque nunca publicó en *Frente a frente*, siguió perteneciendo a la LEAR. Pero quizá el aspecto más significativo de la polémica es que a pesar de las diferencias en cuanto a sus concepciones estéticas, la relación de amistad entre los dos escritores perduró.³⁸

³⁸ Francisco Reyes Palma. “La LEAR y su revista de frente cultural” en *op. cit.*: 15, 9. Armando Pereira (Coord.). *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*. México: UNAM, / Ediciones Coyoacán, pp.440, 353. De la Cabada. “El lavatorio de la Virgen” en *op. cit. Segunda época*. Num. 1, mar. 1936: 22. Fierros, *op. cit.*, p. 127. De la Cabada. “Yo soy camisa dorada” en *op. cit. Segunda época*. Num. 3, may. 1936: 24. Luis Cardoza y Aragón. “Exposición pictórica organizada por la LEAR. Divagaciones y pretextos” en *El Machete. Periódico obrero y campesino*, 23 may. 1936: 3 -4. De la Cabada. “Las ‘sugestiones’ de Cardoza” en *El Machete. Periódico obrero y campesino*, 30 may. 1936: 3 -4. Arqueles Vela. La exposición de artes plásticas de la LEAR” en *op. cit. Segunda época*. Num. 4 jul. 1936: 20 – 21. De la Cabada. “Goitia, nuestro gran pintor ignorado” en *El Nacional. Sección de artes plásticas*, 20 sept. 1936: 3.

[Sobre los integrantes de la LEAR y las secciones en que estaban agrupados, véase Archivo personal de Juan de la Cabada. “Nómina de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios”/ Sección. Vida Profesional/ Serie. Militancia política/ Subserie. LEAR / Expediente 1/ ID 1927 / Folio /Foja: 1- 6. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 5 / 3 / 2016.]

VII

Las actividades de militancias le dejaban poco tiempo a Juan para dedicarse a sus proyectos personales de escritura. Por eso aprovechando su reciente empleo como inspector de bibliotecas solicitó ser comisionado a Yucatán. Ahí tendría oportunidad de adentrarse en las selvas para recabar datos y experiencias que pudieran servirle para una novela sobre el henequén o mejor aún, sobre el chicle.

Las imágenes de los chicleros que conoció en su infancia no lo abandonaban. Eran personas marginales que le inquietaban y de quienes quería conocer más. No sólo sus condiciones de vida sujetas a los trabajos de extracción de la resina del látex, los procesos y riesgos de su oficio, sus costumbres marcadas por largas jornadas de soledad en parajes inhóspitos, por la violencia y el alcohol, sino también y quizá sobre todo indagar sobre sus pasiones que cuando afloraban borraban los límites entre lo propiamente humano y lo animal.

En cuanto llegó a Mérida preparó su viaje a Peto, región chiclero colindante con Quintana Roo. Una vez en esa localidad, se adentró en el monte en una plataforma tirada por una mula con rumbo a Tzucacab. El campamento chiclero estaba en medio de la selva en donde a los calores sofocantes de día se sucedía los fríos nocturnos. En esas horas Juan acostado en su hamaca escuchaba una incesante y variada combinación de sonidos: chasquidos, siseos, crujíos, algún lejano lamento. La noche era un animal misterioso y polifónico. A veces a las voces de la naturaleza se sumaban otras, metálicas acompañadas de insultos y gritos: eran los chicleros que reñían por dineros, alcohol o por mujeres.

Juan anotaba lo que veía, lo que sentía, lo que escuchaba de narradores orales del lugar: historias sobre la Guerra de Castas, la vida en las haciendas henequeneras o tradiciones mayas. Y escribía. Se familiarizó con la vida del campamento. Tal vez recogió las experiencias de los chicleros que llegaban al lugar después de trabajar en la selva aislados del mundo, quizá se adentró con ellos en las espesuras a lomo de caballo como hacia cuando debía entregar libros en alguna remota escuela rural.

En una de esas ocasiones en Sabán, comunidad de Quintana Roo a la que llegó guiado por el arriero Filemón Díaz, en una iglesia en ruinas habilitada como escuela, después de comer con el maestro y su familia escuchó una voz de mujer que cantaba en

maya una historia. Interesado por lo que pasaba salió de la sacristía convertida en dormitorio y vio bajo una gran ceiba a la anciana intérprete rodeada de un grupo de niños que la escuchaban atentos. La narración daba cuenta de lo que en el origen de los tiempos cuando hombres y animales compartían la misma lengua, un tzot o murciélago decía a su nieto sobre lo sucedido en Chencó j o pozo de puma al desventurado señor Ardilla y a su esposa la Señora Caracol quien tuvo que vérselas con un Batab Chacpol o zopilote, no sólo dado a ingerir despojos mortales sino también a bailar el Pochob carnavalesco.

Juan memorizó tanto la historia como la melodía y quizá desde entonces tuvo el título de la obra en la mente: *Los incidentes melódicos del mundo irracional*. Es probable que los escribiera en una de sus estancias en Mérida, en noviembre de ese intenso 1936 cuando se vio en la necesidad de solicitar el pronto suministro de sus viáticos porque fiel a su costumbre no tenía un centavo en la bolsa. De lo que no hay lugar a dudas es que en otra de sus estancias en Mérida, después de hospedarse en la casa Gamboa, se reencontró con dos amigos que realizaban labores docentes en una de las escuelas abiertas por el cardenismo: Octavio Novaro y el joven poeta que a sus 23 años ya tenía reconocimiento entre las filas de izquierda por su poema “No pasarán”: Octavio Paz, quien en los primeros días de junio de 1937 recibió una invitación de la LEAR para asistir a Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura, que se celebraría en Valencia, España. Pocos días después Juan recibió un telegrama urgente de la LEAR que de igual manera lo invitaba a ese mismo Congreso. Debía presentarse en la Ciudad de México casi de inmediato, situación prácticamente imposible de cumplir por medio del barco, transporte convencional de entonces, que demoraba cinco días en ruta Progreso – Veracruz, haciendo escalas en Campeche, Ciudad del Carmen Coatzacoalcos, Para la buena fortuna de Juan el gobernador de Yucatán era Florencio Palomo Valencia, a quien había conocido por medio de Rosendo Gómez Lorenzo. Un avión del Estado sirvió para acortar distancias y para que Juan en compañía de Novaro, llegara apenas con el tiempo justo para hacer los preparativos de su viaje.³⁹

³⁹ Fierros, *op. cit.*, p. 127 - 128. Juan de la Cabada “Carta a José Alfaro”. 13 de nov. 1936, en *op. cit.*, p. 23. Fierros, *op. cit.*, 129 - 131. Juárez Téllez, *op. cit.*, pp. 68 – 69. Juan de la Cabada, cit en Margarita León Vega. “Un cuento de Juan de la Cabada: *Incidentes melódicos del mundo irracional*, una lectura de la tradición. *Revista de literaturas populares*. México: UNAM /FFyL, año IX, num 1, ene. – jun. 2009: 184. Juan de la Cabada. *Incidentes melódicos del mundo irracional*. Edición facsimilar. Campeche:

VIII

La LEAR nombró como delegados al Congreso de Valencia a José Mancisidor, Gabriel Lucio, Silvestre Revueltas, María Luisa Vera, Carlos Pellicer, José Chávez Morado, Fernando Gamboa, Octavio Paz y a Juan. Con las ausencias de Mancisidor y Pellicer y probablemente con la de Lucio, pero con la inclusión de Carlos Leduc, Susana Steel, la esposa de Gamboa, y Elena Garro que unas semanas antes se había casado con Paz, el 13 de junio se puso en marcha el grupo en un camión con destino a Monterrey. El día 15 estaban en esa ciudad y al siguiente o el 17 ya había cruzado la frontera con rumbo a Nueva York.

Seguramente Juan recordaba entonces su viaje anterior, realizado apenas hacía poco más de dos años, por las extensas lejanías de Norteamérica. Pero a diferencia de aquella ocasión, ahora tuvo más oportunidad de socializar y la aprovecho. No había duda que Octavio se había casado con una joven guapa e inteligente, en concordancia con esos atributos que también eran suyos. Además su conversación era amena y con gracia, lo que en las largas horas de carretera era una virtud que se agradecía. A Elena también le simpatizó el amigo de Octavio, tal vez sus ojos rasgados en un rostro blanco y su cabellera rubia y alborotada le llamaron la atención. Pero quizá lo que más le atrajo de él fue su carácter desenfadado, jovial y dicharachero. Cuando la monotonía del viaje y del paisaje estaban a punto de volverse insoportables Juan tuvo la feliz ocurrencia de hacerle notar que la delegación tan altiva, revolucionaria y solemne en las primeras horas del recorrido, se había convertido por el aspecto extravagante y menesteroso de sus integrantes, en una especie de circo ambulante: Gamboa era el director; su mujer, Susana Steel, la dama robusta que levanta pesos descomunales; Chávez Morado, un faquir hindú; Silvestre, enfundado en su overol de gruesa mezclilla el hombre fuerte; Octavio, el joven galán; Elena, la caballista y Juan el trapecista esforzado en sujetar de los tobillos al etéreo Carlos Leduc. No fueron los únicos momentos de humor que compartieron, tal vez en un pueblo texano o en Nashville, Tennessee cuando los representantes debieron hacer una pausa, encontraron ideal para almorzar un prado verde y cuidado. No pudieron terminar de ingerir los alimentos porque un policía con

Muralla editorial, 1974. De la Cabada "Carta a José Alfaro", *op. cit.*, p. 23. Fierros, *op. cit.*, pp. 133 – 135.

sobrero les exigió abandonar el lugar, impropio para el uso que le daban porque se trataba de un cementerio.

Por fin, después de un veloz recorrido nocturno llegaron a Nueva York en la madrugada del 21 de junio. Los esperaban compañeros de organizaciones antifascistas en la salida de un túnel subterráneo que cruza el Hudson. Los alojaron en el Hotel Albert de la Quinta Avenida, pero Juan declinó el ofrecimiento y prefirió hospedarse en casa de su amiga Esther Meryll, en el número 29 de la calle Perry.

No había pasajes para proseguir el viaje y el resto de los delegados de la LEAR, Mancisidor, Pellicer y los representantes cubanos Marinello y Guillén, brillaban por su ausencia. El 22 o 23 se incorporaron al grupo, pero éste debió dividirse: Octavio Paz, Elena Garro y los recién llegados irían a Canadá para embarcarse a Europa. El resto, excepto Leduc que en la ciudad de los rascacielos concluía su viaje, debía buscar boletos en Nueva York para cruzar el Atlántico. Los consiguieron en el *Britanic* y lo abordaron el día 26.

Silvestre estrenaba trajes y lucía como todo un “fifi”, a decir de Juan. Y a pesar de que las trazas de él no eran ni con mucho las que tuvo en sus tiempos de Cuba, eso no le impidió en la primera noche de travesía ir con Chávez Morado al salón de baile con intenciones de encontrar guapas turistas que revolucionaran si no las condiciones sociales prevalecientes, sí los ánimos y los deseos.

En contraste con la actitud de sus compañeros de camarote, Silvestre prefería la soledad y pasaba horas escribiendo cartas a su esposa Ángela Acevedo y a su pequeña hija Eugenia. Juan llevaba una pequeña máquina portátil de la que no se separaba, al ver la constancia diaria de su amigo en la escritura, decidió prestársela y enseñarle su uso. Las prodigiosas manos que sabía crear sonidos asombrosos, apasionados, seductores, pronto también dominaron este otro teclado que producía golpes metálicos y monocordes.

Para librarse del aburrimiento, los compañeros de militancia y camarote se dieron a la tarea de ironizar sobre las pretensiones y aspectos de los pasajeros: caballeros de modales finos en busca de encuentros de género impreciso, mujeres entradas en años y carnes que exhibía peinados semejantes a plumajes de aves tropicales. De la mordacidad no se salvaron Fernando Gamboa y María Luisa Vera que mal simulaban un intenso

romance. El primero, porque suspiraba con una intensidad que si el barco hubiera sido de vela la travesía se habría realizado en la mitad del tiempo; ella, por sus atuendo excesivo y sus deseos de mujer convencional, que en nada eran compatibles con las conductas propias de un revolucionario auténtico. Los dardos sarcásticos de Juan y Silvestre no perdonaron a Chávez Morado, cuando con traje de baño y aires de seductor se hizo presente en la alberca. En sustitución de Octavio, era el joven galán del grupo. Sin embargo, por los huesos que exhibía y su porte desgarrado se ganó el apodo del “Manilo”: gallo grande que a consecuencia de su tamaño es torpe en la pelea.

A bordo del *Britanic* los días se repetían si mayores contratiempos. A veces Silvestre se paseaba por cubierta en horas de la tarde cuando los pasajeros eran pocos y las luces del crepúsculo intensas. El viento alborotaba su cabellera y quizá entonces Juan, con sus trazas de loco “desguanguilado”, lo mirara y comprendiera porque Silvestre decía de él mismo que en esos momentos se sentía como un “Beethoven bandido”.

Probablemente en uno de esos días en que Silvestre buscaba la soledad en su camarote o en alguna otra parte del barco, Juan tuvo la ocasión de contarle la historia de don Ardilla y don Caracol que escuchó en las selvas de Campeche. Es igualmente probable que fiel a su costumbre Juan imitara, con palabras en español y en maya, las voces de los personajes, los ruidos de la naturaleza en aquellas regiones inhóspitas, al tiempo que con ademanes representaba las frondas de las ceibas, las alas de los zopilotes o bailaba el Pochob tal como se hacía en las fiestas de carnaval. De Silvestre recibió una respuesta lacónica y una mirada fraternal y bondadosa.

El tres de julio el *Britanic* arribó a las costas irlandesas, al puerto de Cobh; el 4 a Southampton y en la noche de ese mismo día finalmente a El Havre en Normandía. Gracias a sus dotes de director y a su dominio del francés, Silvestre pudo llevar al grupo a París y orientarlo por la ciudad en donde nadie los esperaba. Después de llamadas telefónicas a la Embajada Mexicana, de abordar taxis y gastar en propinas, lograron hospedarse. Mancisidor, Pellicer, Marinello y Guillén que salieron después de ellos de México, llegaron antes a Francia y pudieron estar a tiempo en la inauguración del Congreso de Valencia. La razón de esta aparente paradoja, quizá se encuentre en que pudieron costearse los boletos de un barco más veloz: el que abordaron en Canadá junto con Octavio y Elena. Al menos así lo argumenta Silvestre en una de sus cartas y es probable que también lo hiciera entre sus compañeros de viaje.

Una vez que el grupo de la LEAR se instaló en un hotel de la Rue Champolion, cerca del Boulevard Saint Michel, Juan tan campechano como siempre se dedicó a conocer la ciudad, a frecuentar el café D' Harcout donde era parroquiano Rubén Darío, a encontrar amores ocasionales y a conversar por largas horas con sus amigos. Es probable que con ellos fuera a una exposición pictórica en el Petit Palais, junto a los campos Elíseos, donde se exhibían, entre otras, obras de Picasso, Modigliani, Dufy, Braque. Quizá el 13 de julio también los acompañó a la muestra de Van Gogh en el pabellón de la pintura francesa. Lo cierto es que la tarde del 14 de julio le pidió a Silvestre que le regresará su máquina. Tal vez quiso escribir sus impresiones sobre las celebraciones de la Independencia francesa a la que seguramente asistió un día antes, aunque es más probable que quisiera corregir los originales que llevaba consigo y que pensaba hacer públicos en España.

El día 15 hubo novedades: Nicolás Guillén y Pellicer regresaron de España, Mancisidor y Octavio estaba en Barcelona. Silvestre decidió que Chávez Morado y él saldrían a Barcelona. Gamboa, María Luisa Vera y Juan, lo harían a principios de la semana siguiente. No es de extrañar que Juan estuviera a punto de perder su tren de manera que sólo encontró asiento en el último vagón. En la primera escala, en Narbonne, Juan descendió de convoy con su inseparable máquina portátil en la mano. En el andén encontró a Gamboa que también iba en el mismo tren. Prosiguió su viaje en el vagón donde estaba su amigo y cuando el tren llegó a la frontera y quiso regresar al lugar que originalmente ocupara, se dio cuenta que el vagón postrero donde había viajado ya no estaba. En la estación donde encontró a Gamboa hubo un cambio de carros del que nunca se percató. Así perdió todo su equipaje que incluía su novela *El chicle*, escrita en Yucatán un año antes; “María la voz”, *Los incidentes melódicos del mundo irracional*, quizá “La Cantarilla” y un traje que Octavio le había regalado.⁴⁰

⁴⁰ “Delegados al Congreso de Valencia” en *op. cit.* Num. 10, jul. 1937: 22. Fierros, *op. cit.*, pp 135 – 137. Silvestre Revueltas. “Carta a Ángela Acevedo”. 15 jun. 1937, en *Silvestre Revueltas por él mismo*. (Rosaura Revueltas. Ed.) México: Editorial Era, p. 55. *Ibid.* 16 jun. 1937. Fierros, *op. cit.*, p. 136. Elena Garro. *Memorias de España*. México: Siglo XXI, pp. 8 – 9. Revueltas, *op. cit.*, 18 jun. 1937, p. 56. *Ibid.* 21 jun. 1937, p. 57. Fierros, *op. cit.*, p. 137. Revueltas, *op. cit.*, 22 jun. 1937, pp. 58 – 60. Garro, *op. cit.*, p. 9. Revueltas, *op. cit.*, 26 jun. 1937, p. 63. Fierros, *op. cit.*, p. 137 - 138. Revueltas, *op. cit.*, 29 jun. 1937, pp. 65 – 67. *Ibid.*, 30 jun. 1937, pp. 68 – 70. *Ibid.*, 1 jul. 1937, p. 71. Fierros, *op. cit.*, p. 138. Revueltas, *op. cit.*, 2 – 3 jul. 1937, pp. 72, 74. *Ibid.*, 11 jul. 1937, pp. 76 – 77. *Ibid.*, 14 jul. 1937, p. 88. Fierros, *op. cit.*, p. 140. Revueltas, *op. cit.*, 12 jul. 1937, pp. 81 – 82. *Ibid.*, 13 jul. 1937, p. 84. *Ibid.*, 14 jul. 1937, pp. 86, 88. *Ibid.*, 15 jul. 1937, pp. 88 – 89. Garro, *op. cit.*, p. 8. Fierros, *op. cit.*, pp. 140 – 141.

IX

El viaje de Silvestre duró cuatro días con la ruta París, Cerbère, Port Bou, Barcelona, Valencia. Si Juan y sus compañeros hicieron el mismo itinerario, es válido suponer que llegaron a Valencia el 24 de julio, cuando Silvestre se encontraba en una breve estancia en Madrid; Gamboa le traía una carta de su esposa, la había recogido en la Embajada antes de salir de la capital francesa, pero no pudo entregarse sino hasta el 25 o quizá el 26. Por su parte Juan, se reencontró con sus amigos, Octavio y Elena que por esos días regresaban de Barcelona y a quienes no había visto desde que se separaron en Nueva York.

Los recién llegados fueron alojados en una casa en el Grau, era una mansión rodeada de jardines que fue expropiada a los franquistas. A Juan le correspondió un cuarto que a Elena le pareció un invernadero. Es probable que Juan no le haya dado mayor importancia al aspecto, de seguro desde el primer momento se sintió a sus anchas y en la primera oportunidad les contó a sus amigos cómo se quedó con lo que traía puesto cuando de buenas a primeras el tren redujo su tamaño.

En esos primeros días en Valencia y por medio de Octavio y Elena, Juan conoció a Manuel Altolaguirre y a José Bergamín. Quizá ante ellos volvió a interpretar *Los incidentes melódicos de mundo irracional* o “María, la voz”. Su manera de contar historias los sedujo, al grado de que Bergamín le pidió que cuanto antes pusiera en papel lo que con tanta gracia había expresado oralmente. Altolaguirre, lo secundó e incluso le propuso que si escribía un cuento, lo publicaría en España. Octavio recibió un ofrecimiento similar, con respecto a un libro de poemas.

En los jardines que rodeaban la casa conoció en esos días a un joven que vestía pana y usaba alpargatas, era Miguel Hernández. Venía del frente y en ese momento escribía obras de teatro para alentar la causa republicana. Le regaló a Juan un poema de una de ellas: “Los sentados”. Pero no sólo de labores de militancia conversaron, además de la literatura y el compromiso por transformar el mundo, compartían otra pasión: la tierra y su trabajo. Juan le comentó sobre el henequén y sobre el chicle. Miguel le habló de los aljibes y de las acequias que los árabes usaban para la siembra.

El 2 de agosto un grupo integrado por Silvestre, Octavio, Elena, el poeta Pla y Beltrán y Juan salió de Valencia en auto hacia Pozo Blanco, en Andalucía. Los

motivaba conocer el frente y encontrarse con los mexicanos que arriesgaban la vida a favor de la República: Siquieros y el Coronel Juan Bautista Gómez. Además, tenían la intención de advertirle al muralista y combatiente de la llegada a España de quien entonces era su mujer, Angélica Arenal.

Se adentraron por caminos vecinales para evitar ser blanco fácil de las fuerzas fascistas. Fueron días de polvo y sol, noches de dormir a la intemperie con el temor constante de encontrarse con el enemigo. En ocasiones entre los campos aparecían pueblos abandonados, derruidos e hileras fantasmales de milicianos heridos. Adelante de Puerto Llano, Provincia de Ciudad Real, hicieron una pausa. Necesitaban agua para calmar la sed y para enfriar la máquina del auto. Silvestre aprovechó la ocasión para recoger testimonios del pueblo, le conmovió hablar con una anciana que había perdido a sus dos hijos en el frente. Más adelante, en Campo de Criptana, las aspas de los molinos de viento inflamaron sus espíritus quijotescos.

Pero la monotonía del paisaje y las largas horas del recorrido, pesaban en el ánimo de Elena y Juan. Para aliviarlo recurrieron al humor y al juego, tal como hicieron cuando viajaron de México a Nueva York. Elena escribía un verso y Juan otro, poco a poco hicieron un poema cada vez más extenso, caótico y disparatado. A fin de que el título de éste diera cuenta del lugar de su génesis lo llamaron “El romance del queso de bola que rueda por la Mancha”. Quizá fue la primera obra donde compartieron créditos; lo cierto, es que no fue la única.

Atravesaron la Sierra Morena con las frondas de sus olivares que semejaban túneles, largas sombras que despertaban la imaginación y sugerían personajes de leyenda, duendes aviesos empeñados en perder a las lamas inocentes. Finalmente llegaron a Pozo Blanco, al anhelado frente de batalla. Los recibió el Coronel Juan Bautista Gómez y un poco después Siquieros con su uniforme de húsar austriaco, con botas y capa amplia. Probablemente entonces Juan le hizo saber de la presencia en Valencia de Angélica Arenal, quien era ya compañera de su amigo, y de la determinación de ella de ir a buscarlo quizá con la intención de sorprenderlo en infidelidades.

Los visitantes fueron alojados por Juan Bautista Gómez en unas rústicas cabañas. Las paredes estaban hechas de ramas y troncos por donde el aire se colaba. El techo era de los mismos materiales y es probable que Juan considerara ventajosa esa situación.

Podría ver las estrellas en la noche cerrada, tal como hizo en su estancia en las selvas de Yucatán cuando dormía en una hamaca tendida entre dos árboles de amplio follaje.

Lo arrancó del sueño un zumbido que nunca había escuchado, no tenía parecido con los de los insectos selváticos. Escuchó voces y carreras precipitadas. Salió de la cabaña y al alzar la vista vio a un grupo de aviones fascistas volando sobre el campamento a una altura que hacía pensar en un ataque. Corrió a refugiarse entre una arboleda próxima. El vuelo de los Junkers no duró mucho, pero a Juan esos momentos le parecieron eternos. Una vez que el peligro se perdió entre el horizonte, Juan buscó a sus compañeros que también encontraron protección entre los árboles. Faltaba Elena, la encontró aterrada junto a jóvenes reclutas a la entrada de un túnel en una pequeña ladera, en descampado. Aunque para entonces su amistad hacia ella ya tenía bases sólidas, o quizá a causa de ese mismo sentimiento que crecía, no pudo evitar regañarla.

Ya entrada la mañana fueron a visitar a la nueva conquista amorosa de Siquiros, una guapa y simpática andaluza de nombre Pepita. Al día siguiente y a raíz de un dibujo que un joven miliciano le hizo a Elena, Siquiros les comentó a sus amigos sobre sus proyectos de pintar murales en las fachadas de las casas de España, como lo hizo en Los Ángeles. Juan ya tenía noticias de esas obras no sólo por el mismo Siquiros, sino también por la carta que en 1932 le enviara Blanca Luz Brum.

Dos o tres días después Siquiros alarmado notificó a sus compañeros de un inminente ataque enemigo. Era información proporcionada por el alto mando y las tropas milicianas de Pozo Blanco no podían garantizar la seguridad de sus visitantes, por tales motivos tenían que emprender el retorno a Valencia sin dilaciones. No sin protestas y desencantos, en especial de Silvestre, tuvieron que obedecer.

El grupo buscó a Angélica en los pueblos aledaños al campamento para ponerla a salvo del ataque fascista, finalmente Juan la encontró en la sede del Partido de uno de esos pueblos y ante la negativa de ella de acompañarlos en su regreso a Valencia, los delegados de la LEAR siguieron su recorrido. Al pasar por Ciudad Real, Juan vio un puesto donde vendían sandías y pidió que con urgencia detuvieran la marcha. El peligro del ataque nacionalista no tenía porqué impedir que disfrutaran esos manjares. Juan era versado en ellos, gracias a que en su tierra natal esos frutos se daban en abundancia. Además el calor y la fatiga ameritaban refrescarse y hacer una pausa. La petición y los argumentos de Juan eran absurdos a todas luces, pero los hizo con tal insistencia que el

chofer no tuvo más remedio que detener el auto. Silvestre miró con ojos fulminantes a su amigo, pero justificó su impertinencia ante los demás, haciendo el característico ademán que indica deschavetadura o falta de seso. Pronto el ánimo de Silvestre y del resto de sus compañeros se endulzó con las rebanadas de pulpa roja que Juan obsequió a cada uno. No todo fue mieles en el viaje de regreso a Valencia. En la Sierra Morena, cuando transitaban un camino entre olivares, el auto sufrió una volcadura que les obligó a pasar la noche en la intemperie. Afortunadamente no hubo mayores consecuencias y el retorno a la Ciudad que fue sede del Congreso Antifascista, terminó sin otras novedades.⁴¹

X

Ya instalados nuevamente en la casona del Grau y debido a que Juan había hecho caso omiso a las recomendaciones de Bergamín, la delegación mexicana decidió que su disperso e inquieto integrante estaría confinado en su cuarto escribiendo. Elena fue comisionada como centinela de su amigo. Apostada en la puerta de su habitación le impedía salir, le pasaba los alimentos y de vez en vez le exigía en voz alta que escribiera y lo hiciera pronto porque deseaba ir a la playa con Luis Cernuda; a pesar de que Juan le aseguraba que podía marcharse sin pendiente, ella estaba segura de que si le hacía caso Juan iría de inmediato al *Café de la Paz* a conversar por horas con Manolo Alolaguirre. Fue el único cautiverio fraternal en la vida de Juan y rindió sino frutos completos, al menos parciales: de él nacieron las páginas de “Taurino López”. Tal vez por esos días Octavio terminara *Bajo tu clara sombra y otros poemas de España*, libro que para su publicación entregó al mismo Altolaguirre.

⁴¹ Revueltas, *op. cit.*, 16 de jul. 1937, p. 91. *Ibid.*, 17 – 18 de jul. 1937, p. 92. *Ibid.*, 19 de jul. 1937, p. 93. *Ibid.*, 21 de jul. 1937, p. 95. *Ibid.*, “Postal de la Puerta del Sol”, 24 de jul. 1937, p. 96. *Ibid.*, 27 de jul. 1937, p. 99. Garro, *op. cit.*, p. 33, 37 – 39., pp 31 – 32. José Paulino Ayuso. “El teatro en la guerra de Miguel Hernández”, pp. 1 - 2. Disponible en línea en http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas_II_Presentacion/27josepa.pdf, / fecha de consulta 10/ 03 / 2016. Fierros, *op. cit.*, p. 142. Revueltas, *op. cit.*, 2 de agosto 1937, p. 97. Garro. *Op. cit.*, pp.59, 61 – 65, 67 - 73. De la Cabada, *op. cit.* 20 sep. 1932, p. 22. Garro, *op. cit.*, pp 74 – 75. Revueltas, *op. cit.*, 22 de agosto 1937, p. 101. Garro, *op. cit.*, 75 – 77. Juan de la Cabada. “Silvestre Revueltas, discurso” en Archivo personal/ Sección Vida Profesional/ Serie Actividad literaria/ Subserie. Miscelánea / Expediente 3/ ID 1813 / Folio / Foja 11 – 13. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 11 / 3 / 2016.

No eran los únicos abocados a tareas creativas; el 15 de agosto Silvestre dirigió a la Orquesta Sinfónica de Valencia interpretando *Caminos y Janitzio* y una semana después *Homenaje a García Lorca y El renacuajo paseador*. Para entonces Juan de nueva cuanta era libre y es muy probable que asistiera a los conciertos de su amigo. De lo que no hay duda es que en el segundo de ellos estuvieron presentes los cubanos Marinello y Guillén, quién tal vez entonces le entregó a Silvestre sus poemas para una nueva composición. Por su parte, Gamboa y su esposa montaron una exposición con grabados y fotografías de los murales mexicanos. Pero la guerra continuaba y dejaba ver su presencia siniestra. Cuando el zumbido de los Junkers rompía el silencio nocturno, el temor a los bombardeos se hacía presente. En una ocasión Juan comentó a sus compañeros que si la aviación abría fuego sobre la Ciudad no distinguiría si sus víctimas eran partidarios de la República o nacionalistas.

El 30 de agosto o el 1º de septiembre los artistas e intelectuales mexicanos emprendieron un nuevo viaje, en esta ocasión a Madrid. Los acompañaban León Felipe y su esposa Berta Gamboa. Durante el recorrido Elena estaba triste e inquieta. No dejaba de hacer preguntas. ¿Por qué se descalificaba a los homosexuales cuando muchos artistas lo eran? ¿Por qué los comunistas decían que la religión es el opio del pueblo? ¿Por qué tanta insistencia en la palabra exterminio? ¿A cuento de qué venía el término pequeño burguesa? No sabía nada de marxismo y Juan le recomendó leer el *Manifiesto Comunista*. Elena prefirió que se lo contara, Juan le habló de la explotación capitalista, de la necesidad de construir una sociedad sin clases, igualitaria. Donde los hombres vivieran sin necesidades, plenamente, gozando todos de los bienes comunes. Elena interpretó que esa descripción se parecía al discurso de don Quijote conocido como de la Edad de Oro. Juan y Octavio aprobaron su interpretación.

En un pequeño pueblo cercano a Madrid, hicieron un alto y un grupo de niños rodeó el camión militar donde viajaban. Juan le dio una moneda a uno de los pequeños que se la solicitaba. De inmediato recibió un duro reproche de un miliciano. No debía dar esos ejemplos, si la República se esforzaba en eliminar la mendicidad los visitantes, por más célebres que fueran, no podían fomentar esas prácticas. Fue una lección de dignidad que no olvidó. Acaso el suceso también le hizo pensar que un orden social como aquel del que le habló a Elena, no se construye con dádivas, sin logrando que el trabajo y sus frutos, que cuando son libres son creación y transforman, beneficien a quienes lo realizan.

El 2 de septiembre llegaron a Madrid y ese mismo día Juan se reencontró con Alberti y su esposa Teresa a quienes conoció cuando estuvieron en México. Los anfitriones españoles y los delegados mexicanos comieron juntos en el Hotel Victoria. En la noche visitaron al General Miaja, responsable de la defensa de Madrid:

Que viva el General Miaja,

los asturianos valientes,

que vivan los madrileños

con su general al frente.

Fue sólo el primero de varios actos de solidaridad, que los delegados mexicanos realizaron a favor de la República. El día 5 Mancisidor habló en un mitin en honor de las Brigadas Internacionales y es difícil suponer que Juan no estuviera en ese acto. Para los días 17 y 19, se programaron otros conciertos de Silvestre. En el primero su batuta guió los acordes de *El renacuajo paseador*, María Luisa Vera leyó el cuento en que se basó esa obra y Octavio dictó una conferencia sobre la música de Silvestre; quien en el segundo, dirigió en el *Teatro de la Comedia* a las orquestas Sinfónica y Filarmónica de Madrid, en un programa que incluyó *Janitzio*. Ambos fueron un éxito, sobre todo el último y vale suponer que Juan estuvo entre el público, si así fue quizá pudo apreciar cómo se humedecía la mirada de su amigo, herida siempre de una “nostalgia de infinito”.

No todas las actividades de la delegación mexicana fueron artísticas y de militancia. A Elena le gustaba asistir a las reuniones que se realizaban en el palacio de los Duques de Heredia Spínola y cuesta trabajo aceptar que Juan no estuviera en ellas, no sólo por la amistad entre él y la joven esposa de Octavio, sino también porque en esas tertulias los intelectuales se disfrazaban con las ropas de los nobles. Era un juego hecho a la medida de sus cualidades histriónicas. Si la conjetura es correcta es posible imaginarlo con atuendo de marqués o conde, al lado de Alberti portando uniforme de chofer, María Teresa con vestidos de época y Nicolás Guillén con traje de lacayo.

Pero todo comienzo tiene un fin, los días en Madrid terminaron cuando se cumplieron las principales actividades de los representantes mexicanos. Para el 25 de septiembre ya estaban de nuevo en Valencia en donde quizá ya se encontraba Angélica Arenal. Poco

después Juan acompañó a Octavio y a Elena a visitar a Antonio Machado en Rocafort; los llevó Antonio Serrano Plaja. A Juan le impresionó la pulcritud enlutada del poeta que a pesar de las apariencias era de trato cordial y amable. Vivía con su madre nonagenaria, también ella vestía de negro y por contraste con sus ropas, la blancura de su rostro se acentuaba.

El 2 de octubre fue día de despedidas, de grandes abrazos, encargos y recomendaciones. Los delegados mexicanos dejaban Valencia, pero Juan se quedó. Su decisión nació de un intenso compromiso con la causa republicana, su gusto por la aventura y porque ninguna urgencia le esperaba en México.⁴²

XI

No pasaron muchos días sin que tuviera novedades de sus amigos. El 8 de octubre desde Barcelona Octavio le escribió una carta. Le comentaba con pesar que al día siguiente él y Elena dejarían España, y con un cariñoso reproche que quizá aludiera a cuando Juan extravió su equipaje en Narbonne, le pedía no olvidar su próximo encuentro en París, dentro de un mes. Lo echaban de menos.

La carta además mencionaba la seguridad tanto de Octavio como de Elena sobre la buena factura de los escritos de Juan, quizá refiriéndose a la inacabada “Taurino López”, y de que la entregaría completa en el tiempo acordado tal vez para una publicación futura porque en *La hora de España* sólo apareció una parte. De igual manera Octavio le solicitaba un gran favor, que por medio de Manolo Altolaguirre consiguiera 30 ejemplares de *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España*, recientemente editado en Valencia. Debía enviarlos a México para su venta o en su defecto comprar 25 ó 30 ejemplares. Cuando se vieran en París, le cubriría el costo. Mandaba saludos para Manolo y Angélica.

⁴² Fierros. *Op. cit.*, p.141. Garro. *Op. cit.* p. 39 - 40, 52. *Revueltas, op. cit.*, 16 ago. 1937, p. 99. *Ibid.* 28 ago. 1937, pp. 102 – 103. Garro, *op. cit.*, p. 47. *Revueltas, op. cit.*, 2 sept. 1937, p. 103. Garro, *op. cit.*, p. 87- 91. Fierros, *op. cit.*, p. 141. *Revueltas, op. cit.*, 2 sept. 1937, 5 ½, p. 104. Garro, *op. cit.*, p. 93. *Revueltas, op. cit.*, 2 sept. 1937, 8 ½ noche, p. 104. Garro, *op. cit.*, p. 101. *Revueltas, op. cit.*, 5 de sept. 1937, p. 105. *Ibid.*, 20 sept. 1937, p. 108. Garro, *op. cit.*, pp. 51, 102. *Revueltas, op. cit.*, 20 sept. 1937, pp. 108 – 109. *Ibid.*, 24 sept. 1937, p. 110. Garro, *op. cit.* 106. *Revueltas, op. cit.*, 26 sept. 1937, p. 111. Garro, *op. cit.*, pp. 112 – 113. Fierros, *op. cit.* 148. *Revueltas, op. cit.*, 1º oct. 1937, p. 113. Garro, *op. cit.*, p. 115. Fierros, *op. cit.*, p. 142.

Es muy probable que Juan no atendiera en lo inmediato las solicitudes de su amigo, porque en el mismo mes de octubre, Octavio volvió a escribirle insistiendo en los mismos puntos de su carta anterior, con un matiz de diferencia: en esta ocasión comentaba que Pellicer y él mismo habían sido calumniados. En lo tocante a su libro, ahora le pedía 50 ejemplares que podía mandar a la embajada de México en Francia o llevar personalmente a París. Sobre el trabajo literario de Juan, afectuosamente daba por un hecho su continuidad. De lo contrario, Elena y él pasarían un mal momento.

Es posible que Juan atendiera en esas fechas la solicitud de Octavio con respecto al envío de los ejemplares de *Bajo tu clara sombra...* De lo que no hay duda es que Juan relegó a un segundo plano su trabajo literario y dio prioridad a sus tareas de militancia y a su insaciable sed de aventura toda vez que “Taurino López” nunca fue concluida.

Tal vez por intermediación de Angélica o Siqueiros, Juan conoce en aquellos días a Félix Guerrero, jefe del séptimo cuerpo del ejército, y emprende con él un nuevo viaje al sur, hasta un pueblo extremeño llamado Malpartida de la Serena, donde Guerrero tenía su centro de operaciones. Ahí se hace amigo del escritor español José Emilio Herrera Petere y de otro combatiente mexicano, Miguel Julio Justo. Es nombrado comisario de cultura, con el encargo de viajar a pequeños pueblos de Extremadura, Dominico, Medellín, Magacela, para instruir a los milicianos o narrarles historias como las que escribió en los primeros tiempos de la LEAR. Ellos también lo ilustraron, de sus voces escuchó poemas de Garfías, Lorca, Alberti, Machado, de su ya entonces gran amigo Altolaguirre. Sin embargo, es del todo válido suponer conociendo su carácter y afición a historias con seres sobrenaturales, que haya contado éstas ante adultos y niños. Con uniforme miliciano recorrió calles polvosas rodeado de pequeños que con insistencia le pedían más cuentos, él los complacía en el atrio de alguna iglesia, en la fuente de alguna plaza o a la sombra bienhechora de los olivares.

En una ocasión en Malpartida, mientras desayunaba en una pequeña iglesia convertida en puesto de mando y comedero popular, la aviación fascista se hizo presente en un cielo despejado. Ante el temor de un bombardeo la gente corría a buscar refugio, presa de pánico. Juan entonces tuvo la ocurrencia de improvisar una “plena”, canción puertorriqueña de rima fácil, ritmo alegre y seductor:

Santa María, libranos de todo mal.

Ampáranos grande señora

de este terrible animal

que tiene patas de cabra

la boca de tiburón....

Juan con el brazo en alto señalaba a las manchas que oscurecían el día, al tiempo que bullanguero, marcaba los pasos de su baile. La gente lo miraba con azoro, sus rostros en un momento llenos de pánico, poco a poco fueron cambiando su expresión hasta dibujar una sonrisa que exorcizaba los temores y templaba el ánimo, permitía tener la cabeza fría para actuar sin la precipitación que suele traer desgracias.

Juan se ganó el cariño de esa gente, pero tal conquista por desgracia no pudo evitar que su úlcera resurgiera. Con las precariedades que padecía, se agravó. No tuvo más remedio que solicitar su traslado a Barcelona, para ser atendido. Eran los últimos días de 1937. El 22 de diciembre, Luis Martínez, Gobernador Civil de Badajoz, le autorizó trasladarse a la ciudad catalana, pasando por Campo Criptana. Además, ordenaba a las autoridades populares y a la fuerza pública le brindaran la asistencia que necesitara. Es probable que Miguel Julio Justo acompañara a Juan, porque el día último de enero de 1938 desde Castuera, le hacía saber de su buen arribo a esa localidad extremeña y le solicitaba le mandara el tabaco que pudiera conseguir. De igual manera y aprovechando que su compañero emprendía viaje, Félix Guerrero le pidió que entregara unas cartas.

En Barcelona Juan se reencontró con Cernuda, Bergamín, Prados y Manolo Altolaguirre. Fue huésped del mismo hotel en donde se alojaba Hemingway y cuando estuvo repuesto volvió a sus andanzas, vagabundeos y charlas interminables con sus camaradas y amigos. Quizá entonces le escribió a Félix Guerrero, informándole que sus labores de correo tuvieron buen éxito y sobre su buen estado de ánimo y salud. La respuesta no se hizo esperar, el 1º de febrero el mando militar en Extremadura agradecía sus servicios y se alegraba de que aún estuviera vivito y coleando, dándole vuelo a la hilacha. Mandaba saludos de la palomilla, los niños de Malpartida de la Serena que se quedaron sin su narrador favorito. Lo extrañaban.

Pero los tiempos de guerra dejan poco espacio para la ternura y la nostalgia. En una noche las sirenas indicaron la proximidad de aviones fascistas y potentes faros escrutaban los cielos. A Juan lo sorprendió el súbito ataque, sólo encontró protección debajo de una cornisa sostenida por un muro. Al mismo refugio llegó una mujer. Un bombardero pasó debajo de ellos, el ruido de su motor estremecía la pared y los ánimos de Juan y la desconocida. El cielo se iluminó con las luces de las metrallicas, pero la defensa antiaérea no tuvo éxito. Primero fue un abrazo, la instintiva búsqueda de calor ante el frío de la muerte. Después un acto desesperado, un aferrarse a la vida a toda costa. Se amaron con una pasión desconocida, liberadora. La final incandescencia de sus cuerpos los hizo renacer.

En otra ocasión Juan fue a un funeral de uno de sus compañeros, al hacer guardia y ver el rostro del cadáver, recordó como si hablara con el ahora difunto, cuando asistió con él a otro funeral, éste de un obrero en la Barceloneta. Se velaba al cuerpo en una vecindad y Juan con una niña de la casa, de nombre Nuria, salieron para conseguir una corona. De regreso, una bomba destruyó el edificio, murieron los dolientes y los padres de la pequeña. A partir de esta experiencia, años después escribió el cuento “La niña de la corona”.

Cada vez era más peligroso seguir en España, pero a Juan eso no le importaba. Narciso Bassols, le aconsejaba regresar a México. A qué, se preguntaba Juan, la intensidad, la vida plena estaba en Europa. Cuando Bassols le informó sobre la próxima vista de Lombardo Toledano a París y de que él podría apoyarlo para su retorno a México en donde sería más valioso, Juan disipó sus dudas. Iría a París, que más que una misa valía un regocijo constante. Le dolía alejarse de gente y de una causa que le resultaban entrañables, pero ya encontraría cómo ser solidarios con ellos.⁴³

XII

⁴³ Octavio Paz. “Carta a Juan de la Cabada”. 8 oct. 1937, en *op. cit.*, p. 24. “Sumario de los números publicados durante el año de 1937” en *Hora de España*. dic 1937: 78. Disponible en línea en <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?o=&o=&w=Juan+de+la+Cabada&w=Taurino+L%C3%B3pez.&f=text&f=text&t=%2Bcreation&l=600&l=700&lang=es&s=6>, fecha de consulta 15 / 3 / 2016. Octavio Paz. “Carta a Juan de la Cabada” oct. 1937 en *op. cit.*, p. 25. Fierros, *op. cit.*, pp. 142 – 143, 145 – 146, 147. Luis Martínez. “Autorización a Juan de la Cabada para trasladarse a Barcelona”. 22 de dic. 1937, en *op. cit.*, p. 26. Miguel Julio Justo. “Carta a Juan de la Cabada”. 31 ene 1938, en *ibid.*, p. 27. Fierros, *op. cit.*, p.p. 147 – 148. Félix Guerrero “Carta a Juan de la Cabada”. 1º feb. 1938, en *op. cit.*, p. 28. Fierros, *op. cit.*, 146 – 148.

En París Juan se hospedó en un hotel del Barrio Latino, el Saint Pierre, ubicado en la calle de la Escuela de Medicina y en donde Renato Leduc rentaba dos cuartos: uno para él y otro para sus amigos. Juan entonces no se incluían entre éstos, pero no hay duda que la compañía de Renato le resultó estimulante, aleccionadora; nadie como él para adentrarse en los goces que la Ciudad Luz ofrecía, y es que Renato radicaba en ella desde 1934, cuando fue nombrado representante de la Secretaría de Hacienda con un salario de trescientos pesos mensuales. En cambio, la situación económica de Juan no era tan favorable y en consecuencia debió hacer de tripas corazón: se cambió a un alojamiento más barato, aunque por breve tiempo porque la afinidad de su carácter con el de Renato hizo que la relación entre ambos se convirtiera en amistad, pudo regresar al Saint Pierre sin necesidad de pagar hospedaje. Quizá entonces frecuentó con Renato *La cabain cubane*, un cabaret situado en el sótano del edificio donde vivía André Bretón, en la calle de la Fontaine en Montmartre. Es válido suponer también que entonces trabó amistad con el intelectual surrealista, quien le regaló una corbata. Gracias a Renato estuvo en casa de Max Ernest, que entonces vivía con Leonora Carrington. Ella y los también pintores Óscar Domínguez y Leonor Fini, fueron los vínculos para que tanto Renato como Juan conocieran a Picasso: se alojaba en un hotel en cuyos bajos se encontraba el *Chez Margot*, otro cabaret o salón de baile. No pudo ser mejor escenario para Juan, la vida intelectual y artística de París convergían con la sensualidad, la libertad nocturna del placer. Esta feliz unión produjo un intenso romance, ella era alsaciana, hablaba alemán, francés y español, vendía cigarros y además era espléndida bailarina, la mejor del *Chez Margot*. Se llamaba Marie Louise Must, aunque todos la conocían como Lulú o al menos con ese apelativo se la presentó a Juan Carlos Denegri, el hijo del ya entonces ex embajador de México en España. Sin embargo para Juan siempre fue “la Chata”. Con ella las noches se volvieron días de fiesta interminable, de amor y vino en abundancia.⁴⁴

Juan dejó entonces el cuarto que Renato le prestaba y se instaló en el de su conquista amorosa, en el número 3 de Gerard Trois, cerca de Montparnasse. El resultado de las intensidades vividas fue el impulso creativo que lo dominó en esas

⁴⁴ Como es fácil deducir a partir del hecho de que en un mismo lugar estuvieran el hotel donde vivía Picasso y el salón de baile en el que trabajaba Marie Louise Must, es muy probable que en más de una ocasión De la Cabada se encontrara con el pintor cubista. Tal vez las reproducciones de los dos bocetos de éste que se encuentran en el archivo de aquél, provengan de tales momentos. Sobre todo si se toma en cuenta las fechas de las obras: 31 de marzo de 1938. Las imágenes pueden verse en <http://cabada.uacam.mx/obrascabada/frmSetConsultas.htm>, fecha de Consulta 19 / 03 / 2016.

fechas. Se acostaba en las mañanas y al despertar escribía, así nacieron “Campanas al vuelo”, “El mañico” y los tres signos del zodiaco: “Cáncer o el sarao de la confitura”, “Piscis o el duelo” y “Aries o Corto circuito”, éste último con la presencia de un tema recurrente en la literatura fantástica: el doble. Ámbitos alternos al nuestro se hacían presentes en la obra de Juan, no sólo por influencia de las literaturas populares, como en “María, la voz”, sino quizá también a consecuencia de su encuentro con artistas surrealistas. Pero esas incursiones en otras realidades se interrumpían cuando Juan en las madrugadas iba a buscar al ser que sin tener alas o provenir del espejo, le otorgaba la certeza de vivir en otro mundo: la Chata.

En abril llegó a París Lombardo Toledano, enviado por el general Cárdenas para explicar las razones de la expropiación petrolera y buscar apoyos internacionales a ésta. Sin mucha convicción Juan fue a buscarlo, con la finalidad de seguir el consejo que Bassols le dio para poder cubrir su retorno a México. Recibió sólo promesas y largas que le sirvieron para tranquilizar su conciencia: no traicionaba a Bossols, pero tampoco se traicionaba a sí mismo, podía seguir sin culpas en París dándole vuelo a la hilacha.

Sin embargo, abril también trajo novedades tristes. El día 15, jueves Santo, falleció César Vallejo y aunque no hay registro de que Juan lo tratara, su muerte le dejó huella. Pero los goces del amor y la amistad que Juan prefería por encima de melancolías y languideces, le ayudaron a sortear los malos tiempos. Un nuevo estímulo vital lo animó cuando en octubre o noviembre el General Leobardo C. Ruiz, todavía Encargado de Negocios de México en Francia, lo invitó a un concierto de bienvenida organizado para recibir a Agustín Lara. Así nacieron nuevos motivos por trasnochar entre notas de piano y licores.

Poco después, el 3 de diciembre, Bassols fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, sustituyendo al General Ruiz de su cargo. Tal vez en enero de 1939 Siqueiros dejó España al ser desmovilizadas las brigadas internacionales. Se instaló en París, pronto se reencontró con Juan, aunque más que con él fue con Renato con quien entabló una amistad estrecha. Razones no faltaban, ambos compartían edades, un pasado villista, además del gusto por la bravuconería y la parranda. Sin embargo, acompañó a Juan a los recitales de Lara. En uno de ellos la ironía de éste hizo blanco sobre el muralista: ceremoniosamente y haciendo alusión a su poca modestia, le dedicó “Farolito”. Juan se desternillaba de risa, aunque tampoco escapó de los dardos

sarcásticos y musicales de Lara: al terminar su composición, improvisó otra, de aire alocado y entusiasta.⁴⁵

Si bien Bassols apoyaba a Juan con una pequeña pensión para que en París conociera museos y galerías, también le insistía en la conveniencia de que regresara a México, toda vez que el ambiente de la Ciudad Luz podía corromperlo. Ante las evasivas y “olvidos” de su beneficiario, comisionó a Renato y a Siqueiros para que lo convencieran. No hubo forma, Juan siguió corriendo el riesgo de su “perdición” moral en los placeres que París le ofrecía, al tiempo que reinició su solidaridad con la causa de la República española gestionando apoyos ante las representaciones diplomáticas para la liberación, y el retorno a sus respectivos países, de ex combatientes y simpatizantes republicanos presos.

El 14 de febrero de 1939 le escribe un secretario del Comité National de Defense Du Peuple Espagnol, informándole del músico y combatiente argentino Andrés Álvarez, quien carece de recursos para costear su viaje de retorno y desea ayuda para solucionar esa dificultad. No es la única solicitud que le hace la organización referida, el mismo 14 de febrero le pide que recurra a las embajadas de Argentina y Uruguay para que éstas reclamen a sus connacionales Francisco y Antonio Barea y Ángel Tzareff, detenidos en un campo de concentración en los Pirineos orientales.⁴⁶

⁴⁵ De la admiración de De la Cabada a Agustín Lara, dan cuenta las serie de fotografías anónimas que se encuentran en su archivo: Agustín Lara en conversación, pensativo y tocando el piano. Ver <http://cabada.uacam.mx/obrascabada/frmSetConsultas.htm>, fecha de consulta 19 / 03 / 2016.

⁴⁶ De los voluntarios internacionales mencionados en la correspondencia de Juan de la Cabada, sólo encontramos referencias del uruguayo de origen búlgaro Ángel Tzareff, que nació el 5 de julio de 1919 en Montevideo. En 1926 emigró con su familia a la ciudad de Quilmes, Argentina. Después de desempeñar diferentes oficios en 1934 se afilió al Partido Comunista, declarado ilegal y perseguido por la dictadura de Uruburu. El 1° de mayo de ese año es hecho prisionero por primera vez, situación que habrá de repetirse pocos meses después, el 31 de diciembre. El 16 de mayo de 1936 logró fugarse de la cárcel y el 7 de noviembre de 1937 llegó a España para sumarse a las filas del Partido Comunista y de las Brigadas Internacionales. Se integró a la XV Brigada en Tarazona de la Mancha, en su 59° Batallón, conocido también como Voluntario 24, Segunda Compañía. Estuvo en combate en dos ocasiones: en Calaceite, Teruel y un mes después de ser ascendido a sargento en marzo de 1938, en Gandesa, Tarragona. Fue desmovilizado junto al resto de brigadista internacionales y al igual que otros 26 uruguayos estuvo preso en un campo de concentración – la fuente no indica cuál – en Francia. Logró regresar a Argentina y radicó en Buenos Aires, en la calle Belgrado No. 148 donde vivió hasta finales de los años 50, fecha probable de su fallecimiento. [<https://columnauruguay.wordpress.com/uruguayos-en-la-guerra-civil/s-t/angel-tzareff/> fecha de consulta 20 / 3 / 2016].

Los trabajos de Juan en respaldo a los combatientes republicanos no se limitaron a trámites diplomáticos desde París. A finales de febrero o en el primer día de marzo de 1939 viajó a Perpignan en compañía de Fernando Gamboa, su esposa Susana Steel y del aún embajador de México en España, el general Adalberto Tejeda. El hacinamiento y las vejaciones que padecían los combatientes republicanos, a manos de guardias senegaleses y árabes, en los campos de concentración en Angelès – sur- Mer y Sain Cyprien lo llenaron de indignación y los denunció en cinco tarjetas postales dirigidas a Mancisidor para que los hiciera públicos en la revista *Ruta* que por entonces dirigía.

La caída de la República española era inminente tanto como el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Los apagones frecuentes en París ahuyentaban placeres y despertaban temores. Siqueiros ya había dejado Europa, todo lo cual no le impidió a Juan continuar sus amores con la Chata, sus correrías nocturnas y sus conversaciones con sus vecinos del barrio latino y con los escritores españoles con quienes hizo amistad en Valencia: Bergamín, Emilio Prados, Petere. Finalmente con ellos y gracias a la insistencia de Bassols se embarcó en mayo en el *Vandam* de insignia holandesa con destino a Nueva York. Ya no pudo asistir al cabaret que Agustín Lara proyectaba abrir en Champs Elyseés, en donde junto con Renato iría cada noche. Atrás quedaron los amigos como el músico peruano Raúl de Verneuil, el pintor de la misma nacionalidad Alejandro Gonzáles, Apurimak, y sobre todo la Chata, de quien fue tan difícil despedirse.

En la popa del barco Juan se recargó en el barandal, ante sus ojos se abrió un abismo de aguas y nostalgia. De nueva cuenta los mares de su infancia se hicieron presentes y tal como en ellos imaginó a Jesús caminando sobre las olas, no calmas sino encrespadas y hacia otros rumbos marcados por oscuros nubarrones de zozobra.⁴⁷

⁴⁷ Fierros, *op. cit.* p. 151. José Ramón Garmabella. *Renato por Leduc: apuntes de una vida singular* México: Ediciones Océano, pp.119, 122, 115, 129. Fierros, *op. cit.* p. 151. Juan de la Cabada. “Entrevista a Renato Leduc” en Archivo personal/ Sección Vida Profesional/ Serie Actividad literaria/ Subserie. Entrevistas / Expediente 6/ ID 1796 / Folio / Foja 5 - 6. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 25 / 3 / 2016. Garmabella, *op. cit.*, p. 305, 129. Juárez Téllez. *Op. cit.* p. 14. De la Cabada. “Entrevista a Renato Leduc”, en *op. cit.*, folio /fojas 7 – 8, 11. Fierros, *op. cit.*, p. 152. De la Cabada. “Entrevista a Renato Leduc”, en *op. cit.*, folio/fojas 8, 11 - 12. Lailson, *op. cit.*, pp 33 – 34, 56 – 58. Fierros, *op. cit.*, pp. 151 – 153. S.E.R. <https://acervo.sre.gob.mx/index.php/embajadores-de-mexico?id=156> / fecha de consulta 25 / 3 / 2016. Fierros, *op. cit.*, p. 152. Gerold Gino Baumann *Los voluntarios españoles en la guerra civil española*. Cuenca: Ediciones de la Universidad Castilla – La Mancha, p. 123. Disponible en línea <http://www.brigadasinternacionales.uclm.es/publicacion/los-voluntarios-latinoamericanos-en-la-guerra-civil-espanola/> fecha de consulta / 26 / 3 / 2016. De la Cabada. “Entrevista a Renato Leduc”, en *op. cit.*, folio / foja 14. Fierros, *op. cit.*, pp. 153 – 154. De la Cabada. “Entrevista a Renato Leduc”, en *op. cit.*, folios / fojas 6 – 8. Comité National de Defense du Peuple Espagnol. “Carta a Juan de la Cabada”. 14 de feb. 1939 en *Op. cit.* p. 29. Alejandro Miguel “Interiores y exteriores de Juan de la Cabada” en *La*

Capítulo IV.

Vagancias y otros amores.

I

La derrota republicana, la nostalgia por París y Marie Louise, debieron calar en el ánimo de Juan en los primeros días de su retorno a México después de hacer escala en Nueva York. Tuvo noticias de la Chata por las cartas que ella misma le escribía, al menos hasta septiembre de 1939. No había duda que se amaban, pero todo un océano y el peso de las historia los separó.

Sin embargo, Juan eludió la melancolía y sus médanos. Conoció a Leonora Berry, joven escritora estadounidense de origen inglés cuyo rostro añorado debió cautivarlo. Por eso la llamó Nora, que rima con seductora, encantadora. Su relación con ella fue un estímulo y al mismo tiempo un refugio, un puerto donde reponerse de los estragos sufridos en los días de tormenta y desde donde partir a nuevos horizontes. De igual manera, lo motivó su amistad con Bergamín quien en el *Café París*, tal como Elena lo hiciera en 1937 en Valencia, le reiteraba que escribiera y para reforzar su apoyo le prometió publicar sus cuentos, incluso le proporcionó por ellos un anticipo de 500 pesos. No es de extrañar en consecuencia que el ímpetu creativo de los días parisinos tuviera un nuevo impulso, “El niño de las diez casas”, “Luz y sombra” y “El tejón y las gallinas”, datan de entonces. Para finales de 1939 Juan rescribía las obras que perdió en Narbonne: “María, la voz” lo entregó a la redacción de *Taller*, seguramente por medio de su querido Octavio. El dinero que le facilitó Bergamín, le sirvió para alquilar un departamento en un pequeño edificio de Reforma, ahí por supuesto vivió con Nora, además de con Petere y su mujer Virginia, de la misma nacionalidad que el nuevo amor de Juan. No debió durar mucho esa cohabitación entre un mexicano, un español y sus

Jornada Semanal, nueva época, 6 oct. 1991: 26. Fierros. *Op. cit.*, p. 151. Juan de la Cabada. “Tarjetas postales a José Mancisidor”. 1º mar. 1939, en *La Jornada Semanal*, 21 sept. 2014: 3. Fierros, *op. cit.*, pp 155, 154. Alejandro González “Apurimak”. “Carta a Juan de la Cabada”. 20 oct. 1939, en *op. cit.*, pp 30 – 31.

respectivas gringuitas, porque para principios de 1940 Juan y Nora ocupaban una nueva habitación, en Manchester 8.

Pero no sólo en la vida de Juan se experimentaban cambios, también ocurrían al interior del Partido Comunista: el 24 de marzo en la última sesión de su congreso extraordinario decidió expulsar a los dirigentes Hernán Laborde y Valentín Campa, acusados de deformar la línea revolucionaria por su filiación troskista. Exactamente dos meses después, un grupo encabezado por Siqueiros asaltó la casa de Trosky en Coyoacán. Los atacantes escondieron los uniformes que usaron en los Talleres de la Gráfica Popular y las armas del fallido atentado tal vez en una casa próxima a donde vivía Juan o con más probabilidad en los mismos talleres o en la casa de Benita Galena. Tal vez siguiendo instrucciones partidistas o con mayor certeza porque una muchacha, ¿Lilia, la hija de Benita? que vivía en el lugar en cuestión se lo solicitara y por la amistad que tuvo con los responsables del atentado, Juan entró a aquel sitio donde acostumbraba guardar sus materiales de trabajo, su máquina de escribir y un borrador de la novela sobre el chicle. Tomó una maleta que contenía esas armas y salió a la calle. La policía vigilaba el inmueble y para evadirla Juan actuó con indiferencia, aunque el peso de la maleta era considerable y el escozor en el pecho le producía una creciente ansiedad. Subió su carga en el auto de su amigo Antonio Vargas, quien ignorante del comprometedor papel que desempeñaba, se alejó del sitio con dirección a la Glorieta de la Diana Cazadora, al número 8 de la calle de Manchester. Durante el trayecto Juan no dejó de rascarse el pecho mientras decía ocurrencias que liberaban su tensión.

Por fortuna en 1940 no todas las acciones de Juan fueron temerarias. Con frecuencia iba a Dinamarca 80, domicilio de la Editorial *Séneca*, para verse con Emilio Prados que cuidaba la edición de su libro. La amistad nacida en España creció y extendió su fronda en esos días, al grado de que Juan destinó la dedicatoria de *Paseo de mentiras* al mismo Prados. La publicación apareció en junio y seguramente ya para agosto circulaba en librerías. Tuvo un buen recibimiento de la crítica. Por ejemplo, Octavio Paz en la revista *Sur* le dedicó palabras que no escatimaban elogios:

Un libro de Juan de la Cabada, *Paseo de Mentiras*, reúne en sus páginas algunos cuentos y una novela corta que lo hacen, hasta ahora, el más interesante y enigmático de todos [los nuevos prosistas]. Pero, a pesar de su existencia, *Paseo de mentiras* es apenas un primer libro; Juan de la Cabada

posee tal riqueza imaginativa y una experiencia tan abundante que su obra futura seguramente nos asombrará a todos.⁴⁸

En esos días, Juan recibió una llamada de Silvestre para pedirle la historia que le contó en el camarote del *Britanic*, mientras cruzaban el Atlántico con rumbo a Francia. Quería el cuento para adaptarlo a un Ballet que la Ópera de Montecarlo le pidió. A pesar de que Juan aún no reescribía *Los incidentes melódicos del mundo irracional*, Silvestre le ofreció un anticipo de 500 dólares. Fue un nuevo estímulo para Juan, quien había memorizado la obra con todo y sus partes musicales y no veía impedimento para volverla escribir, pero no lo hizo. Era el 16 de agosto y Pablo Neruda había llegado a México nombrado Cónsul General. Por la noche, en las oficinas de la Representación diplomática chilena, fueron a verlo Octavio, Elena, Silvestre, Nora y Juan. Fue probablemente la última ocasión en que éste último vio con vida a su amigo, quien en la madrugada del 5 de octubre falleció. El entierro fue en el Panteón Francés y Neruda leyó su “Oratorio Menor”, poema compuesto para honrarlo. Pájaros, árboles, ríos, lagos de Nuestra América sabían ya de su ausencia y lo recibían en su nuevo estado de “silencio sonoro”. Otros seres más humildes también supieron su pérdida: don Ardilla, doña Caracol y el Zopilote bailarín del Pochob carnavalesco, lamentaron quedarse sin el creador de los acordes que los dotarían de una nueva existencia.⁴⁹

II

Llegó octubre y Juan estaba ansioso de ir a Yucatán con la finalidad de recabar material para su novela *El chicle*. Consiguió dinero prestado, hizo maletas junto con Nora y emprendieron camino hacia la península. En Mérida se hospedaron en la casa Gamboa, mismo lugar donde Juan estuvo en 1937 antes de emprender su viaje a España. Fueron días de conversaciones interminables y amenas, aunque de poca escritura que para Juan no era una actividad tan natural como la charla. Escribir para él llevaba consigo una exigencia que no dependía exclusivamente de la disciplina, sino también de una

⁴⁸ Octavio Paz. Revista *Sur*. N0 105. Cit en Juan de la Cabada, *op. cit.*, solapa.

⁴⁹ Fierros, *op. cit.* pp. 157, 156. Marie Louise Must “Carta a Juan de la Cabada”. 15 de Septiembre de 1939, en Juárez Téllez, *op. cit.*, pp. 65 – 66. Juan de la Cabada. “María, la voz” en *Taller* Num 6, nov. 1939: 24 – 43. Gerardo Unzueta. “Crisis en el partido, crisis en el movimiento” en *op. cit.* pp 191 – 192. Fierros, *op. cit.* pp. 157 – 159. Víctor Toledo. *El águila en las venas. Neruda en México, México en Neruda*. Puebla: Secretaría de Cultura del estado de Puebla, p. 21. Pablo Neruda. “A Silvestre Revuelas, de México, en su muerte (Oratorio menor)”, en *Revueltas, op. cit.*, pp. 244 – 245.

voluntad que superaba lo meramente humano. Sin embargo, tenía la convicción de vivir de sus regalías, sentimiento que crecía en él ante la facilidad con que Nora conseguía recursos: le bastaba enviar un cuento a Nueva York para recibir 1, 500 ó 2,000 dólares.

En Mérida Juan no se sentía a sus anchas y postergaba indefinidamente la reelaboración de sus obras. Por eso en compañía de Nora decidió ir a Campeche para solicitar seguramente a la siempre bondadosa tía Lola, permiso para que él y su compañera pudieran habitar una casona propiedad de la familia y que se encontraba en la selva campechana, en Nohsayab. Tal vez en ese momento se enteró de que su hermano Francisco ya radicaba en ese lugar, ejerciendo su profesión en la Cooperativa chiclera de Los Chenes. Con el consentimiento de su tía y un ligero equipaje que incluía su inseparable máquina de escribir y dos cuadernos de pasta roja, uno de ellos de contabilidad e impreso en el ya lejano 1916, y el otro que adquirió en *La casa del escolar Manuel Amaya P.* frente a la plaza principal de su ciudad natal, Juan y Nora emprendieron el viaje.⁵⁰

La casa con sus habitaciones grandes y vacías, sus techos altos, sus largos pasillos solitarios tanto como su patio, le dieron la impresión a Juan de pertenecer a otros mundos y no a este. Era un ambiente inquietante, que crecía con el ruido nocturno de los insectos y si nada sobrenatural irrumpía entre esos muros, acaso Juan encontraría la tranquilidad necesaria para finalmente escribir. No fue así, los seres que lo perturbaron no provenían de realidades alternas: eran vulgares hormigas. Pero eso sí, negras,

⁵⁰ La referencia a la estancia de De la Cabada y Leonora Berry en la selva de Campeche, la reprodujo Fierros situándola en Nazayap y no en Nohsayab; sin embargo, en nuestra investigación no encontramos otros datos sobre el primero de esos lugares. Al contrario, sobre Nohsayab sí pudimos obtener información: fue una central chiclera en donde la Cooperativa de los Chenes, fundada por el gobierno del general Cárdenas el 9 de mayo de 1938, realizaba operaciones. Sus momentos de auge fueron entre el inicio de sus actividades y 1943. Para 1940 llegó a contar con 1000 trabajadores y aunque no tenemos la certeza de que en ese año Francisco de la Cabada formara parte de ellos, sabemos por su correspondencia que el 17 de octubre de 1942 estaba en ese lugar, ejerciendo casi con toda seguridad su profesión: médico. Por lo demás, la estancia de Juan de la Cabada en 1940 en la cooperativa referida está debidamente documentada, con base al material fotográfico de su archivo personal.

Por lo anterior, suponemos que las proximidades fonéticas entre Nazayap y Nohsayab indujeron a Fierros a error y en consecuencia decidimos ubicar en ese paraje y no en aquel a los hermanos De la Cabada y a Leonora. Al respecto podría argumentarse que un centro chiclero con un trájín de 1000 hombres difícilmente cuadra con el ámbito apacible descrito y buscado por nuestro biografiado; empero, debemos tener en cuenta que los recolectores del chicle eran pobladores de comunidades vecinas, no habitantes del lugar donde sólo acudían a entregar la resina obtenida en largas estancias selva adentro.

[Fierros, *op. cit.*, p. 160. Martha Patricia Ponce Jiménez. *La montaña chiclera, Campeche: vida cotidiana y trabajo (1900 – 1950)*. México: CIESAS, pp, 88, 90, 89. Francisco de la Cabada Vera. “Carta a Juan de la Cabada”. 17 oct. 1942, en *op. cit.*, p. 41.]

abundantes y voraces que saturaban con su presencia cuanto estaba a su alcance. Así, el escozor de Juan tuvo una causa adicional a la ansiedad.

Juan salía con frecuencia al monte a buscar datos, situaciones, parajes o personas que pudieran servirle para su novela. Llevaba uno de sus cuadernos de pastas rojas y en él anotaba la información que obtenía. Su atención se centraba en los chicleros, esos hombres marginales que desde su infancia lo había obsesionado. Por eso hablaba con ellos, anotaba aspectos de sus vidas, de su trabajo. Quizá la novela en ciernes tuvo por lo anterior otro título: *Los hombres del chicle* y no solamente *Chicle*. Tal vez de regreso a la casa de Nohsayab en su máquina de escribir vertía y desarrollaba la información obtenida, ante la mirada amorosa de Nora. Quizá ella la acompañó en varias de sus incursiones a la selva y lo mismo puede decirse de Francisco, quien acaso con una cámara fotográfica lo retrató ante su máquina de escribir, como también lo pudo registrar preparado para ir a la selva.

Otras veces la simple aventura y necesidad de soledad llevaban a Juan a vagabundear, a perderse en la espesura y ya con el ánimo repuesto, recobraba su carácter gregario celebrando por cualquier motivo con Francisco y los otros cooperativistas. En Nora tales distanciamientos y parrandas provocaban un desasosiego difícil de ocultar, que ocasionaban disputas seguidas de inmediatas y apasionadas reconciliaciones.

Con cierta regularidad y tal vez en alguno de los pequeños aviones de la cooperativa, la pareja de escritores iba a Mérida y a Campeche para recoger correspondencia, proveerse de recursos, atender encargos de Francisco o a visitar a los de la Cabada Vera. En una de esas ocasiones a inicios de 1941, Juan recibió una carta de Andrés Iduarte, fechada el último día del año anterior en Nueva York. En ella el ya entonces catedrático en la Universidad de Columbia, le reprochaba afectuosamente que ni él ni Emilio Prados le enviaran correspondencia desde hacía más de una año, y que *Paseo de mentiras* llegó a sus manos por medio de Fernando Gamboa y no de su autor. Sin embargo, había escrito una nota sobre el libro, adjunta a la misiva, y que publicaría en un número próximo de la *Revista Hispánica Moderna*. Ignoramos si Juan respondió de inmediato, pero es muy probable que la buena noticia lo motivara a continuar la rescritura de su novela que perdió en Francia y a realizar otras obras. Los recuerdos de los días en España los tenía presentes tanto como a sus camaradas que había dejado en México. Por eso quizá le dirigió una carta a Petere en la que le informaba de los avances

en la recuperación de sus escritos, al tiempo que le pedía noticias de los amigos: el mismo Petere por supuesto, Emilio, Rejano, Bergamín, Octavio. De regreso a Noh – Sayab volvió a sus trabajos de escritura: su novela y al menos una misiva más, cuyo destinatario fue el académico de la Universidad de Carolina del Norte Ernest Moore. Le agradecía su interés por *Paseo de mentiras*, además de solicitarle un ejemplar de la *Inter- American Quarterly*, revista en donde Moore publicó una reseña de su libro y de la que tuvo noticias quizá por Andrés o Nora.



[Anónimo. Juan de la Cabada en la *Cooperativa Los Chenes* en 1940. Técnica: Plata / gelatina, B/N, disponible en línea en <http://cabada.uacam.mx/obrascabada/frmSetConsultas.htm>, fecha de consulta 8 / 4 2016.]



Ibidem.

Las andanzas de Juan continuaron, jamás fue un sedentario y menos cuando el mundo de la selva estaba a su disposición. Nunca era suficiente la información que obtenía sobre los chicleros y la pegajosa goma fruto de sus esfuerzos, pero al mismo tiempo siempre se presentaban situaciones que atender, personas con quien hablar, lugares por conocer, otros temas para más relatos. Eran tentaciones difíciles de superar para su temperamento inquieto y disperso. No tuvo alternativa, decidió hacer un viaje por la región de los Chenes, conocer cada uno de esos parajes y de las comunidades mayas que ahí vivían. Pero antes debía ir a Campeche aunque fuera sólo un día, a fin de proveerse de mínimos materiales necesarios para su viaje y de paso enviar la carta a Moore. Así lo hizo.

La aventura conllevaba riesgos e incomodidades, por lo que Juan decidió ir solo. No debió encontrar mayores objeciones de Nora, que a pesar del amor que sentía hacia él y del consecuente deseo, a veces excesivo, de estar a su lado, era una ciudadina. Vivir en Nohsayab tenía para ella suficientes bemoles, como para buscar otros en lugares más aislados.

A lomo de mula o a pie, siguiendo a guías que también era chicleros Juan recorrió sendas semi cubiertas de maleza. Era una ventaja ganada por la experiencia, que llevara ropa ligera y resistente y no ese traje de catrín que tantas molestias le causó en la Huasteca, cuando tuvo que cargar un teodolito contratado por una compañía petrolera. También vinieron a su mente los días de 1937 en Peto, su selva de ruidos enmarañados tanto como sus matorrales. Chenes es una toponimia que significa pozo y en su recorrido por Dzibalchén, Bolonchén, Hopelchén, Sacahchén, Juan debió encontrar más de uno. Ojos de agua, miradas transparentes cuyos fondos se perdían entre las rocas. Espejos custodiados por presencias milenarias que invitaban a sumergirse en sus espacios líquidos y en otros, tanto o más profundos: los de la introspección.

Con los guías compartía alimentos y charlaba, supo historias tradicionales y míticas que anotaba en sus cuadernos o simplemente memorizaba. Esas experiencias fueron valiosas aportaciones no sólo como material para su novela sino también y probablemente como punto de partida para hacer nuevos relatos, “Don Silvio”, “El grillo crepuscular” y *Una fábula maya: El P’Poquin*.⁵¹

⁵¹ Nuestra suposición se basa en que tanto “Don Silvio” como “El grillo crepuscular”, fueron publicados en fechas relativamente próximas a los sucesos que nos ocupa: el primero de ellos en las páginas de *Letras*

Pero a pesar del entusiasmo que lo habitaba al descubrir nuevos aspectos del mundo maya, extrañaba a Nora. A finales de abril o en los primeros de mayo regresó a Noh Sayab para encontrarse con ella. Estaba ansiosa, molesta, su ausencia le pareció demasiado larga y difícil. Más de lo que esperaba. Sin embargo la reconciliación fue pronta y para el 9 o el 10 de mayo la pareja de nuevo fue a Campeche. Juan encontró la respuesta de Petere fechada el 20 de febrero: se disculpaba por no haberle escrito antes. Lo echaba de menos, sobre todo en esos tiempos difíciles en los que todos se peleaban y los dineros eran escasos. *Séneca* aún no le pagaba su novela *Niebla de cuernos (entre acto en Europa)* y subsistía de traducciones mal pagadas. La situación de los amigos tampoco era halagüeña: Rejano, sin empleo; Octavio, buscando colocación; Bergamín, escribiendo cartas y sonetos. Le informaba que seguía trabajando en su novela, acaso en correcciones de *Cumbres de Extremadura* que en 1938 publicó en España y que habría de reimprimir en 1945. Le pedía una copia de su libro, quizá avances de *Chicle*, para llevársela a Ermilo Abreu Gómez.

En esos mismos días Juan debió conocer la reseña que le solicitó a Moore y una carta de él con fecha 25 de febrero. ¿Dónde demonios se encontraba Noh – Sayab?, le preguntaba el académico. Pero más allá de sus inquietudes geográficas, hacía votos porque su análisis sobre *Paseo de mentiras* agradara al autor del libro. Sin embargo, el interés principal de Moore eran los cuentos de Juan, a su juicio de los mejores escritos en México. Lamentaba por tanto no haber hecho un análisis literario más extenso, a causa de limitaciones de espacio. Esperaba tener una futura oportunidad que le permitiría desarrollar un análisis de más profundidad.

Le informó a Juan sobre la próxima aparición de la revista *Selecciones del Reader's Digest* y de que recientemente había conocido a uno de sus representantes. Se ofrecía, sin dar garantías de éxito, para abogar a fin de que uno de sus cuentos se publicara en la mencionada publicación, una vez traducidos al inglés.

de México en diciembre de 1941; el segundo, en *El hijo pródigo* en abril de 1943. Éste último tiene además claras afinidades temáticas con “La cantarilla”, incluido en *Paseo de mentiras*: la confrontación de la cosmovisión occidental contra la maya, que entraña una crítica a los intentos de asimilación de nuestros pueblos originarios por parte del orden social establecido.

En lo que respecta a *El P'Poquín*, nuestra hipótesis se basa en que el relato contiene aspectos de la mitología maya con un tratamiento literario que incluye términos militares, presentes en la obra quizá a consecuencia de la reciente participación de De la Cabada en la Guerra Civil española.

[Juan de la Cabada. “Don Silvio”. *Letras de México*, 15 dic. 1941: 9 - 10. Juan de la Cabada. “El grillo crepuscular”. *El hijo pródigo*, abr. – sep. 1943: 347 – 352. José Luis Martínez Morales. “Paseo de Mentiras por la narrativa de Juan de la Cabada”. *La palabra y el hombre*. oct – nov. 1990: 32. Juan de la Cabada. “El P'Poquín”. *México en la cultura*, 13 may. 1956: 1. Lailson, *op. cit.*, pp. 86, 75.]

Ni tardo ni perezoso Juan se dio a la tarea de responderle a Moore. El 10 de mayo se disculpaba con él por no haberle escrito antes, pero regresaba de más allá del quinto infierno, dato que esperaba satisficiera la curiosidad de Moore sobre la ubicación de Noh – Sayab o laguna grande en castellano. Si la precisión fuera poca y faltara justificación para el retraso de sus líneas, lo puso al tanto del itinerario que realizó en Campeche. Aclarado el punto, le agradeció el envío de su *Novelistas de la Revolución mexicana: José Rubén Romero*; que atendiera a la solicitud que le hizo con respecto de la reseña sobre *Paseo de mentiras* y su ofrecimiento de intervenir a su favor, para publicar en *Selecciones de Reader's Digest*. En relación a este último punto, Juan le envió dos de los cuentos que escribió en los Chenes, autorizándole para su traducción que prefería fuera del mismo Moore. Si de lo anterior se podían conseguir algunos dólares, qué mejor. Sus precariedades eran muchas y necesitaba dinero para proseguir con la escritura de su novela *Chicle*. Quién quita y pega, debió pensar Juan por asociación de ideas, ilusionándose con la posibilidad de vivir de sus escritos, tal como hacía Nora⁵²

III

La buena acogida de la crítica mexicana y estadounidense a su primer libro, tuvo como consecuencia que Juan siguiera recibiendo invitaciones para publicar. Seguramente en el mes de abril llegó a sus manos una carta de Javier Márquez, funcionario del Colegio de México que en ausencia de Alfonso Reyes le hacía llegar otra carta, ésta con fecha 13 de mayo y de Diómedes de Pereira, escritor boliviano que se desempeñaba como asesor del comité de publicaciones del Council of National Defense, instancia tal vez vinculada a la Coordinación de Asuntos Interamericanos de Nelson Rockefeller. El motivo de la misiva era informarle que su nombre había sido recomendado a editores de Estados Unidos interesados en publicar obras de autores latinoamericanos, en especial la *Houghton Mifflin* de Boston que preparaba una antología con tales criterios. Consciente de la importancia del ofrecimiento y de su capacidad para distraerse con el vuelo de una

⁵² Fierros, *op. cit.*, pp. 159 – 160. Francisco de la Cabada Vera. *op. cit.*, 41. Juan de la Cabada “Apuntes sobre chicleros” Archivo personal Juan de la Cabada / caja 10 / Exp. 146 / 46 fojas. Fierros, *op. cit.*, pp. 160 – 161. Ponce Jiménez, *op. cit.*, p. 89. Andrés Iduarte. “Carta a Juan de la Cabada”. 31 dic. 1940 en *op. cit.*, p. 32. José Herrera Aguilera “Petere”. “Carta a Juan de la Cabada”. 20 feb. 1941, en *op. cit.*, p. 33. Ernest Moore. “Carta a Juan de la Cabada”. 25 feb. 1941, en *op. cit.*, p. 34 – 35. Juan de la Cabada. “Carta a Ernest Moore”. 10 may 1941, en *op. cit.*, p. 36. Herrera Aguilera “Petere”, *op. cit.*, p. 33. Moore, *op. cit.*, p. 34. De la Cabada, *op. cit.*, pp 36 - 38.

mosca, Juan le pidió a Nora que le recordara responder, y para que a ella tampoco se le olvidara, le escribió una nota en la misma carta.

Quizá a pesar de la distancia que lo separaba de la Ciudad de México y sus ámbitos culturales, Juan tuvo oportunidad de conocer las palabras de Pepe Bergamín sobre *Paseo de mentiras*, quien en las páginas de *Hoy* al hacer un recuento de la literatura reciente en México, valorándola de acuerdo a su originalidad opuesta siempre a la “novedosidad” destructora de la creación auténtica, encontró en la obra de Juan suficientes méritos como para situarla entre las mejores de su momento:

Me parece [entre los escritores más jóvenes que he leído], que destaca poderosamente la fisonomía de un auténtico escritor de estirpe en Juan de la Cabada; uno de los mejores escritores en prosa española contemporánea, a mi parecer. Su lenguaje refleja con rasgos certeros el habla de la gente. Pero su prosa narrativa – y no conozco otro narrador, otro cuentista mejor en México – de un realismo perfecto, no llega todavía a ser o a hacerse por referencia o transformación poética, espejo del decir popular, alambique de sus maravillosos hallazgos, sombra de su prodigiosa inventiva.⁵³

Juan no pudo reprimir una amplia sonrisa y rascarse el pecho. De regreso a Noh Sayab siguió trabajando con más ánimo en su novela, internándose en el monte, haciendo anotaciones, yendo y viniendo por veredas. Pero debió interrumpir ese trajín cuando Nora cayó enferma de paludismo. Con toda seguridad en la mente de Juan se dibujaron los momentos en que Ricardo, convaleció de esa enfermedad en Campeche, después de sus largas estancias en la selva. Ver de nueva cuenta a un ser querido víctima de fiebres y escalofríos le produjo una desazón que ante el nerviosismo de Nora se acentuaba.

Quizá por la intensidad de la enfermedad y a instancias de Francisco, buscó otro médico en Mérida o en Campeche. No sólo deseaba que su mujer se recuperara, sino también que lo hiciera pronto. Pero la ansiedad nunca es un buen remedio: Juan presionó al especialista para que le suministrara a Nora una dosis fuerte de quinina. Su rostro blanco mostró con nitidez las venas de su frente, su cuerpo se contrajo. Juan

⁵³ José Bergamín. “El México prodigioso III. Simulación y originalidad”. *Hoy*, 18 oct. 1941: 36–37.

recibió una reprimenda y el encargo del doctor de ir por un antídoto a una botica próxima. Por fortuna el remedio fue efectivo.

Nora recuperó pronto la salud aunque su estado de ánimo cambió. Irascible, le insistía a Juan todos los días en la necesidad de que le hicieran análisis para verificar si en efecto el paludismo ya no estaba en su cuerpo. La costumbre de Juan de hacer sólo aquello que le viniera en gana, empeoraba la situación. No obstante, Nora se impuso y Juan la llevó a un laboratorio; las pruebas concluyeron que estaba sana. Juan vio la ocasión para congraciarse con su pareja. Le compró un regalo, pero el gesto tuvo el resultado opuesto al buscado. Hubo reproches, riña, una bofetada. Llanto de ambos y culpa. Después un prolongado abrazo que duró toda la noche, pero el estrecho y cálido contacto no fue capaz de evitar la separación. Ni siquiera las fiestas navideñas, las atenciones y cuidados de la tía Lola hacia su sobrina –nuera, fueron suficientes para hacerla cambiar de opinión: regresaba a Nueva York y Juan no tuvo más remedio que acompañarla a Progreso donde el 30 de diciembre se embarcó a Nueva Orleans. De nueva cuenta el mar lo separó de una mujer a quien amaba. Vio perderse el barco en el horizonte mientras una intensa comezón le invadía el pecho. Vivía un conflicto: no sabía si volvería a ver a Nora y perderla lo angustiaba, pero tampoco supo cómo detenerla porque hacerlo conllevaba renunciar a sí mismo, sacrificar su libertad sin límites.⁵⁴

Necesitaba tranquilidad. Serenar el ánimo para mitigar la pena que la ausencia de Nora le ocasionaba y para concluir sus trabajos pendientes, o al menos algunos. Decidió alejarse del “mundanal ruido” y se marchó a Quintana Roo, al museo de Antropología e Historia que dirigía su amigo Barrera Vázquez, quizá en Chetumal. Ahí finalmente encontró la suficiente calma y recostado en una hamaca volvió a escribir *Los incidentes melódicos del mundo irracional*.

En esos días Juan recibió la visita del documentalista estadounidense Yales Healey, quien lo invitó a participar junto con él en la realización del guión para *Los mayas*,

⁵⁴ Fierros toma la muerte de Silvestre Revueltas el 5 de octubre de 1940, como punto de partida para un breve testimonio de Juan de la Cabada sobre la estancia de él y de Leonora Berry en las selvas de Yucatán. Además refiere que la separación de ambos se da casi un año después de que viven juntos, sin precisar dónde. Bajo esta lógica parecería que el regreso de Berry a Nueva York sucedió en diciembre de 1940. La nota en la carta de Diómedes de Pereyra nos permitió ubicar con más precisión los sucesos mencionados: todo parece indicar que sucedieron entre octubre de 1940 y diciembre del año siguiente. [Fierros, *op. cit.*, pp 159 – 162. Diómedes de Pereira. “Carta a Juan de la Cabada”. 13 may. 1941 en Archivo personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 25 / ID Cabada 70 / Folio / Foja 1 bis, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 15 / 4 / 2016]

filme que contaba con el auspicio de la United Fruit Company. Juan por supuesto aceptó y aunque no hubo formalidad alguna de por medio no fue la única vez que se encontró con su visitante. Un nuevo proyecto se sumaba al que ya tenía pendiente, su novela. Pero valía la pena, Healey le habló de viajes por Campeche, Yucatán, Tabasco, Chiapas, toda la extensa zona donde creció esa civilización que le fascinaba. Además tendría recursos, tan necesarios para su maltrecha economía.

Resulta difícil pensar que permaneció inactivo a pesar de la tranquilidad que lo rodeaba. Con el ánimo más repuesto, hizo relaciones con campesinos, chicleros y pescadores. Quizá regresó a Noh Sayab, al lado de su hermano y de los cooperativistas y es más probable aún que haya ido a Mérida y Campeche a verificar si había recibido correspondencia o a enviarla. De ser así, en ésta última les comentó a sus amigos (¿Petere?) sobre las novedades que vivía. Lo cierto es que Pablo en abril de 1942 ya estaba enterado por terceras personas de su pronto regreso a la capital del país y de sus recientes soledades que, a decir de la Biblia, no son aconsejables para el hombre. El poeta le pedía sus buenos oficios, sus conocimientos de pescadores y lugareños para que le consiguiera caracoles de aguas profundas, raros. Le informaba por último que cuatro días antes de escribirle, Delia y él hicieron una breve escala en el aeropuerto de Campeche y ambos se desesperaron por el corto tiempo que les impidió verlo.

Juan siguió con sus vagabundeos peninsulares, por gusto y lealtad hacia su amigo, con poca plata y mucha determinación fue a Celestún e Isla Mujeres donde estaba seguro que podría encontrar las alhajas de mar más seductoras, formadas por las aguas claras del Caribe. Quizá entonces como parte de sus indagaciones para su obra, empezó a preocuparse por el viajero Thomas Gage, que en el siglo XVII hizo un viaje por la Nueva España.⁵⁵

Una vez que reunió un tesoro de bellezas subacuáticas, le escribió al Cónsul General de Chile. Lo puso al tanto de sus hallazgos y sobre la conveniencia de que le dirigiera a la casa Gamboa su futura correspondencia. Con la confianza que nace de la amistad, le

⁵⁵ Thomas Gage fue un fraile dominico de origen irlandés que entre 1625 y 1638 hizo un largo viaje por la Nueva España, la mayor parte de éste en Guatemala. La relación de sus viajes la publicó en inglés en 1648 y en ella describe los lugares que visitó, las costumbres de los pueblos originarios y la relación entre éstos y los españoles.

[B. C. A. "Noticias sobre Gage y su obra" en *Los viajes de Tomás Gage por la Nueva España*. Guatemala: Ministerio de Educación Pública, pp. 3 -6. Disponible en línea en http://chapinland.tripod.com/sitebuildercontent/sitebuilderfiles/Thomas_Gage_Viajes_Guatemala.pdf, fecha de consulta 15 abr. 2016]

pidió que interviniera a su favor ante Octavio G. Barreda para que se concretara un empleo previsto para él, quizá en *Letras de México* o en *El Hijo pródigo*, aún en proyecto y que sería fundada en abril de 1943. Los días posteriores estuvo preocupado buscando información sobre Gage. Resuelto a disipar sus dudas recurrió a la erudición de Don Alfonso Reyes, nadie como él para esos menesteres. Por eso el 14 de octubre le escribió una carta exponiéndole sus inquietudes.

La respuesta de Pablo tardó en llegar, pero finalmente Juan se enteró que tendría trabajo; a pesar de que su amigo no habló personalmente con Barreda que estaba en Nueva York, la mujer de éste le sirvió de intermediara y le confirmó el punto. Con respecto a los caracoles, le rogaba que los siguiera juntando. De preferencia los del Caribe y en su defecto otros de alguna playa cercana a Mérida.⁵⁶

Junto a la carta venían carteles con el “Canto de amor a Stalingrado”, leído en público por primera vez el 30 de Septiembre en el Teatro del Sindicato Mexicano de Electricistas, en un acto convocado por la Sociedad de Amigos de la Unión Soviética. Juan tuvo el encargo de distribuir los impresos, pegándolos en las paredes y postes de Mérida. Pero las líneas de Pablo también traían consigo noticias de otra índole. Le informaba sobre la muerte de Miguel Hernández en una prisión de Alicante. Tristeza e indignación confluyeron en el ánimo de Juan, imposible que no recordara al joven poeta que vestía pana y calzaba alpargatas, que además de saber sobre Góngora conocía de los sistemas agrícolas introducidos por los árabes a España, y a quien **conoció** en Valencia cinco años atrás.

El rostro de Juan enrojeció y uno de sus puños golpeó la mesa. Se rascó el pecho porque además las letras de Pablo le daban cuenta de la mala situación de Petere. Tomó una cubeta, preparó engrudo y brocha en mano con los afiches bajo el brazo salió hacia

⁵⁶ Pablo Neruda en su carta menciona a un Barreda en relación con una “chamba prevista” para De la Cabada. Suponemos que se trata de Octavio G., editor tanto de *Letras de México* como de *El Hijo Pródigo* en cuyas páginas – tal como ya registramos - colaboró nuestro biografiado. A lo anterior hay que añadir las declaraciones que el mismo De la Cabada hace en relación a la poca paga en la segunda de las publicaciones mencionadas. Sin embargo, no podemos dar el dato como concluyente porque en las cartas de Berry a Juan de la Cabada, si bien se menciona a un Barreda relacionado con una paga que se suspende el 9 de julio de 1944, no se menciona a ninguna de las revista en comento, sino a una Economía. Tal vez de esa manera la pareja de escritores llamaba a la fuente de sus ingresos o quizá se trate de otro empleo de De la Cabada, en cuyo caso entró a trabajar a *El Hijo Pródigo* por medio de Octavio Paz o alguno de los escritores del exilio español.

[Fierros, *op. cit.*, p. 156. Leonora Berry. “Cata a Juan de la Cabada”. 14 Jun. 1944, p. 115 *Ibid.*, 8 Jul. 1944, p. 120. *Ibid.*, 9 Jul 1944, p. 121.]

el Paseo Montejo. Las palabras del poeta chileno amanecieron en las bardas señoriales de la Casta Divina, ante más de una mirada escandalizada o furiosa.

No fue el único golpe emocional que recibió en esos días. Nora le escribía cartas que aunque llenas de reproches, su sola presencia dejaba ver que ella deseaba restablecer la relación. La culpa, el amor, la ansiedad, llenaban de incertidumbre a Juan. Perdía el hilo de las conversaciones, las páginas que leía sólo eran un desfile de letras. Su atención estaba en otra parte, rescataba recuerdos, perseguía sueños. Tal vez su interés por Gage le sirvió para retomar sus labores de escritor y la respuesta de Don Alfonso lo hizo divagar por otros rumbos. Uno de los hombres más sabios del país, reconocía que el libro del viajero inglés no estaba en su biblioteca, razón por la cual sólo tenía de éste referencias parciales. En consecuencia, le solicitó apoyo a otro erudito, José Rojas Garcidueñas. A Juan le ofrecía su amistad sincera y le externaba la alta estima en que lo tenía a él y a su obra. Además, amablemente adjuntaba la respuesta que le envió Rojas Garcidueñas. En ella Juan encontró una lista de fichas con varias ediciones de la obra de Gage, pertenecientes a la Biblioteca Nacional. Se imaginó en México, con un empleo que le permitiría cubrir sus necesidades básicas, pero que de igual manera le dejara el tiempo suficiente para perderse en esa y otras lecturas.

Pero sus intereses intelectuales pronto dieron otro giro cuando en la segunda semana de diciembre recibió otra carta que con fecha del 11 del mencionado mes le enviaba J. de la Fuente, tal vez María de Jesús de la Fuente, futura esposa de Pablo O'Higgins. Juan supo por este medio que el Taller de la Gráfica Popular había iniciado un proyecto editorial titulado *La estampa mexicana*, destinada a publicar obra gráfica de artistas nacionales en tirajes limitados a 100 ejemplares. La primera publicación fue una monografía de Posada, el segundo número estaba destinado para 25 grabados de Leopoldo Méndez. Conscientes de la amistad entre él y Juan desde los tiempos de la LIP y de la estima de éste por la obra de aquél, el mismo Leopoldo, Alfredo Zalce y su esposa Francis, O'Higgins y María de Jesús, lo invitaban a colaborar con un breve prefación.

Si no quería fallarle al buen Leopoldo y demás camaradas, así como obtener los 30 pesos que le ofrecían por su trabajo tenía que sentarse y teclear con premura. La invitación tenía una limitante sobre el tiempo de entrega: 8 días. Dentro del plazo que le solicitaban Juan envió su colaboración y unos días después por correo aéreo recibió el

pago prometido. La situación sirvió de catalisis para el conflicto interno que sufría. Tomó una decisión y el día 16 le escribió a Nora, es válido suponer que fueron líneas donde las solicitudes de perdón y las declaraciones amorosas eran elocuentes. De igual manera, la puso al tanto de las novedades de su vida: regresaba a México.

Con el pago reciente obtenido compró un boletó de camión. Atrás quedaba la tía Lola, Francisco, los chicleros cooperativistas, las arenas blancas de las playas, pero no las caracolas para Pablo. Las ramas de la memoria y del deseo crecían en su mente, se enredaban. Le ofrecían frutos luminosos que le permitían a Juan vencer el tedio abrumador de un sol a plomo sobre caminos rectos, interminables. Quería ver a sus amigos y celebrar con ellos el reencuentro, conversando, bebiendo, quebrando el silencio nocturno a carcajadas. Proseguiría con su novela *El chicle* para lo cual pidió le a su hermano que le mandara la mayor información que estuviera a su alcance. Trabajaría y ganaría dinero, aunque ambas cosas con la debida moderación para no estropear el ánimo ni perder las buenas costumbre. Pero sobre todo haría lo necesario para tener de vuelta a Nora, la candela que sabía alumbrarlo en los tiempos de bruma.⁵⁷

IV

A penas llegó del largo viaje Juan se enteró de que Manolo Altolaquirre, recién llegado de Cuba, daría una conferencia en Bellas Artes. No cabía de gusto, era una oportunidad hecha a la medida de sus intenciones. Con su equipaje en las manos y el cuerpo entumido de tanto estar sentado, se dirigió al evento. Grandes abrazos, palmadas en la espalda. Voces que lo llamaban hermano, camarada, que decían darlo por muerto o convertido en Aluxe, consorte de la Xtabay, dueño y señor de montes y cenotes.

Cuando Pablo se enteró de que el recién llegado no tenía aún donde alojarse, generosamente le ofreció su casa. Y ahí fue Juan, resolviendo a un tiempo sus necesidades y cumpliendo con el encargo de su benefactor, que con deleite descubría

⁵⁷ Javier Márquez. “Carta a Juan de la Cabada”. 23 may. 1941, en Archivo personal / Sección vida personal / Serie correspondencia / Exp. 25 / ID Cabada 62 / Folio / Foja 2 disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 15 / 4 / 2016. Fierros, *op. cit.*, pp 161. Pablo Neruda. “Carta a Juan de la Cabada”. Abril. 1942 en *op. cit.*, p. 40. *Ibid.* 20 Oct. 1942, p. 42. Pereira, *op. cit.*, pp. 236, 219. Alfonso Reyes. “Carta a Juan de la Cabada”. 3 nov. 1942 en *op. cit.*, p. 43. Neruda, *op. cit.*, p. 42. Toledo, *op. cit.*, p. 38. Neruda, *op. cit.*, p. 42. Leonora Berry. “Carta a Juan de la Cabada”. 25 dic. 1942 en *op. cit.* p. 47. Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 44. José Rojas Garcidueñas. “Carta a Alfonso Reyes”. 3 nov. 1942 en *op. cit.*, p. 43. J de la Fuente. “Carta a Juan de la Cabada”. 11 dic. 1942 en *op. cit.*, pp. 45 – 46. Berry, *op. cit.*, pp. 48.

una a una las espirales blancas, rosadas, amarillas, teñidas por los dedos del mar. Hubo otras sorpresas para Juan. Su anfitrión gustaba de organizar posadas y compartió su regocijo cuando quebró una piñata.

Pero Nora buscaba a Juan y el Güero Zalce lo encontró para darle el telegrama que ella le envió el día 22: ocho días sin noticias. Estaba desesperada y le pedía su pronta respuesta. Contra lo que pudiera suponerse, Juan obedeció de inmediato, iniciando de esta manera un intercambio epistolar tan apasionado como largo. La amaba, aunque le costara reconocerlo ante sí mismo y a los otros. No era fácil ser a la vez el trotamundos libérrimo, ducho en artes seductoras, conocedor de los goces que la noche ofrece en sus vericuetos y estar atado a una pasión cuyos hilos movían los dedos delicados de una mujer residente en Nueva York.

En cuanto llegó el telegrama Nora volvió a escribirle a Juan. La hacía inmensamente feliz tener noticias suyas, sobre todo saber que ya se encontraba en México, más cerca de ella y a donde podría hablarle por teléfono. ¿Tenía algún número de un amigo en dónde localizarlo? El 6 de enero, sin necesidad de que Nora escribiera más cartas que las dirigidas a su amado ni hiciera de sus zapatos un buzón, recibió un regalo inesperado: la voz de Juan en el auricular. Él la amaba, sin duda. Aunque se abstuvo de proporcionarle más datos sobre cómo encontrarlo. Razones no le faltaban. Eludiendo también la vigilancia de Delia, con Pablo conversaba hasta rayar el alba. En sus charlas seguramente Pablo le habló de *Araucanía*, la revista que publicó en México poco después de que Juan fuera a Yucatán. Al día siguiente para recuperar sus menguados ánimos, iban a una cantina en 16 de Septiembre y Colima, donde la “botana” eran gusanos de maguey.

En esos días Juan tenía la intención de publicar dos libros, *Los incidentes del mundo irracional* y quizá un avance de *El chicle*. Para eso vio a Bergamín, pero tal como en su momento se lo informó Petere, *Séneca* pasaba por dificultades económicas. En *Letras de México* tampoco tuvo fortuna al respecto, aunque quizá sí empleo porque para finales de mes ya tenía uno. De ser así, de esta manera se concretó la “chamba” que Pablo solicitó para él.

Por supuesto, le comunicó a Nora las novedades: Ganaba 100 pesos mensuales que le permitían vivir modestamente, pero podía pedir prestado para cubrir el pasaje de ella. Nora le argumentó que debía solucionar problemas laborales – un libro pendiente de

entrega – y familiares. Debían de ser pacientes. Juan insistió y a la vez la puso al tanto de que los Neruda estarían por breve tiempo en Nueva York, le pidió verlos, procurarlos.

Que sus anfitriones estuvieran fuera del país no fue impedimento para que Juan abandonara su casa, lo que habla de la estrecha relación que en ese tiempo mantuvo con ellos. En abril conoció a Xavier Villaurrutia y empezó a laborar en *El Hijo pródigo*, en donde se encontró con Octavio y Elena. Convivió con ellos tanto como con los exiliados españoles y los artistas plásticos del Taller de la Gráfica Popular. En una reunión con éstos últimos, supo que buscaban un nuevo domicilio para su sede, dejarían las calles de Quinta Roo para ir a las del Centro. En consecuencia necesitaba recursos, alguien (¿Leopoldo?) propuso que se consiguieran editando más libros de *La estampa mexicana*. Pero había un impedimento, a pesar de que existían grabados y grabadores faltaban textos.

A grandes males, grandes remedios. Juan podía solucionar el problema porque en esos momentos recordó que justo ahí, en una de sus tantas visitas había olvidado una caja de zapatos en cuyo interior se encontraba *Los incidentes.....* que un año antes rescribió en Quintana Roo. Con su habitual elocuencia puso al tanto a los presentes de cómo escribió el texto en 1937 antes de ir a España, de que se lo contó a Silvestre a bordo del *Britanic* y de la desafortunada escala del tren francés en Norbonne a causa de la cual lo perdió con el resto de sus escritos y equipajes. Para convencer del todo a su auditorio y fiel a su costumbre, escenificó lo que narraba: voces, trinos, silbidos, bailes que provocaron risas y aplausos. El Taller de la Gráfica popular tenía ya como hacerse de recursos: el libro de Juan con grabados de Leopoldo.

Sin embargo, la edición conllevaba un proceso largo. De inicio solicitar un préstamo, esperar a que Leopoldo hiciera las placas – era un hombre responsable, pero todo proceso creativo implica un tiempo - vender “boletines de suscripción” para la compra anticipada de los ejemplares y con lo obtenido finalmente editar el libro. Era un largo camino y Juan tenía urgencia de dinero, porque el que ganaba no era suficiente para ayudarle a Nora a comprar su boleto a México.

Tal vez por esos días Juan se encontró con Yales Healey a quien no había visto desde que lo conoció en Quinta Roo. Su aparición fue tan repentina como entonces, motivo por el cual Juan tuvo la duda de si estaba tratando con un ser de nuestro mundo

o proveniente de alteridades desconocidas. Pero más allá de dudas epistemológicas, lo importante era que el ofrecimiento de hacer el guión para *Los mayas* seguía en pie. Aunque tratándose de criaturas de procedencia incierta lo mejor era tomar con pinzas sus promesas. La inmediata despedida de Healey y su afirmación de que pronto lo contactaría sin que para ello mediara ningún intercambio de direcciones, no hizo sino acentuar las incertidumbres de Juan. En consecuencia sus necesidades monetarias seguían tan vigentes como antes de la irrupción de su fantasmal amigo.

Ante tal escenario decidió seguir escribiendo *El chicle*, con la finalidad de venderla en cuanto la terminara. Pero el proyecto no avanzaba, lo dejó. Se rascaba el pecho, fumaba. Inició algunos cuentos destinados a publicaciones comerciales, con miras a ser traducidos al inglés. ¿Cómo hacerlos, qué temas tocar y cómo tratarlos, a que elementos narrativos darles prioridad? Confundido pidió consejo a Nora.

La respuesta fue dura. Iniciar 4 ó 5 cosas a la vez no tenía pies ni cabeza. Ella ya en otras ocasiones le había dicho que diera prioridad a *El chicle*. Tenía méritos suficientes como para traducirse, más que cualquier otro de sus trabajos, y le daría regalías. Por eso debía concluirlo, ser práctico. Ciertamente que la obra tenía virtudes literarias, pero si lo que buscaba eran dividendos rápidos, tenía que ser – y le pedía que disculpara la reiteración – práctico y dejarse de tales incertidumbre, más propios de un chico que de un hombre hecho y derecho. ¡Ay, Juanito!

Las palabras de Nora debieron calar hondo en Juan, pero encontró la forma de reponerse. Tampoco dejaron satisfecha a Nora, en su carta siguiente reconocía haberse excedido, le pidió perdón porque sobre todas las cosas lo amaba. Era una persona adorable y por añadidura noble. Nadie como él.

Ni los reproches de Nora ni sus posteriores disculpas lograron que Juan concluyera *El chicle*. Fiel a sí mismo optó por encontrar recursos por sus medios habituales, pidió prestado y en un día de la segunda semana de mayo le envió a su amada Nora dos cheques, cada uno de ellos de 50 dólares. Ella no tenía palabras para describir su emoción. Seguramente siguiendo las indicaciones de Juan, le mandó sus documentos necesarios para obtener el permiso mexicano de ingreso al país. Esperaba tener a la brevedad la autorización estadounidense que necesitaba. Confiaba que la semana siguiente compraría su boleto. Así lo hizo y el 18 de junio telegrafió a Juan desde Nuevo Laredo, le avisaba que llegaría el domingo siguiente.

Juan era la felicidad andando y sin metáforas recorría a grandes pasos el Consulado General de Chile con la intención de calmar la emoción que lo habitaba. Se rascaba, hablaba con Pablo ante el menor pretexto. Le consultaba a Delia si su atuendo era impecable, si la corbata que le regaló Bretón lucía perfecta sobre su camisa blanca. Si la línea del pantalón era recta o como la carretera a Cuernavaca. Hecho todo un figurín salió de número 24 de Varsovia y tomó un taxi hacia la Central Camionera.

Un intenso abrazo unió a la pareja. Sus labios latían con el mismo pulso. Hubo lágrimas, caricias y más besos. En coche de alquiler recorrieron la Ciudad, comieron en el *Danubio*. Después caminaron a Argentina 111, a *La Playa*, en cuyas baldosas sus pasos acompañaban los acordes seductores de Acerina. Cuando la noche fue alta, en un cuarto de hotel se amaron. Sus cuerpos mojaron de penumbra la oscuridad cerrada.⁵⁸

V

El recuento llevó a la pareja a buscar un domicilio propio, más a instancias de Nora que por Juan quien con los Neruda se sentía a sus anchas. Zalce y su esposa Francis les recomendaron uno, serían vecinos en la calle de Pino. La proximidad de otros amigos, mitigó en Juan la pena de dejar a Pablo y Delia. Pero sobre todas las cosas, estar de nuevo con Nora curaba todos los males. La llevó con Petere y los demás escritores y pintores que la trataron tres años antes. Por supuesto, el 27 de agosto fueron juntos al Frontón México al homenaje que un grupo de artistas e intelectuales le hicieron a Pablo, que dejaba su encargo diplomático en nuestro país: Con motivo de la ocasión leyó uno

⁵⁸ El telegrama de Leonora Berry a De la Cabada, confirma la declaración que éste hizo a Leticia Herrera sobre su estancia con los Neruda después de regresar de Yucatán: “Esa tarde nos fuimos a su casa [de Neruda] donde viví cuatro o cinco meses”.

Como queda claro y a pesar de algunas inexactitudes en otros de sus recuerdos, De la Cabada gozaba de una espléndida memoria.

[Leticia Herrera. “Entre gachupines, piñatas y caracoles” en *La Brújula en el bolsillo. Revista de literatura*, sep. – oct. 1983: 34 – 35. Leonora Berry. “Telegrama a Juan de la Cabada”. 22 dic. 1942 Archivo Personal / Sección vida personal / Serie correspondencia / Exp. 1 / ID Cabada 1102 / Foja 1, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 22 / 4 / 2016.]

Berry, *op. cit.* 25 dic 1942. p. 47. Berry, *op. cit.*, 7 ene. 1943, p.56. *Araucanía. Una voz de Chile al servicio de América*, ene – feb, Año 1. No., 1. Herrera, *op. cit.*, p.37. Berry, *op. cit.*, 13 ene. 1943, p. 58. Berry, *op. cit.*, 30 ene. 1943, p. 64. *Ibid.* 9 feb. 1943, p. 68 - 69. *Ibid.* 13 feb. 1943, p. 70. Pereira, *op. cit.*, p. 219. Fierros, *op. cit.*, p. 164. Eduardo St. Parra. “Juan de la Cabada narra una historia anónima” *Diorama de la Cultura*, 13 jul. 1975: 7. Fierros, *op. cit.*, p. 163. Berry, *op. cit.*, 3 may. 1943, p. 90. *Ibid.* 13 may. 1943, p. 94. *Ibid.* may, 21 1943, p. 96. Leonora Berry. “Telegrama a Juan de la Cabada”. 18 jun. 1943 Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 40 / ID Cabada 1053 / Folio /Foja 2, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 22 / 4 / 2016. Alberto Dallal. *El dancing mexicano. La danza en México. Cuarta parte*. México: UNAM /IIE, p. 215.

de sus poemas del *Canto general*: “En los muros de México”. Su voz era un río que bajo su aparente calma oculta vigorosas corrientes.

Pero Juan debió dejar a un lado las placenteras vistas sociales para hacer otras no menos gratas, relacionadas con la publicación de *Incidentes...* Acompañado quizá de Leopoldo y algún otro integrante de *La estampa mexicana*, se entrevistó con pintores, músicos y gente de letras para mostrarles las placas de algunos grabados y su relato acompañado de notaciones musicales. Les pidió que si eran de su agrado hicieran comentarios críticos que se incluirían en los “boletines de suscripción”. En el libro, faltaba más, de igual manera se reproducirían. Para diciembre ya estaban impresos los primeros. En la portada un pequeño tzotz o murciélago, escuchaba atento en la selva nocturna, la historia de un anciano maya. En los interiores Carlos Mérida llamaba a Leopoldo “maestro de su arte”, al tiempo que elogiaba el relato del talentoso escritor que se nutría de las afluentes mayas. A su juicio, artes plásticas y literatura convergían maravillosamente.

Para Rodolfo Halfter las frases melódicas que acompañaban a la obra, no sólo eran valiosos porque enriquecían la investigación de la música indígena, sino también por su gracia y belleza. Andrés Henestrosa no dudaba en afirmar que el escritor era de los principales de la literatura reciente. Por su parte, Ermilo Abreu Gómez encontraba el mérito principal de *Incidentes...* en el origen autóctono del tema, tratado con una gracia y belleza pocas veces vistas. En el mismo tenor Alfredo Barrera Vázquez, profesor de etnología y lingüística, exponía los méritos del relato. Altolaguirre recordaba los tiempos de España y el asombro que le produjo la capacidad narrativa del autor, el mejor de entre sus contemporáneos. Alfonso Reyes, tampoco escatimó elogios:

“Juan de la Cabada, vigor auténtico, creación verdadera, bondad y virtud legítimas, escritor y hombre de primera. Lo quiero y admiro, no hay en él página perdida”.⁵⁹

⁵⁹ Alfonso Reyes. “Juicio crítico” en Juan de la Cabada – Leopoldo Méndez. *Boletín de Suscripción. Incidentes Melódicos del mundo irracional*. México: La Estampa mexicana, p. 1. Archivo Personal / Sección vida personal / Serie invitaciones / Exp. 1 / ID Cabada 1106 / Folio /Foja 4 – 4 vta, disponible en línea en *op. cit.* fecha de consulta 23 / 4 / 2016.

Los comentarios de Octavio publicados en *Sur* sobre *Paseo de mentiras* y los de Bergamín aparecidos en *Hoy* sobre el mismo libro, también se incluían en la publicación.

Con un legajo bajo el brazo, Juan visitaba familiares, amigos y conocidos. Caminó sobre Ignacio Mariscal hacia su número 36. En el interior 18 vivía Juan Rejano, cliente seguro. Fue recibido con un abrazo afectuoso y además de los 10 pesos de la preventa, obtuvo las mieles de una charla amena.

El 17 de diciembre José Iturriaga le ofreció las páginas de la *Revista América*, para que publicara alguno de sus cuentos. Le pagaría 100 pesos, pero no podía quedar mal con el editor. Ante la cálida amenaza y el generoso pago, Juan no tuvo alternativa: envió “Nicodemus”.⁶⁰

VI

Gracias a su trabajo en *El Hijo Pródigo*, Juan tejió relaciones con algunos de los Contemporáneos a quienes muy probablemente les ofreció con éxito suscripciones. En particular entabló amistad con Bernardo Ortiz de Montellano. Ambos compartían dos pasiones: las civilizaciones prehispánicas y las culturas populares. De hecho ya en 1931 el poeta publicó “El Sombrerón”, obra de títeres basada en la mitología maya. Por lo anterior, no es de extrañar que en sus pláticas estuvieran presentes tales temas. Bernardo trabajaba en la Secretaría de Educación Pública bajo las órdenes de Jaime Torres Bodet y en parte por sus buenos oficios y por las críticas favorables a *Paseo de mentiras* y a los *Incidentes...* que seguía en proceso de edición, el Secretario se interesó en que Juan hiciera un libro de lectura, destinado a los niños de nuestros pueblos originarios. En especial para los que Juan conocía mejor, sus paisanos. La publicación podía contar con ilustraciones, como las de la *Estampa mexicana*.

⁶⁰ Toledo, *op. cit.*, pp 51 – 52. Carlos Mérida. “Comentario crítico”, en *op. cit.*, p. 3. Rodolfo Halfter. *Ibidem*. Andrés Henestrosa. *Ibidem*. Ermilo Abreu Gómez. *Ibidem*. Alfredo Barrera Vázquez. *Ibid.* 2. Manuel Altolaquirre. *Ibidem*. Octavio Paz. *Ibidem*. José Bergamín. “El México Prodigioso”, en *ibid* 4. Juan Rejano. “Suscripción”. Dic. 1943 en *ibidem*. José Iturriaga. “Carta a Juan de la Cabada”. 17 dic. 1943. Archivo personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 25 / ID Cabada 71 / Folio / Foja 3 disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 25 / 4 / 2016. Juan de la Cabada. “Nicodemus”. *Cuadernos americanos*, mar. – abr. 1944: 237 – 250.

Por estas razones Juan recibió en su casa una llamada telefónica. Torres Bodet quería entrevistarse con él, lo esperaba en su despacho. Lleno de entusiasmo con el proyecto, que conllevaba un viaje por la península de Yucatán y Tabasco, con el objetivo de investigar y registrar la vida de los niños y la de sus profesores en las comunidades indígenas, Juan propuso a Zalce como ilustrador y al contar con la anuencia de las autoridades inició los preparativos para el retorno a su terruño.

Zalce no tuvo el menor inconveniente y se mostró agradecido, faltaba más. Quién sí puso objeciones fue Nora, en su rostro se dibujó un mohín: otro proyecto, dos, tres... ¿y *El chicle*, para cuándo? Además, ella tenía trámites migratorios pendientes, un libro en preparación, su hermana Fan estaba por llegar de vacaciones y de nuevo Yucatán que tan tristes recuerdos le traía... ¡Ay, Juanito! Aunque tratándose de un dinero extra, lo más conveniente sería que el viaje se realizara. Tendría que hacer un sacrificio. Lo iba a extrañar y debía cuidarse.

Los trámites administrativos fueron expeditos y el 13 de abril de 1944 el Jefe del Departamento de Direcciones Federales de Educación e Inspecciones Docentes, firmaba en ausencia del Subsecretario un oficio solicitando al Director de Educación Federal de Campeche, les diera las debidas facilidades a Zalce y a Juan para realizar sus trabajos. En esa segunda o en la tercera semana de abril el artista plástico y el escritor ya se encontraban en Mérida.

De nueva cuenta a recorrer los caminos: Campeche, Noh Sayab, Dzilbalchén y tantos otros ojos de agua. La selva, el monte, las playas. De nueva cuenta los amores de la tía Lola, las lealtades de Francisco, las conversaciones con parientes, amigos y ahora con maestros, con los niños inquietos de rostros solares y por qué no, también con los chicleros. Juan hacía del conocimiento de Bernardo un abundante material consistente en “datos, apuntes y proyectos” destinados a la elaboración del libro. Respondía las cartas de Nora, que le informaban de las cuitas que su ausencia le causaba y de los avances de Leopoldo en la creación de los grabados. El 16 de junio le hizo saber que hacía un mes Leopoldo le había enviado las pruebas a Mérida, de lo que se colige que Juan se encontraba en algún punto remoto de la península.⁶¹

⁶¹ Fierros recoge las palabras de De la Cabada en el sentido de que la crítica favorable a *Incidentes melódicos del mundo irracional* fue el motivo por el que Torres Bodet le pidió que hiciera un libro de lectura para niños mayas. Por su parte, Gerardo Hurtado Hernández indica con precisión que las cartas de Leonora Berry a nuestro biografiado en este momento de su vida, contradicen lo declarado por De la

Pero Nora se sentía sola, su hermana había regresado a Estados Unidos después de que ambas viajaran a Acapulco y Veracruz – de éste último no pudo o no quiso conseguir transporte para regresar a Campeche donde Juan la esperaba -; su paciencia se agotaba a pesar de que su amado le rogaba que hiciera acopio de ella. ¿Más todavía? Tendría que ser santa y no lo era. Sentía celos de los amigos de Juan, a ellos les prodigaba comprensión y atenciones mientras a ella la olvidaba. Era infeliz y si después de cuatro años y medio de vivir juntos Juan no sabía cómo remediar este mal, la relación no tenía remedio.

Las palabras de Nora angustiaron a Juan. La amaba, no cabía la menor duda. Extrañaba el cielo claro de su rostro, sus manos, el olor de su voz. Pero tenía que ir a Chetumal aunque los viáticos fueran cosa del pasado. No podía definirle la fecha de su regreso a México, pero estaba cierto de que sería pronto, muy pronto. Entonces ya no se separarían, escribirían, vivirían de su trabajo, ¿en Mérida, en la capital del País, en Nueva York? Ya lo definirían cuando estuvieran juntos. Pero el tiempo es un río que desgasta cuanto toca. Por eso el 8 de agosto Nora con una frialdad poco frecuente en sus cartas, le preguntó a Juan si su retorno sería dentro de un mes o dos o nunca. Qué remedio, de él podía esperarse cualquier cosa y por cierto, le avisaba que finalmente Leopoldo había concluido los grabados y que en cuanto ella terminara su libro que ya llevaba aventajado, regresaría a Nueva York.

Apenas conoció las líneas de Nora, Juan se encontró en un dilema. Temía que si prolongaba su ausencia la perdería, quizá para siempre. El libro de lectura aún estaba en proceso y de hecho el proyecto original tuvo modificaciones en las que trabajaban Zalce y él. Por si fuera poco tenía pendiente un informe sobre la escuela de Dzibalchén que debía enviar a Bernardo, porque se relacionaba justo con esos cambios. ¿Qué hacer?

Cabaa. Por lo anterior, el especialista dibuja dos hipótesis: 1) La invitación del Secretario de Educación Pública se da cuando Alfredo Zalce y De la Cabada ya se encuentran en Yucatán ó 2) fueron otras las razones que movieron a Torres Bodet a invitar a De la Cabada en el proyecto referido. Como consecuencia de los datos obtenidos en nuestra investigación, nos inclinamos por la segunda de las opciones expuestas, sin negar del todo el comentario de De la Cabada. Como señalamos, existió una relación de amistad entre éste y Bernardo Ortiz de Montellano, también funcionario de Educación Pública, pero más allá de posibles recomendaciones el “boletín de suscripción”, destinado a recaudar fondos para la publicación de *Incidentes...*, arroja luz al respecto : los comentarios críticos favorables a dicha obra por más extraño que parezca existieron antes de su publicación como libro, de ahí que sólo los comentarios de Octavio Paz y José Bergamín sobre *Paseo de mentiras* tenga referencias hemerográficas. Por lo demás, la fecha escrita por Juan Rejano al momento de adquirir la suscripción, no deja lugar a dudas: diciembre 1943, meses antes de las mencionadas cartas de Berry. Por todo lo anterior, los elogios a *Incidentes...* aún en proceso de edición, sí pudieron incidir en la decisión de Torres Bodet. [Hurtado Hernández, *op. cit.*, nota 46, pp. 354 – 356.]

Encendió un cigarro, se rascó el pecho. La inminente aparición de *Los incidentes...* era otra fuente de sus preocupaciones. ¿Qué hacer? Tendría que molestar de nueva cuenta a Francisco que instalado en Dzibalchén podía recabar los datos que le pidiera. Pero dejar al Güero solo, ¿qué hacer?

Decidió escribirle a Francisco, terminar con Zalce la muestra del nuevo concepto del libro y comentarle de sus urgencias para el retorno. Ya en México hablaría con Bernardo y con el mismo Torres Bodet una vez que Francisco le respondiera. Dicho y hecho. En la última semana de agosto y con dolores de úlcera finalmente regresó a Pino 265, departamento 11. Fue una muy grata sorpresa para Nora que decidió celebrar su retorno con una reunión entre amigos, acordada para el día 27. Estuvieron los del Taller de la Gráfica Popular y los del exilio español, entre ellos Petere quien acababa de publicar *Cumbre de Extremadura. Novela de Guerrilleros* y al escuchar el relato de Juan sobre sus peripecias en la selva, interrumpido por tragos de antiácido, no pudo sino sonreír recordando aquel diciembre del 1937 cuando a causa de la misma enfermedad su amigo debió ir a Barcelona. Con ese talante, le escribió su dedicatoria:

“Para Juanito, bicarbonatado extremeño, con un abrazo desde Villanueva a Salina Cruz pasando por Hopelchén (los Chenes).”⁶²

Sin embargo, hubo ausencias. No estuvieron Concha Méndez y su hija Paloma. El 30 de agosto, la primera de ellas se disculpó por escrito: la pequeña enfermó de difteria “¡y excuso decirlos!”. ¿Sería? o quizá prefirió evitar a Manolo Altolaquirre y a su nueva y acaudalada esposa, la cubana María Luisa Gómez Mena.

Ese mismo día o en los inmediatos siguientes Juan recibió el informe que le solicitó a Francisco antes de salir de Yucatán. En el municipio de Dzibalchén habitaban 300 niños y sólo la mitad de ellos asistía a la escuela “Miguel Hidalgo”; su aprovechamiento era de apenas 48 %. La Secretaría haría bien en exigir mayor compromiso de los maestros rurales, que si bien estaban sujetos a carencias extremas sobre todo si trabajaban en las comunidades más apartadas, su profesión les exigía un carácter firme y total capacidad

⁶²Archivo Juan de la Cabada. José Herrera Aguilera, “Petere”. “Dedicatoria” en *Cumbres de Extremadura. Novela de guerrilleros*. México: Ediciones Isla, p.1.

de sacrificio. En congruencia con las características que Francisco le pedía a los docentes, le enumeró a Juan los materiales didácticos que él mismo consiguió para la escuela. Pero su mayor prioridad era conseguir libros para formar una biblioteca. Sobre todo novelas y poemas de autores latinoamericanos. Le mandaría dinero para su compra. El gusto por la lectura nace del placer que dan las letras. ¿O de qué otro modo? Pero a decir verdad, el cine era un medio muy eficaz para incentivar el interés de la gente en la educación. En especial, cuando las películas eran en español: las capacidades seductoras de la imagen.

Con la información que requería, Juan se entrevistó con Bernardo. Le mostró un cuaderno de alfabetización o cartilla, con atractivas ilustraciones que se relacionaban con las palabras, frases y oraciones escritas en maya y castellano. Esa publicación sería de mucho más utilidad para los niños mayas, en su mayoría analfabetos, que un libro de lectura. La intención era que gradualmente se fueran identificando con una lengua que no era la suya y que en muchos casos les significaba temor o aversión.

Los argumentos de Juan y el nuevo giro que proponía al proyecto original, fueron del agrado de Bernardo. Sólo que él no era el Secretario y se requería la aprobación de él para realizar las modificaciones pertinentes. Para desgracia de Juan, Torres Bodet recibió con frialdad sus palabras. Lo que él había pedido era un libro de lecturas, no otra cosa. Y sin dar oportunidad a discusiones dio por concluida la entrevista.

La respuesta del Secretario no fue para Juan un balde de agua fría, sino una chispa que avivó su úlcera. Dejó el edificio de Educación Pública y a grandes zancadas se dirigió a la calle de Pino. Tenía que serenar su ánimo, aunque de los rasquidos en el pecho pronto pasó a oprimir su estómago. En su casa tampoco encontró buenas noticias, Nora ya había terminado su novela y al conocer que los meses de ausencia de Juan no redituaron en nada, estalló. Regresaba a Nueva York, ella sí concluía lo que iniciaba.⁶³

⁶³ Bernardo Ortiz de Montellano. “El sombrero” en *Obras en Prosa*. Comp. ed. y notas María de Lourdes Franco Bagnouls. México: UNAM, 1988, pp 161 – 177. Fierros, op. cit., p. 164. Leonora Berry. “Carta a Juan de la Cabada” 22 abr. 1944 en *op. cit.*, p. 102. Lic. Ignacio (ilegible) “Oficio 13 abr. 1944 al C. Director de Educación Federal, Campeche, Camp.”. Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp.23 / ID Cabada 874 / Folio /Foja 1, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 7 / 5 / 2016. Bernardo Ortiz de Montellano. “Carta a Juan de la Cabada y Alfredo Zalce”. 28 jul. 1944, en *op. cit.*, p. 129. Berry, *op. cit.*, 16 jun. 1944, p. 116. *Ibid.* 19 jun 1944, p. 117. *Ibid.* 5 may 1944, p. 108. *Ibid.*, 9 may. 1944, p. 10. *Ibid.*, may. 15 1944, p. 112. *Ibid.*, 16 may. 1944, p. 113. *Ibid.* 15 jul 1944, pp 123 – 124. *Ibid.* 20 jul. 1944, pp 125 – 128. *Ibid.* 31 jul. 1944, p. 131. Juan de la Cabada. “Carta a Leonora Berry”. 4 ago. 1944, en *op. cit.*, p. 133. Berry, *op. cit.*, 8 ago 1944, p. 135. Francisco de la Cabada. “Carta a Juan de la Cabada”. 28 ago. 1944, en *op. cit.*, p. 137. Concha Méndez. “Correograma a

VII

Dios aprieta pero no ahorca, diría la tía Lola. Y así fue, Juan pudo paliar sus tristezas y preocupaciones, la ausencia de Nora, la pena con Bernardo, su desempleo, gracias a que finalmente en la primera o segunda semana de noviembre apareció *Incidentes...* A Juan le correspondieron 150 ejemplares. Vendió algunos para ir sorteando sus carencias, pero regaló los más, a intelectuales, artistas y familiares. A José Luis Martínez, la tía Lola, a Francisco al que además le envió los libros que le encargó para la escuela de Dzibalchén. Es muy probable que interviniera para que la *Estampa mexicana* se interesara en publicar *El Sombrero* de Bernardo, con grabados de Zalce. Algo bueno debía salir del viaje a Yucatán.

Pero los vientos propicios animaron la ruta de Juan, cuando Nora volvió con él. Bien porque ya hubiera terminado sus trámites laborales en Nueva York, porque lo extrañaba o porque se enteró de la publicación del nuevo libro o por una combinación de las anteriores razones. A su retorno se sumó uno más, el del fantasmal Healy, tenía recursos para hacer su documental y cubrió los pasajes de Juan y Nora a San Cristóbal. Con sustento económico y amoroso y ya instalado en esa ciudad, Juan continuó con los asuntos que dejó pendientes en México. Le escribió al Güero, preocupado por cómo estaba el ánimo de Bernardo y en qué términos iba el vínculo de éste con la *Estampa*.

Al enterarse de que Healy haría un viaje a Guatemala, le encargó que le entregara a Luis un ejemplar de *Los incidentes...* con una dedicatoria afectuosa a pesar de las diferencias que ambos tuvieron en los tiempos de la LEAR. Lo puso al tanto de los intereses de sobre los mayas y quiso saber qué tal le iba ahora que regresaba del exilio a su tierra natal. ¿Cómo avanzaba la Revolución de 1944 encabezada por Juan José Arévalo?

El 11 de enero le respondió Zalce. Bernardo estaba tranquilo, le mandaba saludos. Él y la *Estampa* se estaban entendiendo para que *El Sombrero* se incluyera entre los títulos de ésta. Le encargaron los grabados para esa obra y otra también de Bernardo, *La sin cabeza*. Avanzaba en ellos, aunque apenas tenía bosquejos. Las palabras del Güero tranquilizaron a Juan, pero leyó con más emoción las de Luis Cardoza y Aragón. Con la

Juan de la Cabada". 30 de agosto 1944. Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 40 / ID Cabada 1055 / Folio / Foja 4 – 4 vta., disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 8 / 5 / 2016. Francisco de la Cabada, *op. cit.*, 29 ago. 1944, pp. 137 – 139. Fierros, *op. cit.*, pp. 164 – 165.

franqueza que lo caracterizaba y haciendo gala de ella en sus líneas, le decía lo mucho que lo quería y que si años atrás polemizaron fue con pasión y generosidad. Le agradecía el envío de *Incidentes...* y más con su dedicatoria. Era un bello volumen, Leopoldo y él hicieron un trabajo espléndido: eran dos grandes artistas. Healey le dio muy buena impresión y pasaron horas amenas conversando. Quizá el encuentro diera pie para futuros documentales sobre Guatemala. En cuanto a la Revolución, avanzaba. Se legislaban derechos laborales y había libertad. Aunque a su juicio faltaba un poco de mano dura y consolidar los avances hasta entonces obtenidos. Le enviaba un abrazo.

Pronto Juan tuvo noticias de uno de los logros de la naciente Revolución a los que Luis se refería. El 15 de marzo, el joven poeta Raúl Leyva le informaba que el gobierno guatemalteco recientemente había autorizado el presupuesto para editar *La Revista de Guatemala*, de periodicidad trimestral, dirigida por Luis y en la que el sígnate era secretario. Se permitía adjuntar, el más reciente número. La intención era hacer de ésta una publicación de calidad, invitando a colaborar en ella a los mejores artistas nacionales y extranjeros. Entre éstos últimos incluían a Juan, de quien esperaban un cuento o relato inédito. Todo trabajo sería remunerado y esperaban recibirlo en un plazo no mayor a 20 días.

Juan fue directo a su máquina, tecleaba entre constantes chupadas a su cigarro. Pero el guión sobre los mayas estaba pendiente y en unos días saldría con Healey a la Lacandona. Un proyecto, dos tres, repetía la voz de Nora en su conciencia o en la realidad concreta. ¿Qué hacer?, se rascó el pecho. Avanzó una cuartilla, dos, inhaló el humo del tabaco ante la mirada reprobatoria de Nora. ¿Qué hacer?⁶⁴

La avioneta salió de Tuxtla Gutiérrez con rumbo a Ocosingo. Las montañas boscosas parecían un muro infranqueable, al transponerlas el Cañón del Sumidero mostró su garganta de piedra, abajo un hilo blanco serpenteaba entre franjas inexpugnables de

⁶⁴ Aunque en el número 3 de la primera época de la *Revista de Guatemala*, año 1, vol. III, ene – mar, 1946, se menciona a Juan de la Cabada como uno de los próximos colaboradores, no fue posible encontrar en la Hemeroteca Nacional ni en el Archivo Personal de nuestro biografiado, el ejemplar con el texto anunciado. Quizá los compromisos que De la Cabada debía cumplir en el momento en que recibe la invitación de Leyva, le impidieron enviar una obra en los términos en que se le solicitaba. O tal vez la mandó tiempo después, y se encuentra en las páginas de un ejemplar que no se encuentra en los acervos que consultamos. Lo anterior es posible en virtud de los escasos números a los que tuvimos acceso. Lo cierto es que De la Cabada tenía en estima a la publicación en cuestión, porque en su Archivo existen dos números: el número 2, de la primera época que por sus fechas de publicación consideramos se lo hace llegar Leyva, y el número 1 de la segunda época. [“En próximos números” en *Revista de Guatemala*, ene. – mar. 1946: 2. *Revista de Guatemala*, oct. – dic. 1945. *Revista de Guatemala. Segunda época*, abr. – jun. 1951.]

distintos matices verdes. Juan no era novicio en los viajes aéreos, en Campeche y Yucatán conoció el sangoloteo en los aviones de la Cooperativa chiclera, pero la impresión del abismo que se abría bajo sus pies, era algo muy diferente. Sintió un hueco en el estómago, extraña sensación para sus vísceras acostumbradas a los ardores gástricos y no a los vacíos. Pero las uñas de Nora sobre su brazo, lo sacaron de sus cavilaciones.

De Ocosingo fueron al Real, cerca de Tecoja. Estaban ya entre lacandores : el jefe Quintín, Carranza, Táramo. En una de sus chozas Juan encontró un lugar que le recordó su estancia en París, tal como en esa ciudad se sintió a sus anchas como en ninguna parte. La razón era simple: nadie en lo absoluto le interrogaba sobre sus intenciones y procedencia. En plena libertad concluyó el guión para *Los mayas*.

Pero ni hay plenitud que dure 100 años ni compromiso amoroso que lo tolere. Nora estaba a disgusto, hubo reclamos, discusiones. Ella se sintió herida. Debieron ser largos y tensos los días de retorno en tren desde Tuxtla. No menos difícil fue verla hacer maletas y regresar a la Estación de Buena Vista, Nora regresaba a Nueva York. El último día de junio o el primero de septiembre, Juan quedó solo en el andén. Temblaba, eran síntomas de paludismo y de la aguda tristeza que vivía. Regresó a Pino 265, subió a su departamento y se encerró en su cuarto. La fiebre lo consumía.

Unos fuertes golpes lo sacaron de su postración. Eran Manolo, se enteró de su retorno y quería verlo. Pero contrario a lo que esperaba el poeta, no eran momentos para celebrar. El estado de Juan lo preocupó y decidió llevarlo con un médico de confianza que por añadidura tenía su clínica cerca, la de Elías Nandino en la calle de Amado Nervo. Después fue llevado otra clínica y a otra, porque al paludismo se sumó el agravamiento de su úlcera. En todo momento Manolo lo acompañó, a pesar de las protestas de Emilio Prados quien le argumentaba a su paisano que Juan no era esos cautiverios.

En la segunda semana de septiembre ante la insistencia y generosidad de Manolo y María Luisa, Juan fue su huésped. Desde que llegó a Nueva York, Nora no dejaba de escribirle cartas y Juan de responderlas, pero ya repuesto de su salud debía aliviar las dolencias de su bolsillo y encontrar un trabajo además del espistolar. Buscó colocación en alguna dependencia para lo cual recurrió a sus amistades, que eran también las de sus protectores. Mientras las gestiones avanzaban y en concordancia con su reciente

experiencia, un día a finales de la segunda semana de octubre en Tepoztlan, donde los Altolaquirre tenían una casa de descanso, inició la escritura de una obra destinada para el cine. Fue un proyecto que debió posponer, no como en ocasiones anteriores a consecuencia de su dispersión, sino porque poco después, en la segunda semana de octubre, José Gorostiza le informó que ya tenía empleo formal y estable en el Consulado mexicano en Nueva York. ¿Quién dijo que el amor no hace milagros?⁶⁵

VIII

El invierno en Nueva York era crudo, y Juan se helaba hasta los huesos, a pesar del abrigo que le regaló Manolo. Sólo en los brazos de Nora encontró el calor y el consuelo que el ambiente le negaban. Cubierto hasta las narices, pero impecable y puntual se presentó a su nuevo empleo, primero como inspector de armas; después en el departamento comercial. No por eso abandonó su pasión por la literatura, la escritura de *Chicle*, las charlas amenas, las amistades, el vagabundeo largo y solitario.

Algunas tardes visitaba a Elena Garro quien se había separado de Octavio y vivía con la hija de ambos en el West Side. Entre los recuerdos de los días en España, se mezclaban bromas y risas, pero de igual manera en otras ocasiones la conversación tenía una índole distinta y más inmediata. Los horrores que mostraba el fin de la guerra en Europa y el empleo de Elena en el American Jewish Comitee donde publicaba *Hemisferio*, revista dirigida a los judíos de América latina, despertaron en las recurrencias temáticas de Juan, un matiz que no se manifestaban desde el ya lejano enero de 1935, cuando escribió el inicio de “La Ocupación. Novela corta de la guerra imperialista” que dejó inconclusa. No había forma de darle continuidad, el hipotético lector jamás conocería la suerte de aquellos niños judíos polacos, pero quizá con otras obras compensara la pérdida, aunque ahora los protagonistas serían neoyorkinos; aunque eso sí, judíos Es muy probable que así nacieran “Blanche o el secreto” y “La

⁶⁵ Eduardo St. Parra, *op. cit.* 7. José Luis Martínez. “Carta a Juan de la Cabada”. 14 nov. 1944. Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp.25 / ID Cabada 65 / Folio / Foja 10, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 15 / 5 / 2016. Dolores de la Cabada. “Carta a Juan de la Cabada”. 14 dic. 1944, en *op. cit.*, pp. 140 – 141. Francisco de la Cabada. “Carta a Juan de la Cabada”. 21 dic. 1944, en *op. cit.*, p.142. Alfredo Zalce. “Carta a Juan de la Cabada”. 10 ene. 1945, en *op. cit.*, p. 143. Fierros, *op. cit.*, p. 163. Zalce, *op. cit.*, p. 143. Luis Cardoza y Aragón. “Carta a Juan de la Cabada”. 5 feb. 1945, en *op. cit.*, p. 145. Raúl Leyva. “Carta a Juan de la Cabada”. 15 mar. 1945, en *op. cit.* p. 147. Fierros, *op. cit.*, pp 163 – 166. Leonora Berry. “Carta a Juan de la Cabada”. 6 ago. 1945, en *op. cit.*, pp. 151 – 153. *Ibid.* sept. 1945, p. 165. *Ibid.* 9 sept. 1945, p. 167. *Ibid.* 15 oct. 1945, p. 178. *Ibid.* 19 oct. 1945, p. 180. Fierros, *op. cit.*, p. 166.

Conjura”. El primero, marcado por la ambigüedad propia de lo fantástico; el segundo, con las crisis de la conciencia y los laberintos de sus dudas.

Pero a fin de cuentas y cuentos, Juan seguía siendo él mismo. Y como nunca falta un roto para un descocado o en términos de la tía Lola, “Dios los cría y ellos se juntan”, Juan se hizo amigo de Henry Miller. A decir verdad, no sólo compartió con él los placeres que el Nueva York nocturno les ofrecía, sino también las vistas frecuentes a la casa de Elena. Miller también asistió el 27 de febrero de 1946 a la conferencia que Juan dio en la Universidad de Columbia, a invitación del historiador Frank Tannenbaum y del filólogo español Federico de Onís, editor de la *Revista hispánica moderna*. Juan se hizo acompañar de “la Chatita” como llamaba a la pequeña Helena Paz y quizá de la madre de ella. Vale suponer que también asistió Nora con su hermana Fan. De ser así, las correrías nocturnas con Miller debieron esperar una mejor ocasión.⁶⁶

Con la llegada a la presidencia de Miguel Alemán, Torres Bodet fue nombrado Secretario de Relaciones Exteriores y los antecedentes sobre el libro de lectura para niños mayas daban vueltas en la cabeza de Juan. Su seguridad laboral estaba en peligro. Y como pasa en las fiestas cuando las luces se apagan y los anfitriones tienen rostro de sueño, lo mejor era despedirse. Gorostiza le ofreció colocarlo en México o presentarle al nuevo equipo diplomático. Aceptar la primera opción habría ocasionado un conflicto con Nora; en cuanto a la segunda, mejor era cortar por lo sano.

Juan seguía manteniendo un estrecho nexo con el exilio español. En una conversación con Concha de Albornoz, escritora española amiga de Cernuda, Manolo Altolaguirre, Concha Méndez, el nombre del hispanista Joaquín Casaldueiro salió a relucir. Por su conducto, Juan podría contactar a Juan Centeno quien coordinaba los cursos de español que en cada verano se impartían en El Middlebury College de Vermont. Podrían, verlo, comentó Concha. El uso de su plural, evitó que Nora temiera una posible y nueva separación.

El 15 de enero de 1947, Centeno le escribió a Juan proponiéndole que impartiera dos cursos: uno sobre novela latinoamericana y el otro sobre generalidades de la literatura de nuestro continente. ¿Qué libros requeriría para ellos, cuáles serían de lectura obligada para sus alumnos? : *Las lanzas coloradas* del venezolano Arturo Ulsar Pietri; del

⁶⁶ Como es natural las cartas de Leonora Berry a Juan de la Cabada que tan valiosa información nos han proporcionado, se suspenden en el período de cinco años en que ambos viven juntos en Nueva York.

peruano Ciro Alegría, *Los perros hambrientos*; *El roto*, del chileno Joaquín Edwards que Centeno no pudo encontrar.

Toda vez que *El Hijo pródigo* y *Letras de México* habían desaparecido y que *El Nacional* publicaba un suplemento cultural interesante, Centeno le pidió a Juan su apoyo para que le mandara los más posibles de éstos últimos. Era indispensable estar al tanto de lo que se publicaba en México. Un encargo final, los programas de clases. Y un fraterno comentario al margen: Había leído *Sala de retratos* de Ermilo Abreu Gómez, y el correspondiente a Juan le presentó a un hombre marcado por la bondad, hallazgo nada fácil en los oscuros tiempos que vivían. Por cierto, le tenía la noticia que Ermilo también estaría en el Middlebury College dando cátedra ese verano.

Juan se ruborizó, se rascó el pecho. No por los programas que tenía listos y los adjuntaba, sino porque las líneas de Ermilo no sólo lo describían moralmente – con exageración, para su gusto – sino también en sus descocharingadas trazas que dejó desde que inició su trabajo en el Consulado mexicano y vivía con Nora. Por cierto, hablando de ella. ¿Había inconveniente en que se alojara con él? El plural que utilizó Concha Albornoz, les hizo pensar que no habría necesidad de separarse, ni siquiera por unos meses. Además, Nora estaba enferma. Juan entendía que su solicitud podía traerle dificultades a Centeno, para reducirlas al mínimo se comprometió a ajustarse a cualquier estrechez necesaria.

El plural de cortesía que utilizó su paisana, en efecto metió a Centeno en un brete. Pero lo solucionó y al hacérselo saber al futuro maestro, le hizo llegar un afectuoso jalón de orejas. Ay Juanito.

Ermilo residía en Washington y es obvio suponer que el encuentro entre los amigos, fue cálido. En las proximidades del Middlebury College existían lagos de aguas claras y tranquilas navegados por pequeños veleros. En esas riberas en los días previos al inicio de clases y ya iniciadas ellas los fines de semana Juan, Nora y Ermilo paseaban y convivían con los maestros residentes: Tomás Navarro Tomás, el ya mencionada Joaquín Casaldueño Max Henríquez Ureña y José García Lorca, el hermano del poeta asesinado por el franquismo.

No obstante, la docencia no era el único trabajo de Juan en esos días en Vermont. En las tardes, encerrado en su cuarto o en la biblioteca escribía. Después visitaba a Ermilo, quizá le entregaba unas copias y le pedía su opinión sobre los avances de *Chicle*:

Las noches empiezan bajo aquellos bosques tupidos, casi herméticos, a eso de las cinco de la tarde. En las primeras horas, se habla, se canta o se llora. Los hombres duermen ya cuando se apaga la hoguera. Al amanecer se incorporan, se lavan la cara y las manos en el chorrillo de agua que escurre en una peña. El desayuno es, por lo general, un buen fajo de alcohol. Alguna vez hay alboroto: uno de los peones amaneció muerto. Viene entonces la tarea silenciosa del entierro. Se le enterra en cualquier lugar, sin ataúd. En el montoncito de tierra se planta una cruz; débil señal que dura un día. A la semana siguiente nadie recuerda el nombre del muerto ni nadie podría encontrar su sepultura. Vino de la tierra y volvió a la tierra.⁶⁷

Ermilo debió guardar alguna copia al tiempo que elogiaba la prosa de Juan: en ella existía el infrecuente encuentro del relato descarnado y la poesía. Pero una obra de esa calidad no podía quedar inconclusa. ¿Qué esperaba para terminarla? Juan sonreía, el poco dinero, la multiplicidad de trabajos y ese malhadado día en Narbonne. Y todo por conversar con Gamboa.

Juan no podía pasar por el Middlebury College, sin otro olvido memorable, si la expresión se permite. En una ocasión tocó con impaciencia a la puerta de Ermilo. Había olvidado leer *María* de Jorge Isaacs; en su repertorio de conquistas femeninas ganadas a pulso de horas de asiento y lectura, sólo se encontraba *Amalia* de José Mármol, en consecuencia estaba en problemas porque debía cumplir con el temario de novela romántica. ¿Podía Ermilo ayudarlo, contarle la historia, darle datos del autor? El interpelado accedió no sin una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza que indicaba negación.

⁶⁷ Juan de la Cabada. *Chicle*. Cit en, Ermilo Abreu Gómez. "Papeles de Juan De la Cabada". *Revista mexicana de Cultura*, 12 may. 1962: 3.

Juan escuchó con atención, fechas, nombres de personajes, situaciones. A las tres de la madrugada interrumpió a Ermilo. Era suficiente, en unas horas teñían que dar clase. Mientras Ermilo daba la suya de literatura española escuchó barullo y risas provenientes del aula vecina, la de Juan. Con preocupación interrumpió su exposición para averiguar lo que ahí ocurría: los alumnos aplaudían, Juan hacía una caravana de agradecimiento. De nueva cuenta como hizo cuando debió improvisar “Plomo” ante el auditorio de la LEAR en 1935, imitó voces de personajes, silbidos y rugidos provenientes de la selva. Su clase fue un éxito.

Una vez concluido el curso Juan y Nora regresaron a su casa. Él tuvo entonces la ocasión propicia para reencontrarse con las pocas mieles que el desempleo deja: la vagancia. Volvió a frecuentar a Elena y de tales encuentros es probable que naciera el bosquejo de una historia cuyas protagonistas ante las precariedades que padecen, desarrollan su ingenio y audacia, se vuelven pícaras a pesar de su edad avanzada. Nunca es tarde para comenzar, fue la divisa que usó Juan para justificar su ocurrencia.

Quizá en esos mismos tiempos ambos amigos se impusieron el reto de escribir un cuento a partir de un mismo tema. Los resultados fueron “El duende”, de Juan y de Elena. Cada uno de ellos muestra mundos alternos, aunque con distintos grados de elocuencia. En el primero, con la penumbra propia de lo fantástico; en el segundo en cambio, con nítidas luces que opacan a las de la razón ilustrada.⁶⁸

Pero esas incursiones en ámbitos evanescentes, no le impidieron a Juan seguir gozando los bienes terrenales, con dos breves lapsos de responsabilidad laboral. En el *Diario de Nueva York*, publicación dirigida a hispanohablantes y poco después en el semanario *Liberación*, de los independentistas puertorriqueños. Es probable que en esos años frecuentara un antro en Greenwich Village, a donde también asistía Dylan Thomas. Lo cierto es que en junio de 1949 en ese lugar lo encontró Efraín Huerta discutiendo sobre marxismo con algunos otros parroquianos. Juan los convenció y ganó el pago de los tragos.

⁶⁸ Juan de la Cabada publicó “El duende” en la *Revista mexicana de Cultura* de *El Nacional* el 1º de febrero de 1948, quizá con la finalidad de agenciarse algún recurso económico toda vez que ya no trabajaba en el Consulado mexicano ni en el Middlebury College. Por su parte, Elena Garro publica su cuento de igual título en *Semana de colores* en 1964. La suposición de que ambos cuentos nacieron de un ejercicio creativo como el descrito se basa en los hechos de que ninguno de los dos autores acusó al otro de plagio, de que trabajaron juntos en al menos un proyecto más y de que hasta el final de sus días conservaron una estrecha amistad.
[Juan de la Cabada. “El duende”. *Revista mexicana de cultura*, 1 feb. 1948: 3, 5, 14. Elena Garro. *La semana de colores en Obras reunidas. T. 1 Cuentos*. México: FCE, 2006, pp. 99 – 105.]

Por las incertidumbres laborales y las francachelas, se deduce que el Juan recién llegado a Nueva York ya era cosa del pasado. En consecuencia, la relación con Nora debió tener fricciones frecuentes que aminoraron cuando Juan escribió guiones para la UNICEF y para la serie *Murales de América*, a invitación de Eugenio Soler, quizá un productor radiofónico perteneciente al exilio español.

El 3 de octubre firmó un contrato con la ONU para trabajar de traductor en su Asamblea Permanente. Obtuvo así un ingreso que le permitió aliviar deudas. Pero fue una bonanza efímera, como todas las de Juan. Vinieron entonces las recriminaciones de Nora, los mutuos reproches, los largos silencios. Las soledades de Juan que con sus dedos de frío sembraron nostalgias en su pecho, a pesar de los amigos y encuentros amorosos efímeros.

Por esos quiso saber de los viejos camaradas del Taller de la Gráfica Popular. ¿Qué fue de ellos después de tanto tiempo? Le escribió una carta a Pablo O' Higgins preguntándole por él, el Güero Zalce, Leopoldo Méndez. ¿Vivían en los mismos domicilios o tenían nuevos? ¿Cuáles eran? Fuera porque con Nora los conflictos se volvieron constantes, irresolubles y ambos consideraron que lo mejor para cada uno era continuar cada quien por su senda o a consecuencia del peso de las lejanías o porque sus permisos de estancia ya habían caducado, Juan decidió regresar a México y hacerlo por tren en un recorrido deliberadamente largo, quizá por un gesto de rebeldía ante las amenazas de deportación o porque alejarse de Nora era duro como un insomnio. Paliaron esos momentos difíciles las páginas de la *Revista hispánica moderna*, que Federico de Onís le regaló cuando fue a despedirse de él en la Universidad. En una sola publicación se incluían los números del 1 al 4 de ese año y estaba destinada a la vida y obra de César Vallejo. Los recuerdos del París en 1939 vinieron a la mente de Juan, con un lápiz subrayó sucesos, nombres, fechas. Versos:

“Hay golpes en la vida, tan fuertes.... ¡Yo no sé!”⁶⁹

⁶⁹ Fierros, *op. cit.*, p. 166. Elena Paz Garro. *Memorias*. México: Océano, pp 38 – 39, 38. De la Cabada. *Op. cit.*, 185 – 190, 203 – 216. Paz Garro, *op. cit.*, pp 38, 40. Frank Tannenbaum. “Carta a Juan de la Cabada”. 21 feb. 1946, en *op. cit.*, p. 182. Paz Garro, *op. cit.*, p. 40. Fierros, *op. cit.*, p. 168. Juan de la Cabada. “Carta a Juan Centeno”. 4 jun, 1947, en *op. cit.*, p. 194. José – Ramón López García. “Magda o de la Amistad”. Homenaje a Concha de Albornoz de Juan Gil Albert”. Disponible en línea en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4537119.pdf> fecha de consulta 1 / 6 / 2016. Juan A. Centeno. “Carta a Juan de la Cabada”. 15 ene. 1947, en *op. cit.*, p. 186. *Ibid.*, 12. feb. 1947, p. 186. *Ibid.*, 15 mar. 1947, p. 188. *Ibid.* 10 may. 1947, p. 190. *Ibid.*, 3 may. 1947, p. 189. Juan de la Cabada, *op. cit.*, jun. 4 1947, p. 193 – 194. Juan A. Centeno, *op. cit.*, jun. 6 1947, p. 196. Abreu Gómez, *op. cit.*, p. 3. Abreu

X

Pero un trota mundos avezado como Juan, conocedor de los rigores de cárceles y selvas, andante de las sierras extremeñas y las calles del barrio latino de París, avezado y abusado en seducciones, no podía, no debía dejarse vencer por la añoranza de labios y brazos amorosos. Una vez que compuso las trazas de sus personalidad, aunque no las físicas, y recién llegado a la Ciudad de México, se encontró con Pepe Revueltas, Efraín Huerta, Juan Rejano, Petere, Octavio Paz y por supuesto Manolo, quien había cumplido sus intensiones de volverse productor cinematográfico. Como no tenía donde vivir, Juan se hizo huésped de los Altolaguirre y a invitación de su anfitrión inició una historia para el cine o quizá retomó aquella que dejara inconclusa antes de salir a Nueva York. La escribió alternando estancias entre México y Campeche, a donde fue a dar consuelo a la tía Lola en su viudez reciente. La anécdota la escuchó en la infancia de labios de Ricardo y estaba relacionada con el islote de Las Arcas, inhóspita extensión de tierra frente a las costas campechanas en donde los raqueros o asaltantes de náufragos hacen de las suyas, con la complicidad de un acaudalado miembro de la “Casta divina”. El guión fue del agrado de Manolo y le pagó por él; sin embargo, los altos costos de producción hicieron imposible la realización de la cinta.

No fue la única vez que ambos amigos conjuntaron esfuerzos en el cine. A partir de una anécdota del velador de su casa en Tepoztlán, Manolo hizo un argumento y le encargó a Juan su adaptación. Fue el inicio de *Subida al cielo*. Luis Buñuel se interesó en dirigirla, lo que representaba toda una garantía en cuanto a calidad y taquilla, toda vez que el realizador ganó fama cuando *Los olvidados* fue premiada en Cannes, reconocimiento que hizo silenciar las críticas nacionales que se dieron en su estreno.

El inicio de la filmación fue el 6 de agosto y poco después cuando ésta se realizaba en las costas de Guerrero y en Cuautla, Juan recibió en casa de Manolo una lacónica tarjeta postal de Nora. El silencio es más elocuente que las palabras. Donde hubo hoguera,

Gómez cit en Fierros, *op. cit.*, p. 169. Fierros, *op. cit.*, pp. 169 – 170. Efraín Huerta. “Un hombre singular”. *Memoria*, *op. cit.*, sept. – nov.1987: 186. Fierros, *op. cit.* p. 170. Contrato laboral de la Organización de las Naciones signado con Juan de la Cabada en Archivo personal/ Sección Vida Personal/ Serie correspondencia/ Expediente 21 / ID 756 / Folio /Foja: 3, 3 vta. Disponible en línea en *op. cit.*, 1 / 6 / 2016. Pablo O’Higgins. “Carta a Juan e la Cabada”. 15 agos. 1950, en *op. cit.*, pp. 200 – 201. Fierros, *op. cit.*, p. 171. Archivo Juan de la Cabada. César Vallejo. “Los Heraldos negros” en Luis Monguió. *Vida y obra de César Vallejo. Revista hispánica moderna*. Nueva York: Universidad de Columbia, ene – dic. 1950, nums. 1 – 4: 124.

cenizas quedan. Si Juan quería podía regresar, bastaba con avisarle, pero Juan no regresó aunque es muy probable que sí le respondiera.

Mientras la película se rodaba en Cuautla llamó la atención de Juan, una negra de ébano que hacía de extra y comía en una mesa apartada de la principal, destinada a los actores protagonistas. La evidente discriminación indignó a Juan, le pidió que se sentara a su lado, compartiendo alimentos con el director y el productor. Era cubana como María Luisa, se llamaba Esther Martínez y tenía tres hijos.

Buñuel le pedía a Juan alargar o hacer más diálogos de acuerdo a las necesidades de las escenas y al menos en una de ellas, la intervención de Juan fue más allá. Buñuel quería que Oliverio soñara mientras iba en el camión hacia Petatlán. Juan le objetó que ese recurso ya lo había usado en *Los olvidados*, en el sueño del pequeño Pedro. Sugirió un giro distinto, la ensoñación: síntesis entre los ámbitos oníricos y la vigilia, experiencia del sonámbulo y de quien recurre a la introspección.

Al terminar la película, Juan tenía un nuevo amor. Conoció entonces a los hijos de ella: Pablo, Alfredo y Julia Marichal. Con todo, recibió otra carta de Nora fechada el 20 de diciembre. Ya no hablaba de retornos ni reconciliaciones, sino de sus problemas económicos ante los cuales pedía el apoyo de Juan. Conociéndolo, lo más seguro es que la haya socorrido.

El 26 de junio de 1952 Juan, Esther y los niños, todos debidamente engalanados fueron al *Cine Mariscal* al estreno de *Subida al cielo*, es probable que entre los invitados también estuviera Fernando Benítez, director del suplemento cultural del *Novedades*. Poco antes de la proyección o al terminar ésta, Juan y él quizá hablaron sobre “La llovizna” y su próxima aparición en *México en la Cultura*. No fue el único cuento de Juan con el tema de la infancia, entre ese año y el siguiente escribió “El diario de Oyuquita”.

Así como en aquellos tiempos en que estuvieron juntos en la imprenta de Vargas Rea Juan y Pepe tuvieron oportunidad de divertirse y trabajar, con vigilancia policiaca o sin ella. Al lado de Mauricio de la Serna y Luis Alcoriza realizaron el guión para otra película de Buñuel: *La ilusión viaja en tranvía*. Juan siempre fiel a sí mismo se quedaba callado cuando era necesaria su opinión, bailaba cuando era necesaria la solemnidad, hablaba y actuaba en lugar de escribir, creaba voces que después olvidaba a qué

personajes atribuirles. Pese a todo o gracias a ese talento para trastocar las normas, nacieron su tocayo El Caireles, El Tarrajas, la sensual Lupita, la escena de la pastorela que habría emocionado a la tía Lola, al ver en ella la huella de su sobrino y la suya.

Desde entonces Juan empezó a ser considerado como gente de cine. Por eso la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM, dirigida por Jaime García Terrés lo invitó a participar en un Seminario sobre el tema, en la mesa “El cine como expresión artística: las tendencias actuales”. Entre los ponentes se encontraban Luis Buñuel, Manuel Álvarez Bravo, Jormi García Ascott, Celestino Gorostiza, Mauricio de la Serna, Efraín Huerta, Octavio Paz y Pepe Revueltas. El acto tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras, en su aula José Martí, el 15 de marzo de 1954 y entre los asistentes estuvo Salomón Clavel Gallardo, cuyas notas e indagaciones nada tenían que ver con preocupaciones académicas, artísticas o cinematográficas. Le interesaba registrar nombres y declaraciones críticas al gobierno o en apoyo a la huelga en la Normal Superior, en particular aquellas que pudieran exponer los participantes de filiación comunista.⁷⁰

Como no podía ser de otra manera, Juan continuó alternado sus trabajos de escritor de cuentos y guiones con su militancia política. Adaptó cuentos de Juan Rulfo para fines cinematográficos, trabajo del que esperaba los suficientes recursos para solucionar su precariedad económica que era otra de sus recurrencias vitales y que en esta ocasión, amenazaba con dejarlo a él y a su familia con sus pertenencias sobre la calle de Artes, frente el número 132, a causa de un desahucio por no pagar la renta del departamento 28. Pero los ingresos no llegaban y si la situación se prolongaba, no tendría más alternativa que recurrir al siempre generosa Andrés Iduarte que, como director del

⁷⁰ Es necesario puntualizar que en el archivo de Juan de la Cabada existe una invitación al acto referido programado para el 15 de marzo de 1953. El dato parecería concluyente a no ser porque en un expediente de la Dirección Federal de Seguridad en resguardo del AGN, aparecen dos informes de los agentes 69, Blas García Hernández y 123, Salomón Clavel Gallardo, en los cuales se menciona un seminario con idénticas características, salvo el año de su realización: 1954. De acuerdo a lo expuesto, parece poco probable que se trate de dos eventos distintos, por lo que nos inclinamos a considerar que un error de imprenta fue la causa de la discrepancia en ambas fuentes. Una nota en uno de dichos informes menciona al magisterio y sus demandas laborales, lo que explica el interés de la presencia policiaca en los espacios universitarios.

[“Invitación al acto inaugural del seminario *El cine como expresión artística: las tendencias actuales*”. Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, invitaciones / Exp. 6 / ID Cabada 1240 / Folio / Foja 8 – 8 vta, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 20 / 6 / 2016. AGN. / Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea/ Dirección Federal de Seguridad/ Caja 5/ Exp. Juan de la Cabada Vera/ Informes del 12 y 16 de marzo de 1954 de los agentes 69 y 123, Blas García Hernández y Salomón Clavel Gallardo, 1 foja].

Instituto Nacional de Bellas Artes, podría apoyarlo con la publicación de algún cuento y su respectiva remuneración o mejor aún, con un empleo o ya de pérdida con algún préstamo pagadero en un futuro indefinido.

Ya encontraría cómo resolver su insolvencia. En cambio, la situación que vivía Guatemala, gobernada por el coronel Jacobo Arbenz, distaba de encontrar vías de solución. Las agresiones estadounidenses contra el pequeño país eran cada vez más frecuentes e intensas, desde que el 17 de junio de 1952 el presidente Arbenz promulgó la llamada Ley 900, que redistribuía tierras ociosas acaparadas por la transnacional United Fruit Company. A casi dos años del suceso, una intentona golpista había sido conjurada – ¿cómo estarían los amigos, Luis Cardoza y Aragón y Raúl Leyva? – y la solidaridad con la nación hermana era urgente. Por eso, el Partido Comunista Mexicano organizó mítines en apoyo a Guatemala en la colonia 20 de noviembre y en el mercado Hidalgo, en La Merced y en Jamaica. La izquierda mexicana se movilizaba y ese día, 2 de junio 1954, se realizaría otra actividad en repudio a las agresiones del imperio: una marcha a la que asistiría el general Lázaro Cárdenas.

Las convicciones políticas ponían en movimiento a Juan, en especial una causa que necesariamente le era cercana, no sólo por los lazos fraternos con el pueblo agredido, sino también porque las acciones de facto contra gobiernos legalmente constituidos, le recordaban su participación en la defensa de la República española. Los problemas financieros domésticos, podían esperar. Había que darse prisa para sumarse al contingente.

La movilización la encabezaba Diego Rivera, quien con el apoyo del también pintor y arquitecto Juan O’Gorman, llevaba en silla de ruedas a Frida Khalo. La imagen debió resultar conmovedora, la postración física de esa mujer nada tenía que ver con su dignidad en alto, fraterna y combativa. Cuando el general Cárdenas pronunció su discurso de solidaridad y simpatía con el pueblo de Guatemala y el gobierno del presidente Arbenz, fueron elocuentes los paralelismos entre el mandatario centroamericano y ex gobernante de México. Quizá él tuvo en la mente las informaciones que el historiador Frank Tanenbaum le proporcionó sobre las insostenibles acusaciones que el poder imperial esgrimía contra una nación de independiente, a la que acusaba de ser una cabeza de playa del comunismo internacional. Tal vez el general se refirió a su fuente y si así sucedió, no hay duda que

en la mente y el ánimo de Juan cobraron vida los recuerdos de aquella conferencia que impartió en la Universidad de Columbia, hacía más de 8 años, el 27 de febrero de 1946, a invitación del mismo Tanenbaum.

Pero más allá de conjeturas, lo cierto es que el 27 de junio de 1954 Jacobo Arvez se ve obligado a renunciar a su cargo, a consecuencia de la ofensiva militar golpista que incluye bombardeos contra la capital del país. El coronel Carlos Castillo Armas, usurpa el poder en Guatemala con el apoyo estadounidense y de la oligarquía nacional. Poco después, el 13 de julio, fallece Frida Kahlo y la izquierda mexicana le rinde un homenaje en Bellas Artes. Son múltiples las expresiones de apoyo a Diego Rivera, intelectuales, artistas, políticos, el pueblo llano lo acompañan en su dolor y rinden homenaje a la artista fallecida. Las expresiones nacionalistas se mezclan con las comunistas. A los acordes de la Internacional le siguen canciones folklóricas:

Traigo un amor

y lo traigo tan adentro

que hay momentos que no siento

donde tengo el corazón...

Juan se sentía como pez en el agua. A pesar del duelo, la vitalidad prevalece y se manifiesta en el encuentro con los amigos y camaradas, con la presencia de nueva cuenta del general Cárdenas y la cálida hospitalidad de Andrés Iduarte, quien consciente de los riesgos que corría, accedió a que la bandera comunista cubriera el féretro de la artista muerta. Las consecuencias no tardaron: la dirección del INBA tuvo un nuevo titular y Juan perdió un mecenas, pero nunca un amigo.

En 1955 Juan de nueva cuenta mostró su solidaridad hacia el pueblo guatemalteco, cuando participó en los trabajos de la Asociación de Amigos de Guatemala que en el vestíbulo del Sindicato Mexicano de Electricistas, exhibió la exposición pictórica y de grabados “En homenaje a Guatemala”. Ahí junto a Diego Rivera, Germán List Arzubide, Miguel Covarrubias, Pablo O’Higgins, Leopoldo Méndez, dio su respaldo fraterno a Luis Cardoza y Aragón, Raúl Leyva y las causas del exilio guatemalteco. ¿Cómo no hacerlo a pesar de polémicas tan añejas y en buena medida superadas, de los años de ausencia y de la escrutadora mirada de un agente secreto? Las palabras de Luis

sobre el apoyo de Jacobo Arbenz a la cultura, en especial a las artes plásticas, y la condena vigorosa al golpe de Estado encabezado por el Coronel Armas, con el auspicio de la United Fruit Company y el gobierno estadounidense, emocionaron a Juan. Al término del discurso de Luis, un abrazo unió a los dos camaradas.

Juan continuó alternando su militancia política con su labor creativa. Siguió escribiendo para el cine, aunque ya sin la dirección de Buñuel y con resultados desiguales. *Canasta de Cuentos mexicanos*, *Maratón de baile*; *La tijera de oro*, *Sonatas*, *Las señoritas Vivanco*: Teresa y Hortencia Vivanco Y de la Vega, aristócratas arruinadas, pero audaces y duchos en el arte del ingenio, como el mismo Juan. A quien el cine le permitió cumplir, parcialmente al menos, uno de sus anhelos: vivir de lo que escribía. Pero sobre todo fue un medio para celebrar con los amigos, reencontrarse con ellos y formar con Esther una familia, ser el padre de la encantadora y entrañable Julia, que en cuanto lo veía lo saludaba de un modo tan sencillo y directo que conmovía: hola Juan.⁷¹

⁷¹ Fierros, *op. cit.*, 173 – 175. Dolores de la Cabada. “Carta a Juan de la Cabada”. 9 nov. 1950, en *op. cit.*, p. 209. Manuel Altolaguirre. “Carta a Juan de la Cabada”. 6 mar. 1951, en *op. cit.*, p. 212. Fierros, *op. cit.*, p. 177. Luis Buñuel. *Mi último suspiro. Memorias*. México: Plaza y Janés, pp. 195 – 197. Emilio García Riera. *Historia documental del cine en México. Época sonora. 1949 – 1951. Tomo IV*. México: Editorial Era, p. 366. Leonora Berry. “Tarjeta postal a Juna de la Cabada”. 5 sep. 1951, en *op. cit.*, p. 213. “Julia Marichal, hija adoptiva de Juan de la Cabada, pide que vaya al hospital los hijos del escritor”. *Proceso*, 15 sept. 1986: 49. Fierros, *op. cit.*, p. 178. García Riera, *ibid.* Juan de la Cabada. “La llovizna” *México en la cultura*, 29 jun. 1952: 2. Juan de la Cabada. “El diario de Oyuquita (1952 – 1953)” Archivo Personal / Sección, actividad profesional / Serie, actividad literaria / Subserie. cuento / Exp. 79 / ID Cabada 1472 / Folio /Foja 11- 19. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 3 / 7 / 2016. García Riera, *op. cit.*, 1952 – 1954. *Tomo V*, p. 201. José Revueltas. “Sobre Juan de la Cabada”. *Visión del Paricutín*. México: Editorial Era, p. 259. Juan de la Cabada. “Carta a Juvenal Irazábal”. 26 ago. 1954. Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 7/ ID Cabada 738 / Folio /Foja 27 – 27vta. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 20 /11 / 2016. Gregorio Selser. *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina. Tomo IV, 1946 – 1990*. México: UCM / UNAM / Centro de Investigación Interdisciplinaria en Ciencias y Humanidades, p.67. “Se descubrió un complot en Guatemala”. *El Nacional*, 1 jun. 1954: 1-7. “Acciones populares en defensa de Guatemala”. *La voz de México*, 4 jun. 1954: 1. Carlos Monsiváis. “Frida Kahlo: de las etapas de su reconocimiento”. *Debate feminista*, abr. 2008: 10–11. “Voto de gratitud del ejército a J. Arvenz”. *El Nacional*, 3 jun. 1954: 1. Lázaro Cárdenas. *Apuntes. Una selección*. México: UNAM / Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, p. 741. Monsiváis, *op. cit.*, pp. 11 – 12. José Agustín. *Tragicomedia mexicana, vol 1*. México: Planeta, p. 130. AGN, *op. cit.*, “Informe sobre inauguración de una exposición de pintura guatemalteca, titulada *El homenaje a Guatemala*” del 24 jun . 1955, 2 fojas. García Riera, *op. cit.*, 1955 – 1956. *Tomo VI*, p. 119. *Ibid.*, p. 332. *Ibid.*, 1958 – 1960. *Tomo VII*, p. 138. *Ibid.* p. 219. *Ibid.* 73.

Epilogo

Si es mujer venga una palma,
rodeada de campanitas
pa' coronar a las madres
que tengan niñas bonitas.⁷²

Juan estaba alegre ese 24 de junio y echaba flores a Esther y a Julia con unos versitos que usó para el guión de *El brazo fuerte*. La historia fue completamente suya y contó con la dirección de Giovanni Karporal. El rodaje se realizó en Erongarícuaro, con la gente del lugar como actores. Por su mordacidad contra al caciquismo estuvo enlatada 15 años, primero vio la luz el guión bajo el sello de la Universidad Veracruzana en 1963 y no fue sino hasta 1974 que se exhibió en el cine *Regis*. No le fue mal con la crítica, incluso Salvador Elizondo, con preferencias temáticas tan distintas, la calificó como una de las más brillantes entre la cinematografía comercial.

El año de su filmación también trajo otros buenos momentos, como la carta de Octavio que con un abrazo afectuoso, le decía a Juan que lo buscaba afanosamente porque la revista *Evergreen* estaba interesada en incluir “María, la voz” en una edición destinada a la literatura mexicana. Donald Allen, el director de la publicación, de igual manera quería conocer *Paseo de mentiras*, para su posible traducción al inglés.

¿Cómo iba Octavio a encontrar a Juan si estaba en aquel pequeño pueblo de la meseta Purépecha y después se fue al sur del País, con Ermilo, su mujer y Esther, invitados por el rector de la Universidad de Guerrero a dar una charla? Por cierto que a partir de esa experiencia, Juan fue contratado para dar clases de Historia y Literatura Hispánica en esa institución y en la Normal Superior.

⁷² Juan de la Cabaña. *El brazo fuerte*. Xalapa: Universidad Veracruzana, p. 27.

No menos grata fue la entrega del Premio Nacional de Cuento 1974 al joven Eraclio Zepeda por su *Asalto nocturno y otros cuentos*. Juan formó parte de la terna dictaminadora, junto con Juan Rulfo y el escritor ecuatoriano Miguel Donoso Pareja. El silencio proverbial del jalisciense, páramo de resonancias míticas, debió contrastar con la exuberante locuacidad del campechano y el chiapaneco.

Evocar momentos felices despertaba la inquietud de Juan y si el cuerpo todavía se lo hubiera permitido, habría bailado *La Gaudarucha* como lo hizo ante públicos cálidos y atentos cuando fue candidato a diputado por el Partido Comunista, en el segundo distrito de Campeche. Todos aquellos eran buenos recuerdos, tan apropiados para celebrar su santo, como los preparativos que hacía su familia en espera de los invitados.

Pero si de celebraciones se trataba, ninguna como el emotivo homenaje que la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS) le organizó en Bellas Artes con motivo de haberle otorgado su Doctorado Honoris Causa. El 4 de octubre de 1979, en compañía de los también laureados José Emilio Pacheco, su sobrino lejano pero no por eso menos querido, Carlos Monsivais, Elenita Poniatowska, Juan recibió elogios, felicitaciones y aplausos. Efraín Huerta, siempre solidario, y Eraclio Zepeda, Laco, que representaba la continuidad del arte de contar cuentos además de escribirlos, no podían faltar entre los que hicieron uso de la palabra.

Pero entre todo lo dicho, quizá en la memoria de Juan quedó grabado con más nitidez lo expuesto por José Emilio: refirió la anécdota de cuando recibió sus primeros consejos estilísticos, por parte del homenajeado: evitar los adjetivos excesivos, las descripciones en extremo detalladas. Si quería hablar de un crepúsculo, debía nombrarlo solamente y dejar el resto a la imaginación del lector.

También es probable que las palabras de Monsi vinieran a la mente de Juan. Más que un homenaje, debió recibir un contrahomenaje, un acto acorde con su personalidad anti solemne, despreocupada. Tan campechano él. Juan sonrió y se rascó el pecho. Pero quizá lo que más le gustó de la intervención de Carlos fue que tuvo a bien asociarlo con Pepe Revueltas: Complementarios y dispares a un tiempo. Ambos de una honestidad impecable. Aunque Pepe, trágico y Juan, chispeante Uno, el intelectual riguroso, el crítico contra todo abuso del poder, contra los errores y horrores del Partido. El otro, el militante jovial incluso en los momentos más difíciles. Pepe fue víctima de estalinismo;

Juan supo eludirlo gracias a su desapego a valoraciones tajantes, definitivas. Era en pocas palabras: “un comunista sin odio revolucionario”⁷³.

En cuanto a la escritura de ellos, la prosa de Pepe era diestra en indagar en los abismos de lo humano, en los médanos del dolor; la de Juan, avezada en la celebración y el registro de lo cotidiano. Una precisa, sin concesiones; la otra a veces deshilvanada, pero siempre seductora y marcada por la gracia. Ambas, orientadas por la pasión a la vida y por lo que el hombre tiene de criatura frágil y entrañable.

Sí, fue un acto muy emotivo. Mucho más que cuando recibió el Premio Elías Souraski en la Categoría de Letras. Aquella ceremonia fue en los Pinos y estuvo encabezada por José López Portillo. También fueron galardonados en esa ocasión el Dr. Jorge Albores Saavedra, en Ciencias y el arquitecto Mathías Goeritz en Artes. ¿Cuándo se habría imaginado Juan que iba a estar en ese lugar? Hubiera preferido un ambiente más festivo y bullanguero. Pero no era bueno quejarse, máxime cuando los 100 mil pesos del premio le cayeron de perlas, porque pudo finalmente pagar meses retrasados de renta.

Tantos festejos trajeron consecuencias. En 1980 la UAS le publicó sus *Obras completas* y ese mismo año Juan firmó con el Fondo de Cultura Económica y el Instituto Politécnico Nacional un contrato para la publicación de una amplia compilación de sus cuentos en 5 volúmenes, con prólogo de Ermilo Abreu Gómez. De igual manera el santo de Juan en 1986, tuvo más allá de la reunión familiar, un regalo no previsto por el festejado: una entrevista. Tuvo tantas, tal vez entre sus preferidas estuvo la que le hizo Luis Suárez en 1957 para *Mañana*, “El fabulosos Juan de la Cabada” o las charlas en 1979 con la esposa de José Emilio en Canal Once: “De todos modos Juan te llamas”. Eso de volverse famoso tenía sus bemoles. Pero no había inconveniente, una raya más al tigre no le haría daño.

Cuando Salvador Zurita y Joaquín Bustamante le preguntaron sobre el atentado contra Troski, es probable que en la mente de Juan volviera aparecer la maleta que aterraba a aquella muchacha cuyo nombre y domicilio prefirió ocultar. Se rascó el pecho y explicó:

⁷³ Carlos Monsivais. “Juan de la Cabada, un comunista sin odio revolucionario”. *Proceso*, 29 sept.1992: 49

“La participación de David y su grupo en la muerte de Trosky es inequívoca, y la prueba de que sí tomaron parte es que la ropa que usaron en el atentado la escondieron en el taller de la liga.

— En el atentado, no en su muerte. Ellos, se dice, actuaron independientemente, no tenían relación con Monard.

Yo no lo creo, no. Todo está ligado, todo conduce al asesinato de Trosky, es una línea. Ellos sí tenían relación con Monard, creo que participaron en el plan para eliminar a Trosky. Eso fue algo durísimo para el partido y para la revolución misma.”⁷⁴

Dañar al partido y a la revolución, fueron actos muy graves. Aunque quienes los responsable fueran amigos, gente muy próxima, no por eso debía omitirse el cuestionamiento. Sin embargo, había atenuantes, la Segunda Guerra Mundial incendiaba al mundo y la amenaza fascista crecía, desde la percepción de Juan, con la complicidad tácita o no del troskismo.

A pesar de la justificación endeble, la distancia claramente marcada con respecto a Siqueiros y los demás coludidos en el atentado no deja lugar a dudas: Juan era un comunista sin odio revolucionario. Si cargó aquella maleta fue más por motivaciones de camaradería, de solidaridad con sus compañeros metidos en camisas de once varas, y menos por una violencia sectaria.

Terminada la entrevista y a pesar de que la reunión familiar continuaba, Juan se durmió con la conciencia tranquila y la boca abierta. El día de fiesta quedó atrás, pero no la costumbre de Juan de buscar sobre su mesa de trabajo en un mudo de papeles algún recorte de periódico, algún cuento inédito o publicado, un guión escrito o por hacer. ¿Dónde habría dejado *Chicle*? También repasaba su archivo de cartas y se detenía en ellas, en especial las de Nora. Le reclamaba a sus hijos y Esther porque pensaba que metían mano en sus papeles y por no entender que lo que llamaban caos era en realidad su orden íntimo, su propio universo con galaxias, soles, astros de órbitas irregulares y trayectorias azarosas.

⁷⁴ Salvador Zurita y Joaquín Bustamante. “Una clara presencia. Entrevista con Juan de la Cabada”. *La jornada Semanal*, 6 oct. 1991: 17 – 18.

Nunca perdió la costumbre de caminar por la colonia Narvarte, saludar a sus vecinos, distraerse con el vuelo de un pájaro. Tampoco lo dejó la ulcera que lo aquejaba desde 1934, hacía más de 50 años. Ésta se complicó con una anemia y en agosto de 1986 tuvo que ser internado en el Hospital López Mateos del ISSSTE. ¿Cómo no asociar esos momentos con los vividos cuando estuvo al cuidado de Benita o debió dejar Extremadura para atenderse en Barcelona? Desde su cama con sondas en el cuerpo, lianas de una selva fría y extraña, Juan veía a través de la ventana un cielo gris e nubes altas y las manchas verdes de los viveros vecinos.

La vida estaba afuera, detrás del cristal. Tan ajena al cuarto, las sábanas, las botellas de suero, frutos colgantes de un árbol metálico e inerte. Apenas las vistas de la enfermera daban pie para conversaciones e insinuar un piropo, los cuidados de Esther, pero sobre todo de Julia lo reconfortaban, le restablecían el ánimo. Pero no se podía cantar ni silbar ni caminar aunque fuera por los pasillos de pisos lustrados y paredes pálidas. Por eso lo mejor de la vida disponible estaba adentro. Cerrando o no los ojos en la mente de Juan se sucedían las noches alumbradas con la luz de Pablo, las caracolas de aguas purísimas, el rostro bondadoso de Manolo, el de Efraín franco, jovial, Pellicer y sus sonetos carcelarios. Afuera reinaba un mundo aséptico y ordenado: jeringas, termómetros, gazas. Adentro se encontraba con la Chata en el barrio latino, con Bergamín y Prados, con Silvestre en el camarote del *Britanic*, con Petere en Malpartida de la Serena, con Octavio en Valencia y Siquieros en Pozo Blanco. Con la Leona del Camelia 33 y Susana y los muslos firmes de Nora, sus olores, sus manos espigadas como velas distantes. Afuera prevalecían las camillas y el sonido de sus llantas en el piso. En cambio adentro, Pepe Revueltas en el Zócalo gritaba: “¡No te bajes, Camps!” Y no se bajó y las banderas rojas crecían incendiando la tarde, a pesar de la arremetida de los gendarmes. Julio Antonio pegaba carteles en San Antonio Abad y en las ojeras de Tina anidaba la noche. Elena reía de buena gana con el romance del queso. Francisco contemplaba la selva desde el Edificio Muriel. Afuera, las luces de neón extendían sus dedos pálidos, de palomas inertes. Adentro era los jardines de la infancia, la tía Lola en sus tertulias. Blanche, consolaba a la pequeña Mabe en una calle cualquiera de Nueva York. La Marquesa robaba sandías y Antonia cantaba: “adiós mi tierno amor”. Ricardo era todo sonrisa al contar historias de aluxes. Elsa e Hilda danzaban en los corredores de su casa y las lágrimas de Olga Rapport rodaban sobre su rostro pecoso. Los chicleros mostraban sus dientes oscuros, entre tragos de agua ardiente y Jesús caminaba sobre un

mar que era todos los mares. Afuera ya era adentro. En *las arterias eléctricas del cielo* emprendía un paseo de verdades.⁷⁵

⁷⁵ Zurita y Bustamante, *op. cit.*: 16. García Riera, *op. cit.*, 1958 – 1960. Tomo VII, p. 174. Salvador Elizondo. “El brazo fuerte” en *ibid* 176. Octavio Paz. “Carta a Juan de la Cabada”. 2 sept. 1958, en *op. cit.*, p. 263. Fierros, *op. cit.*, p. 186. “Invitación a la entrega del reconocimiento a Eraclio Zepeda, ganador del Premio Nacional del Cuento 1974” en Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, invitaciones / Exp. 2 / ID Cabada 1246 / Folio / Foja 8, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 25 / 8 / 2016. “En Campeche Juan de la Cabada inició su campaña. *Uno más uno*, 14 abril. 1979: 16. “Emotivo homenaje de la UAS a Juan de la Cabada en Bellas Artes”. *Uno más uno*, 6 oct. 1979: 16.” José López Portillo entregó los premios Elías Souraski”. *El día*, 26 abr. 1980: 8. “El Instituto Politécnico Nacional y El Fondo de Cultura Económica editarán cuentos de Juan de la Cabada”. *Proceso*, 11 ago. 1980: 50. Cristina Pacheco. “Juan de la Cabada y el mar de la memoria”, en Fierros, *op. cit.*, p. 11. Suárez, *op. cit.* : 29 – 33. “Julia Marichal, hija adoptiva...”, en *op. cit.*, p. 48. Archivo Juan de la Cabada. Nazario Chacón Pineda. *La canción de la sangre. Ilustraciones de Elvira Gascón. Revista de poesía universal*. Quito: jul. 1962:16.

[La cursiva pertenece a esta última referencia].

FUENTES BIBLIOHEMEROGRÁFICAS.

- ABÓS, Álvaro. *Cautivo. El mural argentino de Siqueiros*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2004.
- “Acciones populares en defensa de Guatemala”. *La voz de México*, 4 jun. 1954.
- ALTOLAGUIRRE, Manuel. “Carta a Juan de la Cabada”. 6 mar. 1951, en *Juan de la Cabada. Correspondencia personal*. Gerardo Hurtado (Edición, selección, transcripción y notas). San Francisco de Campeche: Gobierno del Estado de Campeche, 2009.
- ARGUDÍN, Yolanda. *Historia del teatro en México. Desde los rituales prehispánicos hasta el arte dramático de nuestros días*. México: Panorama Editorial, 1985.
- ÁVILA Jiménez, Norma Leticia y Marco Arturo Moreno Corral. “Observatorio Astronómico Nacional. 131 años explorando el universo” en *Revista de la UNAM*, vol. X, 10. Oct. 2009. Disponible en línea en <http://www.revista.unam.mx/vol.10/num10/art64/int64.htm.2/IV/15>
- AYORA, Vicente. “Entrevista con Juan de la Cabada, en cada respuesta un cuento”. *Sábado*, 20 oct. 1979: 9.
- AYUSO, José Paulino. “El teatro en la guerra de Miguel Hernández”: 1 - 2. Disponible en línea en http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/Actas_II_Presentacion/27jos_eпа.pdf, / fecha de consulta 10/ 03 / 2016.
- AZNAR Soler Manuel y Luis Mario Schneider. *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937) actas, ponencias, documentos y testimonios. VIII*. Valencia: Generalitat Valenciana. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 1987.
- BAUMANN, Gerold Gino. *Los voluntarios españoles en la guerra civil española*. Cuenca: Ediciones de la Universidad Castilla – La Mancha, 2009. Disponible en línea <http://www.brigadasinternacionales.uclm.es/publicacion/los-voluntarios-latinoamericanos-en-la-guerra-civil-espanola/> fecha de consulta / 26 / 3 / 2016.
- B. C. A. “Noticias sobre Gage y su obra” en *Los viajes de Tomás Gage por la Nueva España*. Guatemala: Ministerio de Educación Pública, oct, sin año.

Disponible en línea en http://chapinland.tripod.com/sitebuildercontent/sitebuilderfiles/Thomas_Gage_Viajes_Guatemala.pdf, fecha de consulta 15 abr. 2016.

- BAQUEIRO, Serapio. *Historia del Antiguo Seminario Conciliar de San Ildefonso*. Mérida: Tipografía de G. Canto, 1894. Disponible en línea en <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080015629/1080015629.PDF>. Fecha de consulta / 14/7/2015.
- BERGAMÍN, José. “El México prodigioso III. Simulación y originalidad”. *Hoy*, 18 oct. 1941.
- BERRY, Leonora. “Carta a Juan de la Cabada”. 25 dic. 1942, en *op. cit.*, 2009.
- _____ .22 abr. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ . 5 may. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ .9 may. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ .13may. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ .15 may. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ .16 may. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ . 14 Jun. 1944 en *ibid.*, 2009.
- _____ .16 jun.1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ .19 jun.1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 5 jul. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 8 jul. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 9 jul. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ .20 jul. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ .31 jul. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ .8 ago. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ .6 ago. 1945, en *ibid.*, 2009.
- _____ . sept.1945, en *ibid.*, 2009.
- _____ .9 sept.1945, en *ibid.*, 2009.
- _____ .15 oct.1945, en *ibid.*, 2009.
- _____ .19 oct.1945, en *ibid.*, 2009.
- _____ . “Tarjeta postal a Juna de la Cabada”. 5 sep. 1951, en *ibid.*, 2009.

- BEUCHOT, Mauricio. *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*. México: UNAM / Editorial Ítaca, 2000.
- BUÑUEL, Luis. *Mi último suspiro. Memorias*. México: Plaza y Janés, 1982.
- CÁRDENAS, Lázaro. *Apuntes. Una selección*. México: UNAM / Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, 2003.
- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis. “Carta a Juan de la Cabada”. 5 feb. 1945, en *op. cit.*, 2009.
- _____ . “Exposición pictórica organizada por la LEAR. Divagaciones y pretextos” en *El Machete. Periódico obrero y campesino*, 23 may. 1936.
- CASASOLA, Gustavo. *Seis siglos de historia gráfica de México. 1325 – 1976. Vol 8*. México: Editorial Gustavo Casasola, 1978.
- “Centenaria. *El Diario*. 24 de mayo de 1910” en *La Jornada*. 24 /V/ 2010. Disponible en línea en <http://www.jornada.unam.mx/2010/05/24/opinion/039o1cap.2/IV/15>
- CENTENO, Juan A. “Carta a Juan de la Cabada”. 15 ene. 1947, en *op. cit.*, 2009.
- _____ . 12 feb. 1947, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 15 mar. 1947, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 3 may. 1947, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 10 may. 1947, en *ibid.*, 2009.
- CHERON, Pilippe. “Cronología”. José Revueltas, *Las evocaciones requeridas*. (Prol. José Emilio Pacheco. Comp. y notas Andrea Revueltas y Philippe Cheron). México: Editorial Era, 1987.
- columnauruguay.wordpress.com/uruguayos-en-la-guerra-civil/s-t/angel-tzareff/ fecha de consulta 20 / 3 / 2016.
- Comité National de Defense du Peuple Espagnol. “Carta a Juan de la Cabada”. 14 de feb. 1939 en *op. cit.*, 2009.
- DEL CASTILLO, Troncoso. “Imágenes y representaciones de la niñez en México a principios del siglo XX” en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V, vol 2*. (Aurelio de los Reyes. Coord). México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2012.
- DE LA CABADA, Dolores. “Carta a Juan de la Cabada”. 14 dic, 1944 en *op. cit.*, 2009.

- _____ . 9 nov. 1950, en *ibid.*, 2009.
- DE LA CABADA, Francisco. “Carta a Juan de la Cabada”. 17 oct. 1942, en *ibid.*, 2009,
- _____ . 28 ago. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____ . 21 dic. 1944, en *ibid.*, 2009.
- _____.(Juan de la Cueva). “A bordo”. *Todo. Semanario enciclopédico*, 2 ene. 1934.
- _____ . “Carta a Emilio Portes Gil”. 27 mar. 1930, en *op. cit.*, 2009.
- _____ . “Carta a Blanca Luz Brum Elizalde”. 20 sep. 1932, en *ibid.*, 2009.
- _____ . “Carta a Ernest Moore”. 10 may 1941, en *ibid.*, 2009.
- _____ . “Carta a José Alfaro”. 13 de nov. 1936, en *ibid.*, 2009.
- _____ . “Carta a Juan Centeno”. 4 jun, 1947, en *ibid.*, 2009.
- _____ . “Carta a Leonora Berry”. 4 ago. 1944, en *op. cit.*, 2009.
- _____ . *Chicle*. en, Ermilo Abreu Gómez. “Papeles de Juan De la Cabada”. *Revista mexicana de Cultura*, 12 may. 1962.
- _____ . *Cuentos y sucesidos 1. La tierra en cuatro tiempos (ida y vuelta)*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Politécnico Nacional, 1981.
- _____ . *Cuentos y sucesidos 2. Pasados por agua*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Politécnico Nacional, 1981.
- _____ . *Cuentos y sucesidos 3. El duende*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Politécnico Nacional, 1981.
- _____ . *Cuentos y sucesidos 4. ¡...Y esta noche que no acaba!* México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Politécnico Nacional, 1986.
- _____ . *Cuentos y sucesidos. Corto circuito*. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Politécnico Nacional, 1986.
- _____ . *El brazo fuerte*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1963.
- _____ . “El duende”. *Revista mexicana de cultura*, 1 feb. 1948.
- _____ . “El grillo crepuscular”. *El hijo pródigo*, abr. – sep. 1943.

- _____."El lavatorio de la Virgen" en *Frente a frente. Segunda época*. Num. 1, mar. 1936. *Edición facsimilar (1934 – 1938)*. Alejandra Moreno Toscano, Francisco Reyes Palma, et. al (Comps).México: CEMOS, 1994.
- _____."El P'Poquín". *México en la cultura*, 13 may. 1956.
- _____."El reloj" en *op. cit.*, num. 1, nov 1934.
- _____."Goitia, nuestro gran pintor ignorado"en *El Nacional. Sección de artes plásticas*, 20 sept. 1936.
- _____. *Incidentes melódicos del mundo irracional*. Edición facsimilar. San Francisco de Campeche: Muralla Editorial, 1987.
- _____. (Benita Galeana) "La niña" en *op. cit.* 16 ene. 1934.
- _____. *La Guandarucha (Comparsa carnavalesca de Campeche)*. Campeche: Muralla Editorial, 1986.
- _____. "La llovizna" *México en la cultura*, 29 jun. 1952:
- _____. "La ocupación. Novela corta de la guerra imperialista", en *op. cit.*, num. 2, ene. 1935.
- _____. "Las 'sugestiones' de Cardoza". *El Machete. Periódico obrero y campesino*, 30 may. 1936.
- _____. *María, la voz* México: FCE, 1984.
- _____. "María, la voz". *Taller* Num 6, nov. 1939.
- _____. "Nicodemus". *Cuadernos americanos*, mar. – abr. 1944.
- _____. "No te bajas Camps". *Sol de México en la cultura*, 25 abr. 1976.
- _____. *Paseo de mentiras*. México: Editorial Séneca: 1940.
- _____. "Plomo" en Julia Marichal, juliacorazonmx@yahoo.com.mx. "Cuento". 12 oct. 2011. Personal. Fecha de acceso 20 feb 2016.
- _____. "Yo soy camisa dorada" en *op. cit. Segunda época*. Num. 3, may. 1936.
- _____. "Tarjetas postales a José Mancisidor". 1º mar. 1939, en *La Jornada Semana*, 21 sept. 2014.
- DALLAL, Alberto. *El "dancing" mexicano. La danza en México. Cuarta parte*. México: UNAM /IIE, 2000.
- DE LA FUENTE, J. "Carta a Juan de la Cabada". 11 dic. 1942 en *op. cit.*, 2009.
- "Delegados al Congreso de Valencia" en *op. cit.*, Num. 10, jul. 1937.

- DOSSE, Françoise. *El arte de la biografía*. México: Universidad Iberoamericana, 2011.
- EDEL, León. *Vidas ajenas. Principia Biográfica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- “El Instituto Politécnico Nacional y El Fondo de Cultura Económica editarán cuentos de Juan de la Cabada”. *Proceso*, 11 ago. 1980.
- ELIZONDO, Salvador. “El brazo fuerte” en García Riera, *op. cit.*, 1958 – 1960. *Tomo VII*, 1973.
- “En Campeche Juan de la Cabada inició su campaña. *Uno más uno*, 14 abril. 1979.
- “En próximos números”. *Revista de Guatemala*, ene. – mar. 1946.
- “Entierro del camarada Mella”. *El Machete*, 19 de ene. 1929.
- “Emotivo homenaje de la UAS a Juan de la Cabada en Bellas Artes”. *Uno más uno*, 6 oct. 1979.
- FIERROS, Gustavo. *Memorial del aventurero. Vida contada de Juan de la Cabada*. México: CONACULTA, 2001.
- FUENTES Morúa, Jorge. *José Revueltas. Una biografía intelectual*. México: UAM – Iztapalapa, 2001.
- GARCÍA Riera, Emilio. *Historia documental del cine en México. Época sonora. 1949 – 1951. Tomo IV*. México: Editorial Era, 1973.
- _____ . *1952 – 1954. Tomo V*. México: Editorial Era, 1973.
- _____ . *1955 – 1956. Tomo VI*. México: Editorial Era, 1973.
- _____ . *1958 – 1960. Tomo VII*. México: Editorial Era, 1973.
- GALEANA, Benita. *Benita*. México: Editorial Extemporáneos, 1979.
- GARMABELLA, José Ramón. *Renato por Leduc: apuntes de una vida singular*. México: Ediciones Océano, 1984.
- GARRO, Elena. *Memorias de España*. México: Siglo XXI, 1992.
- _____ . *La semana de colores en Obras reunidas. T. I Cuentos*. México: FCE, 2006.
- GONZÁLEZ, Alejandro (Apurimak). “Carta a Juan de la Cabada”. 20 oct. 1939, en *op. cit.*, 2009.
- GORDON, Samuel. *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*. México: CONACULTA/UJAT: 1992.

- GUERRERO, Félix. “Carta a Juan de la Cabada”. 1º feb. 1938, en *op. cit.*, 2009.
- HERRERA AGUILERA, José (Petere). “Carta a Juan de la Cabada”. 20 feb. 1941, en *op. cit.*, 2009.
- HERRERA, Leticia. “Entre gachupines, piñatas y caracoles” en *La Brújula en el bolsillo. Revista de literatura*, sep. – oct. 1983.
- HÍJAR, Serrano, Alberto (Comp). *Frentes, coaliciones y talleres*. México: CONACULTA / Casa Juan Pablos, 2007.
- HUERTA, Efraín. “Un hombre singular”. *Memoria, op. cit.*, sept. – nov. 1987.
- HURTADO Hernández, Gerardo. “El enemigo y El Centinela dos cuentos de José Revueltas en el archivo Juan de la Cabada” en *Literatura mexicana* 13, No 2, 2002. Disponible en líneas en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rlm/article/view/28533/>, fecha de consulta 7 / 11 / 2015.
- IBARRA, Eduardo. “Cronología comparativa” en *Historia del comunismo en México* (Arnoldo Martínez Verdugo. Coord.) México: Grijalbo, 1985.
- JASKALEVICH, Elsa. “A mí lo único que me hace feliz es el amor. Entrevista con Juan de la Cabada”. *Sábado*, 20 oct. 1979.
- José Agustín. *Tragicomedia mexicana, vol I*. México: Planeta, 1991.
- José López Portillo entregó los premios Elías Souraski”. *El día*, 26 abr. 1980.
- JUÁREZ Téllez, María Ángeles. *Cosas que dejé en la lejanía: memorias de Juan de la Cabada*. México: UNAM, 2003.
- “Julia Marichal, hija adoptiva de Juan de la Cabada, pide que vaya al hospital los hijos del escritor”. *Proceso*, 15 sept. 1986.
- JUSTO, Miguel Julio. “Carta a Juan de la Cabada”. 31 ene 1938, en *op.cit.*, 2009.
- LAILSON, Lailson Marco Tulio. *Para asir lo inasible. Lo fantástico en la obra de Juan de la Cabada*. México: UNAM. Tesis de licenciatura, 2013.
- “La LEAR en el congreso de escritores americanos” en *op. cit.*, mayo 1935.
- LEYVA, Raúl. “Carta a Juan de la Cabada”. 15 mar. 1945, en *op. cit.*, 2009.
- LEÓN Vega, Margarita. *Análisis de María la voz. Aproximación a la obra cuentística de Juan de la Cabada*. México: UNAM (tesis de licenciatura), 1986.
- _____ . “Juan de la Cabada: un paseo interminable. Breve recorrido por su vida y su militancia”. *Memoria. Boletín del CEMOS*, sept. – nov. 1987.

- _____ . “Un cuento de Juan de la Cabada. *Incidentes melódicos del mundo irracional*, una lectura de la tradición”. *Revista de literaturas populares*, ene. – jul., 2009.
- LIST Arzubide, Germán. “La LEAR saluda a Rafael Alberti y a María Teresa, su compañera” en *op. cit.*, num 3, may. 1935.
- LÓPEZ – BARAJAS Zayas, Emilio. *Las historias de vida y la investigación biográfica*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2007.
- LÓPEZ GARCÍA, José – Ramón. “Magda o de la Amistad”. Homenaje a Concha de Albornoz de Juan Gil Albert”. Disponible en línea en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4537119.pdf>/ fecha de consulta 1 / 6 / 2016.
- MARTÍNEZ, Luis. “Autorización a Juan de la Cabada para trasladarse a Barcelona”. 22 de dic. 1937, en *op. cit.*, 2009.
- MARTÍNEZ Morales, José Luis. “Paseo de mentiras por la narrativa de Juan de la Cabada”. *La palabra y el hombre*, 76, oct – dic. 1990.
- MARTÍNEZ Verdugo, Arnoldo. “Prólogo”. *El machete ilegal 1929 – 1934*. Edición facsimilar. Puebla: UAP /Centro de Estudios Históricos y Sociales, 1975.
- MEYER, Jean. *La Cristiada I. La guerra de los cristeros*. México: Siglo XXI, 1983.
- MIGUEL, Alejandro “Interiores y exteriores de Juan de la Cabada” en *La Jornada Semanal, nueva época*, 6 oct. 1991.
- MODOTTI, Tina. “Fotografía de Mella al día siguiente de su crimen”, en *op. cit.*, 1929.
- MONSIVÁIS, Carlos. “Frida Kahlo: de las etapas de su reconocimiento”. *Debate feminista*, abr. 2008: 10–11.
- _____ . “Juan de la Cabada, un comunista sin odio revolucionario”. *Proceso*, 29 sept. 1992.
- MOORE, Ernest. “Carta a Juan de la Cabada”. 25 feb. 1941, en *op.cit.*, 2009.
- MUST, Marie Louise “Carta a Juan de la Cabada”. 15 de Septiembre de 1939, en Juárez Téllez, en *op. cit.*, 2003.
- NAVAS, José. *La convulsión de febrero. Datos históricos de la fenecida revuelta de 1917*. Matanzas: Imprenta y Monotipo *El escritorio*, 1917. Disponible en línea en

<http://pds.lib.harvard.edu/pds/view/2574999?n=1&s=4&printThumbnails=no>.

Fecha de consulta 31/ 07 / 15.

- NERUDA, Pablo. “Carta a Juan de la Cabada”. Abril. 1942 en *op.cit.*, 2009.
- _____ . 20 oct. 1942 en *ibid.*, 2009.
- _____ . “A Silvestre Revuelas, de México, en su muerte (Oratorio menor)”, en *Revueltas, op. cit.*, 1989.
- NIKEL, Herbert, J. *El peonaje en las haciendas mexicanas. Interpretaciones, fuentes, hallazgos*. México: Universidad Iberoamericana, 1997.
- NOVA, José C. “La leyenda de la Chambelona en Cuba”. Disponible en línea en <http://www.escrutinioidigital.com/temas-historicos/leyenda-de-la-chambelona-en-cuba>. Fecha de consulta / 31 / 07 / 15
- OCAMPO, Aurora M. Dir. *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX. Vol. I*, México: Instituto de Investigaciones Filológicas – UNAM, 2002.
- O’HIGGINS, Pablo. “Carta a Juan e la Cabada”. 15 ago. 1950, en *op. cit.*, 2009.
- ORTIZ de Montellano, Bernardo. “Carta a Juan de la Cabada y a Alfredo Zalce”. 10 ene 1945, en *ibid.*, 2009.
- _____ . “El sombrero” en *Obras en Prosa*. (Comp. ed. y notas María de Lourdes Franco Bagnouls). México: UNAM, 1988.
- OROZCO, José Clemente. *Autobiografía*. México: Editorial Era, 1999.
- ORTIZ Gaitán, Julieta. “Casa, vestido y sustento. Cultura material en anuncios de la prensa ilustrada (1849 – 1939)” en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V, vol 2*. (Aurelio de los Reyes. Coord). México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2012.
- PACHECO, José Emilio. *Crónica de Hutzilac*. México: SEP / Conasupo, sin año.
- _____ . “El atentado de Daniel Flores”. *Proceso*, 4 feb. 1980.
- _____ . “Los desaparecidos de Topilejo”. *Proceso*, 11 feb. 1980.
- PONCE JIMÉNEZ, Martha Patricia. *La montaña chiclera, Campeche: vida cotidiana y trabajo (1900 – 1950)*. México: CIESAS, 1990.
- PARTIDA Salcido, Xóchitl. *Configuración del mundo infantil y su dimensión simbólica en ocho cuentos de Juan de la Cabada*, Xalapa: Universidad Veracruzana. Tesis de maestría, 2011.
- PAZ Garro, Elena. *Memorias*. México: Océano, 2003.

- PAZ, Octavio. “Carta a Juan de la Cabada”. 8 oct. 1937, en *op. cit.*, 2009.
- _____ .oct. 1937 en *ibid.*, 2009.
- _____ . 2 sep. 1958 en *ibid.*, 2009.
- _____ . Revista *Sur*. N0 105. Cit en Juan de la Cabada, *op. cit.*, solapa, 1987.
- PELLICER, Carlos. *Práctica de Vuelo*. México: FCE, 1979.
- PEREIRA, Armando (Coord.). *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*. México: UNAM, / Ediciones Coyoacán, 2004.
- PLASENCIA de la Parra, Enrique. *Personajes y escenarios de la Rebelión Delahuertista. 1923 – 1924*. México: UNAM / Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- PONIATOWSKA, Elena. “Santa Claus vestido de Juan de la Cabada”. *Sábado*, 20 oct. 1979.
- _____ . *Tinísima*. México: Editorial ERA, 2013.
- REVUELTAS, José. “Sobre Juan de la Cabada”. *Visión del Paricutín*. México: Editorial Era, 1983.
- REVUELTAS, Silvestre. “Carta a Ángela Acevedo”. 15 jun. 1937, en *Silvestre Revueltas por él mismo*. (Rosaura Revueltas. Ed.) México: Editorial Era, 1989.
- _____ . 16 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ .18 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 21 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 22 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 23 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 26 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 29 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 30 jun. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 1 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 2-3 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 11 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 12 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 13 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 14 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 15 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 16 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.

- _____ .17-18 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 19 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 21 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 27 jul. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 16 ago. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 22 ago. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 28 ago. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 2 sep. 5 ½. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 2 sep. 8 ½. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 24 sep. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 26 sep. 1937, en *ibid.*, 1989.
- _____ . 1 oct. 1937, en *ibid.*, 1989.
- REYES, Alfonso. “Carta a Juan de la Cabada”. 3 nov. 1942 en *op. cit.*, 2009.
- REYES Palma, Francisco. “La LEAR y su revista de frente cultural” en *op. cit.*, 1994.
- RODRÍGUEZ, Rolando. “La insurrección de la Chambelona”. Disponible en línea en <http://www.academiahistoria.cu/index.php/Bitacora/Conferencias/La-Insurreccion-de-la-Chambelona>. Fecha de consulta 31 / 07 / 15.
- ROJAS Garcidueñas, José. “Carta a Alfonso Reyes”. 3 nov. 1942 en *op. cit.*, 2009.
- SABORIT, Antonio. “Política y escándalo. Tina Modotti y el crimen de la calle Abraham González” en *Historia* 30, abr. – sept. 1993. Disponible en línea en <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=4113/> fecha de consulta 21 / 11/ 2015.
- “Se descubrió un complot en Guatemala”. *El Nacional*, 1 jun. 1954.
- SELSER, Gregorio. *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina. Tomo IV, 1946 – 1990*. México: UCM / UNAM / Centro de Investigación Interdisciplinaria en Ciencias y Humanidades, 2010.
- S.E.R. <https://acervo.sre.gob.mx/index.php/embajadores-de-mexico?id=156> / fecha de consulta 25 / 3 / 2016.

- SERRANO Álvarez, Pablo. *Los tratados de Bucareli y la Revolución Delahuertista*. México: INEHRM, 2012, pp. 24 – 26. Disponible en línea en http://www.inehrm.gob.mx/es/inehrm/Revolucion_Mexicana, fecha de consulta 5 / 08 / 2015.
- ST. PARRA, Eduardo. “Juan de la Cabada narra una historia anónima”. *Diorama de la Cultura*, 13 jul. 1975.
- SUÁREZ, Luis. “El fabuloso Juan de la Cabada”. *Mañana*, 730, 24 ago, 1957: 29 – 33.
- “Sumario de los números publicados durante el año de 1937” en *Hora de España*. dic 1937: 78. Disponible en línea en <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?o=&o=&w=Juan+de+la+Cabada&w=Taurino+L%C3%B3pez&f=text&f=text&t=%2Bcreation&l=600&l=700&lang=es&s=6>, fecha de consulta 15 / 3 / 2016.
- TANNENBAUM, Frank. “Carta a Juan de la Cabada”. 21 feb. 1946, en *op. cit.*, 2009.
- TOLEDO, Víctor. *El águila en las venas. Neruda en México, México en Neruda*. Puebla: Secretaría de Cultura del estado de Puebla, 1994.
- UNZUETA, Gerardo. “Crisis en el partido, crisis en el movimiento” en *op. cit.*, 1985.
- URFÉ, Odilio. “La música y la danza en Cuba” en *África en América Latina*. Manuel Moreno Fraginal (Comp). México. Siglo XXI, 1997.
- VALADÉS, Diego. “Ideas políticas y sociales de Salvador Alvarado” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. Vol. 5, 47. Disponible en línea en <http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc05/047.html>. Fecha de consulta /21 / 07/15.
- VELA, Arqueles. “La exposición de artes plásticas de la LEAR” en *op. cit. Segunda época*. Num. 4 jul. 1936.
- “Voto de gratitud del ejército a J. Arvenz”. *El Nacional*, 3 jun. 1954.
- KERSFFIELD, DANIEL. *Contra el Imperio. Historia de la Liga Antimperialista de las Américas*. México: Siglo XXI, 2012.
- ZALCE, Alfredo. “Carta a Juan de la Cabada”. 10 ene. 1945, en *op. cit.*, 2009.
- ZURITA, Salvador y Joaquín Bustamante. “Una clara presencia. Entrevista con Juan de la Cabada”. *La jornada Semanal, nueva época*. 121, 6 oct. 1991.

FUENTES DE ARCHIVO.

Archivo Personal Juan de la Cabada.

- ABREU Gómez, Ermilo. “Comentario crítico” en Juan de la Cabada – Leopoldo Méndez. *Boletín de Suscripción. Incidentes Melódicos del mundo irracional*. México: La Estampa mexicana, p. 1. Sección, vida personal / Serie, invitaciones / Exp. 1 / ID Cabada 1106 / Folio /Foja 4 – 4 vta. Disponible en línea en <http://cabada.uacam.mx/cabada/frnSetConsultas.htm>, fecha de consulta 23 / 4 / 2016.
- *Araucanía. Una voz de Chile al servicio de América*, ene – feb, Año 1. No., 1
- ALTOLAGUIRRE, Manuel. “Comentario crítico”. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 23 / 04 / 2016.
- BARRERA Vázquez, Alfredo. “Comentario crítico”. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 23 / 04 / 2016.
- BERRY, Leonora. “Telegrama a Juan de la Cabada”. 22 dic. 1942. Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 1 / ID Cabada 1102 / Foja 1. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 22 / 4 / 2016.
- _____ . “Telegrama a Juan de la Cabada”. 18 jun. 1943. Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 40 / ID Cabada 1053 / Folio /Foja 2. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 22 / 4 / 2016.
- “Contrato laboral de la Organización de las Naciones signado con Juan de la Cabada”. Sección, vida personal/ Serie, correspondencia/ Expediente 21 / ID 756 / Folio /Foja: 3, 3 vta. Disponible en línea en *ibid.*, 1 / 6 / 2016.
- CHACÓN Pineda, Nazario. *La canción de la sangre. Ilustraciones de Elvira Gascón. Revista de poesía universal*. Quito: jul. 1962.
- DE LA CABADA, Juan. “Apuntes sobre chicleros” / caja 10 / Exp. 146 / 46 fojas.
- _____ . “Camaradas” en Sección, vida profesional/ Serie, actividad literaria /Subserie, cuento/ Expediente 104/ ID 1515/ Folio /Foja: 1 –3. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 14 / 11/ 2015.

- _____ . “Carlos Pellicer” en Sección, vida profesional/ Serie, actividad literaria/ Subserie, reseña / Expediente 2 / ID 1682 / Folio /Foja: 1-2. Disponible en línea *ibid.*, fecha de consulta 16 / 1 / 2016.
- _____ . “Carta a Juvenal Irazábal”. 26 ago. 1954. Archivo Personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 7/ ID Cabada 738 / Folio /Foja 27 – 27vta. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 20 /11 / 2016.
- _____ . “El diario de Oyuquita (1952 – 1953)” Archivo Personal / Sección, actividad profesional / Serie, actividad literaria / Subserie. cuento / Exp. 79 / ID Cabada 1472 / Folio /Foja 11- 19. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 3 / 7 / 2016.
- _____ . “Entrevista a Renato Leduc” en Sección, vida profesional/ Serie, actividad literaria/ Subserie, entrevistas / Expediente 6/ ID 1796 / Folio / Foja 5 - 6. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 25 / 3 / 2016.
- _____ . “Historia de la LEAR” en Sección, vida profesional/ Serie, militancia política/ Subserie, asuntos políticos, sociales y jurídicos / Expediente 1/ ID 1928 / Folio /Foja: 12 - 23. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 20 / 2 / 2016.
- _____ . “Nómina de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios”/ Sección, vida profesional/ Serie, militancia política/ Subserie, LEAR / Expediente 1/ ID 1927 / Folio /Foja: 1- 6. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 5 / 3 / 2016.
- _____ . “Silvestre Revueltas, discurso”/ Sección, vida profesional/ Serie, actividad literaria/ Subserie, miscelánea / Expediente 3/ ID 1813 / Folio / Foja 11 – 13. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 11 / 3 / 2016.
- DE Pereira, Diómedes. “Carta a Juan de la Cabada”. 13 may. 1941 en Archivo personal / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 25 / ID Cabada 70 / Folio / Foja 1 bis, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 15 / 4 / 2016.
- HALFTER, Rodolfo. “Comentario crítico”. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 23 / 04 / 2016.
- HENETROSA, Andrés. “Comentario crítico”. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 23 / 04 / 2016.
- HERRERA Aguilera, José (Petere). “Dedicatoria” en *Cumbres de Extremadura. Novela de guerrilleros*. México: Ediciones Isla, 1945.

- “Invitación al acto inaugural del seminario *El cine como expresión artística: las tendencias actuales*”. Sección, vida personal / Serie, invitaciones / Exp. 6 / ID Cabada 1240 / Folio /Foja 8 – 8 vta, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 20 / 6 / 2016.
- “Invitación a la entrega del reconocimiento a Eraclio Zepeda, ganador del *Premio Nacional del Cuento 1974*”. Sección, vida personal / Serie, invitaciones / Exp. 2 / ID Cabada 1246 / Folio /Foja 8, disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 25 / 8 / 2016
- ITURRIAGA, José. “Carta a Juan de la Cabada”. 17 dic. 1943. / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 25 / ID Cabada 71 / Folio / Foja 3 disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 25 / 4 / 2016.
- MÁRQUEZ, Javier. “Carta a Juan de la Cabada”. 23 may. 1941 / Sección vida, personal / Serie, correspondencia / Exp. 25 / ID Cabada 62 / Folio / Foja 2. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 15 / 4 / 2016.
- MARTÍNEZ, José Luis. “Carta a Juan de la Cabada”. 14 nov. 1944. / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp.25 / ID Cabada 65 / Folio /Foja 10, disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 15 / 5 / 2016
- MÉNDEZ, Concha. “Correograma a Juan de la Cabada”. 30 de agosto 1944. / Sección, vida personal / Serie, correspondencia / Exp. 40 / ID Cabada 1055 / Folio /Foja 4 – 4 vta., disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 8 / 5 / 2016.
- MÉRIDA, Carlos. “Comentario crítico”. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 23 / 4 / 2016.
- REJANO, Juan. “Suscripción”. Dic. 1943. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 23 / 4 / 2016.
- *Revista de Guatemala*, oct. – dic. 1945.
- *Revista de Guatemala. Segunda época*, abr. – jun. 1951.
- REVUELTAS, José. “El centinela” en Sección, trabajos ajenos/ Serie, cuento/ Expediente 11/ ID 2014/ Folio /Foja: 1 – 3. Disponible en línea en *op. cit.*, fecha de consulta 5 / 12 / 2015.
- _____. “El enemigo” en *ibid.* ID 2015/ Folio /Foja: 4 – 6, fecha de consulta 5 / 12 / 2015.
- “Pase de salida de Juan de la Cabada de la cárcel del Distrito Federal. 8 de agosto de 1931” / Sección, vida profesional/ Serie, militancia política/ Subserie,

- asuntos políticos, sociales y jurídicos / Expediente 6/ ID 1969 / Folio /Foja: 1. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 30 / 01 / 2016.
- “Primer congreso contra el fascismo y la guerra imperialista. Convocatoria”/ Sección, vida profesional/ Serie, militancia política/ Subserie, asuntos políticos, sociales y jurídicos / Expediente 5/ ID 1964 / Folio /Foja: 2. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 12 / 2 / 2016.
 - “Selección de sonetos de Sor Juan Inés de la Cruz.”. *Suplemento del boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. México: SHCP, (1951, probable).
 - SUÁREZ, C. S. *Antes del baile. Monólogo cómico*. México: A. Venegas Arroyo, sin año.
 - VALLEJO, César. “Los Heraldos negros” en *Luis Monguió. Vida y obra de César Vallejo. Revista hispánica moderna. Nueva York: Universidad de Columbia, ene – dic. 1950, nums. 1 – 4.*

Referencias de imágenes.

- “Agustín Lara en conversación, pensativo y tocando el piano”, en <http://cabada.uacam.mx/obrascabada/frmSetConsultas.htm>, fecha de consulta 19 / 3 / 2016.
- Anónimo. “Juan de la Cabada en la Cooperativa *Los Chenes*”, 1940. Técnica: plata / gelatina. B N. Archivo fotográfico y obra plástica/ Fotografías anónimas. Disponible en línea en *ibid.*, fecha de consulta 8 / 4 / 2016.
- “Bocetos de Pablo Picasso” (reproducciones) en *ibid.*, fecha de consulta 19 / 3 / 2016.
- OTERO, A. Tarjeta postal con retrato de Juan de la Cabada. La Habana, 1919. Técnica: Plata / gelatina, B/N, virada al cobre. Disponible en línea *ibid.*, fecha de consulta 5 / 1 / 2016.

AGN.

- Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea/ Administración Pública Federal S. XX / Archivos Presidenciales/ Fondo Abelardo L. Rodríguez / Caja 123/ Exp. 518.3/ 1. Informes del 17 de agosto y 12 de septiembre de 1933 de los agentes R.R.V., A de la G., J.P.E., M. B. y J.P.P. 4 fojas.
- _____ . Fondo Abelardo L. Rodríguez / Caja 197/Exp.561/39.
- _____ .Fondo Pascual Ortiz Rubio / 100382 / Caja 031 / exp. 49 Al. 395 – exp. .68 fl. 14214, 1930. Informe del 5 de feb. Presentación del comunista Daniel Flores y Vicente Aurrecochea. 1 foja.
- _____ . Dirección Federal de Seguridad/ Caja 5/ Exp. Juan de la Cabada Vera/Informe sobre inauguración de una exposición de pintura guatemalteca, titulada *El homenaje a Guatemala*” del 24 jun . 1955, 2 fojas.
- _____ . Dirección Federal de Seguridad/ Caja 5/ Exp. Juan de la Cabada Vera/ Informes del 12 y 16 de marzo de 1954 de los agentes 69 y 123, Blas García Hernández y Salomón Clavel Gallardo, 1 foja.
- _____ . Secretaría de Gobernación Siglo XX/ Investigaciones Políticas y Sociales (Galería 2)/ Generalidades/ Caja 0008/ Partidos, clubes y agrupaciones políticas. 0008 – 014. Asunto: Liga Antiimperialista, investigar actividades. Crel Francisco Delgado. Memorandum Num. 1889. Exp 010 – 6 de la Oficina Confidencial de la Secretaría de Gobernación, con fecha del 29 de diciembre de 1926, dirigido al C. Agente Num. 9. 1 foja.

